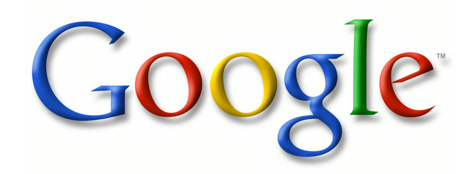




LA CELESTINA.

LA CELESTINA,

ó tragi-comedia

DE

CALISTO Y MELIBEA,

EMPEZADA

POR JUAN DE MENA Ó POR RODRIGO COTA

Y CONCLUIDA

POR FERNANDO DE ROJAS.



BARCELONA:

Imprenta de TOMAS GORCHS.

1841



Al que ha leido la *Celestina* no le es fácil decir si le pasma mas ver un libro tan hermoso escrito en el siglo XV en que el arte estaba aun en mantillas, y en que la poesía salvaba rara vez las proporciones de una trova ó cantiga, ó hallar que el autor se disculpe con sus contemporáneos para que le disimulen aquel desahogo de su alma escrito en quince dias de vacaciones.

¡Cuántas ideas no ocurren al pensar en la rica fecundidad de un hombre que asi se inutilizó! Hay en el pueblo, entre la masa comun y mas abyecta, todo lo que el jenio alcanza durante la inspiracion; y si los raptos sentidos por hombres vulgares y menospreciados se reuniesen y encadenasen con órden, hallaríase hecho un poema que ningun poeta ha escrito ni escribirá, porque no seria la obra de un hombre sino la de un pueblo. Si se pudiese entrar de repente en el seno de una familia adolorida por la muerte de un padre, de un hijo, de un esposo ó de un hermano, oiríamos mas de una vez la voz del dolor tal como á ningun poeta le ha ocurrido, y sentiríamos el alharido de la desesperacion mas desgarrador y cruel de lo que la imajinacion lo cree. Si los cantos perdidos asi que salen del corazon de un artesano, de un labriego, de una doncella que se goza en el recuerdo ó en la esperanza de su amor, y de una madre que briza al primer fruto de sus entrañas, se comparasen con las notas de los mejores maestros, las aventajarian en verdad, en ternura, en dolor, y en cuanto siente el corazon.

Asi pues, del mismo modo que se pierde la inspiracion nacida de los goces y padecimientos, y asi como se pasan y apagan como un suspiro las cantinelas de la doncella enamorada y los dulces ecos de la cariñosa madre, asi se perdieron los raudales de poesía que debieron de

nacer en el alma del autor de la *Celestina*.

Recreacion la llama, y no sabe que este pasatiempo abre la puerta del teatro español, é ignora que él es el adalid de los poetas cómicos españoles: luego le seguirán Rueda y Naharro, Luis de Miranda luego, y en seguida otros y otros, hasta que salga Lope y se eleve sobre el pedestal formado por sus predecesores, y desde él dé la mano á Calderon, que debe remontarse sobre el mismo Lope. Rojas ignoraba que ponia la primera piedra de un edificio colosal, y la primera gota de aceite en la lámpara que no solo debia alumbrar á España, sino tambien á las naciones mas aventajadas de Europa, pues sabido es que nuestro teatro proveyó por largo tiempo las escenas estranjeras.

Entre las atrevidas creaciones de Shakespeare ocupa acaso el primer lugar el Iago del Otelo, carácter infernal cuya concepcion debió sorprender al demonio mismo. El arte, la sagacidad y el modo como dispierta los zelos del africano espantan, sus solapados amaños exasperan, y cuando se ve á Otelo víctima de la falsedad de Iago, y á Desdemona víctima de los zelos de Otelo, estremécese el corazon, y débese confesar y acatar la superior intelijencia de Shakespeare. Pero el Otelo es una obra de meditacion larga y profunda, es una trajedia concebida y alimentada todo el tiempo necesario

en el seno de la imajinacion, es una obra maestra de un artista que se ha probado en otras muchas, es el sol que luce á mediodía. Pero en la *Celestina*, que no es mas que un pasatiempo, un boceto delineado en quince dias por una mano inesperta, y el primer crepúsculo de un sol que se deja morir en su oriente, vemos un carácter como el de Iago en la perversa tercera que se presenta á Melibea, vírjen que pierde su pureza por Celestina, como Otelo pierde por Iago á Desdemona.

Ambos caractéres pertenecen á un mismo jénero, y ambos estan sostenidos con tanto acierto, que no sabríamos á quién dar la preferencia si la composicion de Rojas no llevase mas de dos siglos y medio de antigüedad sobre la del poeta ingles, y si la brevedad del tiempo en que aquella se escribió no nos hiciesen tener en mas aprecio el trabajo del primero.

Si quisiésemos formar parangon con los demas personajes de la *Celestina*, buscando y citando otros que el teatro ha presentado despues, hallaríamos tantas ventajas al menos como en la comparacion de los dos citados.

Por la lectura de la *Celestina* ocurren mil observaciones que forman, por decirlo asi, un capítulo de la historia de la lengua española.

Al hablar de la francesa en el siglo XVI la llama Victor Hugo «lengua renaciente ó del »renacimiento, porque el espíritu rejenerador

» se veia entonces do quier, así en la lengua
» como en las artes. El gusto romano bizantino,
» añade, que por el grande acontecimiento de
» 1454 refluyó en occidente é invadió por grados
» la Italia desde la segunda mitad del siglo XV,
» no llegó á Francia hasta principios del XVI;
» pero al instante se apoderó de todo, irrum-
» piendo por todas partes é inundándolo todo....
» La lengua fue una de las primeras cosas que
» se resintieron, llenándose de palabras latinas
» y griegas, y la antigua habla gálica desapare-
» ció bajo un caos sonoro de palabras homéricas
» y términos virjilianos. En aquella época de
» embriaguez y entusiasmo por la antigüedad
» letrada, la lengua francesa hablaba griego y
» latin como la arquitectura, pero con un
» desórden, un embarazo y un encanto inespli-
» cables, formando un bellísimo tartamudeo
» clásico: era una lengua en la cual se veian la
» palabra griega y la voz latina tan á las claras
» como las venas y los nervios en un cuerpo
» desollado. »

El escritor frances tiene razon, y mas de una vez nos hemos saboreado en la lectura de Rabelais y de Clemente Marot, observando ese dulce tartamudeo y gracioso embarazo que hace semejar la lengua francesa á una lengua de niño, y hemos probado el gusto que se siente alguna vez al oir á un estranjero que empieza á hablar nuestra lengua con el acento y jiros de su idioma.

Pero si comparamos el nuestro con el frances del siglo XVI, verémos que en lo medrado y rico le llevaba ya infinita ventaja media centuria antes.

A la sazon la Italia era medio española y la España medio italiana. Nuestros estados en aquel pais nos hacian estar en relacion continua, y cuando los griegos lanzados por Mahometo se refujiaron en Italia, ofreciéndola y dándola en cambio de su hospitalidad un nuevo gusto en las artes y en las letras, que no pasó á Francia hasta el siglo siguiente, la España sintió sus beneficios casi al mismo tiempo que la Italia, y nuestros escritores dieron á sus obras un sabor greco-latino que las separa de todo lo escrito hasta entonces.

A mas de esto el trato continuo con los árabes hacia ya tiempo que daba creces á nuestra lengua, y casi pudiera decirse que los moros la dieron estilo. Compárense sino los romances españoles puros con los romances moriscos, y aunque sean las mismas las palabras, se verá el calor, el estilo, la poesía estraordinaria, el tinte oriental que llevan de ventaja los segundos á los primeros. En nuestra lengua del siglo XV se ven tambien las venas; pero nó como en un cuerpo desollado, sino como en la tez pura y diáfana de una vírjen. No es ya la lengua que forcejea para nacer de la latina; no es ya el polluelo que apitona el huevo para salir de la

cáscara, ni el aguilucho que se alimenta con lo que le da su madre; es águila ya y se sostiene y cierne en los aires con sus alas, sin obstáculo que la detenga ni lazo que la comprima. Es una lengua robusta, elegante y libre: libre sobre todo. Ahora se sacrifica un pensamiento, por hermoso que sea, como se resista á entrar en la frase; entonces se sacrificaba la pureza de una frase con tal que entrase en ella el pensamiento.

Escríbase ahora la *Celestina* pura y correctamente como lo quiere la sintáxis y lo demanda Salvá, y tendrémos mas buen lenguaje, pero peor estilo; mas propiedad, pero menos poesía; la mitad del encanto habrá desaparecido, y dejará de ser un cuadro histórico, porque nuestro lenguaje es para nuestras costumbres, y aquel para aquellas; ya no será la *Celestina*, sino su retrato frio y sin vida; será una traduccion, y nó la obra orijinal.

Hemos dicho que dejaria de ser un cuadro histórico, porque en efecto lo es, aunque sea obra de un poeta. Los historiadores recuerdan hechos, los poetas pintan costumbres; aquellos dicen lo que hicieron los hombres, estos manifiestan lo que los hombres fueron. En los libros de Livio, Tácito y Suetonio se ve á Roma; Terencio, Marcial y Horacio pintan á los romanos. Tucídides habla de Grecia; Aristófanes de los griegos. La tradicion suple á los historiadores: para las costumbres no hay tradicion, y la obra del poeta

no hay quien la supla. Los siglos de barbarie quedan oscuros, nó porque se olvide á los que en ellos vivieron, ni porque no sepamos lo que obraron, sino porque no sabemos quiénes fueron.

Por esto para componer la historia de una nacion fuera preciso leer antes á los poetas que á los cronistas, porque estos escriben lo que se les cuenta, y aquellos dicen lo que ven: los poetas manifiestan la causa, los historiadores los efectos. Luego hay cosas que se le escapan al historiador, porque tal vez no puede ó no osa decirlas; pero el poeta las revela, frecuentemente callándolas y haciendo que su silencio sea un enigma fácil de descifrar.

A Racine se le ha echado en cara el hacer franceses á los personajes griegos y latinos de sus trajedias; pero ¿qué otra cosa podia hacer viviendo entre franceses? ¿No debia darles su carácter, vicios y virtudes? Aunque no fuese mas que por esto, ningun poeta debiera escojer el argumento de sus poemas fuera de su pais.

Moliere, que lo hizo asi, es un grande historiador de los franceses en el reinado de Luis XIV, y Tirso de Molina el que mejor ha descrito sin quererlo la corte de los Felipes de España.

Los romanceros, la *Celestina* y el Quijote son escelentes historias de los españoles. Si de cada uno de estos libros se hiciese un comentario moral, llegaríamos hasta el fondo de las con-

ciencias de nuestros mayores, y por decirlo asi analizaríamos sus almas. Libros son estos que nunca debiéramos dejar de las manos para estudiar sus formas y deleitarnos en su fondo, para recordar sus bellezas y no dejarlas perder, y para que con su lectura recobre su medro nuestra habla, sin mendigar el ausilio de otra estraña que ha sido en otro tiempo su vasalla.

***



CELESTINA.

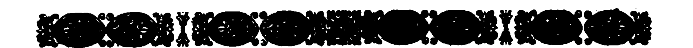
TRAGI-COMEDIA

DE

CALISTO Y MELIBEA.

**En la cual se contienen,
de mas de su agradable y dulce estilo,
muchas sentencias filosofales
y avisos muy necesarios para mancebos,
mostrándoles
los engaños que estan encerrados
en sirvientes y alcahuetas.**





EL AUTOR Á UN SU AMIGO.

Suelen los que de sus tierras ausentes se hallan, considerar de qué cosa aquel lugar donde parten mayor inopia ó falta padezca, para con la tal servir á los conterráneos, de quien en algun tiempo beneficio recebido tienen; y viendo que legítima obligacion á investigar lo semejante me compelia para pagar las muchas mercedes de vuestra liberalidad recebidas; asaz veces retraido en mi cámara, acostado sobre mi propia mano, echando mis sentidos por ventores y mi juicio á volar, me venia á la memoria, no solo la necesidad que nuestra

comun patria tiene de la presente obra, por la muchedumbre de galanes y enamorados mancebos que posee, pero aun en particular vuestra misma persona, cuya juventud de amor ser presa se me representa haber visto, y dél cruelmente lastimada, á causa de le faltar defensivas armas para resistir sus fuegos, las cuales hallé esculpidas en estos papeles; no fabricadas en las grandes ferrerías de Milan, mas en los claros ingenios de dotos varones castellanos formadas. Y como mirase su primor, su sotil artificio, su fuerte y claro metal, su modo y manera de labor, su estilo elegante, jamas en nuestra lengua castellana visto ni oido, leílo tres ó cuatro veces, y tantas cuantas mas lo leia, tanta mas necesidad me ponia de leerlo, y tanto mas me agradaba, y en su proceso nuevas sentencias sentia. Ví no solo ser dulce en su principal historia, ó ficion toda junta; pero aun de algunas sus particularidades salian deleitables fontecicas de filosofía, de otros agradables donaires, de otros avisos y consejos contra lisonjeros y malos sirvientes, y falsas mugeres hechiceras. Ví que no tenia su firma del autor, el cual, segun algunos dicen, fue Juan de Mena, y segun otros, Rodrigo Cota: pero quien quier que fuese, es digno de recordable memoria por la sotil invencion, por la gran copia de sentencias enjeridas, que so color de donaires tiene. ¡Gran filósofo era! Y pues él con temor de detratores y nocibles lenguas, mas aparejadas á reprehender que á saber inventar, quiso celar y encobrir su nombre; no me culpeis, si en el fin bajo que le pongo, no espresare el mio; mayormente que siendo jurista yo, aunque obra discreta, es agena de mi facultad; y quien lo supiese diria, que no por recreacion de mi principal estudio (del cual yo mas me precio, como es la verdad), lo ficiese; antes distraido de los derechos, en esta nueva labor mentremetiese. Pero aunque no acierten, seria pa-

go de mi osadía. Asimesmo pensar, que no quince dias de unas vacaciones, mientra mis socios en sus tierras, en acabarlo me detuviese, como es lo cierto, pero aun mas tiempo, y menos acepto. Para disculpa de lo cual todo, no solo á vos, pero á cuantos lo leyeren, ofrezco los siguientes metros. Y porque conozcais dónde comienzan mis maldoladas razones, acordé que todo lo del antiguo autor fuese sin division en un acto ó scena incluso, fasta el segundo acto donde dice: « *Hermanos mios*," etc. Vale.





EL AUTOR,

ESCUSÁNDOSE DE SU YERRO EN ESTA OBRA QUE ESCRIBIÓ, CONTRA SÍ ARGUYE Y COMPARA.

El silencio escuda y suele encobrir (1)
La falta de ingenio y torpeza de lenguas:
Blason, qu'es contrario, publica sus menguas
A quien mucho habla sin mucho sentir.
Como (la) hormiga que deja de ir,
Holgando por tierra, con la provision:
Jactóse con alas de su perdicion;
Leváronla en alto, no sabe dónde ir.

El aire gozando ageno y estraño,
Rapiña es ya hecha de aves que vuelan,
Fuertes mas qu'ella; por cebo la llevan:
En las nuevas alas estaba su daño.
Razon es que aplique á mi pluma este engaño,
No despreciando á los que me arguyen
Asi, que á mi mismo mis alas destruyen,
Nublosas y flacas, nacidas de ogaño.

Donde esta gozar pensaba volando,
O yo de escrebir cobrar mas honor,
Del uno y del otro nació desfavor:
Ella es comida, y á mi estan cortando
Reproches y vistas y tachas. Callando
Obstara: y los daños de envidia y murmuros
Insisto remando, y los puertos seguros
Atras quedan todos ya cuanto mas ando.

Si bien quereis ver mi limpio motivo
A cuál se endereza de aquestos estremos,
Con cuál participa, quién rige sus remos,
Apolo, Diana, ó Cupido altivo;
Buscad bien el fin de aquesto qu'escribo,
O de el principio leed su argumento.
Leedlo, vereis que aunque dulce cuento,
Amante, que os muestra salir de captivo.

Como el doliente que píldora amarga (2)
O la recela, ó no puede tragar,
Métela dentro de dulce manjar,
Engáñase el gusto, salud se le alarga;
D'esta manera mi pluma se embarga,
Imponiendo dichos lascivos, rientes,
Atrae los oídos de penadas gentes:
De grado escarmientan y arrojan su carga.

Estando cercado de dudas y antojos
Compuse la fin quel principio desata:
Acordé dorar con oro de lata
Lo mas fino tibar, que vi con mis ojos,
Y encima de rosas sembrar mil abrojos.
Suplico pues suplan discretos mi falta:
Teman groseros; y en obra tan alta,
O vean, ó callen, ó no den enojos.

Yo vi en Salamanca la obra presente:
Movíme á acabarla por estas razones:
Es la primera, que estó en vacaciones,
La otra imitar á persona prudente,
Y es la final, ver ya la mas gente
Vuelta y mezclada en vicios de amor.
Estos amantes les pornán temor
A fiar de alcahueta, ni falso sirviente.

Y asi que esta obra en el proceder

Que tanto breve, cuanto muy sotil.
Vi que portaba sentencias dos mil
En forro de gracias, labor de placer.
No hizo Dédalo cierto á mi ver
Alguna mas prima entretalladura,
Si fin diera en esta su propia escritura
Cota ó Mena con su gran saber.

Y á mas yo no vide en lengua romana,
Despues que me acuerdo, ni nadie la vido,
Obra d'estilo tan alto y subido
En tosca, ni griega, nin la castellana.
No trae sentencia, de donde no mana
Loable al autor y eterna memoria,
Al cual Jesucristo reciba en su gloria
Por su pasion santa que á todos nos sana.

Vos los que amais, tomad este ejemplo,
Este fino arnés con que os defendais:
Volved ya las riendas, porque no os perdais:
Load siempre á Dios vistando su templo:
Andad sobre aviso: no seais dejemplo
De muertos y vivos y propios culpados;
Estando en el mundo yaceis sepultados.
Muy gran dolor siento cuando esto contemplo!

O damas, matronas, mancebos, casados,
Notad bien la vida que aquestos hicieron,
Tened por espejo su fin cual hobieron:
A otro que amores dad vuestros cuidados:
Limpiad ya los ojos los ciegos errados,
Virtudes sembrando con casto vivir.
Y todo correr debeis de huir,
No os lance Cupido sus tiros dorados.



PRÓLOGO.

Todas las cosas ser criadas á manera de contienda ó batalla, dice aquel gran sabio Eráclito en el modo: *Omnia secundum litem fiunt.* Sentencia á mi ver digna de perpetua y recordable memoria: y como sea cierto que toda palabra del hombre sciente está preñada, desta se puede decir, que de muy hinchada y llena quiere rebentar; echando de sí tan crecidos ramos y hojas, que del menor pimpollo se sacaria harto fruto entre personas discretas. Pero como mi pobre saber no bastase á mas de roer sus secas cortezas de los dichos de aquellos que por claror de sus ingenios merecieron ser aprobados; con lo poco que de allí al-

canzare, satisfaré al propósito deste breve prólogo. Hallé esta sentencia corroborada por aquel gran orador y poeta laureado, Francisco Petrarca, diciendo: *sine lite atque offensione nihil genuit natura parens.* Sin lid y ofension, ninguna cosa engendró la natura, madre de todo. Dice mas adelante: *Sic est enim, et sic propemodum universa testantur: rapido stellæ obviant firmamento; contraria invicem elementa confligunt; terræ tremunt; maria fluctuant; aer quatitur; crepant flammæ; bellum immortale venti gerunt; tempora temporibus concertant; secum singula, nobiscum omnia.* Que quiere decir: «En verdad asi es, y asi todas las cosas desto dan testimonio: las estrellas se encuentran en el arrebatado firmamento del cielo; los adversos elementos unos con otros rompen pelea; tremen las tierras; ondean los mares; el aire se sacude; suenan las llamas; los vientos traen perpetua guerra; los tiempos con tiempos contienden y litigan entre sí, uno á uno y todos contra nosotros." El verano vemos que nos aqueja con calor demasiado; el invierno con frio y aspereza: asi que esto que nos parece revolucion temporal, esto con que nos sostenemos, esto con que nos criamos y vivimos, si comienza á ensoberbecerse mas de lo acostumbrado, no es sino guerra. E cuanto se ha de temer, manifiéstase por los grandes terremotos y torbellinos; por los naufragios é incendios, asi celestiales como terrenales; por la fuerza de los aguaduchos; por aquel bramar de truenos; por aquel temeroso ímpetu

de rayos; aquellos cursos y recursos de las nubes, de cuyos abiertos movimientos, para saber la secreta causa de que proceden no es menor la disension de los filósofos en las escuelas, que de las ondas en la mar. Pues entre los animales ningun género carece de guerra; peces, fieras, aves, serpientes: de lo cual todo, una especie á otra persigue. El leon al lobo, el lobo á la cabra, el perro á la liebre; y si no pareciese conseja detras del fuego, yo llegaria mas al cabo esta cuenta. El elefante, animal tan poderoso y fuerte, se espanta y huye de la vista de un suzuelo raton, y aun de solo oirle toma gran temor. Entre las serpientes el basilisco crió la natura tan ponzoñoso y conquistador de todas las otras, que con su silvo las asombra, con su venida las ahuyenta y desparce, y con su vista las mata. La víbora reptilia, ó serpiente enconada, al tiempo de concebir, por la boca de la hembra metida la cabeza del macho, y ella con el gran dulzor apriétale tanto que le mata; y quedando preñada, el primer hijo rompe los hijares de la madre, por do todos salen. Ella queda muerta; y él, casi vengador de la paterna muerte, se la come. ¿Qué mayor lid, qué mayor contienda ni guerra, que engendrar en su cuerpo quien coma sus entrañas? Pues no menos disensiones naturales creemos haber en los pescados; pues es cosa cierta gozar la mar de tantas formas de peces, cuantas la tierra y el aire cria de aves y animalias, y muchas mas. Aristótiles y Plinio cuentan maravillas de un pe-

queño pece llamado *Echeneis*, y cuanto sea apta su propiedad para diversos géneros de lides. Especialmente tiene una, que si llega á una nao ó carraca, la detiene que no se puede menear, aunque vaya muy recio por las aguas: de lo cual hace Lucano mencion, diciendo:

> Non puppim retinens, Euro tendente rudentes
> In mediis Echeneis aquis.

«No falta allí el pece dicho Echeneis que detiene las fustas, cuando el viento Euro estiende las cuerdas en medio de la mar.» ¡O natural contienda digna de admiracion: poder mas un pequeño pece, que un gran navío con toda fuerza de los vientos! Pues si discurrimos por las aves y por sus continuas enemistades, bien afirmarémos ser todas las cosas criadas á manera de contienda. Las mas viven de rapiña como leones, águilas y gavilanes. Hasta los groseros milanos insultan dentro en nuestras moradas los domésticos pollos, y debajo las alas de sus madres los vienen á cazar. De una ave llamada Rocho, que nace en el índico mar de oriente, se dice ser de grandeza jamas oida, y que lleva sobre su pico hasta las nubes, no solo un hombre y diez; pero un navío cargado de todas sus jarcias y gente; y como los míseros navegantes esten tan suspensos en el aire, con el meneo de su vuelo caen, y reciben crueles muertes (3). Pues ¿qué dirémos entre los hombres, á quien todo lo sobredicho es sujeto? ¿Quién esplanará sus guerras, sus enemistades, sus envidias, sus aceleramientos y movimien-

tos, y descontentamientos? ¿Aquel mudar de trages, aquel derribar y renovar edificios, y otros muchos efectos diversos, y variedades que desta nuestra flaca humanidad nos provienen? Y pues es antigua querella y usitada de largos tiempos, no quiero maravillarme, si esta presente obra ha sido instrumento de lid y contienda á sus lectores para ponerlos en diferencias, dando cada uno sentencia sobre ella á sabor de su voluntad. Unos decian que era prolija, otros breve, otros agradable, otros escura; de manera que cortarla á medida de tantas y tan diferentes condiciones, á solo Dios pertenece. Mayormente pues ella, con todas las otras cosas que al mundo son, van debajo de la bandera desta noble sentencia: *que aun la misma vida de los hombres, si bien lo miramos, desde la primera edad hasta que blanquean las canas, es batalla.* Los niños con los juegos, los mozos con las letras, los mancebos con los deleites, los viejos con mil especies de enfermedades pelean; y estos papeles con todas las edades. La primera los borra y rompe. La segunda no los sabe bien leer. La tercera, que es la alegre juventud y mancebía, discorda. Unos roen los huesos que no tienen virtud, que es la historia toda junta, no aprovechándose de las particularidades, haciéndola cuento de camino: otros pican los donaires y refranes comunes, loándolos con toda atencion; dejando pasar por alto lo que hace mas al caso y utilidad suya. Pero aquellos para cuyo verdadero placer es todo, desechan el cuento de

la historia para contar; coligen la suma para su provecho, rien lo donoso, las sentencias y dichos de filósofos guardan en su memoria para trasponer en lugares convenibles á sus actos y propósitos. Asi que cuando diez personas se juntaren á oir esta comedia, en quien quepa esta diferencia de condiciones, como suele acaecer, ¿quién negará que no haya contienda en cosa que de tantas maneras se entienda? Aun los impresores han dado sus punturas, poniendo rúbricas ó sumarios al principio de cada acto, narrando en breve lo que dentro contenia: una cosa bien escusada, segun lo que los antiguos escritores usaron. Otros han litigado sobre el nombre, diciendo que no se habia de llamar comedia, pues acaba en tristeza, sino que se llamase tragedia. El primer autor quiso dar denominacion del principio, que fue placer, é llamóla comedia: yo viendo estas discordias entre estos estremos, partí agora por medio la porfía, é llaméla *Tragi-comedia.* Asi que viendo estas contiendas, estos dísonos y varios juicios, miré á dónde la mayor parte acostaba, y hallé que querian que se alargase en el proceso de su deleite destos amantes, sobre lo cual fui muy importunado; de manera que acordé, aunque contra mi voluntad, meter segunda vez la pluma en tan estraña labor y tan agena de mi facultad, hurtando algunos ratos á mi principal estudio, con otras horas destinadas para recreacion, puesto que no han de faltar nuevos detractores á la nueva adicion.

INTRODÚCENSE

EN ESTA TRAGI-COMEDIA

LAS PERSONAS SIGUIENTES.



CALISTO, mancebo enamorado.
MELIBEA, hija de Pleberio.
PLEBERIO, padre de Melibea.
ALISA, madre de Melibea.
CELESTINA, alcahueta.
PARMENO......
SEMPRONIO...
TRISTAN........
SOSIA............... } criados de Calisto.
CRITO, putañero.
LUCRECIA, criada de Pleberio.
ELICIA...........
AREUSA......... } rameras.
CENTURIO, rofian.

ARGUMENTO DE TODA LA OBRA.

Calisto fue de noble linage, de claro ingenio, de gentil disposicion, de linda crianza, dotado de muchas gracias, de estado mediano. Fue preso en el amor de Melibea, muger moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera á su padre Pleberio, y de su madre Alisa muy amada. Por solicitud del pungido Calisto, vencido el casto propósito della (enterveniendo Celestina, mala y astuta muger, con dos sirvientes del vencido Calisto, engañados y por esta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleite), vinieron los amantes y los que les ministraron en amargo y desastrado fin. Para comienzo de lo cual dispuso la adversa fortuna lugar oportuno, donde á la presencia de Calisto se presentó la deseada Melibea.

ARGUMENTO

DEL PRIMER ACTO DE LA TRAGI-COMEDIA.

Entrando *Calisto* en una huerta empós de un falcon suyo, halló ahí á *Melibea*, de cuyo amor preso, comenzóle de hablar. De ella rigurosamente despedido, fue para su casa muy angustiado, y habló con un criado suyo llamado *Sempronio*, el cual, despues de muchas razones, le enderezó á una vieja llamada *Celestina*, en cuya casa tenia el mismo criado una enamorada llamada *Elicia*. Esta, viniendo Sempronio á casa de Celestina con el negocio de su amo, tenia otro enamorado consigo llamado *Crito*, al cual escondieron. Entretanto que Sempronio está negociando con Celestina, Calisto está razonando con otro su criado por nombre *Parmeno*; y este razonamiento dura hasta que llegan Sempronio y Celestina á casa de Calisto. Parmeno fue conocido de Celestina, la cual mucho le dice de los hechos y conocimiento de su madre; induciéndole á amor y concordia de Sempronio.

ACTO PRIMERO.

Calisto, Melibea, Sempronio, Celestina, Elicia, Crito, Parmeno.

CALISTO. En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA. ¿En qué, Calisto?

CAL. En dar poder á natura que de tan perfecta hermosura te dotase, y hacer á mí inmérito tanta merced que verte alcanzase, y en tan conveniente lugar, que mi secreto dolor manifestarte pudiese. Sin duda incomparablemente es mayor tal galardon que el servicio, sacrificio, devocion y obras pias que por este lugar alcanzar yo tengo á Dios ofrecido. ¿Quién vido en esta vida cuerpo glorificado de ningun hombre como agora el mio? Por cierto los gloriosos santos que se deleitan en la vision divina, no gozan mas que yo agora en el acatamiento tuyo. Mas, ¡ó triste! que en esto diferimos: que ellos puramente se glorifican sin temor de caer de tal bienaventuranza; y yo mísero (4) me alegro con recelo del esquivo tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIB. ¿Por gran premio tienes este, Calisto?

CAL. Téngolo por tanto en verdad, que si

Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos, no lo ternia por tanta felicidad.

MELIB. Pues aun mas igual galardon te daré yo, si perseveras.

CAL. ¡O bienaventuradas orejas mias, que indignamente tan gran palabra habeis oido!

MELIB. Mas desaventuradas de que me acabes de oir; porque la paga será tan fiera, cual merece tu loco atrevimiento y el intento de tus palabras ha sido: ¿cómo de ingenio de tal hombre como tú, habia de salir para se perder en la virtud de tal muger como yo? Vete, vete de ahí, torpe, que no puede mi paciencia tolerar que haya subido en corazon humano conmigo en ilícito amor comunicar su deleite.

CAL. Iré como aquel contra quien solamente la adversa fortuna pone su estudio con odio cruel..... Sempronio, Sempronio, Sempronio. ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO. Aqui estoy, señor, curando destos caballos.

CAL. Pues ¿cómo sales de la sala?

SEMP. Abatióse el girifalte, y vínele á enderezar en el alcándara.

CAL. Asi los diablos te ganen; asi por infortunio arrebatado perezcas, ó perpetuo é intolerable tormento consigas, el cual en grado incomparablemente á la penosa y desastrada muerte que espero, traspase. Anda, anda, malvado, abre la cámara y endereza la cama.

SEMP. Señor, luego, hecho es.

CAL. Cierra la ventana, y deja la tiniebla acompañar al triste, y al desdichado la ceguedad. Mis pensamientos tristes no son dignos de lúz. ¡O bienaventurada muerte aquella que deseada á los afligidos viene! O si viniésedes agora Crato y Galieno, médicos, ¿sentiríades mi mal? ¡O piedad celestial, inspira en el pleberio corazon, porque sin esperanza de salud no envie el espíritu perdido con el desastrado Píramo y la desdichada Tisbe!

SEMP. ¿Qué cosa es?

CAL. Vete de ahí, no me hables; sino quizá (antes de tiempo) de rabiosa muerte mis manos causarán tu arrebatado fin.

SEMP. Iré: pues solo quieres padecer tu mal.

CAL. Vete con el diablo.

SEMP. No creo, segun pienso, irá conmigo el que contigo queda. ¡O desventura! ó súbito mal! ¿Cuál fue tan contrario acontecimiento que asi tan presto robó el alegría deste hombre; y lo que peor es, junto con ella el seso? ¿Dejarle he solo, ó entraré allá? Si le dejo matarse ha; si entro allá matarme ha. Quédese, no me curo: mas vale que muera aquel á quien es enojosa la vida, que no yo que huelgo con ella. Aunque por ál no desease vivir, sino por ver mi Elicia, me deberia guardar de peligros. Pero si se mata sin otro testigo, yo quedo obligado á

dar cuenta de su vida. Quiero entrar; mas puesto que entre, no quiere consolacion ni consejo. Asaz es señal mortal no querer sanar. Con todo, quiérole dejar un poco desbrave, madure: que oido he decir, que es peligroso abrir ó apremiar las postemas duras, porque mas se enconan. Esté un poco: dejemos llorar al que dolor tiene; que las lágrimas y sospiros mucho desenconan el corazon dolorido. Y aun si delante me tiene, mas conmigo se encenderá; que el sol mas arde, donde puede reverberar: la vista á quien objeto no se antepone, cansa; y cuando aquel es cerca, agúzase. Por eso quiérome sufrir un poco: si entre tanto se matare, muera. Quizá con algo me quedaré que otro no sabe, con que mude el pelo malo: aunque malo es esperar salud en muerte agena. Y quizá me engaña el diablo; y si muere matarme han, é irán allá la soga y el calderon. Por otra parte dicen los sabios, que es grande descanso á los afligidos tener con quien puedan sus cuitas llorar, y que la llaga interior mas empece. Pues en estos estremos en que estoy perplejo, lo mas sano es entrar, y sufrirle y consolarle: porque aunque es posible sanar sin arte ni aparejo, mas ligero es guarecer por arte y por cura.

CAL. Sempronio.

SEMP. Señor.

CAL. Dame acá el laud.

SEMP. Señor, vésle aqui.

CAL. ¿Cuál dolor puede ser tal,
Que se iguale con mi mal?

SEMP. Destemplado está ese laud.

CAL. ¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá el armonía aquel que consigo está tan discorde? Aquel en quien la voluntad á la razon no obedece? Quien tiene dentro del pecho aguijones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, pecados, sospechas, todo á una causa? Pero tañe y canta la mas triste cancion que sepas.

SEMP. Mira Nero de Tarpeya
A Roma como se ardia;
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolia (5).

CAL. Mayor es mi fuego, y menor la piedad de quien yo agora digo.

SEMP. (No me engaño yo, que loco está este mi amo).

CAL. ¿Qué estás murmurando, Sempronio?

SEMP. No digo nada.

CAL. Dí lo que dices, no temas.

SEMP. Digo, que ¿cómo puede ser mayor el fuego que atormenta un vivo, que el que quemó tal ciudad y tanta multitud de gente?

CAL. ¿Cómo? Yo te lo diré: mayor es la llama que dura ochenta años, que la que en un dia pasa: y mayor la que mata un ánima, que la que quemó cien mil cuerpos. Como de la aparencia á la existencia; como de lo vivo á lo pin-

tado; como de la sombra á lo real; tanta diferencia hay del fuego que dices al que me quema. Por cierto si el del purgatorio es tal mas querria que mi espíritu fuese con los de los brutos animales, que por medio de aquel ir á la gloria de los santos.

SEMP. (Algo es lo que digo: á mas ha de ir este hecho. No basta loco, sino herege).

CAL. ¿No te digo que hables alto cuando hablares? ¿Qué dices?

SEMP. Digo, que nunca Dios quiera tal: que es especie de heregía lo que agora dijiste.

CAL. ¿Por qué?

SEMP. Porque lo que dices contradice la cristiana religion.

CAL. ¿Qué á mí?

SEMP. ¿Tú no eres cristiano?

CAL. ¿Yo? Melibeo so, y á Melibea adoro, y en Melibea creo, y á Melibea amo.

SEMP. Tú te lo dirás. Como Melibea es grande, no cabe en el corazon de mi amo, que por la boca le sale á borbollones. No es mas menester; bien sé de qué pié cojeas: yo te sanaré.

CAL. Increible cosa prometes.

SEMP. Antes fácil: que el comienzo de la salud es conocer hombre la dolencia del enfermo.

CAL. ¿Cuál consejo puede regir lo que en sí no tiene órden ni consejo?

SEMP. (Há, há, há. ¿Este es el fuego de Ca-

listo? ¿Estas son sus congojas? ¡Como si solamente el amor contra él asestase sus tiros! ¡O soberano Dios, cuán altos son tus misterios! ¡Cuánta premia pusiste en el amor, que es necesaria turbacion en el amante! Su límite pusiste por maravilla. Parece al amante que atras queda: todos pasan, todos rompen, pungidos y esgarrochados como ligeros toros, sin freno saltan por las barreras. Mandaste al hombre por la muger dejar el padre y la madre: agora no solo aquellos, mas á tí y á tu ley desamparan, como agora Calisto: del cual no me maravillo, pues los sabios, los santos, los profetas por ellas te olvidaron).

CAL. Sempronio.

SEMP. Señor.

CAL. No me dejes.

SEMP. De otro temple está esta gaita.

CAL. ¿Qué te parece de mi mal?

SEMP. Que amas á Melibea.

CAL. ¿Y no otra cosa?

SEMP. Harto mal es tener la voluntad en un solo lugar cautiva.

CAL. Poco sabes de firmeza.

SEMP. La perseverancia en el mal no es constancia; mas dureza ó pertinacia la llaman en mi tierra. Vosotros los filósofos de Cupido llamalda como quisiéredes.

CAL. Torpe cosa es mentir el que enseña á otro; pues que tú te precias de loar á tu amiga Elicia.

Semp. Haz tú lo que bien digo, y no lo que mal hago.

Cal. ¿Qué me repruebas?

Semp. Que sometes la dignidad del hombre á la imperfeccion de la flaca muger.

Cal. ¿Muger? ¡O grosero! Dios, Dios.

Semp. ¿Y asi lo crees, ó burlas?

Cal. ¿Que burlo? Por Dios la creo; por Dios la confieso, y no creo que haya otro soberano en el cielo; aunque entre nosotros mora.

Semp. Há, há, há. (¿Oistes qué blasfemia? ¿Vistes qué ceguedad?)

Cal. ¿De qué te ries?

Semp. Ríome, que no pensaba que habia peor invencion de pecado que en Sodoma.

Cal. ¿Cómo?

Semp. Porque aquellos procuraron abominable uso con los ángeles no conocidos, y tú con el que confiesas ser Dios.

Cal. Maldito seas, que hecho me has reir, lo que no pensé ogaño.

Semp. ¿Pues qué? toda tu vida habias de llorar?

Cal. Sí.

Semp. ¿Por qué?

Cal. Porque amo aquella, ante quien tan indigno me hallo, que no la espero alcanzar.

Semp. (¡O pusilánime, ó hideputa!) ¡Qué Nembrot, qué magno Alexandre, los cuales no

solo del señorío del mundo, mas del cielo se juzgaron ser dignos!

CAL. No te oí bien eso que dijiste. Torna, dilo, no procedas.

SEMP. Dije, que tú que tienes mas corazon que Nembrot ni Alexandre, desesperas de alcanzar una muger; muchas de las cuales en grandes estados constituidas se sometieron á los pechos y resuellos de viles acemileros, y otras á brutos animales. ¿No has leido de Pasifae con el toro; de Minerva con el can?

CAL. No lo creo; hablillas son.

SEMP. ¿Lo de tu abuela con el ximio, hablilla fué? Testigo es el cuchillo de tu abuelo.

CAL. Maldito sea este necio, ¡y qué porradas dice!

SEMP. ¿Escocióte? Lee los historiales, estudia los filósofos, mira los poetas; llenos estan los libros de sus viles y malos ejemplos, y de las caidas que llevaron los que en algo, como tú, las reputaron. Oye á Salomon do dice, que las mugeres y el vino hacen á los hombres renegar. Consejate con Séneca, y verás en qué las tiene. Escucha al Aristóteles; mira á Bernardo. Gentiles, judíos, cristianos y moros, todos en esta concordia estan. Pero lo dicho y lo que dellas dijere, no te contezca error de tomarlo en comun: que muchas hubo y hay santas, y virtuosas y notables, cuya resplandeciente corona quita el general vituperio. Pero destas otras,

¿quién te contaria sus mentiras, sus tráfagos, sus cambios, su liviandad, sus lágrimillas, sus alteraciones, sus osadías? que todo lo que piensan, osan sin deliberar: ¿sus disimulaciones, su lengua, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitud, su inconstancia, su testimoniar, su negar, su revolver, su presuncion, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su desden, su soberbia, su sujecion, su parlería, su golosina, su lujuria y suciedad, su miedo, su atrevimiento, sus hechicerías, sus embaimientos, sus escarnios, su deslenguamiento, su desvergüenza, su alcahuetería? Considera ¡qué sesito está debajo de aquellas grandes y delgadas tocas: qué pensamientos so aquellas gorgueras, so aquel fausto, so aquellas largas y autorizantes ropas! ¡qué imperfeccion, qué albañares debajo de templos pintados! Por ellas es dicho, arma del diablo, cabeza de pecado, destruicion de paraíso. ¿No has rezado en la festividad de san Juan, do dice: *Esta es la muger, antigua malicia que á Adan echó de los deleites del paraíso; esta el linage humano metió en el infierno; á esta menospreció Elias profeta*, etc. (6)?

CAL. Di pues, ese Adan, ese Salomon, ese David, ese Aristóteles, ese Virgilio, esos que dices, ¿cómo se sometieron á ellas? ¿Soy mas que ellos?

SEMP. A los que las vencieron querria que remedases que no á los que dellas fueron venci-

dos. Huye de sus engaños. ¿Sabes qué hacen? cosas que es difícil entenderlas: no tienen modo, no razon, no intencion: por rigor comienzan el ofrecimiento que de sí quieren hacer. A los que meten por los agugeros denuestan en la calle, convidan, despiden, llaman, niegan, señalan amor, pronuncian enemiga; ensáñanse presto, apacíguanse luego; quieren que adevinen lo que quieren. ¡O qué plaga, ó qué enojo, ó qué hastío es conferir con ellas mas de aquel breve tiempo que aparejadas son á deleite!

Cal. ¿Ves? Mientras mas me dices y mas inconvenientes me pones, mas la quiero. No sé qué se es.

Semp. No es este juicio para mozos, segun veo, que no se saben á razon someter; no se saben administrar. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fue discípulo.

Cal. Y tú ¿qué sabes? ¿quién te mostró esto?

Semp. ¿Quién? ellas: que desque se descubren, asi pierden la vergüenza, que todo esto y aun mas á los hombres manifiestan. Ponte pues en la medida de honra, piensa ser mas digno de lo que te reputas: que cierto peor estremo es dejarse hombre caer de su merecimiento, que ponerse en mas alto lugar que debe.

Cal. Pues ¿quién yo para eso?

Semp. ¿Quién? Lo primero eres hombre y de claro ingenio; y mas, á quien la natura dotó de

los mejores bienes que tuvo: conviene á saber, hermosura, gracia, grandeza de miembros, fuerza, ligereza; y allende desto, fortuna medianamente partió contigo lo suyo en tal cuantidad, que los bienes que tienes de dentro con los de fuera resplandecen. Porque sin los bienes de fuera, de los cuales la fortuna es señora, á ninguno acaece en esta vida ser bienaventurado: y mas, á constelacion de todos eres amado.

Cal. Pero no de Melibea; y en todo lo que me has gloriado, Sempronio, sin proporcion ni comparacion se aventaja Melibea. Mira la nobleza y antigüedad de su linage, el grandísimo patrimonio, el escelentísimo ingenio, las resplandecientes virtudes, la altitud é inefable gracia, la soberana hermosura, de la cual te ruego me dejes hablar un poco, porque haya algun refrigerio. Y lo que te dijere será de lo descubierto, que si de lo oculto yo hablar te supiera, no fuera necesario altercar tan miserablemente estas razones.

Semp. (¡Qué mentiras, y qué locuras dirá agora este cativo de mi amo!)

Cal. ¿Cómo es eso?

Semp. Dije que digas, que muy gran placer habré de lo oir. (Asi te medre Dios, como me será agradable ese sermon).

Cal. Qué?

Semp. Que asi me medre Dios, como me será gracioso de oir.

Cal. Pues porque hayas placer, yo lo figuraré por partes muy por estenso.

Semp. Duelos tenemos: esto es tras lo que yo andaba. De pasar se habrá ya esta importunidad.

Cal. Comienzo por los cabellos: ¿ves tú las madejas del oro delgado que hilan en Arabia? Mas lindos son y no resplandecen menos. Su longura hasta el postrer asiento de sus pies: despues crinados y atados con la delgada cuerda, como ella se los pone, no ha mas menester para convertir los hombres en piedras.

Semp. (Mas en asnos).

Cal. ¿Qué dices?

Semp. Dije, que esos tales no serian cerdas de asno.

Cal. Ved, ¡qué torpe, y qué comparacion!

Semp. (¿Tú cuerdo?)

Cal. Los ojos verdes, rasgados, las pestañas luengas, las cejas delgadas y alzadas, la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos y blancos, los labrios colorados y grosezuelos, el torno del rostro poco mas luengo que redondo, el pecho alto, la redondeza y forma de las pequeñas tetas, ¿quién te la podria figurar? ¡Qué se despereza el hombre cuando las mira! La tez lisa lustrosa, el cuero suyo escurece la nieve, la color mezclada, cual ella la escojió para sí.

Semp. (En sus trece está este necio.)

CAL. Las manos pequeñas en mediana manera, y de dulce carne acompañadas; los dedos luengos, las uñas en ellos largas y coloradas que parecen rubíes entre perlas. Aquella proporcion que yo ver no pude, sin duda por el bulto de fuera juzgo incomparablemente ser mejor, que la que Páris juzgó entre las tres deesas (7).

SEMP. ¿Has dicho?

CAL. Cuan brevemente pude.

SEMP. Puesto que sea todo eso verdad, por ser tú hombre eres mas digno.

CAL. ¿En qué?

SEMP. En que ella es imperfecta (8), por el cual defecto desea y apetece á tí, y á otro menos que tú. ¿No has leido el filósofo do dice: *asi como la materia apetece á la forma, asi la muger al varon?*

CAL. ¡O triste, y cuándo veré yo eso entre mí y Melibea!

SEMP. Posible es, y aun-que la aborrezcas cuanto agora la amas podrá ser alcanzándola, y viéndola con otros ojos, libres del engaño en que agora estás.

CAL. ¿Con qué ojos?

SEMP. Con ojos claros.

CAL. Y agora ¿con qué la veo?

SEMP. Con ojos de alinde (9), con que lo poco parece mucho, y lo pequeño grande. Y porque no te desesperes, yo quiero tomar esta empresa de cumplir tu deseo.

Cal. ¡Oh! Dios te dé lo que deseas. ¡Qué glorioso me es oirte, aunque no espero que lo has de hacer!

Semp. Antes lo haré cierto.

Cal. Dios te consuele. El jubon de brocado que ayer vestí, Sempronio, vístetelo tú.

Semp. Prospérete Dios por este y por muchos mas que me darás. (De la burla yo me llevo lo mejor: con todo, si destos aguijones me da, traérgela (10) he hasta la cama. ¡Bueno ando! Hácelo esto que me dió mi amo; que sin merced, imposible es obrarse bien ninguna cosa).

Cal. No seas agora negligente.

Semp. No lo seas tú, que imposible es hacer siervo diligente el amo perezoso.

Cal. ¿Cómo has pensado de hacer esta piedad?

Semp. Yo te lo diré. Dias ha grandes que conozco en fin desta vecindad una vieja barbuda que se dice Celestina, hechicera, astuta y sagaz en cuantas maldades hay. Entiendo que pasan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad en esta ciudad. A las duras peñas promoverá y provocará á lujuria, si quiere.

Cal. ¿Podríala yo hablar?

Semp. Yo te la traeré hasta acá. Por eso aparéjate; seile gracioso, seile franco: estudia, mientras voy yo á le decir tu pena tan bien como ella te dará el remedio.

Cal. Ya tardas.

Semp. Ya voy: quede Dios contigo.

Cal. Y contigo vaya. ¡O todo poderoso, perdurable Dios! ¡Tú que guias los perdidos, y á los reyes orientales por el estrella precedente á Bethlen trujiste, y en su patria los redujiste! Humilmente te ruego que guies á mi Sempronio, de manera que convierta mi pena y tristeza en gozo, y yo indigno merezca venir en el deseado fin.

Celestina. Albricias, albricias, Elicia. Sempronio, Sempronio.

Elicia. Ce, ce, ce.

Cel. ¿Por qué?

Elic. Porque está aqui Crito.

Cel. Mételo en la camarilla de las escobas: presto. Dile que viene tu primo y mi familiar.

Elic. Crito, retráete ahí. Mi primo viene: perdida soy.

Crito. Pláceme, no te congojes.

Sempronio. ¡Madre bendita! ¡Qué deseo traigo! Gracias á Dios que te me dejó ver.

Cel. Hijo mio, rey mio, turbado me has: no te puedo hablar. Torna y dame otro abrazo. ¿Y tres dias pudiste estar sin vernos? Elicia, Elicia, cátale aqui.

Elic. ¿A quién, madre?

Cel. A Sempronio.

ELIC. ¡Ay triste! qué saltos me da el corazon! Y ¿qué es dél?

CEL. Vesle aqui, vesle. Yo me lo abrazaré que no tú.

ELIC. ¡Ay! maldito seas, traidor. Postema y landre te mate, y á manos de tus enemigos mueras, y por crímenes dignos de cruel muerte en poder de rigurosa justicia te veas! ¡Ay, ay!

SEMP. Há, há, há. ¿Qué es, mi Elicia, de qué te congojas?

ELIC. Tres dias ha que no me ves. Nunca Dios te vea; nunca Dios te consuele ni visite. ¡Guay de la triste que en tí tiene su esperanza y el fin de todo su bien!

SEMP. Calla, señora mia; ¿tú piensas que la distancia del lugar es poderosa de apartar el entrañable amor y el fuego que está en mi corazon? Do yo voy, conmigo vas, conmigo estás: no te aflijas, ni me atormentes mas de lo que yo he padecido. Mas di, ¿qué pasos suenan arriba?

ELIC. ¿Quién? Un mi enamorado.

SEMP. Pues créolo.

ELIC. A la hé verdad es: sube allá y verlo has.

SEMP. Voy.

CEL. Anda acá: deja á esa loca que es liviana, y turbada de tu ausencia, sácasla agora de seso. Dirá mil locuras. Ven y hablemos: no dejemos pasar el tiempo en valde.

SEMP. Pues ¿quién está arriba?

CEL. ¿Quiéreslo saber?

SEMP. Quiero.

CEL. Una moza que me encomendó un fraile.

SEMP. ¿Qué fraile?

CEL. No lo procures.

SEMP. Por mi vida, madre, ¿qué fraile?

CEL. ¿Porfías? El ministro, el gordo...

SEMP. ¡Desventurada, y qué carga espera!

CEL. Todo lo llevamos. Pocas mataduras has tú visto en la barriga.

SEMP. Mataduras no; mas petreras sí.

CEL. ¡Ay burlador!

SEMP. Deja si soy burlador, muéstramela.

ELIC. ¡Ah! don malvado (11), ¿verla quieres? Los ojos se te salten: que no basta á tí una ni otra. Anda, vela, y deja á mí para siempre.

SEMP. Calla: ¡Dios mio! no te enojes, que ni la quiero ver á ella ni á muger nacida. A mi madre quiero hablar, y quédate á Dios.

ELIC. Anda, anda, vete, desconocido, y estate otros tres años que no me vuelvas á ver.

SEMP. Madre mia, bien tendrás confianza, y creerás que no te burlo. Toma el manto, y vamos: que por el camino sabrás lo que si aqui me tardase en decir, impediria tu provecho y el mio.

CEL. Vamos. Elicia, quédate á Dios, cierra la puerta. A Dios, paredes.

SEMP. O madre mia, todas cosas dejadas á parte, solamente sei atenta, é imagina en lo

que te dijere; y no derrames el pensamiento en muchas partes, que quien junto en diversos lugares le pone, en ninguno lo tiene; sino por caso determina lo cierto. Quiero que sepas de mí lo que no has oido, y es que jamas pude, despues que mi fe contigo puse, desear bien de que no te cupiese parte.

Cel. Parta Dios, hijo, de lo suyo contigo, que no sin causa lo hará, siquiera porque has piedad desta pecadora de vieja. Pero di, no te detengas; que la amistad que entre tí y mí se afirma, no ha menester preámbulos, ni correlarios (12), ni aparejos para ganar voluntad. Abrevia y ven al hecho; que vanamente se dice por muchas palabras lo que por pocas se puede entender.

Semp. Asi es. Calisto arde en amores de Melibea: de tí y de mí tiene necesidad. Pues juntos nos ha menester, juntos nos aprovechemos: que conocer el tiempo y usar el hombre de la oportunidad, hace los hombres prósperos.

Cel. Bien has dicho, al cabo estoy: basta para mí mecer el ojo. Digo, que me alegro mucho destas nuevas, como los cirujanos de los descalabrados. Y como aquellos dañan en los principios las llagas y encarecen el prometimiento de la salud, asi entiendo yo hacer á Calisto. Alargarle he la certinidad del remedio, porque, como dicen, el esperanza luenga aflige el corazon, y cuanto él la perdiere, tanto gela promete. Bien me entiendes.

SEMP. Callemos, que á la puerta estamos, y como dicen, las paredes han oidos.

CEL. Llama.

SEMP. Ta, ta, ta.

CALISTO. Parmeno.

PARMENO. Señor.

CAL. ¿No oyes, maldito sordo?

PAR. ¿Qué es, señor?

CAL. A la puerta llaman, corre.

PAR. ¿Quién es?

SEMP. Abre á mí y á esta dueña.

PAR. Señor, Sempronio y una puta vieja alcoholada daban aquellas porradas.

CAL. Calla, calla, malvado, que es mi tia: corre, corre, abre. Siempre lo ví, que por huir hombre de un peligro, cae en otro mayor. Por encubrir yo este hecho de Parmeno, á quien amor, ó fidelidad ó temor pusieran freno, caí en indignacion desta que no tiene menor poderío en mi vida que Dios.

PAR. ¿Por qué, señor, te matas? ¿Por qué, señor, te congojas? Y ¿tú piensas que es vituperio en las orejas desta el nombre que la llamé? No lo creas; que asi se glorifica en lo oir, como tú cuando dicen: diestro caballero es Calisto. Y demas desto es nombrada, y por tal título conocida. Si entre cien mugeres va, y alguno dice, *puta vieja,* sin ningun empacho luego vuelve la cabeza, y responde con alegre cara. En los convites, en las fiestas, en las bodas, en las co-

fradrías, en los mortuorios, en todos los ayuntamientos de gentes, con ella pasan tiempo. Si pasa por cabe los perros aquello suena su ladrido; si está cerca las aves, otra cosa no cantan: si cerca los ganados, balando lo pregonan: si cerca las bestias, rebuznando dicen, *puta vieja.* Las ranas de los charcos otra cosa no suelen mentar: si va entre los herreros, aquello dicen sus martillos: carpinteros y armeros, herradores, caldereros, arcadores, todo oficio de instrumento forma en el aire su nombre: cántanla los carpinteros, péinanla los peinadores, tejedores: labradores en las huertas, en las aradas, en las viñas, en las segadas, con ella pasan el afan cotidiano: al perder en los tableros, luego suenan sus loores: todas cosas que son hacen, á do quiera que ella está, el tal nombre representan. ¡O qué comedor de huevos asados era su marido (12)! ¿Qué quieres mas, sino que si una piedra topa con otra, luego suena *puta vieja?*

Cal. Y tú ¿cómo lo sabes y la conoces?

Parm. Saberlo has. Dias grandes son pasados que mi madre, muger pobre, moraba en su vecindad, la cual rogada por esta Celestina, me dió á ella por sirviente, aunque ella no me conoce, por lo poco que la serví, y por la mudanza que la edad ha hecho.

Cal. ¿De qué la servias?

Parm. Señor, iba á la plaza, y traíale de co-

mer y acompañábala: suplia en aquellos menesteres que mi tierna fuerza bastaba. Pero de aquel poco tiempo que la serví, recogia la nueva memoria lo que la vieja no ha podido quitar. Tiene esta buena dueña al cabo de la ciudad, allá cerca de las tenerías en la cuesta del rio, una casa apartada, medio caida, poco compuesta y menos abastada. Ella tenia seis oficios, conviene saber: labrandera, perfumera, maestra de hacer afeites y de hacer virgos, alcahueta, y un poquito hechicera. Era el primer oficio cobertura de los otros, so color del cual muchas mozas destas sirvientes entraban en su casa á labrarse, y á labrar camisas y gorgueras y otras muchas cosas. Ninguna venia sin torrezno, trigo, harina ó jarro de vino y de las otras provisiones que podian á sus amas hurtar, y aun otros hurtillos de mas cualidad allí se encubrian. Asaz era amiga de estudiantes, y despenseros y mozos de abades: á estos vendia ella aquella sangre inocente de las cuitadillas, la cual ligeramente aventuraban en esfuerzo de la restitucion que ella les prometia. Subió su hecho á mas; que por medio de aquellas, comunicaba con las mas encerradas, hasta traer á ejecucion su propósito. Y aquestas en tiempo honesto, como de estaciones, procesiones de noche, misas del gallo, misas del alba y otras secretas devociones, muchas encubiertas ví entrar en su casa: tras ellas hombres descalzos, contritos y rebozados, desa-

tacados, que entraban allí á llorar sus pecados. ¡Qué tráfagos, si piensas, traia! Hacíase física de niños, tomaba estambre de unas casas y dábalo á hilar en otras, por achaque de entrar en todas. Las unas, madre acá; las otras, madre acullá: cata la vieja, ya viene el ama, de todas muy conocida. Con todos estos afanes, nunca pasaba sin misa ni vísperas; ni dejaba monasterio de frailes ni de monjas: esto porque allí hacia ella sus aleluyas y conciertos. Y en su casa hacia perfumes, falseaba estoraques, menjuí, animes, ámbar, algalia, polvillos, almizcles, mosquetes. Tenia una cámara llena de alambiques, de redomillas, de barrilejos de barro, de vidrio, de arambre, de estaño, hechos de mil faciones: hacia soliman, afeite cocido, argentadas, bujelladas, cerillas, lanillas, unturillas, lustres, lucentores, clarimientes, alvalinos y otras aguas de rostro; de rasuras, de gamones, de corteza de espantalobos, de taraguntia, de hieles, de agraz, de mosto, destilados y azucarados. Adelgazaba los cueros con zumo de limones, con turbino, con tuétano de corzo y de garza, y otras confeciones. Sacaba agua para oler de rosas, de azahar, de jazmin, de trébol, de madre-selva, y clavellinas mosquetadas y almizcladas, polvorizadas con vino. Hacia lejías para enrubiar, de sarmientos, de carrasca, de centeno, de marrubios, con salitre, con alumbre, y millefolia, y otras diversas cosas. Y los untos y mantecas que te-

nia, es hastío de decir: de vaca, de oso, de caballos y de camellos, de culebra y de conejo, de ballena, de garza y de alcaravan, y de gamo, y de gato montés, y de tejon, de harda, de erizo, de nutria. Aparejos para baños esto es una maravilla, de las yerbas y raices que tenia en el techo de su casa colgadas: manzanilla y romero, malvaviscos, culantrillo, coronillas, flor de sauce y de mostaza, espliego y laurel blanco, tortarosa y gramonilla, flor salvaje é higueruela, pico de oro y hoja tinta. Los aceites que sacaba para el rostro, no es cosa de creer. De estoraque y de jazmin, de limon, de pepitas, de violetas, de benjuí, de alfócigos, de piñones, de granillo, de azufaifes, de neguilla, de altramuces, de arvejas y de carillas, y de yerba pajarera; y un poquillo de bálsamo tenia ella en una redomilla, que guardaba para aquel rascuño que tiene por las narices. Esto de los virgos, unos hacia de vejiga, y otros curaba de punto. Tenia en un tabladillo en una cajuela pintada unas agujas delgadas de pellejeros, é hilos de seda encerados, y colgadas allí raices de hojaplasma y fuste sanguino, cebolla albarrana, y cepacaballo. Hacia con esto maravillas: que, cuando vino por aqui el embajador frances, tres veces vendió por vírgen una criada que tenia.

Cal. Asi pudiera ciento.

Parm. Sí, ¡santo Dios! Y remediaba por caridad muchas huérfanas y erradas que se enco-

mendaban á ella. Y en otro apartado tenia para remediar amores, y para se querer bien. Tenia huesos de corazon de ciervo, lengua de víbora, cabezas de codornices, sesos de asno, tela de caballo, mantillo de niño, haba morisca, guija marina, soga de ahorcado, flor de yedra, espina de erizo, pie de tejon, granos de helecho, la piedra del nido del águila, y otras mil cosas. Venian á ella muchos hombres y mugeres; y á unos demandaba el pan do mordian, á otros de su ropa, á otros de sus cabellos, á otros pintaba en la palma letras con azafran, á otros con bermellon, á otros daba unos corazones de cera llenos de agujas quebradas, y otras cosas en barro y en plomo hechas, muy espantables á ver. Pintaba figuras, decia palabras en tierra.... ¿Quién te podrá decir lo que esta vieja hacia, y todo era burla y mentira?

CAL. Bien está, Parmeno, déjalo para mas oportunidad. Asaz soy de tí avisado, téngotelo en gracia. No nos detengamos, que la necesidad desecha la tardanza. Oye, aquella viene rogada; espera mas que debe: vamos, no se indigne. Yo temo, y el temor reduce á la memoria y á la providencia despierta. Sus: vamos, proveamos; pero ruégote, Parmeno, que la envidia de Sempronio, que en esto me sirve y complace, no ponga impedimento en el remedio de mi vida: que si para él hubo jubon, para tí no faltará sayo. Ni pienses que tengo en menos tu consejo y aviso

que su trabajo y obra: como lo espiritual sepa yo que precede á lo corporal. Y puesto que las bestias corporalmente trabajen mas que los hombres, por eso son pensadas y curadas, pero no amigas de ellos; en tal diferencia serás conmigo en respecto de Sempronio; y so secreto sello, pospuesto el dominio, por tal amigo á tí me concedo.

PARM. Quéjome, señor, de la duda de mi fidelidad y servicio, por los prometimientos y amonestaciones tuyas. ¿Cuándo me viste, señor, envidiar, ó por ningun interese ni resabio tu provecho estorcer?

CAL. No te escandalices: que sin duda tus costumbres y gentil crianza en mis ojos ante todos los que me sirven estan. Mas como en caso tan árduo, do todo mi bien y vida pende, es necesario proveer, proveo á los acontecimientos; como quiera que creo que tus buenas costumbres sobre buen natural florecen, como el buen natural sea principio del artificio. Y no mas; sino vamos á ver la salud.

CELESTINA. Pasos oigo: acá descienden. Haz, Sempronio, que no lo oyes: escucha y déjame hablar lo que á tí y á mí conviene.

SEMPRONIO. Habla.

CEL. No me congojes, ni me importunes: que sobrecargar el cuidado, es aguijar al animal congojoso. Asi sientes la pena de tu amo Calisto, que

parece que tú eres él y él tú, y que los tormentos son en un mismo sugeto. Pues cree que yo no vine acá por dejar este pleito indeciso, ó morir en la demanda.

Calisto. Parmeno, detente, ce, escucha qué hablan estos: veamos en qué vivimos. ¡O notable muger, ó bienes mundanos, indignos de ser poseidos de tan alto corazon! ¡O fiel y verdadero Semponio! ¿Has visto, mi Parmeno? ¿Oiste? ¿tengo razon? ¿Qué me dices, rincon de mi secreto, y consejo y alma mia?

Parmeno. Protestando mi inocencia en la primera sospecha, y cumpliendo con la fidelidad, porque te me concediste, hablaré. Óyeme, y el afecto no te ensorde, ni la esperanza del deleite te ciegue. Témplate, y no te apresures; que muchos con codicia de dar en el fiel, yerran el blanco. Aunque soy mozo, cosas he visto asaz, y el seso y la vista de las muchas cosas demuestran la esperiencia. De verte ó de oirte descender por la escalera, parlan estos lo que fingidamente han dicho, en cuyas falsas palabras pones el fin de tu deseo.

Semp. Celestina, ruinmente suena lo que Parmeno dice.

Cel. Calla, que para la mi santiguada, *do vino el asno vendrá el albarda.* Déjame tú á Parmeno, que yo te le haré uno de nos: y de lo que hubiéremos, démosle parte; que los bienes, si no son comunicados, no son bienes. Ganemos todos,

partamos todos, holguemos todos: yo te le traeré manso y benigno á picar el pan en el puño, y serémos *dos á dos*, *y* (como dicen) *tres al mohino.*

CAL. Sempronio.

SEMP. Señor.

CAL. ¿Qué haces, llave de mi vida? Abre. O Parmeno, ya la veo, sano soy, vivo soy. Mira ¡qué reverenda persona, qué acatamiento! Por la mayor parte por la fisonomía es conocida la virtud interior. ¡O vejez virtuosa! ¡O virtud envejecida! ¡O gloriosa esperanza de mi deseado fin! ¡O fin de mi deleitosa esperanza! ¡O salud de mi pasion, reparo de mi tormento, regeneracion mia, vivificacion de mi vida, resurreccion de mi muerte! Deseo llegar á tí, codicio besar esas manos llenas de remedio. La indignidad de mi persona lo embarga. Desde aqui adoro la tierra que huellas, y en reverencia tuya la beso.

CEL. Sempronio, de aquellas vivo yo. Los huesos que yo roí piensa este necio de tu amo de darme á comer: pues al le sueño, *al freir lo verá.* Dile que cierre la boca y comience á abrir la bolsa, que de las obras dudo, cuanto mas de las palabras. *Xó, que te estriego, asna coja:* mas habias de madrugar.

PARM. ¡Guay de orejas que tal oyen! Perdido es quien tras perdido anda. ¡O Calisto desventurado, abatido, ciego! ¡Y en tierra está adorando á la mas antigua puta tierra, que frega-

ron sus espaldas en todos los burdeles. Deshecho es, vencido es, caido es, no es capaz de ninguna redencion, ni consejo ni esfuerzo.

CAL. ¿Qué decia la madre? Paréceme que pensaba que le ofrecia palabras por escusar galardon.

SEMP. Así lo sentí.

CAL. Pues ven conmigo, trae las llaves, que yo sanaré su duda.

SEMP. Bien harás, y luego vamos; que no se debe dejar crecer la yerba entre los panes, ni la sospecha en los corazones de los amigos; sino limpiarla luego con el escardillo de las buenas obras.

CAL. Astuto hablas, vamos y no tardemos.

CEL. Pláceme, Parmeno, que habemos habido oportunidad para que conozcas el amor mio para contigo, y la parte que en mí inmérito tienes. Y digo *inmérito*, por lo que te he oido decir, de que no hago caso. Porque virtud nos amonesta á sufrir las tentaciones, y no dar mal por mal; y especial cuando somos tentados por mozos, y no bien instrutos en lo mundano, en que con necia lealtad pierden á sí y á sus amos, como agora tú á Calisto. Bien te oí; y no pienses que el oir con los otros esteriores sentidos mi vejez haya perdido: que no solo lo que veo oyo y conozco, mas aun lo intrínseco con los intelectuales ojos penetro. Has de saber, Parmeno, que Calisto anda de amor quejoso, y no lo juz-

gues por eso por flaco: que el amor impervio todas las cosas vence. Y sabe, si no sabes, que dos conclusiones son verdaderas. La primera, que es forzoso el hombre amar á la muger, y la muger al hombre. La segunda, que el que verdaderamente ama, es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que por el hacedor de las cosas fue puesto porque el linage de los hombres se perpetuase, sin lo cual pereceria. Y no solo en la humana especie; mas en los peces, en las bestias, en las aves, en las reptilias, y en lo vegetativo algunas plantas han este respecto, si sin interposicion de otra cosa en poca distancia de tierra estan puestas: en que hay determinacion de herbolarios y agricultores ser machos y hembras. ¿Qué dirás á esto, Parmeno? ¿Nezuelo, loquito, angelico, perlica, simplecico, lobitos en tal gestico? Llegate acá, putico, que no sabes nada del mundo, ni de sus deleites. Mas rabia mala me mate, si te llego á mí, aunque vieja; la voz tienes ronca, las barbas te apuntan. Mal sosegadilla debes tener la punta de la barriga.

PARM. Como cola de alacran.

CEL. Y aun peor: que la otra muerde sin hinchar, y la tuya hincha por nueve meses.

PARM. Hi, hi, hi.

CEL. ¿Rieste, landrecilla hijo?

PARM. Calla, madre, no me culpes, ni me tengas, aunque mozo, por insipiente. Amo á Ca-

listo, porque le debo fidelidad, por crianza, por beneficios, por ser dél honrado y bien tratado, que es la mayor cadena que el amor del servidor al servicio del señor prende, cuanto lo contrario aparta. Véole perdido, y no hay cosa peor que ir tras deseo sin esperanza de buen fin; y especial, pensando remediar su hecho tan árduo y difícil con vanos consejos y necias razones de aquel bruto Sempronio, que es pensar *sacar aradores á pala de azadon*. No lo puedo sufrir: dígolo, y lloro.

CEL. Parmeno, ¿tú no ves que es necedad ó simpleza llorar por lo que con llorar no se puede remediar?

PARM. Por eso lloro, que si con llorar fuese posible traer á mi amo el remedio, tan grande seria el placer de la tal esperanza, que de gozo no podria llorar; pero asi perdida ya toda la esperanza, pierdo el alegría, y lloro.

CEL. Lloras sin provecho por lo que llorando estorbar no podrás, ni sanarlo presumas. ¿A otros no ha acontecido esto, Parmeno?

PARM. Sí; pero á mi amo no le querria doliente.

CEL. No lo es: mas aunque fuese doliente, podria sanar.

PARM. No curo de lo que dices, porque en los bienes mejor es el acto que la potencia; y en los males mejor es la potencia que el acto. Asi que mejor es ser sano, que poderlo ser; y mejor es

poder ser doliente, que ser enfermo por acto. Y por tanto es mejor tener la potencia en el mal que el acto.

Cel. ¡O malvado, cómo que no se te entiende! ¿Tú no sientes su enfermedad? ¿Qué has dicho hasta agora? ¿De qué te quejas? Pues burla, ó di por verdad lo falso, y cree lo que quisieres: que él es enfermo por acto, y el poder ser sano, es en mano desta flaca vieja.

Parm. Mas desta flaca puta vieja.

Cel. Putos dias vivas, bellaquillo: ¿y cómo te atreves?

Parm. Como te conozco.....

Cel. ¿Quién eres tú?

Parm. ¿Quién? Parmeno, hijo de Alberto tu compadre, que estuve contigo un poco tiempo, que te me dió mi madre cuando morabas á la cuesta del rio, cerca de las tenerías.

Cel. ¡Jesú, Jesú, Jesú! ¿y tú eres Parmeno, hijo de la Claudina?

Parm. A la hé, yo.

Cel. Pues fuego malo te queme, que tan puta vieja era tu madre como yo: ¿por qué me persigues, Parmenico? Él es, él es, por los santos de Dios. Allégate á mí: ven acá, que mil azotes y puñadas te dí en este mundo, y otros tantos besos. ¿Acuérdaste cuando dormias á mis pies, loquito?

Parm. Sí en buena fe; y algunas veces, aunque era niño, me subias á la cabecera, y me

apretabas contigo, y porque olias á vieja me huia de tí.

Cel. Mala landre te mate: ¡y cómo lo dice el desvergonzado! Dejadas burlas y pasatiempos, oye agora, mi hijo, y escucha: que aunque á un fin soy llamada, á otro soy venida, y magüera que contigo me haya hecho de nuevas, tú eres la causa. Hijo, bien sabes como tu madre (que Dios haya) te me dió, viviendo tu padre; el cual, como de mí te fuiste, con otra ansia no murió, sino con la incertidumbre de tu vida y persona: por la cual ausencia algunos años de su vejez sufrió angustia y cuidadosa vida; y al tiempo que della pasó, envió por mí, y en su secreto te me encargó, y me dijo sin otro testigo, sino aquel que es testigo de todas las obras y pensamientos, y los corazones y entrañas escudriña, al cual puso entre él y mí, que te buscase, y llegase y abrigase. Y cuando de cumplida edad fueses, tal que en tu vivir supieses tener manera y forma, te descubriese á dónde dejó encerrada tal copia de oro y plata, que basta mas que la renta de tu amo Calisto. Y porque gelo prometí, y con mi promesa llevó descanso, y la fe es de guardar mas que á los vivos á los muertos, que no pueden hacer por sí, en pesquisa y seguimiento tuyo he gastado asaz tiempo y cuantías, hasta agora que ha placido á aquel, que todos los cuitados tiene, y remedia las justas peticiones y las piadosas obras endereza, que te ha-

llase aqui, donde solos ha tres dias que sé que moras. Sin duda dolor he sentido, porque has por tantas partes vagado y peregrinado, que ni has habido provecho, ni ganado deudo ni amistad; que como Séneca dice (13), los peregrinos tienen muchas posadas y pocas amistades, porque en breve tiempo con ninguno pueden firmar amistad. Y el que está en muchos cabos, está en ninguno; ni puede aprovechar el manjar á los cuerpos, que en comiendo se lanza; ni hay cosa que mas la sanidad impida, que la diversidad y mudanza y variacion de los manjares; y nunca la llaga viene á cicatrizar, en la cual muchas melecinas se tientan; ni convalece la planta que muchas veces es traspuesta; y no hay cosa tan provechosa, que en llegando aproveche. Por tanto, mi hijo, deja los ímpetus de la juventud, y tórnate con la doctrina de tus mayores á la razon, reposa en alguna parte. ¿Y dónde mejor que en mi voluntad, en mi ánimo, en mi consejo, á quien tus padres te remitieron? Y yo asi como verdadera madre tuya te digo, so las maldiciones que tus padres te pusieron si me fueses inobediente, que por el presente sufras y sirvas á este tu amo que procuraste, hasta en ello haber otro consejo mio. Pero no con necia lealtad, proponiendo firmeza sobre lo movible, como son estos señores deste tiempo. Y tú gana amigos, que es cosa durable; ten con ellos constancia, no vivas en flores; deja los vanos prometi-

mientos de los señores, los cuales desecan la sustancia de sus sirvientes con huecos y vanos prometimientos: como la sanguijuela saca la sangre, desagradecen, injurian, olvidan servicios, niegan galardon. ¡Guay de quien en palacio envejece! Como se escribe de la Probática piscina (14), que de ciento que entraban, sanaba uno. Estos señores deste tiempo mas aman á sí que á los suyos, y no yerran: los suyos igualmente lo deben hacer. Perdidas son las mercedes, las magnificencias, los actos nobles: cada uno destos cativa y mezquinamente procura su interese con los suyos. Pues aquellos no deben menos hacer, como sean en facultades menores, sino vivir á su ley. Dígolo, hijo Parmeno, porque este tu amo (como dicen) me parece rompenecios: de todos se quiere servir sin merced. Mira bien, créeme, en su casa cobra amigos, que es el mayor precio mundano; que con él no pienses tener amistad, como por la diferencia de los estados ó condiciones pocas veces contezca. Caso es ofrecido, como sabes, en que todos medremos, y tú por el presente te remedies: que lo ál que te he dicho, guardado te está á su tiempo, y mucho te aprovecharás siendo amigo de Sempronio.

Parm. Celestina, todo tremo en oirte: no sé qué haga: perplejo estó. Por una parte téngote por madre, por otra á Calisto por amo. Riqueza deseo; pero quien torpemente sube á lo

alto, mas aína cae que subió. No querria bienes mal ganados.

CEL. Yo sí: *á tuerto ó á derecho, nuestra casa hasta el techo.*

PARM. Pues yo con ellos no viviria contento, y tengo por honesta cosa la pobreza alegre; y aun mas te digo, que no los que poco tienen son pobres, mas los que mucho desean. Y por esto, aunque mas digas, no te creo en esta parte. Querría pasar la vida sin envidia; los yermos y asperezas sin temor; el sueño sin sobresalto; las injurias con repuesta (15); las fuerzas sin denuesto, las premias con resistencia.

CEL. O hijo, bien dicen que la prudencia no puede ser sino en los viejos: y tú mucho mozo eres.

PARM. Mucho mas segura es la mansa pobreza.

CEL. Mas di, como Maron, que la fortuna ayuda á los osados; y demas desto, ¿quién es que tenga bienes en la república, que escoja vivir sin amigos? Pues loado Dios bienes tienes; y ¿no sabes que has menester amigos para los conservar? Y no pienses que tu privanza con este señor te hace seguro: que cuanto mayor es la fortuna tanto es menos segura; y por tanto en los infortunios el remedio es á los amigos. Y ¿á dónde puedes ganar mejor este deudo, que donde las tres maneras de amistad concurren? Conviene á saber; por bien y provecho y delei-

te. Por bien, mira la voluntad de Sempronio conforme á la tuya, y la gran similitud que tú y él en la virtud teneis. Por provecho, en la mano está, si sois concordes. Por deleite, semejable es, como seais en edad dispuestos para todo linage de placer, en que mas los mozos que los viejos se juntan: asi como para jugar, para vestir, para burlar, para comer y beber, para negociar amores, juntos de compaña. ¡Oh si quisieses, Parmeno, qué vida gozaríamos! Sempronio ama á Elicia, prima de Areusa.

PARM. ¿De Areusa?

CEL. De Areusa.

PARM. ¿De Areusa, hija de Eliso?

CEL. De Areusa, hija de Eliso.

PARM. ¿Cierto?

CEL. Cierto.

PARM. Maravillosa cosa es.

CEL. ¿Pero bien te parece?

PARM. No cosa mejor.

CEL. Pues tu buena dicha quiere, aqui está quien te la dará.

PARM. Mi fe, madre, no creo á nadie.

CEL. Estremo es creer á todos, y yerro no creer á ninguno.

PARM. Digo que te creo, pero no me atrevo: déjame.

CEL. ¡O mezquino! De enfermo corazon es no poder sufrir el bien. *Da Dios habas á quien no tiene quijadas.* ¡O simple! Dirás que á donde hay

menor entendimiento hay mayor fortuna, y donde mas discrecion allí es menor la fortuna: dichas son.

Parm. ¡O Celestina! Oido he á mis mayores que un ejemplo de lujuria ó avaricia mucho mal hace; y que con aquellos debe hombre conversar, que le hagan mejor; y aquellos dejar, á quien él mejores piensa hacer. Y Sempronio en su ejemplo no me hará mejor, ni yo á él sanaré su vicio. Y puesto que yo á lo que dices me incline, solo yo querria saberlo; porque á lo menos por el ejemplo fuese oculto el pecado. Y si hombre vencido del deleite va contra la virtud, no se atreva á la honestidad.

Cel. Sin prudencia hablas, que de ninguna cosa es alegre posesion sin compañía. No te retrayas ni amargues, que la natura huye lo triste, y apetece lo deleitable. El deleite es con los amigos en las cosas sensuales; y especial en recontar las cosas de amores y comunicarlas. Esto hice, estotro me dijo, tal donaire pasamos, de tal manera la tomé, asi la besé, asi me mordió, asi la abracé, asi se allegó. ¡O qué habla, ó qué gracia, ó qué juegos, ó qué besos! Vamos allá, volvamos acá, ande la música, pintemos los motes, cantemos canciones, invenciones, justemos. ¿Qué cimera sacarémos, ó qué letra? Ya va á la misa, mañana saldrá, rondemos su calle, mira su carta, vamos de noche, tenme la escala, aguarda á la puerta. ¿Có-

mo te fue? Cata el cornudo, sola la deja, dale otra vuelta, tornemos allá. Y para esto, Parmeno, ¿hay deleite sin compañía? A la hé, á la hé, *la que las sabe las tañe:* este es el deleite, que lo ál mejor lo hacen los asnos en el prado.

Parm. No querria, madre, me convidases á consejo con amonestacion de deleite, como hicieron los que careciendo de razonable fundamento, opinando hicieron sectas envueltas en dulce veneno para captar y tomar las voluntades de los flacos, y con polvos de sabroso afecto cegaron los ojos de la razon.

Cel. ¿Qué es razon, loco? ¿Qué es afecto, asnillo? La discrecion que no tienes lo determina; y de la discrecion mayor es la prudencia; y la prudencia no puede ser sin esperimento; y la esperiencia no puede ser mas que en los viejos; y los ancianos somos llamados padres; y los buenos padres bien aconsejan á sus hijos; y especial yo á tí, cuya vida y honra mas que la mia deseo. Y ¿cuándo me pagarás tú esto? Nunca: pues á los padres y á los maestros no puede ser hecho servicio igualmente.

Parm. Todo me recelo, madre, de recebir dudoso consejo.

Cel. ¿No quieres? Pues decirte he lo que dice el sabio: *al varon que con dura cervíz al que le castiga menosprecia, arrebatado quebrantamiento le verná, y sanidad ninguna le conseguirá.* Y asi, Parmeno, me despido de tí, y de este negocio.

PARM. Ensañada está mi madre: duda tengo en su consejo: yerro es no creer, y culpa creerlo todo. Mas humano es confiar, mayormente en esta que interes promete, á do provecho no puede allende de amor conseguir. Oido he, que debe hombre á sus mayores creer. Esta ¿qué me conseja? Paz con Sempronio: la paz no se debe negar; que bienaventurados son los pacíficos, que hijos de Dios serán llamados. Amor no se debe rehuir, ni caridad á los hermanos: interese pocos le apartan; pues quiérola complacer y oir. Madre, no se debe ensañar el maestro de la ignorancia del discípulo, sino raras veces; porque la ciencia (que es de su natural comunicable) en pocos lugares se podria infundir. Por eso, perdóname: háblame; que no solo quiero oirte y creerte, mas en singular merced recebir tu consejo. Y no me lo agradezcas, pues el loor y las gracias de la accion, mas al dante que no al recibiente se deben dar. Por eso manda, que á tu mandado mi consentimiento se humilla.

CEL. De los hombres es errar, y bestial es la porfía: por ende gózome, Parmeno, que hayas limpiado las turbias telas de tus ojos, y respondido al conocimiento, discrecion é ingenio sotil de tu padre; cuya persona, agora representada en mi memoria, enternece los ojos piadosos por do tan abundantes lágrimas ves derramar. Algunas veces duros propósitos, como tú,

defendia; pero luego tornaba á lo cierto. En Dios y en mi ánima, que en ver agora lo que has porfiado, y como á la verdad eres reducido, no parece sino que vivo le tengo delante. ¡O qué persona, ó qué hartura, ó qué cara tan venerable! Pero callemos que se acerca Calisto y tu nuevo amigo Sempronio, con quien tu conformidad para mas oportunidad dejo: que dos en un corazon viviendo, son mas poderosos de hacer y de entender.

Calisto. Duda traigo, madre, segun mis infortunios, de hallarte viva; pero mas es maravilla, segun el deseo, de cómo llego vivo. Recibe la dádiva pobre de aquel que con ella la vida te ofrece.

Celestina. Como en el oro muy fino labrado por la mano del sotil artífice la obra sobrepuja á la materia, asi se aventaja á tu magnífico dar la gracia y forma de tu dulce liberalidad. Y sin duda la presta dádiva su efecto ha doblado; porque la que tarda, el prometimiento muestra negar y arrepentirse del don prometido.

Parmeno. ¿Qué le dió, Sempronio?

Sempronio. Cien monedas en oro

Parm. Hi, hi, hi.

Semp. ¿Habló contigo la madre?

Parm. Calla, que sí.

Semp. Pues ¿cómo estamos?

Parm. Como quisieres, aunque estoy espantado.

SEMP. Pues calla, que yo te haré espantar dos tanto.

PARM. ¡O Dios! No hay pestilencia mas eficaz, que el enemigo de casa para empecer.

CAL. Ve agora, madre, y consuela tu casa: despues ven y consuela la mia: y luego.......

CEL. Quede Dios contigo.

CAL. Y él te me guarde.

ADVERTENCIA.

Como el autor no señala las entradas y salidas de los personages por medio de escenas, hemos determinado indicarlas con un espacio en blanco como se puede haber visto en el acto primero y se verá en los siguientes.

ARGUMENTO

DEL ACTO SEGUNDO.

Partida Celestina de Calisto para su casa, queda Calisto hablando con Sempronio, criado suyo; al cual, como quien en alguna esperanza puesto está, todo aguijar le parece tardanza. Envia de sí á Sempronio á solicitar á Celestina para el concebido negocio. Quedan entre tanto Calisto y Parmeno juntos razonando.

ACTO SEGUNDO.

Calisto, Sempronio, Parmeno.

CALISTO. Hermanos mios, cien monedas dí á la madre: ¿hice bien?

SEMPRONIO. ¡Ay si hiciste bien! Allende de remediar tu vida, ganaste muy gran honra. Y ¿para qué es la fortuna favorable y próspera, sino para servir á la honra, que es el mayor de los mundanos bienes? Que esta es premio y galardon de la virtud; y por eso la damos á Dios, porque no tenemos mayor cosa que le dar; la mayor parte de la cual consiste en la liberalidad y franqueza. A esta los duros tesoros comunicables la escurecen y pierden, y la magnificencia y liberalidad la ganan y subliman. ¿Qué aprovecha tener lo que se niega aprovechar? Sin duda te digo, que es mejor el uso de las riquezas, que la posesion dellas. ¡O qué glorioso es el dar: ó qué miserable es el recebir! Cuanto es mejor el acto que la posesion, tanto es mas noble el dante que

el recibiente. Entre los elementos el fuego, por ser mas activo, es mas noble, y en las esferas puesto en mas noble lugar. Y dicen algunos, que la nobleza es una alabanza que proviene de los merecimientos y antigüedad de los padres: yo digo, que la agena luz nunca te hará claro, si la propia no tienes. Y por tanto no te estimes en la claridad de tu padre, que tan magnífico fue, sino en la tuya. Y asi se gana la honra, que es el mayor bien de los que son fuera de hombre: de lo cual no el malo, mas el bueno, como tú, es digno que tenga perfecta virtud. Y aun te digo, que la virtud perfecta no pone que sea hecho condigno honor: por ende goza de haber sido asi magnífico y liberal; y de mi consejo, tórnate á la cámara y reposa, pues que tu negocio en tales manos está depositado: de donde ten por cierto, pues el comienzo lleva bueno, el fin será muy mejor; y vamos luego, porque sobre este negocio quiero hablar contigo mas largo.

Cal. Sempronio, no me parece buen consejo quedar yo acompañado, y que vaya sola aquella que busca el remedio de mi mal. Mejor será que vayas con ella, y la aquejes; pues sabes que de su diligencia pende mi salud, de su tardanza mi pena, de su olvido mi desesperanza. Sabido eres, fiel te siento, por buen criado te tengo: haz de manera, que en solo verte ella á tí, juzgue la pena que á mí queda, y fuego que me atormen-

ta; cuyo ardor me causó no poder mostrarle la tercia parte desta mi secreta enfermedad, segun tiene mi lengua y sentido ocupados y consumidos. Tú, como hombre libre de tal pasion, hablarla has á rienda suelta.

SEMP. Señor, querria ir por cumplir tu mandado, querria quedar por aliviar tu cuidado. Tu temor me aqueja, tu soledad me detiene. Quiero tomar consejo con la obediencia, que es ir, y dar priesa á la vieja. ¿Mas cómo iré, que en viéndote solo, dices desvaríos de hombre sin seso? Sospirando, gemiendo, mal trobando, holgando con lo escuro, deseando soledad, buscando nuevos modos de pensativo tormento; donde si perseveras, ó de muerto ó loco no podrás escapar, si siempre no te acompaña quien te allegue placeres, diga donaires, tanga canciones alegres, cante romances, cuente historias, pinte motes, finja cuentos, juegue á naipes, arme mates (16): finalmente que sepa buscar todo género de dulce pasatiempo para no dejar trasponer tu pensamiento en aquellos crueles desvíos que recebiste de aquella señora en el primer trance de tus amores.

CAL. Cómo, simple, ¿no sabes que alivia la pena llorar la causa? ¿cuánto es dulce á los tristes quejar su pasion? ¿cuánto descanso traen consigo los quebrantados sospiros? ¿cuánto relievan y disminuyen los lagrimosos gemidos el dolor? Cuantos escribieron consuelos, no dicen otra cosa.

SEMP. Lee mas adelante, vuelve la hoja, hallarás que dicen: que fiar en lo temporal, y buscar materia de tristeza, que es igual género de locura. Y aquel Macías (17), ídolo de los amantes, del olvido, porque le olvidaba, se queja. En el contemplar está la pena de amor, en el olvidar el descanso. Huye de tirar coces al aguijon: finge alegría y consuelo, y serlo ha. Que muchas veces la opinion trae las cosas donde quiere, no para que mude la verdad, pero para moderar nuestro sentido y regir nuestro juicio.

CAL. Sempronio amigo, pues tanto sientes mi soledad, llama á Parmeno, y quedará conmigo. Y de aqui adelante séi como sueles leal; que en el servicio del criado está el galardon del señor. Parmeno.

PARM. Aqui estoy, señor.

CAL. Yo no, pues no te veia. No te apartes della, Sempronio, ni me olvides á mí, y vé con Dios. Tú, Parmeno, ¿qué te parece de lo que hoy ha pasado? Mi pena es grande, Melibea alta, Celestina sabia y buena maestra de estos negocios. No podemos errar: tú me la has aprobado con toda tu enemistad. Yo te creo; que tanta es la fuerza de la verdad, que las lenguas de los enemigos trae á su mandar. Asi que, pues ella es tal, mas quiero dar á esta cien monedas que á otra cinco.

PARM. ¿Ya lloras? (Duelos tenemos: en casa se habrán de ayunar estas franquezas).

Cal. Pues pido tu parecer, seime agradable, Parmeno. No abajes la cabeza al responder: mas como la envidia es triste, la tristeza sin lengua, puede mas contigo su voluntad, que mi temor. ¿Qué dijiste enojoso?

Parm. Digo, señor, que irian mejor empleadas tus franquezas en presentes y servicios á Melibea, que no dar dineros á aquella, que yo me conozco; y lo que peor es, hacerte su cativo.

Cal. ¿Cómo, loco, su cativo?

Parm. Porque á quien dices el secreto, das tu libertad.

Cal. Algo dice el necio; pero quiero que sepas, que cuando hay mucha distancia del que ruega al rogado, ó por gravedad de obediencia, ó por señorío de estado, ó esquividad de género, como entre esta mi señora y mí, es necesario intercesor ó medianero, que suba de mano en mano mi mensage hasta los oidos de aquella á quien yo segunda vez hablar tengo por imposible. Y pues que asi es, dime si lo hecho apruebas.

Parm. Apruébelo el diablo.

Cal. ¿Qué dices?

Parm. Digo, señor, que nunca yerro vino desacompañado, y que un inconveniente es causa y puerta de muchos.

Cal. El dicho yo le apruebo: el propósito no entiendo.

Parm. Señor, porque perderse el otro dia el neblí, fue causa de tu entrada en la huerta de

Melibea á le buscar; la entrada causa de la ver y hablar; la habla engendró amor; el amor parió tu pena; la pena causará perder tu cuerpo, y el alma y hacienda: y lo que mas dello siento, es venir en manos de aquella trota-conventos (18), despues de tres veces emplumada.

CAL. Asi, Parmeno, di mas deso, que me agrada, pues mejor me parece, cuanto mas la desalabas. Cumpla conmigo, y emplúmenla la cuarta. Dessentido eres, sin pena hablas: no te duele donde á mí, Parmeno.

PARM. Señor, mas quiero que airado me reprendas, porque te doy enojo, que arrepentido me condenes, porque no te dí consejo: pues perdiste el nombre de libre, cuando cativaste la voluntad.

CAL. Palos querria este bellaco. Di, mal criado, ¿por qué dices mal de lo que yo adoro? Y tú ¿qué sabes de honra? Dime, ¿qué es amor? ¿En qué consiste buena crianza? ¡Que te me vendes por discreto! ¿No sabes que el primer escalon de locura es creerse sciente? Si tú sintieses mi dolor, con otra agua rociarias aquella ardiente llaga, que la cruel flecha de Cupido me ha causado. Cuanto remedio Sempronio acarrea con sus pies, tanto apartas tú con tu lengua, con tus vanas palabras. Fingiéndote fiel, eres un terron de lisonja, bote de malicias, el mismo meson y aposentamiento de la envidia, que por disfamar la vieja á tuerto ó á derecho, pones en mis amo-

res desconfianza; sabiendo que esta mi pena y fluctuoso dolor no se rige por razon, no quiere avisos, carece de consejo; y si alguno se le diere, tal que no aparte ni desgozne lo que sin las entrañas no podrá despegarse. Sempronio temió su ida y tu quedada: yo quíselo todo; y asi me padezco el trabajo de su ausencia y tu presencia. *Valiera mas solo, que mal acompañado.*

Parm. Señor, flaca es la fidelidad que temor de pena la convierte en lisonja: mayormente con señor, á quien dolor ó aficion priva y tiene ageno de su natural juicio. Quitarse ha el velo de la ceguedad: pasarán estos momentáneos fuegos: conocerás mis agras palabras ser mejores para matar este fuerte cáncer, que las blandas de Sempronio que lo ceban, atizan tu fuego, avivan tu amor, encienden tu llama, añaden hastillas, que tenga que gastar hasta ponerte en la sepultura.

Cal. Calla, calla, perdido: estoy yo penando y tú filosofando. No te espero mas. Saquen un caballo, límpienle mucho, aprieten bien la cincha, por si pasare por casa de mi señora y mi Dios.

Parm. Mozos. No hay mozo en casa, yo me lo habré de hacer: que á peor vernémos desta vez, que ser mozos de espuelas. Andar, pase. *Mal me quieren mis comadres, porque digo las verdades.* ¿Relinchais, don caballo (19)? ¿No basta un zeloso en casa, ó barruntas á Melibea?

CAL. ¿Viene ese caballo? ¿Qué haces Parmeno?

PARM. Señor, vesle aqui, que no está Sosia (20) en casa.

CAL. Pues ten ese estribo, abre mas esa puerta, y si viniere Sempronio con aquella señora, di que esperen, que presto será mi vuelta.

PARM. Mas nunca sea. Allá irás con el diablo. A estos locos decidles lo que les cumple, no os podrán ver. Por mi ánima, que si agora le diesen una lanzada en el calcañal, que saliesen mas sesos que de la cabeza. Pues anda, que á mi cargo que Celestina y Sempronio te espulguen. ¡O desdichado de mí! Por ser leal padezco mal. Otros se ganan por malos, yo me pierdo por bueno: el mundo es tal. Quiero irme á hilo de la gente, pues á los traidores llaman discretos, á los fieles necios. Si creyera á Celestina con sus seis docenas de años á cuestas no me maltratara Calisto. Mas esto me porná escarmiento de aqui adelante con él; que si dijere comamos, yo tambien; si quisiere derrocar la casa, aprobarlo; si quemar su hacienda, ir por fuego. Destruya, rompa, quiebre, dañe, dé á alcahuetas lo suyo, que mi parte me cabrá. Pues dicen: *á rio revuelto ganancia de pescadores: nunca mas perro al molino.*

ARGUMENTO

DEL TERCERO ACTO.

Sempronio se va á casa de Celestina, á la cual reprende por la tardanza: pónense á buscar qué manera tomen en el negocio de Calisto con Melibea. En fin sobreviene Elicia. Vase Celestina á casa de Pleberio: quedan Sempronio y Elicia en casa.

ACTO TERCERO.

Sempronio, Celestina, Elicia.

SEMPRONIO. ¡Qué espació lleva la barbuda! Menos sosiego traian sus pies á la venida. *A dineros pagados, brazos quebrados.* Cé, señora Celestina, poco has aguijado.

CELESTINA. ¿A qué vienes, hijo?

SEMP. Este nuestro enfermo no sabe qué pedir: de sus manos no se contenta: *no se le cuece el pan:* teme tu negligencia: maldice su avaricia y cortedad, porque te dió tan poco dinero.

CEL. No es cosa mas propia de los que aman, que la impaciencia: toda tardanza les es tormento: ninguna dilacion les agrada; en un momento, querrian poner en efecto sus cogitaciones: antes las querrian ver concluidas que empezadas; mayormente estos novicios amantes, que tras cualquier señuelo vuelan sin deliberacion, sin pensar el daño que el cebo de su deseo

trae mezclado en su ejercicio y negociacion para sus personas y sirvientes.

Semp. ¿Qué dices de sirvientes? ¿Parece por tu razon que nos puede venir á nosotros daño de este negocio, y quemarnos con las centellas que resultan deste fuego de Calisto? Aun al diablo daria yo sus amores. Al primer desconcierto que vea en este negocio, no como mas su pan. Mas vale perder lo servido, que la vida por cobrallo. El tiempo me dirá qué haga: que primero que caiga del todo, dará señal, como casa que se acuesta. Si te parece, madre, guardemos nuestras personas de peligro, hágase lo que se hiciere; si la oviere ogaño, sino otro año, sino nunca: que no hay cosa tan difícil de sufrir en sus principios, que el tiempo no la ablande y haga comportable. Ninguna llaga tanto se sintió, que por luengo tiempo no aflojase su tormento; ni placer tan alegre fue, que no le amengüe su antigüedad. El mal y el bien, la prosperidad y adversidad, la gloria y pena, todo pierde con el tiempo la fuerza de su acelerado principio. Pues los casos de admiracion y venidos con gran deseo, tan presto como pasados, olvidados. Cada dia vemos novedades, y las oimos, y las pasamos, y dejamos atras: disminúyelas el tiempo, hácelas contingibles. ¿Que tanto te maravillarias, si dijesen, la tierra tembló ó otra semejante cosa, que no olvidases luego? Asi como helado está el rio, el ciego ve

ya, muerto es tu padre, un rayo cayó, ganada es Granada, el rey entra hoy, el turco es vencido, eclipse hay mañana, la puente es llevada, aquel es ya obispo, á Pedro robaron, Inés se ahorcó. ¿Qué me dirás, sino que á tres dias pasados ó á la segunda vista, no hay quien dello se maraville? Todo es así, todo pasa desta manera, todo se olvida, todo queda atras. Pues asi será este amor de mi amo: cuanto mas fuere andando, tanto mas disminuyendo: que la costumbre luenga amansa los dolores, afloja y deshace los deleites, desmengua las maravillas. Procuremos provecho, mientras pendiere la contienda; y si á pie enjuto le pudiéremos remediar, lo mejor, mejor es; y sino poco á poco le soldarémos el reproche ó menosprecio de Melibea contra él. Donde no, mas vale que pene el amo, que no que peligre el mozo.

Cel. Bien has dicho: contigo estoy, y agradado me has; no podemos errar. Pero todavía es necesario, hijo, que el buen procurador ponga de su casa algun trabajo, algunas fingidas razones, algunos sofísticos actos, ir y venir á juicio, aunque reciba malas palabras del juez: siquiera por los presentes que lo vieren, no digan que se gana holgando el salario: y así verná cada uno á él con su pleito, y á Celestina con sus amores.

Semp. Haz á tu voluntad, que no será este el primer negocio que has tomado á cargo.

Cel. ¿El primero, hijo? Pocas vírgenes, á Dios gracias, has tú visto en esta ciudad, que hayan abierto tienda á vender, de quien yo no haya sido corredora de su primer hilado. En naciendo la muchacha, la hago escribir en mi registro; y esto para que yo sepa cuántas se me salen de la red. ¿Qué pensabas, Sempronio? que habíame de mantener del viento? ¿Heredé otra herencia? tengo otra casa ó viña? conócesme otra hacienda mas deste oficio? ¿De qué como y bebo? de qué visto y calzo en esta ciudad nacida, en ella criada, manteniendo honra como todo el mundo sabe? Conocida, pues, no soy; quien no supiere mi nombre y mi casa tenle por estrangero.

Semp. Dime, madre, ¿qué pasaste con mi compañero Parmeno, cuando subí con Calisto por el dinero?

Cel. Díjele el sueño y la soltura, y como ganaria mas con nuestra compañía, que con las lisonjas que dice á su amo: como viviria siempre pobre y baldonado, si no mudaba el consejo: que no se hiciese santo á tal perra vieja como yo: acordéle quién era su madre, porque no menospreciase mi oficio; porque queriendo de mí decir mal, tropezase primero en ella.

Semp. ¿Tantos dias ha que le conoces, madre?

Cel. Aqui está Celestina que le vido nacer, y le ayudó á criar: su madre y yo, uña y carne.

Della aprendí todo lo mejor que sé de mi oficio: juntas comíamos, juntas dormíamos, juntas habíamos nuestros solaces, nuestros placeres, nuestros consejos y conciertos: en casa y fuera como dos hermanas: nunca blanca gané en que no tuviese su mitad; pero no vivia yo engañada, si mi fortuna quisiera que ella me durara. ¡O muerte, muerte! ¡A cuántos privas de agradable compañía! ¡A cuántos desconsuela tu enojosa visitacion! Por uno que comes con tiempo, cortas mil en agraz. Que siendo ella viva, no fueran estos mis pasos desacompañados. Buen siglo haya, que leal amiga y buena compañera me fue: que jamas me dejó hacer cosa en mi cabo, estando ella presente. Si yo traia el pan, ella la carne: si yo ponia la mesa, ella los manteles: no loca, no fantástica ni presuntuosa, como las de agora. En mi ánima, descubierta se iba hasta el cabo de la ciudad con su jarro eu la mano, que en todo el camino no oia peor de *señora Claudina*. Y á osadas que otra conocia peor el vino, y cualquiera mercaduría. Cuando pensaba que no era llegada, era de vuelta. Allá la convidaban, segun el amor todos la tenian, que jamas volvia sin ocho ó diez gustaduras, un azumbre en el jarro y otro en el cuerpo: asi le fiaban dos ó tres arrobas en veces, como sobre una taza de plata. Su palabra era prenda de oro en cuantos bodegones habia: si íbamos por la calle, donde quiera que hubiésemos sed, entrábamos en la primera

taberna, y luego mandaba echar media azumbre para mojar la boca: mas á mi cargo que no le quitaban la toca por ello, sino cuanto la rayaban en su taja y andar adelante. Si tal fuese agora su hijo, á mi cargo que tu amo quedase sin pluma, y nosotros sin queja. Pero yo lo haré de mi hierro, si vivo; yo le contaré en el número de los mios.

SEMP. ¿Cómo has pensado hacerlo, que es un traidor?

CEL. A ese tal dos alevosos: haréle haber á Areusa: será de los nuestros. Darnos ha lugar á tender las redes sin embarazo por aquellas doblas de Calisto.

SEMP. ¿Pues crees que podrás alcanzar algo de Melibea? hay algun buen ramo?

CEL. No hay cirujano que á la primera cura juzgue la herida; lo que yo al presente veo, te diré. Melibea es hermosa, Calisto loco y franco; ni á él penará gastar, ni á mí andar. Bulla moneda, y dure el pleito lo que durare. Todo lo puede el dinero: las peñas quebranta: los rios pasa en seco: no hay lugar tan alto, que un asno cargado de oro no lo suba. Su desatino y ardor basta para perder á sí y ganar á nosotros. Esto he sentido; esto he calado; eso sé dél y della; esto es lo que nos ha de aprovechar. A casa voy de Pleberio: quédate á Dios, que aunque esté brava Melibea, no es esta (si á Dios ha placido) la primera á quien yo he hecho perder el cacarear.

Cosquillosicas son todas; mas despues que una vez consienten la silla en el embés del lomo, nunca querrian holgar. Por ellas queda el campo; muertas sí, cansadas no: si de noche caminan, nunca querrian que amaneciese: maldicen los gallos porque anuncian el dia, y el reloj porque da tan apriesa: requieren las cabrillas y el norte, haciéndose estrelleras. Ya cuando ven salir el lucero del alba, quiéreseles salir el alma; su claridad les escurece el corazon. Camino es, hijo, que nunca me harté de andar: nunca me ví cansada: y aun asi vieja como soy, sabe Dios mi buen deseo; cuanto mas estas que hierven sin fuego. Captívanse del primer abrazo, ruegan á quien rogó, penan por el penado, hácense siervas de quien eran señoras, dejan el mando y son mandadas, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades, á los chirriadores quicios de las puertas hacen con aceites usar su oficio sin ruido. No te sabré decir lo mucho que obra en ellas aquel dulzor que les queda de los primeros besos de quien aman. Son enemigas del medio, contino estan posadas en los estremos.

Semp. No te entiendo esos términos, madre.

Cel. Digo, que la muger ama mucho á aquel de quien es requerida, ó le tiene grande odio. Asi que, si al querer despiden, no pueden tener las riendas al desamor: y con esto que sé cierto, voy mas consolada á casa de Melibea, que si en la mano la tuviese. Porque sé, que aunque al

presente la ruegue, al fin me ha de rogar: aunque al principio me amenace, al cabo me ha de halagar. Aqui llevo un poco de hilado en esta mi faltriquera, con otros aparejos que conmigo siempre traigo, para tener causa de entrar, donde mucho no soy conocida, la primera vez: asi como gorgueras, garvines, franjas, rodeos, tenazuelas, alcohol, albayalde y soliman, agujas y alfileres. Que tal hay, que tal quiere; porque donde me tomare la voz, me halle apercebida para les echar cebo, ó requerir de la primera vista.

Semp. Madre, mira bien lo que haces; porque cuando el principio se yerra, no puede seguirle buen fin. Piensa en su padre que es noble y esforzado, su madre zelosa y brava, tú la misma sospecha. Melibea es única á ellos: faltándoles ella, fáltales todo el bien. En pensallo tiemblo: *no vayas por lana y vengas sin pluma.*

Cel. ¿Sin pluma, hijo?

Semp. O emplumada, madre; que es peor.

Cel. A la hé, en mal hora á tí he yo menester para compañero: ¿aun si quisieses avisar á Celestina en su oficio? Pues cuando tú naciste ya comia yo pan con corteza. Para adalid eres bueno, cargando de agüeros y recelo.

Semp. No te maravilles, madre, de mi temor; pues es comun condicion humana, que lo que mucho se desea jamas se piensa ver concluido: mayormente que en este caso temo tu pena y mia. Deseo provecho, querria que este negocio

hubiese buen fin; no porque saliese mi amo de pena, mas por salir yo de laceria. Y asi miro mas inconvenientes con mi poca esperiencia, que no tú como maestra vieja.

ELICIA. Santiguarme quiero, Sempronio; quiero hacer una raya en el agua. ¿Qué novedad es esta, venir hoy acá dos veces?

CEL. Calla, boba, déjale, que otro pensamiento traemos en que mas nos va. Dime, ¿está desocupada la casa? ¿Fuese la moza que esperaba el ministro?

ELIC. Y aun despues vino otra, y se fue.

CEL. Sí que no en valde.

ELIC. No en buena fe, ni Dios lo quiera: que aunque vino tarde, *mas vale á quien Dios ayuda, que quien mucho madruga.*

CEL. Pues sube presto al sobrado alto de la solana, y baja acá el bote del aceite serpentino, que hallarás colgado del pedazo de la soga que traje del campo la otra noche, cuando llovia y hacia escuro: y abre el arca de los lizos, y hácia la mano derecha hallarás un papel escrito con sangre de murciélago, debajo de aquella ala de dragon, á que sacamos ayer las uñas. Mira no derrames el agua de mayo, que me trajeron á confacionar.

ELIC. Madre, no está donde dices: jamas te acuerdas de cosa que guardes.

CEL. No me castigues por Dios á mi vejez, ni me maltrates, Elicia. No enfinjas, porque está

aqui Sempronio, ni te soberbezcas: qué mas me quiere á mí por consejera, que á tí por amiga, aunque tú le ames mucho. Entra en la cámara de los ungüentos, y en la pelleja del gato negro, donde te mandé meter los ojos de la loba, le hallarás: y baja la sangre del cabron, y unas poquitas de las barbas que tú le cortaste.

Elic. Toma, madre, veslo aqui: yo me subo y Sempronio arriba.

Cel. Conjúrote, triste Pluton, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitan soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos que los hervientes étnicos montes manan, gobernador y veedor de los tormentos, y atormentador de las pecadoras ánimas, regidor de las tres furias, Tesífone, Megera y Aleto, administrador de todas las cosas negras del reino de Estigie y Dite, con todas sus lagunas y sombras infernales, y litigioso caos, mantenedor de las volantes harpías con toda la otra compañía de espantables y pavorosas hidras! Yo, Celestina, tu mas conocida cliéntula, te conjuro por la virtud y fuerza de estas bermejas letras; por la sangre de aquella nocturna ave con que estan escritas; por la gravedad de aquestos nombres y signos, que en este papel se contienen; por la áspera ponzoña de las víboras, de que este aceite fue hecho, con el cual unto este hilado; vengas sin tardanza á obedecer mi voluntad, en ello te envuelvas,

y con ello estés sin un momento te partir, hasta que Melibea con aparejada oportunidad que haya, lo compre; y con ello de tal manera quede enredada, que cuanto mas lo mirare, tanto mas su corazon se ablande á conceder mi peticion; y se le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Calisto, tanto que despedida toda honestidad, se descubra á mí, y me galardone mis pasos y mensage. Y esto hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no lo haces con presto movimiento, ternásme por capital enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y escuras; acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre; y otra y otra vez te conjuro. Asi confiando en mi mucho poder, me parto para allá con mi hilado, donde creo te llevo ya envuelto.



ARGUMENTO

DEL ACTO CUARTO.

Celestina andando por el camino habla consigo misma, hasta llegar á la puerta de Pleberio, donde halla á Lucrecia, criada de Pleberio. Pónese con ella en razones: sentidas por Alisa, madre de Melibea, y sabiendo que es Celestina, hácela entrar en casa. Viene un mensagero á llamar á Alisa: vase: queda Celestina en casa con Melibea, y descúbrele la causa de su venida.

ACTO CUARTO.

Celestina, Lucrecia, Alisa, Melibea.

CELESTINA. Ahora que voy sola, quiero mirar bien lo que Sempronio ha temido deste mi camino; porque aquellas cosas que no son bien pensadas, aunque algunas veces hayan buen fin, comunmente crian desvariados efectos. Asi que la mucha especulacion nunca carece de buen fruto: que aunque yo he disimulado con él, podria ser que si me sintiesen en estos pasos de parte de Melibea, que no pagase con pena que menor fuese que la vida, ó muy amenguada quedase, cuando matar no me quisiesen, manteándome ó azotándome cruelmente. Pues amargas cien monedas serian estas. ¡Ay cuitada de mí! ¡En qué lazo me he metido, que por me mostrar solícita y esforzada pongo mi persona al tablero! ¡Qué haré, cuitada, mezquina de mí, que ni el salir afuera es provechoso, ni la perseverancia carece de peligro! Pues ¿iré, ó tornarme he? ¡O

dudosa y dura perplejidad! No sé cuál escoja por mas sano. En el osar manifiesto peligro: en la cobardía denostada pérdida. ¿A dónde irá el buey que no are? Cada camino descubre sus dañosos y hondos barrancos. Si con el hurto soy tomada, nunca de muerta ó encorozada falto, á bien librar: si no voy, ¿qué dirá Sempronio? ¿Que todas estas eran mis fuerzas, saber y esfuerzo, ardid y ofrecimiento, astucia y solicitud? Y su amo Calisto, ¿qué dirá? ¿Qué hará, qué pensará, sino que hay nuevo engaño en mis pisadas, y que yo he descubierto la celada, por haber mas provecho desta otra parte, como sofística prevaricadora? O si no se le ofrece pensamiento tan odioso, dará voces como loco: diráme en mi cara denuestos rabiosos: proporná mil inconvenientes, que mi deliberacion presta le puso, diciendo: Tú, puta vieja, ¿por qué acrecentaste mis pasiones con tus promesas? Alcahueta falsa, para todo el mundo tienes pies, para mí lengua: para todos obras, para mí palabras: para todos remedio, para mí pena: para todos esfuerzo, para mí flaqueza: para todos luz, para mí tiniebla. Pues, vieja traidora, ¿por qué te me ofreciste? Que tu ofrecimiento me puso esperanza, la esperanza dilató mi muerte, sostuvo mi vivir, púsome título de hombre alegre: pues no habiendo efecto, ni tú carecerás de pena, ni yo de triste desesperacion. Pues ¡triste yo! mal acá, mal acullá: pena en ambas partes.

Cuando á los estremos falta el medio, arrimarse el hombre al mas sano, es discrecion. Mas quiero ofender á Pleberio, que enojar á Calisto. Ir quiero; que mayor es la vergüenza de quedar por cobarde, que la pena cumpliendo como osada lo que prometí, pues jamas al esfuerzo desayuda la fortuna. Ya veo su puerta: en mayores afrentas me he visto. Esfuerza, esfuerza, Celestina, no desmayes; que nunca faltan rogadores para mitigar las penas. Todos los agüeros se aderezan favorables, ó yo no sé nada desta arte. Cuatro hombres que he topado, á los tres llaman Juanes, y los dos son cornudos. La primera palabra que oí por la calle fue de achaque de amores. Nunca he tropezado como otras veces. Las piedras parece que se apartan y me hacen lugar que pase, ni me estorban las haldas, ni siento cansancio en andar. Todos me saludan; ni perro me ha ladrado, ni ave negra he visto, tordo, ni cuervo, ni otras nocturnas: y lo mejor de todo es, que veo á Lucrecia á la puerta de Melibea: prima es de Elicia, no me será contraria.

LUCRECIA. ¿Quién es esta vieja que viene haldeando?

CELESTINA. Paz sea en esta casa.

LUCR. Celestina madre, seas bien venida. ¿Cuál dios te trajo por estos barrios no acostumbrados?

CEL. Hija, mi amor: deseo de todos vosotros:

traer encomiendas de Elicia, y aun ver á tus señoras vieja y moza; que despues que me mudé al otro barrio, no han sido de mí visitadas.

LUCR. ¿A eso solo saliste de tu casa? Maravíllome de tí, que no es esa tu costumbre, ni sueles dar paso sin provecho.

CEL. ¿Mas provecho quieres, boba, que cumplir hombre sus deseos? Y tambien como á las viejas nunca nos fallecen necesidades, mayormente á mí que tengo de mantener hijas agenas, ando á vender un poco de hilado.

LUCR. Algo es lo que yo digo; en mi seso estoy; que nunca metes aguja sin saçar reja. Pero mi señora la vieja urdió una tela: tiene necesidad dello, tú de venderlo. Entra y espera aqui, que no os desavernéis.

ALISA. ¿Con quién hablas, Lucrecia?

LUCR. Señora, con aquella vieja de la cuchillada, que solia vivir aqui en las tenerías, á la cuesta del rio.

ALIS. Agora la conozco menos: si tú me das á entender lo incógnito por lo menos conocido, es coger agua en cesto.

LUCR. ¡Jesú, señora! mas conocida es esta vieja que la ruda. No sé cómo no tienes memoria de la que empicotaron por hechicera, que vendia las mozas á los abades, y descasaba mil casados.

ALIS. ¿Qué oficio tiene? Quizá por aqui la conoceré mejor.

LUCR. Señora, perfuma tocas, hace soliman

y otros treinta oficios; conoce mucho en yerbas, cura niños y aun algunos la llaman la *vieja lapidaria*.

ALIS. Todo eso dicho no me la da á conocer. Dime su nombre, si le sabes.

LUCR. ¿Si le sé, señora? No hay niño ni viejo en toda la ciudad que no le sepa: ¿habíale yo de ignorar?

ALIS. ¿Pues por qué no le dices?

LUCR. He vergüenza.

ALIS. Anda, boba, dile: no me indignes con tu tardanza.

LUCR. Celestina, hablando con reverencia, es su nombre.

ALIS. Hi, hi, hi. ¡Mala landre te mate, si de risa puedo estar viendo el desamor que debes de tener á esa vieja, que su nombre has vergüenza nombrar! Ya me voy recordando della..... ¡Una buena pieza! No me digas mas. Algo me verná á pedir: di que suba.

LUCR. Sube, tia.

CEL. Señora buena, la gracia de Dios sea contigo y con la noble hija. Mis pasiones y enfermedades han impedido mi visitar tu casa, como era razon; mas Dios conoce mis limpias entrañas, mi verdadero amor, que la distancia de las moradas no despega el amor de los corazones. Asi que lo que mucho deseé, la necesidad me lo ha hecho cumplir. Con mis fortunas adversas y otras, me sobrevino mengua de dinero: no supe mejor

remedio que vender un poco de hilado, que para unas toquillas tenia allegado: supe de tu criada que tenias dello necesidad: aunque pobre, y no de la merced de Dios, veslo aqui, si dello y de mí te quieres servir.

Alis. Vecina honrada, tu razon y ofrecimiento me mueven á compasion, y tanto que quisiera cierto mas hallarme en tiempo de poder cumplir tu falta, que menguar tu tela. Lo dicho te agradezco: si el hilado es tal, serte ha bien pagado.

Cel. ¿Tal, señora? Tal sea mi vida y mi vejez, y la de quien parte quisiere de mi jura. Delgado como el pelo de la cabeza, igual, recio como cuerdas de vihuela, blanco como el copo de la nieve, hilado todo por estos pulgares, aspado y aderezado. Veslo aqui en madejitas: tres monedas me daban ayer por la onza, asi goce desta alma pecadora.

Alis. Hija Melibea, quédese esta muger honrada contigo, que ya me parece que es tarde para ir á visitar á mi hermana, su muger de Cremes, que desde ayer no la he visto; y tambien que viene su page á llamarme, que se le arreció desde un rato acá el mal.

Cel. Por aqui anda el diablo aparejando oportunidad, arreciando el mal á la otra. Ea, buen amigo, tener recio, agora es mi tiempo, ó nunca: no la dejes, llévamela de aqui á quien digo.

ALIS. ¿Qué dices, amiga?

CEL. Señora, que maldito sea el diablo y mi pecado, porque en tal tiempo hubo de crecer el mal de tu hermana, que no habrá para nuestro negocio oportunidad. ¿Y qué mal es el suyo?

ALIS. Dolor de costado, y tal, que segun del mozo supe que quedaba, temo no sea mortal. Ruega tú, vecina, por amor mio, en tus devociones por su salud á Dios.

CEL. Yo te prometo, señora, en yendo de aqui me vaya por esos monasterios, donde tengo frailes devotos mios, y les dé el mismo encargo que tú me das. Y demas desto, antes que me desayune, dé cuatro vueltas á mis cuentas.

ALIS. Pues, Melibea, contenta á la vecina en todo lo que razon fuere darle por el hilado. Y tú, madre, perdóname, que otro dia se verná en que mas nos veamos.

CEL. Señora, el perdon sobraria donde el yerro falta: de Dios seas perdonada, que buena compañía me queda. Dios la deje gozar su noble juventud y florida mocedad, que es el tiempo en que mas placeres y mayores deleites se alcanzará; que á la mi fe la vejez no es sino meson de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo por venir, vecina de la muerte, choza sin ramo que se

llueve por cada parte, cayado de mimbre que con poca carga se doblega.

MELIB. ¿Por qué dices, madre, tanto mal de lo que todo el mundo con tanta eficacia gozar y ver desea?

CEL. Desean harto mal para sí, desean harto trabajo: desean llegar allá, porque llegando viven, y el vivir es dulce, y viviendo envejecen. Así que el niño desea ser mozo, y el mozo viejo y el viejo mas, aunque con dolor, todo por vivir; porque como dicen, *viva la gallina con su pepita.* Pero ¿quién te podria contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frio, su calor, su descontentamiento, su rencilla, su pesadumbre? ¿Aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos y de su primera y fresca color, aquel poco oir, aquel debilitado ver, puestos los ojos á la sombra, aquel hundimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel carecer de fuerza, aquel flaco andar, aquel espacioso comer? Pues ¡ay, ay, señora, si lo dicho viene acompañado de pobreza! allí verás callar todos los otros trabajos, cuando sobra la gana y falta la provision; que jamas sentí peor ahito que de hambre!

MELIB. Bien conozco que hablas de la feria segun te va en ella: asi que otra cancion dirán los ricos.

CEL. Señora hija, á cada cabo hay tres leguas de mal quebranto. A los ricos se les va la

gloria y descanso por otros albañales de asechanzas, que no se parecen, ladrillados por encima con lisonjas. Aquel es rico que está bien con Dios: mas segura cosa es ser menospreciado, que temido: mejor sueño duerme el pobre, que no el que tiene de guardar con solicitud lo que con trabajo ganó y con dolor ha de dejar. Mi amigo no será simulado, y el del rico sí: yo soy querida por mi persona, el rico por su hacienda: nunca oye verdad; todos le hablan lisonjas á sabor de su paladar, todos le han envidia: apenas hallarás un rico que no confiese que le seria mejor estar en mediano estado, ó en honesta pobreza. Las riquezas no hacen rico, mas ocupado: no hacen señor, mas mayordomo: mas son los poseidos de las riquezas, que no los que las poseen: á muchos trajeron la muerte, á todos quitaron el placer á las buenas costumbres, ninguna cosa es mas contraria. ¿No oiste decir: *durmieron su sueño los varones de las riquezas, y ninguna cosa hallaron en sus manos?* Cada rico tiene una docena de hijos y nietos que no rezan otra oracion, no otra peticion, sino rogar á Dios que le saque de medio dellos: no ven la hora que tener á él so la tierra y lo suyo entre sus manos, y darle á poca costa su morada para siempre.

Melib. Madre, gran pena ternás por la edad que perdiste. ¿Querrias volver á la primera?

Celest. Loco es, señora, el caminante que enojado del trabajo del dia, quisiese volver de comienzo la jornada para tornar otra vez á aquel lugar. Que todas aquellas cosas cuya posesion no es agradable, mas vale poseellas que esperallas; porque mas cerca está el fin dellas, cuanto mas andando del comienzo. No hay cosa mas dulce ni graciosa al muy cansado, que el meson: asi que, aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la desea; porque el que de razon y seso carece, casi otra cosa no ama sino lo que perdió.

Melib. Siquiera por vivir mas, es bueno desear lo que digo.

Cel. Tan presto, señora, se va el cordero como el carnero. Ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir. Asi que en esto poca ventaja nos llevais.

Melib. Espantada me tienes con lo que has hablado: indicio me dan tus razones que te haya visto otro tiempo. Dime, madre, eres tú Celestina, la que solia morar á las tenerías, cabe el rio?

Cel. Hasta que Dios quiera.

Melib. Vieja te has parado: bien dicen que los dias no van en valde. Asi goce de mí, no te conociera sino por esta señaleja de la cara. Figúraseme que eras hermosa: otra paréces, muy mudada estás.

LUCR. Hi, hi, hi. Mudada está el diablo: hermosa era, con aquel su Dios os salve que traviesa la media cara.

MELIB. ¿Qué hablas, loca? ¿Qué es lo que dices? ¿De qué te ries?

LUCR. De como no conocias á la madre.

CEL. Señora, ten tú el tiempo que no ande, tendré yo mi forma que no se mude. ¿No has leido, que dicen: *vendrá el dia que en el espejo no te conozcas?* Pero tambien yo encanecí temprano, y parezco de doblada edad: que asi goce desta alma pecadora, y tú dese cuerpo gracioso, que de cuatro hijas que parió mi madre, yo fui la menor. Mira como no soy vieja como me juzgan.

MELIB. Celestina amiga, yo he holgado mucho en verte y conocerte: tambien hasme dado placer con tus razones. Toma tu dinero y vete con Dios, que me parece que no debes haber comido.

CEL. ¡O angélica imágen, ó perla preciosa, y cómo te lo dices! Gozo me toma en verte hablar. Y ¿no sabes que por la divina boca fue dicho contra aquel infernal tentador, que *no de solo pan viviríamos?* Pues asi es, que no solo el comer mantiene: mayormente á mí que me suelo estar uno y dos dias negociando encomiendas agenas ayuna: que en otra cosa no entiendo, salvo hacer por los buenos, morir por ellos. Esto tuve siempre, querer mas tra-

bajar sirviendo á otros, que holgar contentando á mí. Pues si tú me das licencia, diréte la necesitada causa de mi venida, que es otra que la que hasta agora has oido, y tal que todos perderíamos en me tornar en valde sin que la sepas.

MELIB. Di, madre, todas tus necesidades, que si yo las pudiere remediar, de muy buen grado lo haré por el pasado conocimiento y vecindad, que pone obligacion á los buenos.

CELEST. ¿Mias, señora? Antes agenas, como tengo dicho: que las mias de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo, que con mi pobreza jamas me faltó, á Dios gracias, una blanca para pan y cuatro para vino, despues que enviudé; que antes no tenia yo cuidado de lo buscar, que sobrado estaba un cuero en mi casa, y uno lleno y otro vacío. Jamas me acosté sin comer una tostada en vino, y dos docenas de sorbos, por amor de la madre, tras cada sopa. Agora, como todo cuelga de mí, en un jarrillo mal pegado me lo traen, que no cabe dos azumbres: seis veces al dia tengo de salir por mi pecado con mis canas á cuestas, á le henchir á la taberna. Mas no muera yo de muerte, hasta que me vea con cuero ó tinajica de mis puertas adentro: que en mi ánima no hay otra provision; que como dicen: *pan y vino anda camino, que no mozo garrido.* Asi

que donde no hay varon, todo bien fallece: *con mal está el uso, cuando la barba no anda de suso.* Ha venido esto, señora, por lo que decia de las agenas necesidades y no mias.

MELIB. Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

CEL. Doncella graciosa y de alto linage, tu suave habla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía á te lo decir. Yo dejo un enfermo á la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida, que lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará, segun la mucha devocion tiene en tu gentileza.

MELIB. Vieja honrada, no te entiendo, si mas no declaras tu demanda: por una parte me alteras y provocas á enojo; por otra me mueves á compasion. No te sabria volver respuesta conveniente segun lo poco que he sentido de tu habla. Que yo soy dichosa, si de mi palabra hay necesidad para salud de algun cristiano. Porque hacer beneficio es semejar á Dios: y mas, que el que hace beneficio, le recibe, cuando es á persona que le merece: y el que puede sanar al que padece, no lo haciendo, le mata. Asi que no ceses tu peticion por empacho ni temor.

CEL. El temor perdí, mirando, señora, tu beldad: que no puedo creer que en valde pintase Dios unos gestos mas perfectos que otros,

mas dotados de gracias, mas hermosas faciones, sino para hacerlos almacen de virtudes, de misericordia, de compasion; ministros de sus mercedes y dádivas, como á tí. Pues como todos seamos humanos nacidos para morir, y sea cierto que no se puede decir nacido el que para sí solo nació; porque seria semejante á los brutos animales, en los cuales aun hay algunos piadosos, como se dice del unicornio que se humilla á cualquiera doncella; el perro con todo su ímpetu y braveza, cuando viene á morder, si se le echan en el suelo, no hace mal; esto de piedad. ¿Pues las aves? Ninguna cosa el gallo come que no participe y llame las gallinas á comer dello: el pelícano rompe el pecho por dar á sus hijos á comer de sus entrañas: las cigüeñas mantienen otro tanto tiempo á sus padres viejos en el nido, cuanto ellos les dieron cebo siendo pollitos. Pues tal conocimiento dió la natura á los animales y aves, ¿por qué los hombres habemos de ser mas crueles? ¿Por qué no darémos parte de nuestras gracias y personas á los prójimos, mayormente cuando estan envueltos en secretas enfermedades, y tales, que donde está la melecina salió la causa de la enfermedad?

MELIB. Por Dios, sin mas dilatar, me digas quién es ese doliente, que de mal tan perplejo se siente, que su pasion y remedio salen de una misma fuente.

CEL. Bien ternás señora, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentil hombre, de clara sangre, que llaman Calisto.

MELIB. Ya, ya, ya. Buena vieja, no me digas mas: no pases adelante. ¿Ese es el doliente por quien has hecho tantas premisas en tu demanda? ¿Por quien has venido á buscar la muerte para tí? ¿Por quien has dado tan dañosos pasos, desvergonzada barbuda? ¿Qué siente ese perdido, que con tanta pasion vienes? De locura será su mal. ¡Qué te parece, si me hallaras sin sospecha dese loco, con qué palabras me entrabas! No se dice en vano, que el mas empecible miembro del mal hombre ó muger es la lengua. Quemada seas, alcahueta falsa, hechicera, enemiga de honestidad, causadora de secretos yerros. Jesú, Jesú, quítamela, Lucrecia, de delante, que me fino, que no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo. Bien se lo merece esto y mas quien á estas tales da oidos. Por cierto, si no mirase á mi honestidad, y por no publicar su osadía dese atrevido, yo te hiciera, malvada, que tu razon y vida acabaran en un tiempo.

CEL. (En hora mala acá vine, si me falta mi conjuro. Ea pues, bién sé á quién digo. Cé, hermano, que se va todo á perder).

MELIB. ¿Aun hablas entre dientes delante mí, para acrecentar mi enojo y doblar tu pena? ¿Querrias condenar mi honestidad por dar vida á un loco, dejar á mí triste por alegrar á

él, y llevar tú el provecho de mi perdicion, el galardon de mi yerro, perder y destruir la casa y honra de mi padre, por ganar la de una vieja maldita como tú? ¿Piensas que no tengo sentidas tus pisadas, y entendido tu dañado mensage? Pues yo te certifico que las albricias que de aqui saques, no sean sino estorbarte de mas ofender á Dios, dando fin á tus dias. Respóndeme, traidora, ¿cómo osaste tanto hacer?

Cel. Tu temor, señora, tiene ocupada mi desculpa. Mi inocencia me da osadía, tu presencia me turba en verla airada; y lo que mas siento y me pena es recebir enojo sin razon ninguna. Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho, que ni él quedará culpado, ni yo condenada; y verás como es todo mas servicio de Dios, que pasos deshonestos: mas para dar salud al enfermo, que para dañar la fama al médico. Si pensara, señora, que tan de ligero habias de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas, no bastara tu licencia para me dar osadía á hablar en cosa que á Calisto ni á otro hombre tocase.

Melib. Jesú, no oiga yo mentar mas ese loco, salta-paredes, fantasma de noche, luengo como cigüeña, figura de paramento mal pintado, sino aqui me caeré muerta. Este es el que el otro dia me vido, y comenzó á desvariar conmigo en razones, haciendo mucho del galan. Dirásle, buena vieja, que si pensó que ya era todo

suyo y quedaba por él el campo, porque holgué mas de consentir sus necedades que castigar su yerro, quise mas dejarle por loco que publicar su atrevimiento. Pues avísale que se aparte deste propósito y serle ha sano, sino podrá ser que no haya comprado tan cara habla en su vida. Pues sabe, que no es vencido sino el que se cree serlo; yo quedé bien segura, y él ufano. De locos es estimar á todos los otros de su calidad: y tú tórnate con su misma razon, que respuesta de mí otra no habrás, ni la esperes: que por demas es ruego á quien no puede haber misericordia; y da gracias á Dios, pues tan libre vas desta feria. Bien me habian dicho quién tú eras, y avisado de tus propiedades, aunque agora no te conocia.

Cel. (Mas fuerte estaba Troya, y aun otras mas bravas he yo amansado: ninguna tempestad mucho dura).

Melib. ¿Qué dices, enemiga? Habla que te pueda oir. ¿Tienes disculpa alguna para satisfacer mi enojo y escusar tu yerro y osadía?

Cel. Mientras viviere tu ira, mas dañará mi descargo, que estás muy rigurosa; y no me maravillo, que la sangre nueva poco calor ha menester para hervir.

Melib. ¿Poco calor? Poco lo puedes llamar, pues quedaste tú viva, y yo quejosa sobre tan gran atrevimiento. ¿Qué palabra podias tú querer para ese tal hombre que á mí bien me estu-

viese? Responde, pues dices que no lo has conchuido, y quizá pagarás lo pasado.

Cel. Una oracion, señora, que le dijeron que sabias de santa Apolonia para el dolor de las muelas (21): asimismo tu cordon, que es fama que ha tocado las reliquias que hay en Roma y Jerusalen. Aquel caballero que dije, pena y muere dellas. Esta fue mi venida; pero pues en mi dicha estaba tu airada respuesta, padézcase él su dolor, en pago de buscar tan desdichada mensagera; que pues en tu mucha virtud me faltó piedad, tambien me faltára agua, si á la mar me enviara. Pero ya sabes que el deleite de la venganza dura un momento; el de la misericordia para siempre.

Melib. Si eso querias, ¿por qué luego no me lo espresaste? ¿Por qué me lo dijiste por tales palabras?

Cel. Señora, porque mi limpio motivo me hizo creer que aunque en otras cualesquier lo propusiera, no se habia de sospechar mal: que si faltó el debido preámbulo, fue porque la verdad no es necesario abundar de muchas colores. Compasion de su dolor, confianza de tu magnificencia ahogaron en mi boca al principio la espresion de la causa; y pues conoces, señora, que el dolor turba, la turbacion desmanda y altera la lengua, la cual habia de estar siempre atada con el seso, por Dios que no me culpes. Y si el otro yerro ha hecho, no redunde en mi da-

ño; pues no tengo otra culpa sino ser mensagera del culpado. No quiebre la soga por lo mas delgado; no semejes la telaraña que no muestra su fuerza sino contra los flacos animales; no paguen justos por pecadores. Imita la divina justicia, que dijo: *el ánima que pecare, aquella misma muera:* á la humana, que jamas condena al padre por el delito del hijo, ni al hijo por el del padre. Ni es, señora, razon que su atrevimiento acarree mi perdicion; aunque segun su merecimiento, no tendria en mucho que fuese él el delincuente, y yo la condenada: que no es otro mi oficio sino servir á los semejantes: desto vivo, y desto me arreo. Nunca fue mi voluntad enojar á unos por agradar á otros; aunque hayan dicho á tu merced en mi ausencia otra cosa. Al fin, señora, á la firme verdad el viento del vulgo no la empece. Una sola soy en este limpio trato; en toda la ciudad pocos tengo descontentos; con todos cumplo, los que algo me mandan, como si tuviese veinte pies y otras tantas manos.

Melib. No me maravillo, que un solo maestro de vicios dicen que basta para corromper un gran pueblo. Por cierto, tantos y tales loores me han dicho de tus falsas mañas, que no sé si crea que pedias oracion.

Cel. Nunca yo la rece, y si la rezare no sea oida, si otra cosa de mí se saque, aunque mil tormentos me diesen.

MELIB. Mi pasada alteracion me impide á reir de tu desculpa: que bien sé que ni juramento ni tormento te hará decir verdad, que no es en tu mano.

CEL. Eres mi señora, téngote de callar, hete yo de servir, hasme tú de mandar: tu mala palabra será víspera de una saya.

MELIB. Bien la has merecido.

CEL. Si no la he ganado con la lengua, no la he perdido con la intencion.

MELIB. Tanto afirmas tu ignorancia, que me haces creer lo que puede ser. Quiero pues en tu dudosa desculpa tener la sentencia en peso, y no disponer de tu demanda al sabor de ligera interpretacion. No tengas en mucho, ni te maravilles de mi pasado sentimiento, porque concurrieron dos cosas en tu habla, que cualquiera dellas era bastante para me sacar de seso. Nombrarme ese tu caballero que conmigo se atrevió á hablar, y tambien pedirme palabra sin mas cosa; que no se podria sospechar sino daño para mi honra. Pero pues todo viene de buena parte, de lo pasado haya perdon; que en alguna manera es aliviado mi corazon viendo que es obra pia y santa sanar los apasionados y enfermos.

CEL. Y tal enfermo, señora. Por Dios si bien le conocieses, no le juzgases por el que has dicho y mostrado con tu ira. En Dios y en mi alma, no tiene hiel: gracias dos mil: en franque-

za Alejandre: en esfuerzo Hector: gesto de un rey: gracioso, alegre: jamas reina en él tristeza: de noble sangre, como sabes: gran justador: pues verle armado, un san Jorge: fuerza y esfuerzo, no tuvo Hércules tanta: la presencia y faciones, disposicion, desenvoltura, otra lengua habia menester para las contar: todo junto semeja ángel del cielo. Por fe tengo que no era tan hermoso aquel gentil Narciso que se enamoró de su propia figura, cuando se vido en las aguas de la fuente. Agora, señora, tiénele derribado una sola muela, que jamas cesa el quejar.

Melib. Y ¿que tánto tiempo ha?

Cel. Podrá ser, señora, de veinte y tres años: que aquí está Celestina que le vido nacer, y le tomó á los pies de su madre.

Melib. Ni te pregunto eso, ni tengo necesidad de saber su edad: sino qué tánto ha que tiene el mal.

Cel. Señora, ocho dias, que parece que ha un año en su flaqueza: y el mayor remedio que tiene, es tomar una vihuela, y taña tantas canciones y tan lastimeras, que no creo que fueron otras las que compuso aquel emperador y gran músico Adriano, de la partida del ánima, por sufrir sin desmayo la ya vecina muerte. Que aunque yo sé poco de música, parece que hace aquella vihuela hablar. Pues si acaso canta, de mejor gana se paran las aves á le oir, que no á aquel an-

tico, de quien se dice que movia los árboles y piedras con su canto. Siendo este nacido nó alabaran á Orfeo. Mira, señora, ¡si una pobre vieja como yo se hallara dichosa en dar la vida á quien tales gracias tiene! Ninguna muger le ve, que no alabe á Dios, que asi le pintó: pues si le habla acaso, no es mas señora de sí, de lo que él ordena. Y pues tanta razon tengo, juzga, señora, por bueno mi propósito, mis pasos saludables y vacíos de sospecha.

MELIB. ¡O cuánto me pesa con la falta de mi paciencia! Porque siendo él ignorante y tú inocente, habeis padecido las alteraciones de mi airada lengua. Pero la mucha razon me relieva de culpa, la cual tu habla sospechosa causó. En pago de tu buen sufrimiento, quiero cumplir tu demanda, y darte luego mi cordon: y porque para escrebir la oracion no habrá tiempo sin que venga mi madre, si esto no bastare ven mañana por ella muy secretamente.

LUCR. Ya, ya perdida es mi ama. ¿Secretamente quiere que venga Celestina? Fraude hay: mas le querrá dar que lo dicho.

MELIB. ¿Qué dices, Lucrecia?

LUCR. Señora, que baste lo dicho, que es tarde.

MELIB. Pues, madre, no le dés parte de lo que pasó á ese caballero, porque no me tenga por cruel, ó arrebatada ó deshonesta.

LUCR. No miento yo, que mal va este hecho.

CEL. Mucho me maravillo, señora Melibea, de la duda que tienes de mi secreto. No temas, que todo lo sé sufrir y encubrir: que bien veo que tu mucha sospecha echó, como suele, mis razones á la mas triste parte. Yo voy con tu cordon tan alegre, que se me figura que está diciéndole allá su corazon la merced que nos hiciste, y que le tengo de hallar aliviado.

MELIB. Mas haré por tu doliente, si menester fuere, en pago de lo sufrido.

CEL. (Mas será menester y mas harás, y aunque no se te agradezca).

MELIB. ¿Qué dices, madre de agradecer?

CEL. Digo, señora, que todos lo agradecemos, y servirémos, y todos quedamos obligados, que la paga mas cierta es, cuando mas la tienen de cumplir.

LUCR. Trastrócame esas palabras.

CEL. Hija Lucrecia, cé: irás á casa, y darte he una lejía con que pares esos cabellos rubios mas que el oro. No lo digas á tu señora. Y aun darte he unos polvos para quitarte ese olor de la boca, que te huele un poco, que en el reino no los sabe hacer otro sino yo: y no hay cosa que peor en la muger parezca.

LUCR. Oh! Dios te dé buena vejez, que mas necesidad tenia de todo eso que de comer.

CEL. Pues ¿por qué murmuras contra mí, lo-

quilla? Calla, que no sabes si me habrás menester en cosa de mas importancia. No provoques á ira á tu señora mas de lo que ella ha estado: déjame ir en paz.

Melib. ¿Qué dices, madre?

Cel. Señora, acá nos entendemos.

Melib. Dímelo, que me enojo cuando yo presente se habla cosa de que no haya parte.

Cel. Señora, que te acuerde la oracion, para que la mandes escrebir, y que aprenda de mí á tener mesura en el tiempo de tu ira, en la cual yo usé lo que se dice: *del airado es de apartar por poco tiempo, del enemigo por mucho.* Pues tú, señora, tenias ira con lo que sospechaste de mis palabras, no enemistad; porque aunque fueran las que tú pensabas, en sí no eran malas: que cada dia hay hombres penados por mugeres, y mugeres por hombres: y esto obra la natura, y la natura ordenóla Dios, y Dios no hizo cosa mala. Y asi quedaba mi demanda (como quiera que fuese) en sí loable, pues de tal tronco procede, y yo libre de pena. Mas razones destas te diria, sino porque la prolijidad es enojosa al que oye, y dañosa al que habla.

Melib. En todo has tenido buen tiento: asi en el poco hablar en mi enojo, como con el mucho sufrir.

Cel. Señora, sufríte con temor, porque te airaste con razon; porque con la ira morando poder, no es sino rayo: y por esto pasé tu rigu-

rosa habla hasta que su almacen hubiese gastado.

MELIB. En cargo te es ese caballero.

CEL. Señora, mas merece: y si algo con mi ruego para él he alcanzado, con la tardanza lo he dañado. Yo me parto para él, si licencia me das.

MELIB. Mientra mas aina la hubieras pedido, mas de grado la hubieras recabdado. Vé con Dios, que ni tu mensage me ha traido provecho, ni de tu ida me puede venir daño.



ARGUMENTO

DEL QUINTO ACTO.

Despedida Celestina de Melibea va por la calle hablando consigo mesma entre dientes: llegada á su casa halló á Sempronio que la aguardaba. Ambos van hablando hasta llegar á casa de Calisto, y vistos por Parmeno, cuéntalo á Calisto su amo, el cual le manda abrir la puerta.



ACTO QUINTO.

—

Celestina, Sempronio, Parmeno, Calisto.

CELESTINA. ¡Oh rigurosos trances! ¡Oh cuerda osadía! ¡Oh gran sufrimiento! ¡y que tan cercana estuve de la muerte, si mucha astucia no rigiera con el tiempo las velas de la peticion! ¡Oh amenazas de doncella brava; oh airada doncella! ¡Oh diablo á quien yo conjuré! ¡Cómo cumpliste tu palabra en todo lo que te pedí! En cargo te soy. Asi amansaste la cruel hembra con tu poder, y diste tan oportuno lugar á mi habla cuanto quise, con la ausencia de su madre. O vieja Celestina, ¿vas alegre? Sábete que la mitad está hecha cuando tienen buen principio las cosas. ¡Oh serpentino aceite, oh blanco hilado! ¡Cómo os aparejastes todos en mi favor! ó yo rompiera todos mis atamientos hechos y por hacer, ni creyera en yerbas, ni piedras, ni en palabras! Pues alégrate, vieja, que

mas sacarás deste pleito que de quince virgos que renovaras. ¡O malditas haldas, prolijas y largas, cómo me estorbais de llegar adonde han de reposar mis nuevas! ¡O buena fortuna, cómo ayudas á los osados, y á los tímidos eres contraria! Nunca huyendo huye la muerte el cobarde. ¡Oh cuántas erraran en lo que yo he acertado! ¿Qué hicieran en tan fuerte estrecho estas nuevas maestras de mi oficio, sino responder algo á Melibea, por donde se perdiera cuanto yo con buen callar he ganado? Por esto dicen: *quien las sabe las tañe;* y que es mas cierto médico el esperimentado que el letrado; y la esperiencia y escarmiento hace los hombres arteros: y la vieja, como yo, que alce sus haldas al pasar del vado como maestra. ¡Ay cordon, cordon! Yo te haré traer por fuerza, si vivo, á la que no quiso darme su buena habla de grado.

SEMPRONIO. O yo no veo bien, ó aquella es Celestina. Válala el diablo, ¡qué haldear que trae! parlando viene entre dientes.

CELESTINA. ¿De qué te santiguas, Sempronio? Creo que en verme.

SEMP. Yo te lo diré: la raleza de las cosas es madre de la admiracion; la admiracion concebida en los ojos desciende al ánimo por ellos; el ánimo es forzado descubrillo por estas esteriores señales. ¿Quién jamas te vido por

la calle, abajada la cabeza, puestos los ojos en el suelo, y no mirar á ninguno como agora? ¿Quién te vido hablar entre dientes por las calles, y venir aguijando, como quien va á ganar beneficio? Cata, que todo esto novedad es para se maravillar quien te conoce. Pero esto dejado dime por Dios con qué vienes; dime si tenemos hijo ó hija; que desde que dió la una te espero aqui, y no he sentido mejor señal que tu tardanza.

Cel. Hijo, esa regla de bobos no es siempre cierta, que otra hora me pudiera mas tardar y dejar allá las narices, y otras dos, y narices y lengua; y asi que mientras mas tardase mas caro me costase.

Semp. Por amor mio, madre, no pases de aqui sin me lo contar.

Cel. Sempronio amigo, ni yo me podria parar, ni el lugar es aparejado. Vente conmigo delante Calisto, oirás maravillas: que será desflorar mi embajada comunicándola con muchos. De mi boca quiero que sepa lo que se ha hecho que aunque hayas de haber alguna partecilla del provecho, quiero yo todas las gracias del trabajo.

Semp. ¿Partecilla, Celestina? Mal me parece eso que dices.

Cel. Calla, loquillo, que parte ó partecilla, cuanto tú quisieres te daré. Todo lo mio es tuyo, gocémonos y aprovechémonos, que sobre el

partir nunca reñirémos. Y tambien tú sabes, cuánta mas necesidad tienen los viejos que los mozos, mayormente tú que vas á mesa puesta.

SEMP. Otras cosas he menester mas de comer.

CEL. ¿Qué, hijo? Una docena de agujetas, y un torce para el bonete, y un arco para andarte de casa en casa tirando á pájaros y aojando pájaras á las ventanas: mochachas digo, bobo, de las que no saben volar, que bien me entiendes. Que no hay mejor alcahuete para ellas que un arco, que se puede entrar cada uno hecho mostrenco, como dicen: en achaque de trama. Mas ¡ay, Sempronio, de quien tiene de mantener honra y se va haciendo vieja como yo!

SEMP. (¡O lisonjera vieja, ó vieja llena de mal! ¡O codiciosa y avarienta garganta! Tan bien quiere á mí engañar como á mi amo, por ser rica. Pues mala medra tiene; no le arriendo la ganancia, que quien con modo torpe sube en alto, mas presto cae que sube. ¡Oh qué mala cosa es de conocer el hombre! Bien dicen, que ninguna mercaduría ni animal es tan difícil. Mala vieja falsa es esta, el diablo me metió con ella: mas seguro me fuera huir desta venenosa víbora que tomalla. Mia fue la culpa; pero gane harto, que por bien ó mal no negará la promesa).

CEL. ¿Qué dices, Sempronio, con quién ha-

blas? viénesme royendo las haldas; ¿por qué no aguijas?

SEMP. Lo que vengo diciendo, madre Celestina, es que no me maravillo que seas mudable y que sigas el camino de las muchas. Dicho me habias que diferirias este negocio: agora vas sin seso por decir á Calisto cuanto pasa. ¿No sabes que aquello es en algo tenido, que es por tiempo deseado, y que cada dia que él penase era doblarnos el provecho?

CEL. El propósito muda el sabio, el necio persevera. A nuevo negocio, nuevo consejo se requiere. No pensé yo, hijo Sempronio, que asi me respondiera mi buena fortuna. De los discretos mensageros es hacer lo que el tiempo quiere: asi que la calidad de lo hecho no puede encobrir tiempo disimulado. Y mas que yo sé que tu amo (segun lo que dél sentí) es liberal; y si algo antojadizo, mas dará en un dia de buenas nuevas, que en ciento que ande penado, y yo yendo y viniendo: que los acelerados y súpitos placeres crian alteracion, la alteracion estorba el deliberar. Pues ¿en qué podrá parar el bien sino en bien, y el alto mensage sino en luengas albricias? Calla, bobo, deja hacer á tu vieja.

SEMP. Pues dime lo que pasó con aquella gentil doncella: dime alguna palabra de su boca: que por Dios asi peno por sabella, como mi amo penaria.

CEL. Calla, loco, altérasete la complexion:

yo lo veo en tí, que querrias mas estar al sabor que al olor deste negocio. Andemos presto, que estará loco tu amo con mi mucha tardanza.

SEMP. Y aun sin ella se lo está.

PARMENO. Señor, señor.

CALISTO. ¿Qué quieres, loco?

PARM. A Sempronio y á Celestina veo venir cerca de casa, haciendo paradillas de rato en rato: y cuando estan quedos, hacen rayas en el suelo con la espada, no sé qué sea.

CAL. ¡O desvariado, negligente! veslos venir, ¿y no puedes bajar corriendo á abrir la puerta? ¡O alto Dios; ó soberana deidad! ¿Con qué vienen? ¿Qué nuevas traen? Que tan grande ha sido su tardanza, que ya mas esperaba su venida, que el fin de mi remedio. ¡O mis tristes oidos, aparejaos á lo que os viniere, que en su boca de Celestina está agora aposentado el alivio ó pena de mi corazon! ¡Oh si en sueños se pasase este poco tiempo hasta ver el principio y fin de su habla! Agora tengo por cierto, que es mas penoso al delincuente esperar la cruda y capital sentencia, que el acto de la ya sabida muerte. ¡O espacioso Parmeno, manos de muerto! Quita ya esa enojosa aldaba, entrará esa honrada dueña, en cuya lengua está mi vida.

CELESTINA. ¿Oyes, Sempronio? De otro temple anda nuestro amo. Bien difieren estas razones de las que oimos á Parmeno y á él la primera veni-

da: de mal en bien me parece que va. No hay palabra de las que dice, que no vala á la vieja Celestina mas que una saya.

SEMP. Pues mira que entrando hagas que no ves á Calisto, y hables algo bueno.

CEL. Calla, Sempronio, que aunque haya aventurado mi vida, mas merece Calisto, y su ruego y tuyo, y mas mercedes espero yo dél.



ARGUMENTO

DEL ACTO SESTO.

Entrada Celestina en casa de Calisto, con grande aficion y deseo Calisto le pregunta de lo que le ha acontecido con Melibea. Mientras ellos hablan, Parmeno oyendo hablar à Celestina de su parte, vuelto contra Sempronio, á cada razon le pone un mote; reprehendiéndole Sempronio. En fin la vieja Celestina le descubre todo lo negociado, y le da un cordon de Melibea: y despedida de Calisto, vase á su casa, y con ella Parmeno.

ACTO SESTO.

—

Calisto, Celestina, Parmeno, Sempronio.

Calisto. ¿Qué dices, señora y madre mia?

Celestina. ¡O mi señor Calisto! ¿Y aqui estás? ¡O mi nuevo amador de la muy hermosa Melibea, y con mucha razon! ¿Con qué pagarás á la vieja que hoy ha puesto su vida al tablero por tu servicio? ¿Cuál muger jamas se vido en tan estrecha afrenta como yo, que en tornallo á pensar se amenguan y vacian todas las venas de mi cuerpo de sangre? Mi vida diera por menor precio, que agora daria este manto raido y viejo.

Parmeno. Tú dirás lo tuyo: *entre col y col lechuga.* Subido has un escalon, mas adelante te espero á la saya. Todo para tí, y no nada de que puedas dar parte. Pelechar quiere la vieja: tú me sacarás á mí verdadero, y á mi amo loco. No le pierdas palabra, Sempronio, y verás como no quiere pedir dinero, porque es divisible.

SEMPRONIO. Calla, hombre desesperado, que te matará Calisto si te oye.

CAL. Madre mia, ó abrevia tu razon, ó toma esta espada y mátame.

PARM. Temblando está el diablo, como azogado: no se puede tener en sus pies: su lengua le querria prestar para que hablase presto: no es mucha su vida: luto habrémos de medrar destos amores.

CEL. ¿Espada, señor, ó qué? Espada mala mate á tus enemigos y á quien mal te quiere; que yo la vida te quiero dar con buena esperanza que traigo de aquella que tú mas amas.

CAL. ¿Buena esperanza, señora?

CEL. Buena se puede decir, pues queda abierta puerta para mi tornada; y antes me recibirá á mí con esta saya rota, que á otra con seda y brocado.

PARM. Sempronio, cóseme esta boca, que no lo puedo sufrir: encajada ha la saya.

SEMP. Callaras, por Dios, ó te echaré dende con el diablo; que si anda rodeando su vestido, hace bien, pues tiene dello necesidad: que el abad de do canta de allí viste.

PARM. Y aun viste como canta; y esta puta vieja querria en un dia por tres pasos desechar todo el pelo malo, cuanto en cincuenta años no ha podido medrar.

SEMP. ¿Y todo eso es lo que te castigó, y el conocimiento que os teníades, y lo que te crió?

PARM. Bien sufriré yo mas que pida y pele; pero no todo para su provecho.

SEMP. No tiene otra tacha sino ser codiciosa; pero déjala bardar sus paredes, que despues bardará las nuestras, ó en mal punto nos conoció.

CAL. Dime, por Dios, señora, ¿qué hacia? ¿cómo entraste? ¿qué tenia vestido? ¿á qué parte de casa estaba? ¿qué cara te mostró al principio?

CEL. Aquella cara, señor, que suelen los bravos toros mostrar contra los que lanzan las agudas frechas en el coso: la que los monteses puercos contra los sabuesos que mucho los aquejan.

CAL. ¿Y á esas llamas señales de salud? Pues ¿cuáles serian mortales? No por cierto la misma muerte, que aquella alivio seria en tal caso deste mi tormento, que es mayor y duele mas.

SEMP. Estos son los fuegos pasados de mi amo: ¿qué es esto? ¿no ternia este hombre sufrimiento para oir lo que siempre ha deseado?

PARM. ¡Y que calle yo, Sempronio! Pues si nuestro amo te oye, tan bien te castigará á tí como á mí.

SEMP. ¡Oh mal fuego te abrase! Que tú hablas en daño de todos, y yo á ninguno ofendo. ¡Oh, intolerable pestilencia y mortal te consuma, rijoso, envidioso, maldito! ¿Toda esta es la

amistad que con Celestina y conmigo habias concertado? Vete de aqui á la mala ventura.

CAL. Si no quieres, reina y señora mia, que desespere y vaya mi ánima condenada á perpetua pena, oyendo estas cosas, certificame brevemente si no hubo buen fin tu demanda gloriosa, y la cruda y rigurosa muestra de aquel gesto angélico y matador; pues todo eso mas es señal de odio que de amor.

CEL. La mayor gloria que al secreto oficio del abeja se da, á la cual los discretos deben imitar, es que todas las cosas por ella tocadas convierte en mejor de lo que son. Desta manera me he habido con las zahareñas razones y esquivas de Melibea. Todo su rigor traigo convertido en miel, su ira en mansedumbre, su aceleramiento en sosiego. Pues ¿á qué piensas que iba allá la vieja Celestina, á quien tú demas de su merecimiento magníficamente galardonaste, sino á ablandar su saña, á sufrir su accidente, á ser escudo de tu ausencia, á recibir en mi manto los golpes, los desvíos, los menosprecios y desdenes que muestran aquellas en los principios de sus requerimientos de amor, para que sea despues en mas tenida su dádiva? Que á quien mas quieren peor hablan: y si asi no fuese, ninguna diferencia habria entre las públicas que aman, á las escondidas doncellas, si todas dijesen sí á la entrada de su primer requerimiento, en viendo que de alguno eran amadas: las cuales, aunque estan

abrasadas y encendidas de vivos fuegos de amor, por su honestidad muestran un frio esterior, un sosegado vulto, un apacible desvío, un constante ánimo y casto propósito, unas palabras agras que la propia lengua se maravilla del gran sufrimiento suyo, que la hacen forzosamente confesar el contrario de lo que sienten. Asi que para que tú descanses y tengas reposo, mientras te contaré por estenso el proceso de mi habla y la causa que tuve para entrar, sabe que el fin de su razon fue muy bueno.

CAL. Agora, señora, que me has dado seguro para que ose esperar todos los rigores de la respuesta, di cuanto mandares y como quisieres, que yo estaré atento. Ya me reposa el corazon, ya descansa mi pensamiento, ya reciben las venas y recobran su perdida sangre, ya he perdido el temor, ya tengo alegría. Subamos, si mandas, arriba: en mi cámara me dirás por estenso lo que aquí he sabido en suma.

CEL. Subamos, señor.

PARM. ¡O santa María! ¡Y qué rodeos busca este loco por huir de nosotros, para poder llorar á su placer con Celestina de gozo, y por descubrirle mil secretos de su liviano y desvariado apetito; por preguntar y responder seis veces cada cosa, sin que esté presente quien le pueda decir que es prolijo! Pues mándote yo, desatinado, que tras tí vamos.

CAL. Mira, señora, qué hablar trae Parmeno:

cómo se viene santiguando de oir lo que has hecho: de tu gran diligencia espantado está; por mi fe, señora Celestina, otra vez se santigua. Sube, sube, sube y asiéntate, señora, que de rodillas quiero escuchar tu suave respuesta: y dime luego ¿la causa de tu entrada qué fue?

CEL. Vender un poco de hilado, con que tengo cazadas mas de treinta de su estado, si á Dios ha placido, en este mundo, y algunas mayores.

CAL. Eso será de cuerpo, madre; pero no de gentileza, no de estado, no de gracia y discrecion, no de linage, no de presuncion con merecimiento, no en virtud, no en habla.

PARM. Ya escurre eslabones el perdido; ya se desconciertan sus badajadas. Nunca da menos de doce, siempre está hecho reloj de medio dia. Cuenta, cuenta, Sempronio, que estoy desbabado oyéndole á él locuras, y á ella mentiras.

SEMP. ¡Maldiciente venenoso! ¿Por qué cierras las orejas á lo que todos los del mundo las aguzan, hecho serpiente que huye la voz del encantador? Que solo por ser de amores estas razones, aunque mentiras, las habias de escuchar con gana.

CEL. Oye, señor Calisto, y verás tu dicha y mi solicitud qué obraron: que en comenzando yo á vender y poner en precio mi hilado, fue su madre de Melibea llamada para que fuese á visitar una hermana suya enferma: y como le fue

necesario ausentarse, dejó en su lugar á Melibea para que lo aviniese.

CAL. ¡O gozo sin par; ó singular oportunidad; ó oportuno tiempo! ¡O quién estuviera allí debajo de tu manto, escuchando qué hablaria sola aquella en quien Dios tan estremadas gracias puso!

CEL. ¿Debajo de mi manto, dices? ¡Ay mezquina! que fueras visto por treinta agujeros que tiene, si Dios no le mejora.

PARM. Sálgome fuera, Sempronio: ya no digo nada, escúchatelo tú todo. Si este perdido de mi amo no midiese con el pensamiento cuántos pasos hay de aqui á casa de Melibea, y contemplase en su gesto y considerase cómo estaria aviniendo el hilado, todo el sentido puesto y ocupado en ella, él veria que mis consejos le eran mas saludables que estos engaños de Celestina.

CAL. ¿Qué es esto, mozos? Estó yo escuchando atento que me va la vida, ¿y vosotros susurrais como soleis, por hacerme mala obra y enojo? Por mi amor que calleis: moriréis de placer con esta señora, segun su buena diligencia. Di, señora, ¿qué hiciste cuando te viste sola?

CEL. Recebí, señor, tanta alteracion de placer, que cualquiera que me viera, me lo conociera en el rostro.

CAL. Agora la recibo yo, ¡cuánto mas quien ante sí contemplaba tal imágen! Enmudecerias con la novedad incogitada.

Cel. Antes me dió mas osadía á hablar lo que quise, verme sola con ella. Abrí mis entrañas; díjele mi embajada, como penabas tanto por una palabra de su boca salida en favor tuyo para sanar un tan gran dolor. Y como ella estuviese suspensa, mirándome, espantada del nuevo mensage, escuchando hasta ver quién podia ser el que asi por necesidad de su palabra penaba, ó á quién pudiese sanar su lengua; en nombrando tu nombre atajó mis palabras, dióse en la frente una gran palmada, como quien cosa de grande espanto hubiese oido, diciendo que cesase mi habla y me quitase delante, si no queria hacer á sus servidores verdugos de mi postrimería; agravando mi osadía, llamándome hechicera, alcahueta, vieja falsa, barbuda, malhechora y otros muchos ignominiosos nombres, con cuyos títulos asombran á los niños de cuna. Y empos desto mil amortecimientos y desmayos, mil milagros y espantos, turbado el sentido, bullendo fuertemente los miembros todos á una parte y á otra, herida de aquella dorada frecha que del sonido de tu nombre le tocó; retorciendo el cuerpo, las manos enclavijadas, como quien se despereza, que parecia que las despedazaba, mirando con los ojos á todas partes, coceando con los pies el suelo duro. Y yo á todo esto arrinconada, encogida, callando, muy gozosa con su ferocidad. Mientras mas basqueaba, mas yo me alegraba, porque mas cerca estaba el rendirse y

su caida. Pero entre tanto que gastaba aquel espumajoso almacen su ira, yo no dejaba mis pensamientos estar vagos ni ociosos; de manera que tuve tiempo para salvar lo dicho.

Cal. Eso me di, señora madre, que yo hé revuelto en mi juicio mientra te escucho, y no he hallado desculpa que buena fuese, ni conveniente con que lo dicho se cubriese ni colorase, sin quedar terrible sospecha de tu demanda; porque conozco tu mucho saber, que en todo me pareces mas que muger, que como su respuesta tú prenosticaste, proveiste con tiempo tu réplica. ¿Qué mas hacia aquella Tusca Adeleta (22), (cuya fama, siendo tu viva, se perdiera) la cual tres dias ante su fin prenunció la muerte de su viejo marido y de dos hijos que tenia? Ya creo lo que se dice, que el género flaco de las hembras es mas apto para las prestas cautelas que el de los varones.

Cel. ¿Qué señor? Dije que tu pena era mal de muelas, y que la palabra que della querria, era una oracion que ella sabia muy devota para ellas.

Cal. ¡O maravillosa astucia! ¡O singular muger en su oficio, ó cautelosa hembra, ó melecina presta, ó discreta en mensages! ¿Cuál humano seso bastara á pensar tan alta manera de remedio? De cierto creo, si nuestra edad alcanzara aquellos pasados Eneas y Dido, no trabajara tanto Venus para atraer á su hijo el amor

de Elisa, haciendo tomar á Cupido ascánica forma, para la engañar; antes por evitar prolijidad pusiera á tí por medianera. Ahora doy por bien empleada mi muerte, puesta en tales manos, y creeré que si mi deseo no hubiere efecto cual querria, que no se pudo obrar mas, segun natura, en mi salud. ¿Qué os parece, mozos? ¿Qué mas se pudiera pensar? ¿Hay tal muger nacida en el mundo?

Cel. Señor, no atajes mis razones: déjame decir, que se va haciendo noche. Ya sabes que quien mal hace, aborrece la claridad; y yendo á mi casa podré haber algun mal encuentro.

Cal. ¡Qué, qué! Sí, que hachas y pages hay que te acompañen.

Parm. Sí, sí; porque no fuercen á la niña. Tú irás con ella, Sempronio, que ha temor de los grillos que cantan con lo escuro.

Cal. ¿Dices algo, hijo Parmeno?

Parm. Señor, que yo y Sempronio será bueno que la acompañemos hasta su casa, que hace mucho escuro.

Cal. Bien dicho es: despues será. Procede en tu habla, y dime qué mas pasaste; ¿qué te respondió á la demanda de la oracion?

Cel. Que la daria de su grado.

Cal. ¿De su grado? Dios mio, ¡qué alto don!

Cel. Pues mas le pedí.

Cal. ¿Qué, mi vieja honrada?

Cel. Un cordon que ella trae contino ceñido,

diciendo que era provechoso para tu mal, porque habia tocado muchas reliquias.

CAL. Pues ¿qué dijo?

CEL. Dame albricias, y decírtelo he.

CAL. ¡Oh! par Dios, toma toda esta casa y cuanto en ella hay, y dímelo; ó pide lo que querrás.

CEL. Por un manto que tú dés á la vieja, te dará en tus manos el mesmo que en su cuerpo ella traia.

CAL. ¿Qué dices de manto? y saya, y cuanto yo tengo.

CEL. Manto he menester, y este terné yo en harto. No te alargues mas, no pongas sospechosa duda en mi pedir; que dicen, que ofrecer mucho al que poco pide es especie de negar.

CAL. Corre, Parmeno, llama á mi sastre, y corte luego un manto y una saya de aquel contrai que se sacó para frisado.

PARM. Asi, asi: á la vieja todo, porque venga cargada de mentiras, como abeja, y á mí que me arrastren. Tras esto anda ella hoy todo el dia con sus rodeos.

CAL. ¡De qué gana va el diablo! No hay cierto tan mal servido hombre como yo, manteniendo mozos adevinos, rezongadores, enemigos de mi bien. ¿Qué vas, bellaco, rezando? Envidioso, ¿qué dices que no te entiendo? Vé donde te mando presto, y no me enojes: que harto basta mi

pena para me acabar: que tambien habrá para tí sayo en aquella pieza.

PARM. No digo, señor, otra cosa, sino que es tarde para que venga el sastre.

CAL. ¿No digo yo que adevinas? Pues quédese para mañana. Y tú, señora, por amor mio te sufras, que no se pierde lo que se dilata: y mándame mostrar aquel santo cordon, que tales miembros fue digno de ceñir. Gozarán mis ojos con todos los otros sentidos, pues juntos han sido apasionados: gozará mi lastimado corazon, aquel que nunca recibió momento de placer, despues que aquella señora conoció. Todos los sentidos le llagaron, todos acorrieron á él con sus esportillas de trabajos; cada uno le lastimó cuanto mas pudo: los ojos en vella, los oidos en oilla, las manos en tocalla.

CEL. ¿Que la has tocado dices? ¡Mucho me espantas!

CAL. Entre sueños, digo.

CEL. ¿En sueños?

CAL. En sueños la veo tantas noches, que temo no me acontezca como á Alcibíades, que soñó que se veia envuelto en el manto de su amiga, y otro dia matáronle, y no hubo quien le alzase de la calle, ni cubriese, sino ella con su manto (23); pero en vida ó en muerte, alegre me seria vestir su vestidura.

CEL. Asaz tienes pena; pues cuando los otros reposan en sus camas, preparas tú el trabajo

para sufrir otro dia. Esfuérzate, señor, que no hizo Dios á quien desamparase: da espacio á tu deseo: toma este cordon, que si yo no me muero, yo te daré á su ama.

CAL. ¡O nuevo huésped! ¡ó bienaventurado cordon que tanto poder y merecimiento tuviste de ceñir aquel cuerpo que yo no soy digno de servir! ¡O nudos de mi pasion, vosotros enlazastes mis deseos! Decidme si os hallastes presentes en la desconsolada respuesta de aquella á quien vosotros servis y yo adoro, y por mas que trabajo noches y dias, no me vale ni aprovecha.

CEL. Refran viejo es, *quien menos procura, alcanza mas bien*. Pero yo te haré procurando conseguir lo que siendo negligente no habrias. Consuélate, señor, que en una hora no se ganó Zamora; pero no por eso desconfiaron los combatientes.

CAL. ¡Oh desdichado! que las ciudades estan con piedras cercadas, y á piedras, piedras las vencen; pero esta mi señora tiene el corazon de acero. No hay metal que con él pueda; no hay tiro que le melle. Pues poned escalas en su muro. Unos ojos tiene con que echa saetas: una lengua de reproches y desvíos: el asiento tiene en parte que media legua no le pueden poner cerco.

CEL. Calla, señor, que el buen atrevimiento de un solo hombre ganó á Troya (24). No des-

confíes, que una muger puede ganar otra. Poco has tratado mi casa: no sabes bien lo que yo puedo.

CAL. Cuanto dijeres, señora, te quiero creer, pues tal joya como esta me trujiste. ¡O mi gloria, y ceñidero de aquella angélica criatura! Yo te veo y no lo creo. ¡Oh cordon, cordon! ¿Fuísteme enemigo? Di lo cierto; si lo fuiste, yo te perdono, que de los buenos es propio las culpas perdonar. No lo creo: que si fueras contrario, no vinieras tan presto á mi poder, salvo si vienes á desculparte. Conjúrote me respondas, por la virtud del gran poder que aquella señora sobre mí tiene.

CEL. Cesa ya, señor, ese devanear: que me tienes cansada de escucharte, y al cordon roto de tratarlo.

CAL. ¡O mezquino de mí! Que asaz bien me fuera del cielo otorgado, que de mis brazos fueras hecho y tejido, y no de seda como eres, porque ellos gozaran cada dia de rodear y ceñir con debida reverencia aquellos miembros que tú, sin sentir ni gozar de la gloria, siempre tienes abrazados. ¡Oh qué secretos habrás visto de aquella escelente imágen!

CEL. Mas verás tú y con mas sentido, si no lo pierdes hablando lo que hablas.

CAL. Calla, señora, que él y yo nos entendemos. ¡O mis ojos! acordaos como fuisteis causa y puerta por donde fue mi corazon llagado, y

que aquel es visto hacer el daño que da la causa. Acordaos que sois deudores de la salud: remirad la melecina que os viene hasta casa.

SEMP. Señor, por holgar con el cordon, no querrás gozar de Melibea.

CAL. ¿Qué, loco, desvariado, ataja solaces? cómo es esto?

SEMP. Que mucho hablando matas á tí y á los que te oyen; y asi que perderás la vida ó el seso. Cualquiera que falte, basta para quedarte á escuras. Abrevia tus razones, darás lugar á las de Celestina.

CAL. ¿Enójote, madre, con mi luenga razon, ó está borracho este mozo?

CEL. Aunque no lo esté, debes, señor, cesar tu razon, dar fin á tus luengas querellas, tratar al cordon como cordon, por que sepas hacer diferencia de habla cuando con Melibea te veas: no haga tu lengua iguales la persona y el vestido.

CAL. ¡Oh mi señora, mi madre, mi consoladora! Déjame gozar con este mensagero de mi gloria. ¡O lengua mia! ¿por qué te impides en otras razones dejando de adorar presente la escelencia de quien por ventura jamas verás en tu poder? Oh mis manos ¡con qué atrevimiento, con cuán poco acatamiento teneis y tratais la triaca de mi llaga! Ya no podrán empecer las yerbas que aquel crudo casquillo traia envueltas en su aguda punta: seguro soy, pues

quien dió la herida la cura. ¡O tú, señora, alegría de las viejas mugeres, gozo de las mozas, descanso de los fatigados como yo! No me hagas mas penado con tu temor, que me hace mi vergüenza: suelta la rienda á mi contemplacion, déjame salir por las calles con esta joya; porque los que me vieren, sepan que no hay mas bien andante hombre que yo.

Semp. No afistoles tu llaga cargándola de mas deseo: no es, señor, el solo cordon del que pende tu remedio.

Cal. Bien lo conozco; pero no tengo sufrimiento para me abstener de adorar tan alta empresa.

Cel. ¿Empresa? Aquella es empresa que de grado es dada; pero ya sabes que lo hizo por amor de Dios, para guarecer tus muelas; no por el tuyo, para cerrar tus llagas; pero si yo vivo, ella volverá la hoja.

Cal. ¿Y la oracion?

Cel. No se me dió por agora.

Cal. ¿Qué fue la causa?

Cel. La brevedad del tiempo; pero quedó, que si tu pena no aflojase, que tornase mañana por ella.

Cal. ¿Aflojar? Entonce aflojará mi pena, cuando su crueldad.

Cel. Asaz, señor, basta lo dicho y hecho: obligada queda, segun lo que mostró, á todo lo que para esta enfermedad yo quisiere pe-

dir, segun su poder. Mira, señor, si esto basta para la primera vista. Yo me voy: cumple, señor, que si salieres mañana, lleves rebozado un paño, porque si della fueres visto, no acuse de falsa mi peticion.

CAL. Y aun cuatro, por tu servicio. Pero dime, par Dios, ¿pasó mas? que muero por oir palabras de aquella dulce boca. ¿Cómo fuiste tan osada, que sin la conocer te mostrases tan familiar en tu entrada y demanda?

CEL. ¿Sin la conocer? Cuatro años fueron mis vecinas; trataba con ellas, hablaba y reia de dia y de noche. Mejor me conoce su madre que á sus mismas manos, aunque Melibea se ha hecho grande muger, discreta, gentil.

PARM. Ea, mira, Sempronio, qué te digo al oido.

SEMP. Dime, ¿qué dices?

PARM. Aquel atento escuchar de Celestina da materia de alargar en su razon á nuestro amo. Llégate á ella, dale del pie, hagámosle de señas que no espere mas, sino que se vaya: que no hay tan loco hombre nacido, que solo mucho hable.

CAL. ¿Gentil dices, señora, que es Melibea? Parece que lo dices burlando. ¿Hay nacida su par en el mundo? ¿Crió Dios otro mejor cuerpo? ¿Puédense pintar tales faciones, dechado de hermosura? Si hoy fuera viva Elena, por quien

tanta muerte hubo de griegos y troyanos, ó la hermosa Policena, todas obedecerian á esta señora por quien yo peno. Si ella se hallara presente en aquel debate de la manzana con las tres diosas, nunca sobrenombre de discordia le pusieran; porque sin contrariar ninguna, todas concedieran y vinieran conformes en que la llevara Melibea: asi que se llamara manzana de concordia. Pues cuantas hoy son nacidas que della tengan noticia, se maldicen, querellan á Dios, porque no se acordó dellas, cuando á esta mi señora hizo. Consumen sus vidas, comen sus carnes con envidia, danles siempre crudos martirios, pensando con artificio igualar con la perfeccion que sin trabajo dotó á ella natura. Dellas pelan sus cejas con tenacicas y pegones y cordelejos: dellas buscan las doradas yerbas, raices, ramas y flores para hacer lejías, con que sus cabellos semejasen á los della: las caras martillando, envistiéndolas en diversos matices con ungüentos y unturas, aguas fuertes, posturas blancas y coloradas, que por evitar prolijidad no las cuento. Pues la que todo esto halló hecho, mira si merece de un triste hombre como yo ser servida.

Cel. Bien te entiendo, Sempronio. Déjale, que él caerá de su asno y acabará.

Cal. En la que toda la natura se remiró por la hacer perfecta: que las gracias que en todas repartió, las juntó en ella. Allí hicieron alarde

cuanto mas acabadas pudieron allegarse, porque conociesen los que la viesen, cuánta era la grandeza de su pintor. Solo un poco de agua clara con un ebúrneo peine basta para esceder á las nacidas en gentileza. Estas son sus armas; con estas mata y vence; con estas me cautivó; con estas me tiene ligado y puesto en dura cadena.

Cel. Calla y no te fatigues, que mas aguda es la lima que yo tengo, que fuerte esa cadena que te atormenta. Yo la cortaré con ella, porque tú quedes suelto. Por ende, dame licencia, que es muy tarde, y déjame llevar el cordon, porque, como sabes, tengo dél necesidad.

Cal. ¡O desconsolado de mí! La fortuna adversa me sigue junta: que contigo, ó con el cordon, ó con entrambos quisiera yo estar acompañado esta noche luenga y escura. Pero pues hay bien cumplido en esta penosa vida, venga entera soledad. Mozos, mozos.

Parm. Señor.

Cal. Acompañad á esta señora hasta su casa, y vaya con ella tanto placer y alegría, cuanta conmigo queda tristeza y soledad.

Cel. Quede, señor, Dios contigo: mañana será mi vuelta, donde mi manto y la respuesta vernán á un punto; pues hoy no hubo tiempo: y súfrete, señor, y piensa en otras cosas.

Cal. Eso no, que es heregía olvidar á aquella por quien la vida me aplace.

ARGUMENTO

DEL ACTO SÉPTIMO.

Celestina habla con Parmeno, induciéndole á concordia y amistad de Sempronio. Tráele Parmeno á la memoria la promesa que le hiciera, de le hacer haber á Areusa, que él mucho amaba. Vanse á casa de Areusa: quédase ahí la noche Parmeno. Celestina va á su casa, llama á la puerta: Elicia le viene á abrir, increpándola su tardanza.

ACTO SÉPTIMO.

—

Celestina, Parmeno, Areusa, Elicia.

Celestina. Parmeno hijo, despues de las pasadas razones, no he habido oportuno tiempo para te decir y mostrar el mucho amor que te tengo; y asimismo, cómo de mi boca todo el mundo ha oido hasta agora en ausencia bien de tí. La razon no es menester repetirla, porque yo te tenia por hijo, á lo menos casi adoptivo. Asi creia que tú imitaras al natural; y tú dasme el pago en mi presencia, pareciéndote mal cuanto digo, susurrando y murmurando contra mí en presencia de Calisto. Bien pensaba yo que despues que concediste en mi buen consejo, que no habias de tornarte atras. Todavía me parece que te quedan reliquias vanas, hablando por antojo mas que por razon: desechas el provecho, por contentar la lengua. Óyeme, si no me has oido, y mira que soy vieja, y el buen consejo mora en los viejos, y de los mancebos es própio el delei-

te. Bien creo que de tu yerro sola la edad tiene culpa: espero en Dios que serás mejor para mí de aqui adelante, y mudarás el ruin propósito con la tierna edad; que como dicen, múdanse las costumbres con la mudanza del cabello y variacion: digo, hijo, creciendo y viendo cosas nuevas cada dia, porque la mocedad en solo lo presente se impide y ocupa á mirar; mas la madura edad no deja presente, ni pasado, ni por venir. Si tú tuvieras memoria, hijo Parmeno, del pasado amor que te tuve, la primera posada que tomaste, venido nuevamente á esta ciudad, habia de ser la mia; pero los mozos curais poco de los viejos, regis os á sabor de paladar, nunca pensais que teneis ni habeis de tener necesidad dellos, nunca pensais en enfermedades, nunca pensais que os puede esta florecilla de juventud faltar. Pues mira, amigo, que para tales necesidades como estas, buen acorro es una vieja conocida, amiga, madre y mas que madre, buen meson para descansar sano, buen hospital para sanar enfermo, buena bolsa para necesidad, buena arca para guardar dinero en prosperidad, buen fuego de invierno, rodeado de asadores, buena sombra de verano, buena taberna para comer y beber. ¿Qué dirás, loquillo, á todo esto? Bien sé que estás confuso por lo que hoy has hablado: pues no quiero mas de tí, que Dios no pide mas del pecador de arrepentirse y enmendarse. Mira á Sempronio, yo lo

hice hombre, de Dios en ayuso (25); querria que fuésedes como hermanos, porque estando bien con él, con tu amo y con todo el mundo lo estarias. Mira que es bien quisto, diligente, palanciano, buen servidor, gracioso, quiere tu amistad; creceria vuestro provecho dándoos el uno al otro la mano. Y pues sabe que es menester que ames, si quieres ser amado; que no se toman truchas á bragas enjutas. Ni te lo debe Sempronio de fuero; simpleza es no querer amar, y esperarlo ser de otra: locura es pagar la amistad con odio.

Parm. Madre, mi segundo yerro te confieso, y con perdon de lo pasado, quiero que ordenes lo por venir; pero con Sempronio me parece que es imposible sostenerse mi amistad. Él es desvariado, yo mal sufrido: conciértame esos amigos.

Cel. Pues no era esa tu condicion.

Parm. A la mi fe mientras mas fui creciendo, mas la primera paciencia me olvidaba: no soy el que solia, y asimismo Sempronio no hay ni tiene en qué me aproveche.

Cel. El cierto amigo en la cosa incierta se conoce, en las adversidades se prueba: entonces se allega y con mas deseo visita la casa que la fortuna próspera desamparó. ¿Qué te diré, hijo, de las virtudes del buen amigo? No hay cosa mas amada ni mas rara: ninguna carga rehusa. Vosotros sois iguales: la paridad de las costumbres y la semejanza de los corazones es

la que mas la sostiene. Cata, hijo mio, que si algo tienes, guardado se te está; sabe tú ganar mas, que aquello ganado lo hallaste. Buen siglo haya aquel padre que lo trabajó. No se te puede dar hasta que vivas mas reposado y vengas en edad cumplida.

PARM. ¿A qué llamas reposado, tia?

CEL. Hijo, á vivir por tí, á no andar por casas agenas, lo cual siempre andarás, mientras no te supieres aprovechar de tu servicio: que de lástima que hube de verte roto, pedí hoy manto, como viste, á Calisto: no por mi manto, pero porque estando el sastre en casa y tú delante sin sayo, te le diese. Asi que, no por mi provecho (como yo sentí que dijiste), mas por el tuyo: que si esperas al ordinario galardon destos galanes, es tal, que lo que en diez años sacarás, atarás en la manga. Goza tu mocedad: el buen dia, la buena noche, el buen comer y beber, cuando pudieres haberlo no lo dejes, piérdase lo que se perdiere; no llores tú la hacienda que tu amo heredó, que esto te llevarás deste mundo, pues no lo tenemos mas de por nuestra vida. ¡O hijo mio Parmeno! (que bien te puedo decir hijo, pues tanto tiempo te crié) toma mi consejo, pues sale con limpio deseo de verte en alguna honra. ¡O cuán dichosa me hallaria en que tú y Sempronio estuviésedes muy conformes, muy amigos, hermanos en todo, viéndoos venir á mi pobre casa á holgar

á verme, y aun á desenojaros con sendas mochachas!

PARM. ¡Mochachas, madre mia!

CEL. A la hé, mochachas digo, que viejas harto me soy yo. Cual se la tiene Sempronio, y aun sin haber tanta razon, ni tenerle tanta aficion como á tí: que de las entrañas me sale cuanto te digo.

PARM. Señora, no vives engañada.

CEL. Y aunque lo viva, no me pena mucho, que tambien lo hago por amor de Dios, y por verte solo en tierra agena, y mas por aquellos huesos de quien te me encomendó: que tú serás hombre y vernás en conocimiento verdadero, y dirás: *la vieja Celestina bien me consejaba.*

PARM. Y aun agora lo siento, aunque soy mozo: que aunque hoy vias que aquello decia, no era porque me pareciese mal lo que tú hacias, pero porque via que le consejaba yo lo cierto, y me daba malas gracias. Pero de aqui adelante demos tras él; haz de las tuyas, que yo callaré; que ya tropecé en no te creer cerca deste negocio con él.

CEL. Cerca deste y de otros tropezarás y caerás, mientras no tomares mis consejos, que son de amiga verdadera.

PARM. Ahora doy por bien empleado el tiempo que siendo niño te serví; pues tanto fruto trae para la mayor edad; y rogaré á Dios por el alma de mi padre que tal tutriz me dejó,

y de mi madre que á tal muger me encomendó.

Cel. No me la nombres, hijo, por Dios, que se me hinchen los ojos de agua. Y ¿tuve yo en este mundo otra tal amiga? ¿otra tal compañera? ¿tal aliviadora de mis trabajos y fatigas? ¿Quién suplia mis faltas? quién sabia mis secretos? á quién descubria mi corazon? quién era todo mi bien y descanso, sino tu madre, mas que mi hermana y comadre? ¡Oh qué graciosa era! ¡oh qué desenvuelta, limpia y varonil! tan sin pena ni temor se andaba á media noche de cimenterio en cimenterio, buscando aparejos para nuestro oficio, como de dia. Ni dejaba cristianos, ni moros, ni judíos, cuyos enterramientos no visitaba: de dia los acechaba, de noche los desenterraba. Asi se holgaba con la noche escura, como tú con el dia claro: decia que aquella era capa de pecadores. Pues maña, ¿no tenia con todas las otras gracias? Una cosa te diré, porque veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó á un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. ¿Pues entrar en un cerco? mejor que yo y con mas esfuerzo, aunque yo tenia harto buena fama, mas que agora, que por mis pecados todo se olvidó con su muerte. ¿Qué mas quieres, sino que los mismos diablos la habian miedo? Atemorizados y espantados los tenia con las crudas voces que les daba:

asi era dellos conocida, como tú en tu casa: tumbando venian unos sobre otros á su llamado: no la osaban decir mentira, segun la fuerza con que los apremiaba. Despues que la perdí, jamas les oí verdad.

Parm. (No la medre Dios mas á esta vieja, que ella me da placer con estos loores de sus palabras).

Cel. ¿Qué dices, mi honrado Parmeno, mi hijo, y mas que hijo?

Parm. Digo que ¿cómo tenia esa ventaja mi madre, pues las palabras que ella y tú decíades eran todas unas?

Cel. ¿Cómo? y deso te maravillas? ¿No sabes que dice el refran, *que mucho va de Pedro á Pedro?* Aquella gracia de mi comadre no la alcanzábamos todas. ¿No has visto en los oficios unos buenos y otros mejores? Asi era tu madre, que Dios haya, la prima de nuestro oficio, y por tal era de todo el mundo conocida y querida: asi de caballeros, como de clérigos, casados, viejos, mozos y niños. ¿Pues mozas y doncellas? Asi rogaban á Dios por su vida, como de sus mismos padres. Con todos tenia que hacer, con todos hablaba: si salíamos por la calle, cuantos topábamos eran sus ahijados: que fue su principal oficio partera diez y seis años; asi que, aunque tú no sabias sus secretos por la tierna edad que habias, agora es razon que los sepas, pues ella es finada y tú hombre.

PARM. Dime, señora, cuando la justicia te mandó prender, estando yo en tu casa, ¿teníades mucho conocimiento?

CEL. ¿Si teníamos, me dices como por burla? Juntas lo hecimos, juntas nos sintieron, juntas nos prendieron y acusaron, y juntas nos dieron la pena esa vez, que creo que fue la primera. Pero muy pequeño eras tú; yo me espanto cómo te acuerdas, que es la cosa que mas olvidada está en la ciudad. Cosas son que pasan por el mundo: cada dia verás quien peque y pague, si sales á ese mercado.

PARM. Verdad es; pero del pecado lo peor es la perseverancia; que asi como el primer movimiento no es en mano del hombre, asi el primer yerro: do dicen, que *quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.*

CEL. (Lastimásteme, don loquillo. ¿A las verdades nos andamos? Pues espera, que yo te tocaré donde te duela.)

PARM. ¿Qué dices, madre?

CEL. Hijo, digo que sin aquella prendieron cuatro veces tu madre, que Dios haya, sola y aun la una le levantaron que era bruja, porque la hallaron de noche con unas candelillas cogiendo tierra de una encrucijada, y la tuvieron medio dia en una escalera á la plaza puesta, y uno como rocadero pintado en la cabeza. Pero no fue nada, algo han de sufrir los hombres en este triste mundo para sustentar sus vidas y honras: y

mira en qué tan poco lo tuvo con su buen seso, que ni por eso dejó dende en adelante de usar mejor su oficio. Esto ha venido por lo que decias del perseverar en lo que una vez se yerra. En todo tenia gracia: que en Dios y en mi conciencia, aun en aquella escalera estaba y parecia que á todos los de abajo no tenia en una blanca segun su meneo y presencia. Asi que los que algo son, como ella, y saben y valen, son los que mas presto yerran. Verás quién fue Virgilio, y qué tanto supo; mas ya habrás oido como estuvo en cesto colgado de una torre, mirándole toda Roma; pero por eso no dejó de ser honrado, ni perdió el nombre de Virgilio (26).

Parm. Verdad es lo que dices; pero eso no fue por justicia.

Cel. Calla, bobo, poco sabes de achaque de iglesia, y cuánto es mejor por mano de justicia que de otra manera; sabíalo mejor el cura, que Dios haya, que viniéndola á consolar, dijo que la santa escritura tenía, que bienaventurados eran los que padecian persecucion por la justicia, y que aquellos poseerian el reino de los cielos. Mira si es mucho pasar algo en este mundo por gozar de la gloria del otro; y mas que segun todos decian, á tuerto y sin razon, y con falsos testigos y recios tormentos la hicieron aquella vez confesar lo que no era; pero con su buen esfuerzo, y como el corazon avezado á su-

frir hace las cosas mas leves de lo que son, todo lo tuvo en nada. Que mil veces le oia decir: si me quebré el pié, fue por bien, porque soy mas conocida que antes. Asi que todo esto pasó tu buena madre acá, debemos creer que la dará Dios buen pago allá, si es verdad lo que nuestro cura nos dijo: y con esto me consuelo. Pues séime tú, como ella, amigo verdadero, y trabaja por ser bueno, pues tienes á quien parezcas: que lo que tu padre te dejó, á buen seguro lo tienes.

Parm. Agora dejemos los muertos y las herencias: hablemos en los presentes negocios, que nos va mas que en traer los pasados á la memoria. Bien se te acordará, no ha mucho que me prometiste que me harias haber á Areusa cuando en mi casa te dije como moria por sus amores.

Cel. Si te lo prometí, no lo he olvidado, ni creas que he perdido con los años la memoria: que mas de tres jaques ha recibido de mí sobre ello en tu ausencia. Ya creo que estará bien madura: vamos de camino por su casa, que no se podrá escapar de mate; que esto es lo menos que yo por tí tengo de hacer.

Parm. Yo ya desconfiaba de la poder alcanzar, porque jamas podia acabar con ella que me esperase á poderle decir una palabra; y como dicen, mala señal es de amor, huir y volver la cara; sentia en mí gran desfiuza desto.

CEL. No tengo en mucho tu desconfianza, no me conociendo, ni sabiendo como agora que tienes tan de tu mano la maestra destas labores. Pues agora verás cuanto por mi causa vales, cuanto con las tales puedo, cuanto sé en casos de amor. Anda paso: ves aqui su puerta: entremos quedo, no nos sientan sus vecinas. Atiende, y espera debajo desta escalera, subiré yo á ver qué se podrá hacer sobre lo hablado; y por ventura harémos mas que tú ni yo traemos pensado.

AREUSA. ¿Quién anda ahí? ¿Quién sube á tal hora en mi cámara?

CEL. Quien no te quiere mal por cierto; quien nunca da paso que no piense en tu provecho; quien tiene mas memoria de tí que de sí misma: una enamorada tuya, aunque vieja.

AREUS. (Válala el diablo á esta vieja, con que viene como estantigua á tal hora.) Tia señora, ¿qué buena venida es esta tan tarde? Ya me desnudaba para acostar.

CEL. ¿Con las gallinas, hija? Asi se hará la hacienda. Andar, pase: otro es el que ha de llorar las necesidades, que no tú: yerba pace quien lo cumple: tal vida, quien quiera se la querria.

AREUS. ¡Jesú! Quiérome tornar á vestir, que he frio.

CEL. No harás, por mi vida; sino éntrate en la cama, que desde allí hablarémos.

Areus. Asi goce de mí, pues que lo he bien menester, que me siento mala hoy todo el dia: asi que necesidad mas que vicio me hizo tomar con tiempo las sábanas por faldetas.

Cel. Pues no estés asentada, acuéstate y métete debajo de la ropa, que pareces sirena. ¡Ay cómo huele toda la ropa en bulléndote! A osadas que está todo á punto: siempre me pagué de tus cosas y hechos, de tu limpieza y atavío. ¡Qué fresca estás, bendígate Dios! ¡Qué sábanas y colcha; qué almohadas, y qué blancura! Tal sea mi vejez, cual todo me parece. Perla de oro, verás si te quiere bien quien te visita á tales horas: déjame mirarte toda á mi voluntad, que me huelgo.

Areus. Paso, madre, no llegues á mí, que me haces cosquillas, y provócasme á reir, y la risa acreciéntame el dolor.

Cel. ¿Qué dolor, mis amores? ¿Búrlaste por mi vida conmigo?

Areus. Mal gozo vea de mí, si burlo; sino que ha cuatro horas que muero de la madre, que la tengo subida en los pechos, que me quiere sacar del mundo: que no soy tan viciosa como piensas.

Cel. Pues dame lugar, tentaré: que aun algo sé yo deste mal por mi pecado, que cada una se tiene su madre, y zozobras della.

Areus. Mas arriba la siento sobre el estómago.

CEL. Bendígate Dios, y el señor san Miguel ángel, ¡y qué gorda y fresca que estás! ¡Qué pechos y qué gentileza! Por hermosa te tenia hasta agora, viendo lo que todos podian ver; pero agora te digo que no hay en la ciudad tres cuerpos tales como el tuyo, en cuanto yo conozco. No parece que hayas quince años. ¡Oh quién fuera hombre, y tanta parte alcanzara de tí para lograr tal vista! Por Dios, pecado ganas en no dar parte destas gracias á todos los que bien te quieren, que no te las dió Dios para que posasen en valde por la frescor de tu juventud debajo de seis dobles de paño y lienzo. Cata que no seas avarienta de lo que poco te costó, no atesores tu gentileza; pues es de su natura tan comunicable como el dinero: no seas el perro del hortelano; y pues tú no puedes de tí propia gozar, goce quien puede. Que no creas que en valde fuiste criada, que cuando nace ella, nace él, y cuando él, ella. Ninguna cosa hay criada al mundo superflua, ni que con acordada razon no proveyese della natura. Mira que es pecado fatigar y dar pena á los hombres, pudiéndolos remediar.

AREUS. A la hé agora, madre, y no me quiere ninguno: dame algun remedio para mi mal, y no estés burlando de mí.

CEL. Deste tan comun dolor todas somos, mal pecado, maestras. Lo que he visto á muchas hacer, y lo que á mí siempre aprovecha, te diré; porque como las calidades de las personas

son diversas, asi las melecinas hacen diversas sus operaciones y diferentes. Todo olor fuerte es bueno, asi como poleo, ruda, ajiensos, humo de plumas de perdiz, de romero, de mosquete, de encienso recebido con mucha diligencia, aprovecha y afloja el dolor, y vuelve poco á poco la madre á su lugar. Pero otra cosa hallaba yo siempre por mejor que todas, y esta no te quiero decir, pues tan santa te me haces.

Areus. ¿Qué, por mi vida, madre? Vesme penada, ¿y encúbresme la salud?

Cel. Anda, que bien me entiendes, no te hagas boba.

Areus. Ya, ya: mala landre me mate si te entendia: pero ¿qué quieres que haga? Sabes que se partió ayer aquel mi amigo con su capitan á la guerra: ¿habia de hacerle ruindad?

Cel. Verás, ¡y qué daño, y qué gran ruindad!

Areus. Por cierto sí seria: que me da todo lo que he menester, tiéneme honrada, favoréceme y trátame como si fuese su señora.

Cel. Pero aunque todo esto sea, mientras no parieres, nunca te faltará este mal que ahora, de lo cual él debe ser causa; y si no crees en dolor, cree en color, y verás lo que viene de su sola compañía.

Areus. No es sino mi mala dicha: maldicion mala que mis padres me echaron; que no está ya por probar todo eso. Pero dejemos eso, que es tarde, y dime á qué fue tu buena venida.

Cel. Ya sabes lo que de Parmeno te hube dicho: quéjaseme que aun verle no quieres: no sé por qué, sino porque sabes que le quiero yo bien y le tengo por hijo. Pues por cierto de otra manera miro yo tus cosas; que hasta tus vecinas me parecen bien, y se me alegra el corazon cada vez que las veo, porque sé que hablan contigo.

Areus. No vives, tia señora, engañada.

Cel. No lo sé, á las obras creo, que las palabras de valde las venden donde quiera; pero el amor nunca se paga sino con puro amor, y las obras con obras. Ya sabes el deudo que hay entre tí y Elicia, la cual tiene Sempronio en mi casa: Parmeno y él son compañeros, sirven á este señor que tú conoces, y por quien tanto favor podrás tener. No niegues lo que tan poco hacer te cuesta. Vosotras parientas, ellos compañeros: mira como viene mejor medido que lo queremos: aqui viene conmigo; verás si quieres que suba.

Areus. ¡Amarga de mí! ¿y si nos ha oido?

Cel. No, que abajo queda: quiérole hacer subir: reciba tanta gracia que le conozcas y hables, y muestres buena cara. Y si tal te pareciere, goce él de tí, y tú dél; que aunque él gane mucho, tú no pierdes nada.

Areus. Bien tengo, señora, conocimiento como todas tus razones, estas y las pasadas se enderezan en mi provecho; pero ¿cómo quieres

que haga tal cosa, que tengo á quien dar cuenta, como has oido, y si soy sentida, matarme ha? Tengo vecinas envidiosas; luego lo dirán. Asi que, aunque no haya mas mal de perderle, será mas que ganaré en agradar al que me mandas.

Cel. Eso que temes, yo lo proveí primero, que muy paso entramos.

Areus. No lo digo por esta noche, sino por otras muchas.

Cel. ¿Cómo? y desas eres? ¿Desa manera te tratas? Nunca tú harás casa con sobrado. Ausente le has miedo; ¿qué harias si estuviese en la ciudad? En dicha me cabe, que jamas ceso de dar consejos á bobos, y todavía hay quien yerre; però no me maravillo, que es grande el mundo, y pocos los esperimentados. ¡Ay, ay, hija! ¡si vieses el saber de tu prima, y qué tanto le ha aprovechado mi crianza y consejos, y qué gran maestra está! Y aun que no se halla ella mal con mis castigos: què uno en la cama, y otro en la puerta, y otro que sospira por ella en su casa se precia de tener; y con todos cumple, y á todos muestra buena cara, y todos piensan que son muy queridos, y cada uno piensa que no hay otro, y que él solo es el privado, y él solo es el que le da lo que ha menester; ¿y tú temes que con dos que tengas, que las tablas de la cama lo han de descubrir? ¿De una sola gotera te mantienes? No te sobrarán muchos manjares: no quiero arrendar tus escamochos. Nunca uno me

agradó, nunca en uno puse toda mi aficion. Mas pueden dos, y mas cuatro, y mas dan, y mas tienen, y mas hay en que escoger. No hay cosa mas perdida, hija, que el mur que no sabe sino un horado; si aquel le tapan, no habrá dónde se esconda del gato. Quien no tiene sino un ojo, mira á cuánto peligro anda. Una alma sola ni canta ni llora; un solo acto no hace hábito; un fraile solo pocas veces lo encontrarás por la calle; una perdiz sola por maravilla vuela; un manjar solo contino, presto pone hastío; una golondrina no hace verano; un testigo solo no es entera fe; quien sola una ropa tiene, presto la envejece. ¿Qué quieres, hija, deste número de uno? Mas inconvenientes te diré dél, que años tengo á cuestas. Ten siquiera dos, que es compañía loable; como tienes dos orejas, dos pies y dos manos, dos ojos, y dos sábanas en la cama: como dos camisas para remudar; y si mas quisieres, mejor te irá, que mientras mas moros, mas ganancia; que honra sin provecho, no es sino como anillo en el dedo; y pues entrambos no caben en un saco, acoge la ganancia. Sube, hijo Parmeno.

Areus. No suba: landre me mate, que me fino de empacho: que no le conozco, siempre hube vergüenza dél.

Cel. Aqui estoy yo que te la quitaré, y cubriré y hablaré por entrambos, que otro tan empachado es él.

Parmeno. Señora, Dios salve tu graciosa presencia.

Areus. Gentil hombre, buena sea tu venida.

Cel. Llégate acá, asno, ¿adónde te vas allá á sentar al rincon? No seas empachado, *que al hombre vergonzoso el diablo le trajo al palacio.* Oidme entrambos lo que digo: ya sabes tú, Parmeno amigo, lo que te prometí, y tú, hija mia, lo que te tengo rogado, dejada la dificultad con que me lo has concedido aparte. Pocas razones son necesarias, porque el tiempo no lo padece. Él ha siempre vivido penado por tí; pues viendo su pena, sé que no le querrás matar, y aun conozco que él te parece tal, que no será malo para quedarse acá esta noche en casa.

Areus. Por mi vida, madre, que tal no se haga; ¡Jesú! no me lo mandes.

Parm. Madre mia, por amor de Dios, que no salga yo de aqui sin buen concierto, que me ha muerto de amores su vista: ofrécele cuanto mi padre te dejó para mí: dile que le daré cuanto tengo. Ea, díselo, que me parece que no me quiere mirar.

Areus. ¿Qué te dice ese señor á la oreja? ¿Piensa que tengo de hacer nada de lo que pides?

Cel. No dice, hija, sino que se huelga mucho con tu amistad, porque eres persona tan honrada en quien cualquier beneficio cabrá bien. Llégate acá, negligente, vergonzoso, que quiero ver

para cuánto eres, antes que me vaya: retózala en esta cama.

Areus. No será él tan descortés que entre en lo vedado sin licencia.

Cel. ¿En cortesías y licencias estás? No espero mas aqui: yo fiadora que tú amanezcas sin dolor, y él sin color; mas como es un putillo, gallillo, barbiponiente, entiendo que en tres noches no se le demude la cresta. Destos me mandaban á mí comer en mi tiempo los médicos de mi tierra, cuando tenia mejores dientes.

Areus. Ay, señor mio, no me trates de tal manera: ten mesura por cortesía; mira las canas de aquella vieja honrada que estan presentes. Quítate allá, que no soy de aquellas que piensas: no soy de las que públicamente estan á vender sus cuerpos por dinero. Asi goce de mí, de casa me salga, si hasta que Celestina mi tia sea ida, á mi ropa tocas.

Cel. ¿Qué es esto, Areusa? ¿Qué son estas estrañezas y esquividad? estas novedades y retraimientos? Parece, hija, que no sé yo qué cosa es esto; que nunca ví estar un hombre con una mujer juntos, y que jamas pasé por ello, ni gocé de lo que gozas, y que no sé lo que pasan, y lo que dicen y hacen. ¡Guay de quien tal oye como yo! Pues avísote de tanto que fui errada como tú, y tuve amigos; pero nunca el viejo ni la vieja echaba de mi lado, ni su consejo en público ni en mis secretos. Para la muerte que á Dios

debo, mas quisiera una gran bofetada en mitad de mi cara. Parece que ayer nací, segun tu encubrimiento. Por hacerte á tí honesta, me haces á mí necia y vergonzosa, y de poco secreto y sin esperiencia, y me amenguas en mi oficio por alzar á tí en el tuyo. Pues *de cosario á cosario no se pierden sino los barriles:* mas te alabo yo detras, que tú te estimas delante.

Areus. Madre, si erré haya perdon, y llégate mas acá, y él haga lo que quisiere; que mas quiero tener á tí contenta, que no á mí: antes me quebraré un ojo que enojarte.

Cel. No tengo ya enojo; pero dígotelo para en adelante. Quedaos á Dios, que voime solo porque me haceis dentera con vuestro besar y retozar, que aun el sabor en las encías me quedó, no le perdí con las muelas.

Areus. Dios vaya contigo.

Parm. Madre, ¿mandas que te acompañe?

Cel. Seria quitar á un santo por poner en otro. Acompáñeos Dios, que yo vieja soy, no he temor que me fuercen en la calle.

Elicia. El perro ladra: ¿si vendrá este diablo de vieja?

Cel. Ta, ta, ta.

Elic. ¿Quién es? quién llama?

Cel. Bájame á abrir, hija.

Elic. Estas son tus venidas: andar de noche es tu placer: ¿por qué lo haces? ¿Qué larga es-

tada fue esta, madre? Nunca sales para volver á casa. Por costumbre lo tienes: cumpliendo con uno dejas ciento descontentos; que has sido hoy buscada del padre de la desposada que llevaste el dia de pascua al racionero, que la quiere casar de aqui á tres dias, y es menester que la remedies, pues que se lo prometiste, para que no sienta su marido la falta de la virginidad.

CEL. No me acuerdo, hija, por quién dices.

ELIC. ¿Cómo no te acuerdas? Desacordada eres cierto. ¡O cómo caduca la memoria! Pues por cierto tú me dijiste cuando la llevabas, que la habias renovado siete veces.

CEL. No te maravilles, hija, que quien en muchas partes derrama su memoria, en ninguna la puede tener. Pero dime si tornará.

ELIC. Mira, si tornará. Tiénete dada una manilla de oro en prendas de tu trabajo, ¿y no habia de venir?

CEL. ¿La de la manilla es? Ya sé por quién dices. ¿Por qué tú no tomabas el aparejo, y comenzabas á hacer algo? Pues en aquellas tales te habias de avezar y de probar, de cuantas veces me lo has visto hacer. Sino, ahí te estarás toda tu vida hecha bestia sin oficio ni renta; y cuando seas de mi edad llorarás la holgura de ahora: que *la mocedad ociosa acarrea la vejez arrepentida y trabajosa.* Hacíalo yo mejor cuando tu abuela, que Dios haya, me mostraba este oficio, que á cabo de un año sabia mas que ella.

ELIC. No me maravillo, que muchas veces, como dicen, al maestro sobrepuja el buen discípulo, y no va esto sino en la gana con que se aprende. Ninguna ciencia es bien empleada en el que no la tiene aficion: yo le tengo á este oficio odio, tú mueres tras ello.

CEL. Tú te lo dirás todo. Pobre vejez quieres. ¿Piensas que nunca has de salir de mi lado?

ELIC. Por Dios, dejemos enojo, y al tiempo el consejo. Hayamos mucho placer. Mientras hoy tuviéremos de comer, no pensemos en mañana. Tambien se muere el que mucho allega, como el que pobremente vive, y el doctor como el pastor, y el papa como el sacristan, y el señor como el siervo, y el de alto linage como el de bajo, y tú con tu oficio como yo sin ninguno: no habemos de vivir siempre: gocemos y holguemos, que la vejez pocos la ven, y de los que la ven ninguno murió de hambre. No quiero en este mundo sino dia y victo, y parte en paraíso; aunque los ricos tienen mejor aparejo para ganar la gloria, que quien poco tiene; no hay ninguno contento, no hay quien diga, *harto tengo;* no hay ninguno que no trocase mi placer por sus dineros. Dejemos cuidados agenos, y acostémonos, que es hora: que mas me engordará un buen sueño sin temor, que cuanto tesoro hay en Venecia.

ARGUMENTO

DEL ACTO OCTAVO.

La mañana viene: despierta Parmeno y despídese de Areusa: vase para casa de Calisto su señor: halla á la puerta á Sempronio, conciertan su amistad. Van juntos á la cámara de Calisto: hállanle hablando consigo mismo: levantado va á la iglesia.

ACTO OCTAVO.

Parmeno, Areusa, Sempronio, Calisto.

Parmeno. ¿Amanece, ó qué es esto que tanta claridad está en esta cámara?

Areusa. ¿Que amanece? Duerme, señor, que aun agora nos acostamos. No he yo pegado bien los ojos, ¿ya habia de ser de dia? Abre por Dios esa ventana de tu cabecera, y verlo has.

Parm. En mi seso estó yo, señora, que es de dia claro, en ver entrar luz por entre las puertas. ¡Oh traidor de mí! ¡En qué gran falta he caido con mi amo! De mucha pena soy digno: ¡oh qué tarde que es!

Areus. ¿Tarde?

Parm. Y muy tarde.

Areus. Pues asi goce de mi alma, no se me ha quitado el mal de la madre. No sé cómo pueda ser.

Parm. ¿Pues qué quieres, mi vida?

Areus. Que hablemos en mi mal.

PARM. Señora mia, si lo hablado no basta, lo que mas es necesario me perdona; porque es ya medio dia. Si voy mas tarde, no seré bien recebido de mi amo: yo verné mañana y cuantas veces despues mandares; que por eso hizo Dios un dia tras otro, porque lo que el uno no bastase, se cumpliese en otro. Y aun porque mas nos veamos, reciba de tí esta gracia, que te vayas hoy á las doce del dia á comer con nosotros á su casa de Celestina.

AREUS. Que me place, de buen grado. Vé con Dios, junta tras tí la puerta.

PARM. A dios te quedes. ¡Oh placer singular, oh singular alegría! ¿Cuál hombre es, ni ha sido mas bienaventurado que yo? ¿Cuál mas dichoso y bienandante? ¡Que un tan escelente don sea por mí poseido, y cuan presto pedido, tan presto alcanzado! Por cierto si las traiciones desta vieja con mi corazon yo pudiese sufrir, de rodillas habia de andar á la complacer. ¿Con qué pagaré yo esto? ¡Oh alto Dios! ¿A quién contaria yo este gozo; á quién descubriria tan gran secreto; á quién daré parte de mi gloria? Bien me decia la vieja, que de ninguna prosperidad es buena la posesion sin compañía. El placer no comunicado, no es placer. ¿Quién sentiria esta mi dicha como yo la siento? A Sempronio veo á la puerta de casa: mucho ha madrugado. Trabajo tengo con mi amo, si es salido fuera: no será, que no es acostumbrado;

pero como agora no anda en su seso, no me maravillo que haya pervertido su costumbre.

SEMPRONIO. Parmeno hermano, si yo supiese aquella tierra donde se gana el sueldo durmiendo, mucho haria por ir allá, que no daria ventaja á ninguno: tanto ganaria como otro cualquiera! ¿Y cómo, holgazan, descuidado fuiste para no tornar? No sé qué crea de tu tardanza, sino que quedaste á escalentar la vieja esta noche, ó á rascarle los pies, como cuando chiquito.

PARM. ¡Oh Sempronio, amigo y mas que hermano! Por Dios no corrompas mi placer, no mezcles tu ira con mi sufrimiento, no revuelvas tu descontentamiento con mi descanso, no agües con tan turbia agua el claro licor del pensamiento que traigo, no enturbies con tus envidiosos castigos y odiosas reprensiones mi placer. Recíbeme con alegría, y contarte he maravillas de mi buena andanza pasada.

SEMP. Dilo, dilo: ¿es algo de Melibea? ¿hasla visto?

PARM. ¿Qué de Melibea? Es de otra que yo mas quiero, y aun tal, que si no estoy engañado, puede vivir con ella en gracia y hermosura; sí que no se encerró el mundo y todas sus gracias en ella.

SEMP. ¿Qué es esto, desvariado? Reirme querria, sino que no puedo. Ya todos amamos, el mundo se va á perder. Calisto á Melibea, yo á

Elicia, tú de envidia has buscado con quien perder ese poco de seso que tienes.

PARM. Luego locura es amar, y yo soy loco y sin seso: pues si la locura fuese dolores, en cada casa habria voces.

SEMP. Segun tu opinion, sí eres: que yo te he oido dar consejos vanos á Calisto, y contradecir á Celestina en cuanto habla; y por impedir mi provecho y el suyo, huelgas de no gozar tu parte. Pues don villano, murmurador, á las manos me has venido donde te podré dañar, y lo haré.

PARM. No es, Sempronio, verdadera fuerza ni poderío dañar y empecer; mas aprovechar y guarecer, y muy mayor quererlo hacer. Yo siempre te tuve por hermano: no se cumpla por Dios en tí lo que se dice: que pequeña causa departe conformes amigos. Muy mal me tratas, no sé de dónde nazca este rancor. No me indignes, Sempronio, con tan lastimeras razones. Cata, que es muy rara la paciencia que agudo baldon no penetre y traspase.

SEMP. No digo mas en esto, sino que se eche otra sardina para el mozo de caballos, pues tú tienes amiga.

PARM. Estás enojado; quiérote sufrir, aunque mas mal me trates; pues dicen que ninguna humana pasion es perpetua ni durable.

SEMP. Mas mal tratas tú á Calisto, aconsejando á él lo que para tí huyes, diciendo que se

aparte de amar á Melibea, hecho tablilla de meson, que para sí no tiene abrigo y dalo á todos. ¡Oh Parmeno! agora podrás ver cuán fácil cosa es reprender vida agena, y cuán duro guardar cada cual la suya! No digo mas, pues tú eres testigo; y de aqui adelante verémos cómo te has, pues ya tienes tu escudilla como cada cual. Si tú mi amigo fueras, en la necesidad que de tí tuve me habias de favorecer, y ayudar á Celestina en mi provecho, que no hinchar un clavo de malicia á cada palabra. Sabe que como la hez de la taberna despide á los borrachos, asi la adversidad ó necesidad al fingido amigo: luego se descubre el falso metal dorado por encima.

PARM. Oido lo habia decir, y por esperiencia lo veo, nunca venir placer sin contraria zozobra en esta triste vida: á los alegres, serenos y claros soles, nublados escuros y pluvias vemos suceder: á los solaces y placeres, dolores y muertes los ocupan: á las risas y deleites, llantos y lloros y pasiones mortales los siguen: finalmente, á mucho descanso y sosiego, mucho pesar y tristeza. ¿Quién podrá tan alegre venir como yo agora? ¿Quién tan triste recebimiento padecer? ¿Quién verse como yo me ví, con tanta gloria alcanzada con mi querida Areusa? ¿Quién caer della, siendo tan mal tratado tan presto, como yo de tí? Que no me has dado lugar á poder decir cuánto soy tuyo, cuánto te he de favorecer en todo, cuánto soy

arrepibo de lo pasado, cuántos consejos y castigos buenos he recebido de Celestina en tu favor y provecho, y de todos; cómo, pues este juego de nuestro amo y Melibea está en nuestras manos, podemos agora medrar, ó nunca.

SEMP. Bien me agradan tus palabras, si tales tuvieses las obras, á las cuales espero para haberte de creer. Pero por Dios me digas, ¿qué es eso que dijiste de Areusa? Parece que conoces tú á Areusa, su prima de Elicia.

PARM. ¿Pues qué es todo el placer que traigo, sino haberla alcanzado?

SEMP. ¡Cómo se lo dice el bobo! de risa no puede hablar: ¿á qué llamas haberla alcanzado? ¿Estaba en alguna ventana, ó qué es eso?

PARM. A ponerla en duda si queda preñada ó no.

SEMP. Espantado me tienes: *mucho puede el contínuo trabajo; una contínua gotera horada una piedra.*

PARM. Verás que tan contínuo, que ayer lo pensé y ya la tengo por mia.

SEMP. La vieja anda por ahí.

PARM. ¿En qué lo ves?

SEMP. Que ella me habia dicho que te queria mucho y que te la haria haber. Dichoso fuiste, no heciste sino llegar y recaudar; por esto dicen: *mas vale á quien Dios ayuda, que quien mucho madruga*; pero tal padrino tuviste.

PARM. Di madrina, que es mas cierto; así

que, *quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.* Tarde fui, pero temprano recaudé. ¡Oh hermano! ¿Qué te contaria de sus gracias de aquella muger, de su habla, y hermosura de cuerpo? Pero quede para mas oportunidad.

SEMP. ¿Puede ser sino prima de Elicia? No me dirás tanto cuanto estotra no tenga mas: todo te lo creo; pero ¿qué te cuesta? ¿hasle dado algo?

PARM. No, cierto; mas aunque hubiera, era bien empleado: de todo bien es capaz. En tanto son las tales tenidas, cuanto caras son compradas: tanto valen cuanto cuestan: nunca mucho costó poco, sino á mí esta señora. A comer la convidé para casa de Celestina, y si te place vamos todos allá.

SEMP. ¿Quién, hermano?

PARM. Tú y ella, y allá está la vieja y Elicia: habrémos placer.

SEMP. ¡Oh Dios! ¡y cómo me has alegrado! Franco eres, nunca te faltaré. Como te tengo por hombre, como creo que Dios te ha de hacer bien, todo el enojo que de tus pasadas hablas tenia se me ha tornado en amor. No dudo ya tu confederacion con nosotros ser la que debe. Abrazarte quiero, seamos como hermanos, vaya el diablo para ruin: sea lo pasado cuestion de san Juan, y asi paz para todo el año; que las iras de los amigos siempre suelen ser reintegracion del amor. Comamos y holguemos, que nuestro amo ayunará por todos.

PARM. ¿Y qué hace el desesperado?

SEMP. Allí está tendido en el estrado cabe la cama, donde le dejaste anoche; que ni ha dormido, ni está despierto. Si allá entro, ronca; si me salgo, canta ó devanea: no le tomo tiento, si con aquello pena ó descansa.

PARM. ¿Qué dices? ¿Y nunca me ha llamado, ni ha tenido memoria de mí?

SEMP. No se acuerda de sí, ¿acordarse ha de tí?

PARM. Aun hasta en esto me ha corrido buen tiempo. Pues así es, mientras recuerda, quiero enviar la comida, que la aderecen.

SEMP. ¿Qué has pensado enviar, para que aquellas loquillas te tengan por hombre cumplido, bien criado y franco?

PARM. En casa llena presto se adereza cena: de lo que hay en la despensa basta para no caer en falta. Pan blanco, vino de Morviedro, un pernil de tocino, y mas seis pares de pollos que trajeron estotro dia los renteros de nuestro amo; que si los pidiere, haréle creer que los ha comido: y las tórtolas que mandó para hoy guardar, diré que hedian; tú serás testigo. Ternémos manera como á él no haga mal lo que dellas comiere, y nuestra mesa esté como es razon. Y allá hablarémos mas largamente en su daño y nuestro provecho con la vieja cerca destos amores.

SEMP. Mas dolores: que por fe tengo que de

muerto ó loco no escapa desta vez. Pues que asi es, despacha, subamos á ver qué hace.

CALISTO. En gran peligro me veo;
En mi muerte no hay tardanza;
Pues que me pide el deseo
Lo que me niega esperanza.

PARM. Escucha, escucha, Sempronio, trobando está nuestro amo.

SEMP. ¡Oh hideputa! el trobador, el gran Antipar sidonio, el gran poeta Ovidio, á los cuales de improviso se les venian las razones metrificadas á la boca.

PARM. Sí, sí, de esos es: trobará el diablo; está devaneando entre sueños.

CAL. Corazon, bien se te emplea
Que penes y vivas triste,
Pues tan presto te venciste
Del amor de Melibea.

PARM. ¿No digo yo que troba?

CAL. ¿Quién habla en la sala? Mozos.

PARM. Señor.

CAL. ¿Es muy noche? ¿Es hora de acostar?

PARM. Mas ya es, señor, tarde para levantar.

CAL. ¿Qué dices, loco? ¿Toda la noche es pasada?

PARM. Y aun harta parte del dia.

CAL. Di, Sempronio, ¿miente ese desvariado que me hace creer que es de dia?

SEMP. Olvida, señor, un poco á Melibea, y verás la claridad, que con la mucha que en su gesto contemplas, no puedes ver de encandilado, como perdiz con la calderuela.

CAL. Agora lo creo, que tañen á misa. Daca mis ropas, iré á la Madalena, rogaré á Dios aderece á Celestina, y ponga en corazon á Melibea mi remedio, ó dé fin en breve á mis tristes dias.

SEMP. No te fatigues tanto, no lo quieras todo en una hora, que no es de discretos desear con grande eficacia lo que puede tristemente acabar. Si tú pides que se concluya en un dia lo que en un año seria harto, no es mucha tu vida.

CAL. ¿Quieres decir que soy como el mozo del escudero gallego?

SEMP. No mande Dios que tal cosa yo diga, que eres mi señor: y demas desto sé, que como me galardonas el buen consejo, me castigarias lo mal hablado. Aunque dicen que no es igual la alabanza del servicio ó buena habla, con la reprehension y pena de lo mal hecho ó hablado.

CAL. No sé quién te avezó tanta filosofía, Sempronio.

SEMP. Señor, no es todo blanco aquello que de negro no tiene semejanza, ni es todo oro cuanto amarillo reluce. Tus acelerados deseos, no medidos por razon, hacen parecer claros mis

consejos. Quisieras tú ayer que te trajeran á la primera habla amanojada y envuelta en su cordon á Melibea, como si hubieras enviado por otra cualquiera mercaduría á la plaza, en que no hubiera mas trabajo de llegar y pagalla. Da, señor, alivio al corazon, que en poco espacio de tiempo no cabe gran bienaventuranza. Un solo golpe no derriba un roble. Apercíbete con sufrimiento, porque la prudencia es cosa loable, y el apercibimiento resiste el fuerte combate.

Cal. Bien has dicho, si la calidad de mi mal lo consintiese.

Semp. ¿Para qué, señor, es el seso, si la voluntad priva á la razon?

Cal. ¡Oh loco, loco! Dice el sano al doliente, Dios te dé salud: no quiero consejo, ni esperarte mas razones, que mas avivas y enciendes las llamas que me consumen. Yo me voy solo á misa, y no tornaré á casa hasta que me llameis, pidiéndome albricias de mi gozo con la buena venida de Celestina: ni comeré hasta entonces, aunque primero sean los caballos de Febo apacentados en aquellos verdes prados que suelen, cuando han dado fin á su jornada.

Semp. Deja, señor, esos rodeos, deja esas poesías, que no es habla conveniente la que á todos no es comun, la que todos no participan, la que pocos entienden. Di, aunque se ponga el sol, y sabrán todos lo que dices; y come alguna conserva, con que tanto espacio de tiempo te sostengas.

Cal. Sempronio, mi fiel criado, mi buen consejero, mi leal servidor, sea como á tí te parece, porque cierto tengo, segun tu limpieza de servicio, quieres tanto mi vida como la tuya.

Semp. ¿Créeslo tú, Parmeno? Bien sé que no lo jurarias. Acuérdate, si fueres por conserva, apañes un bote para aquella gentecilla, que nos va mas; y á buen entendedor, etc.: en la bragueta cabrá.

Cal. ¿Qué dices, Sempronio?

Semp. Dije, señor, á Parmeno, que fuese por una tajada de diacitron.

Parm. Héla aqui, señor.

Cal. Daca.

Semp. Verás qué engullir hace el diablo: entero lo quiere tragar por mas apriesa hacer.

Cal. El alma me ha tornado. Quedaos con Dios, hijos; esperad là vieja, é id por buenas albricias.

Parm. Allá irás con el diablo tú y malos años, y en tal hora comieses el diacitron, como Apuleyo el veneno que le convirtió en asno.

ARGUMENTO

DEL ACTO NOVENO.

Sempronio y Parmeno van á casa de Celestina, entre sí hablando. Llegados allá, hallan á Elicia y á Areusa. Pónense á comer, y entre comer riñe Elicia con Sempronio; levántase de la mesa, tórnanla á apaciguar. En este comedio viene Lucrecia, criada de Melibea, á llamar á Celestina, que vaya á estar con Melibea.

ACTO NOVENO.

Sempronio, Parmeno, Celestina, Elicia, Areusa, Lucrecia.

SEMPRONIO. Baja, Parmeno, nuestras capas y espadas, si te parece que es hora que vamos á comer.

PARMENO. Vamos presto: ya creo que se quejarán de nuestra tardanza. No por esa calle sino por estotra; porque nos entrémos por la iglesia, y verémos si hubiere acabado Celestina sus devociones, llevarla hémos de camino.

SEMP. A donosa hora ha de estar rezando.

PARM. No se puede decir sin tiempo hecho lo que en todo tiempo se puede hacer.

SEMP. Verdad es; pero mal conoces á Celestina: cuando ella tiene que hacer, no se acuerda de Dios, ni cura de santidades. Cuando hay que roer en casa, sanos estan los santos; cuando va á la iglesia con sus cuentas en la mano, no sobra el comer en casa. Aunque ella te crió,

mejor conozco yo sus propiedades que tú: lo que en sus cuentas reza es los virgos que tiene á cargo, y cuántos enamorados hay en la ciudad, y cuántas mozas tiene encomendadas, y qué despenseros le dan racion, y cuál mejor, y cómo los llaman por nombre, porque cuando los encontrare no hable como estraña, y qué canónigo es mas mozo y franco. Cuando menea los labios es fingir mentiras, ordenar cautelas para haber dinero. Por aquí le entraré, esto me responderá, esto replicaré: asi vive esta que nosotros mucho honramos.

Parm. Mas que eso sé yo; sino porque te enojaste estotro dia, no quiero hablar: cuando lo dije á Calisto.

Semp. Aunque lo sepamos para nuestro provecho, no lo publiquemos para nuestro daño. Saberlo nuestro amo, es echalla por quien es, y no curar della. Dejándola, verná forzado otra, de cuyo trabajo no esperemos parte como desta, que de grado ó por fuerza nos dará de lo que le diere.

Parm. Bien has dicho; calla, que está abierta la puerta. En casa está; llama antes que entres, que por ventura estan revueltas, y no querrian ser ansi vistas.

Semp. Entra, no cures, que todos somos de casa; ya ponen la mesa.

Celestina. ¡Oh mis enamorados, mis per-

las de oro! Tal me venga el año qual me parece vuestra venida.

Parm. ¡ Qué palabras tiene la noble! Bien ves, hermano, estos alhagos fingidos.

Semp. Déjala, que deso vive: que no sé quién diablos le mostró tanta ruindad.

Parm. La necesidad y pobreza, la hambre; que no hay mejor maestra en el mundo, no hay mejor despertadora y avivadora de ingenios. ¿ Quién mostró á las picazas y papagayos imitar nuestra propia habla con sus harpadas lenguas, nuestro órgano y voz, sino esta?

Cel. Mochachas, mochachas bobas, andad acá abajo, presto; que estan aqui dos hombres que me quieren forzar.

Elicia. Mas nunca acá vinieran; y mucho convidar con tiempo, que ha tres horas que está aqui mi prima. Este perezoso de Sempronio habrá sido causa de la tardanza, que no ha ojos por do verme.

Semp. Calla, mi señora, mi vida, mis amores; que quien á otro sirve no es libre: asi que sojecion me relieva de culpa. No hayamos enojo, asentémonos á comer.

Elic. Asi; para asentar á comer muy diligente, á mesa puesta con tus manos lavadas y poca vergüenza.

Semp. Despues reñirémos, comamos agora. Asiéntate, madre Celestina, tú primero.

Cel. Asentaos vosotros, mis hijos, que harto

lugar hay para todos á Dios gracias: tanto nos diesen del paraíso cuando allá vamos. Poneos en órden, cada uno cabe la suya: yo que estoy sola porné cabe mí este jarro y taza, que no es mas mi vida de cuanto con ello hablo. Despues que me fui haciendo vieja, no sé mejor oficio á la mesa que escanciar; porque *quien la miel trata siempre se le pega dello.* Pues de noche en invierno, no hay tal escalentador de cama; que con dos jarrillos destos que beba cuando me quiero acostar, no siento frio en toda la noche: desto aforro todos mis vestidos cuando viene la Navidad; esto me calienta la sangre; esto me sostiene contino en un ser; esto me hace andar siempre alegre; esto me para fresca. Desto vea yo sobrado en casa que nunca temeré el mal año: que un cortezon de pan ratonado me basta para tres dias. Esto quita la tristeza del corazon, mas que el oro ni el coral; esto da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza; pone color al descolorido, corage al cobarde, al flojo diligencia; conforta los celebros, saca el frio del estómago, quita el hedor del aliento, hace impotentes los frios, hace sufrir los afanes de las labranzas á los cansados segadores; hace sudar toda agua mala; sana el romadizo y las muelas, sostiénese sin heder en la mar, lo cual no hace el agua. Mas propiedades te diria dello que todos teneis cabellos: asi que no sé quién no se goce en mentarlo. No tiene sino una tacha, que lo bueno vale caro y lo

malo hace daño; asi que con lo que sana el hígado enferma la bolsa. Pero todavía con mi fatiga busco lo mejor, para eso poco que bebo. Una sola docena de veces á cada comida: no me harán pasar de allí, salvo si no soy convidada como agora.

PARM. Madre, pues tres veces dicen que es lo bueno y honesto todos los que escribieron.

CEL. Hijo, estará corrupta la letra, por trece tres.

SEMP. Tia señora, á todos nos sabe bien; comiendo y hablando, porque despues no habrá tiempo para entender en los amores deste perdido de nuestro amo, y de aquella graciosa y gentil Melibea.

ELIC. Apártateme allá, desabrido, enojoso. Mal provecho te haga lo que comes, tal comida me has dado. Por mi alma revesar quiero cuanto tengo en el cuerpo de asco de oirte llamar á aquella gentil. Mirad ¡quién gentil! ¡Jesú, Jesú, y qué hastío y enojo es ver tu poca vergüenza! ¡Á quién gentil! mal me haga Dios si ella lo es ni tiene parte dello, sino que hay ojos que de lagañas se agradan. Santiguarme quiero de tu necedad y poco conocimiento. ¡Oh quién estuviese de gana para disputar contigo su hermosura y gentileza! ¿Gentil es Melibea? Entonces lo es, entonces acertarán, cuando andan á pares los diez mandamientos: aquella hermosura por una moneda se compra de la tienda.

Por cierto, que conozco yo en la calle donde ella vive cuatro doncellas, en quien Dios mas repartió su gracia que no en Melibea; que si algo tiene de hermosura es por buenos atavíos que trae. Ponedlos á un palo, tambien diréis que es gentil. Por mi vida, que no lo digo por alabarme, mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea.

Areusa. Pues no la has tú visto como yo, hermana mia: Dios me lo demande, si en ayunas la topases, si aquel dia pudieses comer de asco. Todo el año se está encerrada con mudas de mil suciedades; por una vez que haya de salir donde pueda ser vista, enviste su cara con hiel y miel, con uvas tostadas y higos pasados, y con otras cosas que por reverencia de la mesa dejo de decir. Las riquezas las hacen á estas hermosas y ser alabadas, que no las gracias de su cuerpo; que asi goce de mí, unas tetas tiene para ser doncella, como si tres veces hubiese parido. No parecen sino dos grandes calabazas. El vientre no se le he visto; pero juzgando por lo otro, creo que le tiene tan flojo, como vieja de cincuenta años. No sé qué se ha visto Calisto, porque deja de amar á otras que mas ligeramente podria haber, y con quien mas él holgase, sino que el gusto dañado muchas veces juzga por dulce lo amargo.

Semp. Hermana, paréceme aqui que cada buhonero alaba sus agujas: que el contrario deso se suena por la ciudad.

AREUS. Ninguna cosa es mas lejos de la verdad que la vulgar opinion; nunca alegre vivirás si por voluntad de muchos te riges, porque estas son conclusiones verdaderas, que cualquier cosa que el vulgo piensa es vanidad; lo que habla, falsedad; lo que reprueba es bondad; lo que aprueba, maldad. Y pues este es su mas cierto uso y costumbre, no juzgues la bondad y hermosura de Melibea por eso ser la que afirmas.

SEMP. Señora, el vulgo parlero no perdona las tachas de sus señores; y asi yo creo que si alguna tuviese Melibea ya seria descubierta de los que con ella mas que nosotros tratan. Y aunque lo que dices concediese, Calisto es caballero, Melibea hijadalgo; asi que los nacidos por linage escogidos, búscanse unos á otros. Por ende no es de maravillar que ame antes á esta que á otra.

AREUS. *Ruin sea quien por ruin se tiene;* las obras hacen linage, que al fin todos somos hijos de Adan y Eva. Procure de ser cada uno bueno por sí, y no vaya á buscar en la nobleza de sus pasados la virtud.

CEL. Hijos, por mi vida que cesen esas razones de enojo; y tú, Elicia, que te tornes á la mesa y dejes esos enojos.

ELIC. Con tal que mala pro me hiciese; con tal que reventase en comiéndolo. ¿Habia yo de comer con ese malvado, que en mi cara me ha

porfiado que es mas gentil su andrajo de Melibea que yo?

SEMP. Calla, mi vida, que tú la comparaste: toda comparacion es odiosa; tú tienes la culpa, y no yo.

AREUS. Ven, hermana, á comer, no hagas agora ese placer á estos locos porfiados: sino levantarme he yo de la mesa.

ELIC. Necesidad de complacerte me hace contentar á ese enemigo mio, y usar mi virtudes con todos.

SEMP. He, he, he.

ELIC. ¿De qué te ries? De mal cancer sea comida esa boca desgraciada, enojoso.

CEL. No la respondas, hijo, sino nunca acabarémos. Entendamos en lo que hace á nuestro caso. Decidme, ¿cómo quedó Calisto? ¿cómo le dejastes? ¿cómo os podistes entrambos escabullir dél?

PARM. Allá fue á la maldicion echando fuego, desesperado, perdido, medio loco, á misa á la Madalena, á rogar á Dios que te dé gracia que puedas bien roer los huesos destos pollos, y protestando de no volver á casa hasta oir que eres venida con Melibea en tu arremango. Tu saya y manto, y aun mi sayo, cierto está: lo otro vaya y venga. El cuando lo dará no lo sé.

CEL. Sea cuando fuere: buenas son mangas pasada la pascua. Todo aquello alegra que con poco trabajo se gana, mayormente viniendo de

parte donde tan poca mella hace; de hombre tan rico, que con los salvados de su casa podria yo salir de lacería, segun lo mucho le sobra. No les duele á los tales lo que gastan, y segun la causa por que lo dan, no lo sienten; con el embebecimiento del amor no les pena, no ven, no oyen; lo cual yo juzgo por otros que he conocido menos apasionados y metidos en este fuego de amor que á Calisto veo. Que ni comen, ni beben, ni rien, ni lloran, ni duermen, ni velan, ni hablan, ni callan, ni penan, ni descansan, ni estan contentos, ni se quejan, segun la perplejidad de aquella dulce y fiera llaga de sus corazones; y si alguna cosa destas la natural necesidad les fuerza á hacer, estan en el acto tan olvidados, que comiendo se olvida la mano de llevar la vianda á la boca. Pues si con ellos hablan, jamas conveniente respuesta vuelven. Allí tienen los cuerpos, con sus amigas los corazones y sentidos. Mucha fuerza tiene el amor; no solo la tierra, mas aun las mares traspasa, segun su poder. Igual mando tiene en todo género de hombres; todas las dificultades quiebra. Ansiosa cosa es, temerosa y solícita; todas las cosas mira en derredor; asi que si vosotros buenos enamorados habeis sido, juzgaréis yo decir verdad.

SEMP. Señora, en todo concedo con tu razon, que aqui está quien me causó algun tiempo andar hecho otro Calisto, perdido el sentido, cansado el cuerpo, la cabeza vana, los dias mal durmiendo,

las noches todas velando, dando alboradas, haciendo momos, saltando paredes, poniendo cada dia la vida al tablero, esperando toros, corriendo caballos, tirando barra, echando lanza, cansando amigos, quebrando espadas, haciendo escalas, vistiendo armas, y otros mil actos de enamorado; haciendo coplas, pintando motes, sacando invenciones; pero todo lo doy por bien empleado, pues tal joya gané.

Elic. ¿Mucho piensas que me tienes ganada? pues hágote cierto, que no has vuelto la cabeza, cuando está en casa otro que mas quiero, mas gracioso que tú, y aun que no anda buscando cómo me dar enojo: á cabo de un año que me vienes á ver, tarde y con mal.

Cel. Hijo, déjala decir, que devanea: mientras mas de eso la oyeres, mas se confirma en su amor. Todo es porque habeis aqui alabado á Melibea: no sabe en otra cosa que os lo pagar, sino en decir eso, y creo que no ve la hora de haber comido para lo que yo me sé. Pues esotra tu prima, yo la conozco. Gozad vuestras frescas mocedades; que quien tiempo tiene y mejor le espera, tiempo viene que se arrepiente: como yo hago agora por algunas horas que dejé perder cuando moza, cuando me preciaba, cuando me querian, que ya, mal pecado, caducado he, nadie no me quiere, que ¡ sabe Dios mi buen deseo! Besaos y abrazaos, que á mí no me queda otra cosa sino gozarme de vello. Mientra á la

mesa estais, de la cinta arriba todo se perdona: cuando seais aparte no quiero poner tasa, pues que el reyno la pone; que yo sé por las mochachas que nunca de importunos os acusen; y la vieja Celestina mascará de dentera con sus botas encías las migajas de los manteles. Bendígaos Dios, ¡ cómo lo reis y holgais, putillos, loquillos, traviesos! En esto habia de parar el nublado de las cuestioncillas que habeis tenido: mira no derribes la mesa.

ELIC. Madre, á la puerta llaman, el solaz es derramado.

CEL. Mira, hija, quién es: por ventura será quien lo acreciente y allegue.

ELIC. Ó la voz me engaña, ó es mi prima Lucrecia.

CEL. Ábrela, y entre ella y buenos años; que aun á ella algo se le entiende desto que aqui hablamos; aunque su mucho encerramiento le impide el gozo de su mocedad.

AREUS. Asi goce de mí, que es verdad; que estas que sirven á señoras ni gozan deleite ni conocen los dulces premios de amor. Nunca tratan con parientas, con iguales á quien puedan hablar tú por tú: con quien digan ¿qué cenaste? ¿estás preñada? ¿cuántas gallinas crias? llévame á merendar á tu casa; muéstrame tu enamorado: ¿cuánto ha que no te vido? ¿cómo te va con él? ¿quién son tus vecinas? y otras cosas de igualdad semejantes. ¡Oh tia! ¡y qué duro

nombre, y qué grave y soberbio es *señora* contino en la boca! Por esto me vivo sobre mí, desde que me sé conocer; que jamas me precié de llamarme de otra, sino mia. Mayormente destas señoras que agora se usan: gástase con ellas lo mejor del tiempo, y con una saya rota de las que ellas desechan pagan servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen, contino sojuzgadas, que hablar delante ellas no osan; y cuando ven cerca el tiempo de la obligacion de casallas, levántanles un caramillo, que se echan con el mozo ó con el hijo, ó pídenles zelos del marido, ó que meten hombres en casa, ó que hurtó la taza, ó perdió el anillo; danles un ciento de azotes, y échanlas la puerta afuera, las haldas en la cabeza, diciendo: allá irás, ladrona, puta, no destruirás mi casa y honra. Asi que esperan galardon, sacan baldon: esperan salir casadas, salen amenguadas: esperan vestidos y joyas de boda, salen desnudas y denostadas. Estos son sus premios, estos son sus beneficios y pagos: oblíganse á darles marido, quítanles el vestido: la mejor honra que en sus casas tienen es andar hechas callejeras, de dueña en dueña, con sus mensages á cuestas. Nunca oyen su nombre propio de la boca dellas; sino puta acá, puta acullá, ¿á dó vas, tiñosa? ¿qué heciste, bellaca? ¿por qué comiste esto, golosa? ¿cómo fregaste la sarten, puerca? ¿por qué no limpiaste el manto, sucia? ¿cómo dijiste

esto, necia? ¿quién perdió el plato, desaliñada? ¿cómo faltó el paño de manos, ladrona? A tu rufian le habrás dado, malvada. Ven acá, mala muger, la gallina habada no parece; pues búscala presto, sino en la primera blanca de tu soldada la contaré. Y tras esto mil chapinazos y pellizcos, palos y azotes. No hay quien las sepa contentar, no quien pueda sufrirlas. Su placer es dar voces, su gloria es reñir: de lo mejor hecho, menos contentamiento muestran. Por esto, madre, he querido mas vivir en mi pequeña casa, exenta y señora, que no en sus ricos palacios sojuzgada y cativa.

CEL. En tu seso has estado, bien sabes lo que haces. Que los sabios dicen, que vale mas una migaja de pan con paz, que toda la casa llena de viandas con rencilla. Mas agora cese esta razon, que entra Lucrecia.

LUCRECIA. Buena pro os haga, tia y la compañía. Dios bendiga tanta gente y tan honrada.

CEL. ¿Tanta, hija? ¿Por mucha has esta? Bien parece que no me conociste en mi prosperidad, hoy ha veinte años. ¡Ay, quién me vido y quién me ve agora! ¡No sé cómo no quiebra su corazon de dolor! Yo ví, mi amor, á esta mesa donde agora estan tus primas asentadas, nueve mozas de tus dias, que la mayor no pasaba de diez y ocho años, y ninguna habia menor de catorce. Mundo es, pase, ande su

rueda, rodee sus arcaduces, unos llenos y otros vacíos. Ley es de fortuna, que ninguna cosa en un ser mucho tiempo permanece, su órden es mudanzas. No puedo decir sin lágrimas la mucha honra que entonces tenia, aunque por mis pecados y mala dicha poco á poco ha venido en diminucion; y como declinaban mis dias, asi se disminuia y menguaba mi provecho. Proverbio es antiguo, que cuanto en el mundo es, ó crece ó decrece: todo tiene sus límites, todo tiene sus grados. Mi honra llegó á la cumbre, segun quien yo era; de necesidad es que desmengüe y se abaje; cerca ando de mi fin. En esto veo que me queda poca vida; pero bien sé que subí para descender, florecí para secarme, gocé para entristecerme, nací para vivir, viví para crecer, crecí para envejecer, envejecí para morirme. Y pues esto antes de agora me consta, sufriré con menos pena mi mal, aunque del todo no pueda despedir el sentimiento, como sea de carne sentible formada.

LUCREC. Trabajo ternias, madre, con tantas mozas, que es ganado muy penoso de guardar.

CEL. ¿Trabajo, mi amor? Antes descanso y alivio. Todas me obedecian, todas me honraban, de todas era acatada, ninguna salia de mi querer, lo que yo decia era lo bueno, á cada cual daba cobro. No escogian mas de lo que yo

les mandaba: cojo, ó tuerto ó manco, aquel habian por sano que mas dinero me daba. Mio era el provecho, suyo el afan. Pues servidores no tenia por su causa dellas: caballeros, viejos, mozos, abades, de todas dignidades, desde obispos hasta sacristanes. En entrando por la iglesia via derrocar bonetes en mí honor, como si yo fuera una duquesa; el que menos habia de negociar conmigo, por mas ruin se tenia. De media legua que me viesen, dejaban las horas: uno á uno, dos á dos venian á donde yo estaba á ver si mandaba algo, á preguntarme cada uno por la suya. En viéndome entrar se turbaban todos, que no hacian ni decian cosa ninguna á derechas. Unos me llamaban señora, otros tia, otros enamorada, otros vieja honrada. Allí se concertaban sus venidas á mi casa; allí las idas á la suya; allí se me ofrecian dineros, allí promesas, allí otras dádivas, besando el cabo de mi manto, y aun algunos en la cara por me tener mas contenta. Agora hame traido la fortuna á tal estado, que me digas, *buena pro te hagan las zapatas.*

SEMP. Espantados nos tienes con tales cosas como nos cuentas desa religiosa gente y benditas coronas; sí que no serian todos.

CEL. No, hijo: ni Dios lo mande que yo tal cosa levante; que muchos viejos devotos habia con quien yo poco medraba, y aun que no me podian ver; pero creo que de envidia de los

otros que me hablaban. Como la clerecía era grande, habia de todo : unos muy castos, otros que tenian cargo de mantener á las de mi oficio; y aun todavía creo que no faltan. Y enviaban sus escuderos y mozos á que me acompañasen; y apenas era llegada á mi casa, cuando entraban por mi puerta muchos pollos y gallinas, ansarones, anadones, perdices, tórtolas, perniles de tocino, tortas de trigo, lechones; cada cual como lo recibia de aquellos diezmos de Dios, asi lo venian luego á registrar, para que comiese yo y aquellas sus devotas. ¡Pues vino! ¿no me sobraba? de lo mejor que se bebia en la ciudad, venido de diversas partes: de Monviedro, de Luque, de Toro, de Madrigal, de san Martin y de otros muchos lugares, y tantos, que aunque tengo la diferencia de los gustos y sabor en la boca, no tengo la diversidad de sus tierras en la memoria; que harto es que una vieja como yo, en oliendo cualquier vino diga de dónde es. Pues otros curas sin renta: no era ofrecido el bodigo, cuando en besando el feligrés la estola era del primer voleo en mi casa. Espesos como piedras al tablado entraban mochachos cargados de provisiones por mi puerta. No sé cómo puedo vivir caida de tal estado.

Areus. Por Dios, pues somos venidas á haber placer, no llores, madre, ni te fatigues; que Dios lo remediará todo.

Cel. Harto tengo, hija, que llorar, acordán-

dome de tan alegre tiempo y tal vida como yo tenia, y cuán servida era de todo el mundo; que jamas hubo fruta nueva de que yo primero no gozase que otros supiesen si era nacida. En mi casa se habia de hallar si para alguna preñada se buscase.

SEMP. Madre, ningun provecho trae la memoria del buen tiempo, si cobrar no se puede, antes tristeza: como á tí agora que nos has sacado el placer de entre las manos. Álcese la mesa, irnos hemos á holgar, y tú darás respuesta á esta doncella que aqui es venida.

CEL. Hija Lucrecia, dejadas esas razones querria que me dijeses á qué fue agora tu buena venida.

LUCR. Por cierto ya se me habia olvidado mi principal demanda y mensage con la memoria dese tan alegre tiempo como has contado; y asi me estuviera un año sin comer escuchándote, y pensando en aquella vida bona que aquellas mozas gozarian, que me parece y semeja que estoy yo agora en ella. Mi venida, señora, es lo que tú sabrás: pedirte el ceñidero, y demas desto te ruega mi señora sea de tí visitada, y muy presto; porque se siente muy fatigada de desmayos y de dolor del corazon.

CEL. Hija, destos dolorcillos tales, mas es el ruido que las nueces. Maravillada estoy sentirse del corazon muger tan moza.

LUCR. (Asi te arrastren, traidora, ¿tú no

sabes qué es? Hace la vieja falsa sus hechizos y vase; despues hácese de nuevas).

Cel. ¿Qué dices, hija?

Lucr. Madre, que vamos presto, y me dés el cordon.

Cel. Vamos que yo le llevo.



ARGUMENTO

DEL ACTO DÉCIMO.

Mientras andan Celestina y Lucrecia por el camino, está hablando Melibea consigo misma. Llegadas á la puerta, entra Lucrecia primero: hace entrár á Celestina. Melibea despues de muchas razones descubre á Celestina arder en amores de Calisto. Ven venir á Alisa, madre de Melibea: despídense de en uno. Pregunta Alisa á Melibea su hija de los negocios de Celestina, defendiéndole su mucha conversacion.

ACTO DÉCIMO.

Melibea, Lucrecia, Celestina, Alisa.

MELIBEA. ¡Oh lastimada de mí, oh mal proveida doncella! ¿Y no me fuera mejor conceder su peticion y demanda ayer á Celestina, cuando de parte de aquel señor (cuya vista me cativó) me fue rogado, y contentarle á él y sanar á mí, que no venir por fuerza á descubrir mi llaga cuando no me sea agradecido, cuando ya desconfiando de mi buena respuesta haya puesto sus ojos en amor de otra? ¡Cuánta mas ventaja tuviera mi prometimiento rogado, que mi ofrecimiento forzoso! ¡Oh mi fiel criada Lucrecia! ¿Qué dirás de mí? ¿qué pensarás de mi seso, cuando me veas publicar lo que á tí jamas he querido descubrir? ¡Cómo te espantarás del rompimiento de mi honestidad y vergüenza, que siempre como encerrada doncella acostumbré tener! No sé si habrás barruntado de dónde proceda mi dolor. ¡Oh! ¡si ya vinieses con aquella medianera de mi salud! ¡Oh soberano Dios! ¡á

tí, que todos los atribulados llaman, los apasionados piden remedio, los llagados medicina; á tí que los cielos, mar, tierra, con los infernales centros obedecen; á tí, el cual todas las cosas á los hombres sojuzgaste, humilmente suplico dés á mi herido corazon sufrimiento y paciencia, con que mi terrible pasion pueda disimular. No se desdore aquella hoja de castidad que tengo asentada sobre este amoroso deseo, publicando ser otro mi dolor que no el que me atormenta. Pero ¿cómo lo podré hacer, lastimándome tan cruelmente el ponzoñoso bocado que la vista de su presencia de aquel caballero me dió? ¡Oh género femíneo, encogido y frágil! ¿Por qué no fue tambien á las hembras concedido poder descubrir su congojoso y ardiente amor, como á los varones? Que ni Calisto viviera quejoso, ni yo penada.

Lucrecia. Tia, detente un poquito cabe esta puerta, entraré á ver con quién está hablando mi señora. Entra, entra, que consigo lo ha.

Melib. Lucrecia, echa esa antepuerta. ¡O vieja sabia y honrada! tú seas bien venida. ¡Qué te parece, cómo ha querido mi dicha, y la fortuna ha rodeado que yo tuviese de tu saber necesidad, para que tan presto me hubieses de pagar en la misma moneda el beneficio que por tí me fue demandado para ese gentil hombre que curabas con la virtud de mi cordon!

Celestina. ¿Qué es, señora, tu mal, que asi

muestra las señas de su tormento en las coloradas colores de tu gesto?

Melib. Madre mia, que me comen este corazon serpientes dentro de mi cuerpo.

Cel. (Bien está, asi lo querria yo. Tú me pagarás, doña loca, la sobra de tu ira.)

Melib. ¿Qué dices? ¿Has sentido en verme alguna causa, donde mi mal proceda?

Cel. No me has, señora, declarado la calidad del mal, ¿y quieres que adevine la causa? Lo que yo digo es, que recibo mucha pena de ver triste tu graciosa presencia.

Melib. Vieja honrada, alégramela tú; que grandes nuevas me han dado de tu saber.

Cel. Señora, el sabidor solo Dios es; pero como para salud y remedio de las enfermedades fueron repartidas las gracias en las gentes de hallar las melecinas, dellas por esperiencia, dellas por arte, dellas por natural instinto, alguna partecica alcanzó á esta pobre vieja, de la cual al presente podrás ser servida.

Melib. ¡Oh qué gracioso y agradable me es oirte! Saludable es al enfermo la alegre cara del que le visita. Paréceme que veo mi corazon entre tus manos hecho pedazos; el cual, si tú quisieses, con muy poco trabajo juntarias con la virtud de tu lengua; no de otra manera, que cuando vió en sueños aquel grande Alexandre (27), rey de Macedonia, en la boca del dragon la saludable raiz con que sanó á su criado

Ptolomeo del bocado de la víbora. Pues por amor de Dios te despojes para mas diligente entender en mi mal, y me dés algun remedio.

Cel. Gran parte de la salud es desearla; por lo cual creo menos peligroso ser tu dolor. Pero para yo dar, mediante Dios, congrua y saludable melecina, es necesario saber de tí tres cosas: La primera, á qué parte de tu cuerpo mas declina y aqueja el sentimiento; Otra, si es nuevamente por tí sentido, porque mas presto se curan las tiernas enfermedades en sus principios, que cuando han hecho curso en la perseveracion de su oficio; mejor se doman los animales en su primera edad, que cuando ya es su cuero endurecido para venir mansos á la melena; mejor crecen las plantas que tiernas y nuevas se trasponen, que las que fructificando ya se mudan; muy mejor se despide el nuevo pecado, que aquel que por costumbre antigua cometemos cada dia. La tercera, si procedió de algun cruel pensamiento que asentó en aquel lugar. Y esto sabido, verás obrar mi cura. Por ende cumple que al médico como al confesor se hable toda verdad abiertamente.

Melib. Amiga Celestina, muger bien sabia y maestra grande, mucho has abierto el camino por donde mi mal te pueda especificar. Por cierto tú lo pides como muger bien esperta en curar tales enfermedades. Mi mal es de corazon, la izquierda teta es su aposentamiento, tiende sus

rayos á todas partes. Lo segundo es nuevamente nacido en mi cuerpo; que no pensé jamas que podia dolor privar el seso, como este hace: túrbame la cara, quítame el comer, no puedo dormir, ningun género de risa querria ver. La causa ó pensamiento, que es la final cosa por tí preguntada de mi mal, esta no sabré decirte; porque ni muerte de deudo, ni pérdida de temporales bienes, ni sobresalto de vision, ni sueño desvariado, ni otra cosa puedo sentir que fuese, salvo alteracion que tú me causaste con la demanda que sospeché de parte de aquel caballero Calisto, cuando me pediste la oracion.

Cel. ¿Cómo, señora, tan mal hombre es aquel? ¿tan mal nombre es el suyo, que en solo ser nombrado trae consigo ponzoña su sonido? No creas que sea esa la causa de tu sentimiento, antes otra que yo barrunto; y pues que ansi es, si tú licencia me das, yo, señora, te la diré.

Melib. ¿Cómo, Celestina? ¿qué es ese nuevo salario que pides? ¿De licencia tienes tú necesidad para me dar la salud? ¿Cuál médico jamas pidió tal seguro para curar al paciente? Di, di, que siempre la tienes de mí, tal que mi honra no dañes con tus palabras.

Cel. Véote, señora, por una parte quejar el dolor, por otra temer la melecina. Tu temor me pone miedo, el miedo silencio, el silencio tregua entre tu llaga y mi melecina. Asi que será causa que ni tu dolor cese, ni mi venida aproveche.

MELIB. Cuanto mas dilatas la cura, tanto mas me acrecientas y multiplicas la pena y pasion. O tus melecinas son de polvos de infamia y licor de corrupcion, confacionados con otro mas crudo dolor que el que de parte del paciente se siente, ó no es ninguno tu saber. Porque si lo uno ó lo otro no te impidiese, cualquiera remedio otro darias sin temor, pues te pido le muestres, quedando libre mi honra.

CEL. Señora, no tengas por nuevo ser mas fuerte de sufrir al herido la ardiente trementina y los ásperos puntos que lastiman lo llagado y doblan la pasion, que no la primera lision que dió sobre sano. Pues si tú quieres ser sana, y que te descubra la punta de mi sotil aguja sin temor, haz para tus manos y pies una ligadura de sosiego, para tus ojos una cobertura de piedad, para tu lengua un freno de silencio, para tus oidos unos algodones de sufrimiento y paciencia; y verás obrar á la antigua maestra destas llagas.

MELIB. ¡Oh cómo me muero con tu dilatar! Di por Dios lo que quisieres, haz lo que supieres, que no podrá ser tu remedio tan áspero, que iguale con mi pena y tormento. Agora toque en mi honra, agora dañe mi fama, agora lastime mi cuerpo, aunque sea romper mis carnes para sacar mi dolorido corazon, te doy mi fe ser segura, y si siento alivio bien galardonada.

LUCR. (El seso tiene perdido mi señora: gran mal es este: cativádola ha esta hechicera).

CEL. (Nunca me ha de faltar un diablo acá y acullá: escapóme Dios de Parmeno, tópome con Lucrecia).

MELIB. ¿Qué dices, amada maestra? ¿qué te hablaba esa moza?

CEL. No le oí nada; pero diga lo que dijere, sabe que no hay cosa mas contraria en las grandes curas delante los animosos cirujanos, que los flacos corazones; los cuales con su gran lástima, con sus doloriosas hablas, con sus sentibles meneos ponen temor al enfermo, hacen que desconfie de la salud, y al médico enojan y turban, y la turbacion altera la mano, y rige sin órden la aguja. Por donde se puede conocer claro, que es muy necesario para tu salud que no esté persona delante: asi que la debes mandar salir; y tú, hija Lucrecia, perdona.

MELIB. Salte fuera presto.

LUCR. Ya, ya, todo es perdido: ya me salgo, señora.

CEL. Tambien me da osadía tu gran pena, como ver que con tu sospecha has ya tragado alguna parte de mi cura; pero todavía es necesario traer mas clara melecina y mas saludable descanso de casa de aquel caballero Calisto.

MELIB. Calla, por Dios, madre, no traigas de su casa cosa para mi provecho, ni le nombres aqui.

CEL. Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto y principal: no se quiebre, sino todo nuestro trabajo es perdido. Tu llaga es grande, tiene necesidad de áspera cura; y lo duro con duro se ablanda mas eficazmente. Y dicen los sabios, que la cura del lastimero médico deja mayor señal, y que nunca peligro sin peligro se vence. Ten paciencia, que pocas veces lo molesto sin molestia se cura, y un clavo con otro se espele, y un dolor con otro. No concibas odio ni desamor, ni consientas á tu lengua decir mal de persona tan virtuosa como Calisto, que si conocido fuese......

MELIB. ¡Oh, por Dios, que me matas! ¿Y no tengo dicho que no me alabes ese hombre, ni me lo nombres en bueno ni en malo?

CEL. Señora, este es el otro y segundo punto, el cual si tú con tu mal sofrimiento no consientes, poco aprovechará mi venida; y si como prometiste lo sufres, tú quedarás sana y sin deuda, y Calisto sin queja y pagado. Primero te avisé de mi cura y desta invisible aguja, que sin llegar á tí, sientes en solo mentarla en mi boca.

MELIB. Tantas veces me nombrarás ese tu caballero, que ni mi promesa baste, ni la fe que te dí á sufrir tus dichos. ¿De qué ha de quedar pagado? ¿qué le debo yo á él? ¿qué le soy en cargo? ¿qué ha hecho por mí? ¿qué necesario es él aqui para el propósito de mi mal? Mas agradable me seria que rasgases mis carnes, y saca-

ses mi corazon, que no traer esas palabras aqui.

CEL. Sin te romper las vestiduras se lanzó en tu pecho el amor, no rasgaré yo tus carnes para le curar.

MELIB. ¿Cómo dices que llaman á este mi dolor, que asi se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?

CEL. Amor dulce.

MELIB. Eso me declara qué es, que en solo oirlo me alegro.

CEL. Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una delectable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

MELIB. ¡Ay mezquina de mí! Que si verdad es tu relacion, dudosa será mi salud; porque segun la contrariedad que esos nombres entre sí muestran, lo que al uno fuere provechoso acarreará al otro mas pasion.

CEL. No desconfie, señora, tu noble juventud de salud. Cuando el alto Dios da la llaga, tras ella envia el remedio: mayormente que sé yo al mundo nacida una flor, que de todo esto te delibre.

MELIB. ¿Cómo se llama?

CEL. No te lo oso decir.

MELIB. Di, no temas.

CEL. Calisto. ¡Oh, por Dios, señora Melibea! ¿Qué poco esfuerzo es este? ¿Qué descaecimiento? ¡Oh mezquina yo! Alza la cabeza. ¡Oh

malaventurada vieja! ¡En esto han de parar mis pasos! Si muere matarme han; aunque viva, seré sentida; que ya no podrá sufrir de no publicar su mal y mi cura. Señora mia Melibea, ángel mio, ¿qué has sentido? ¿qué es de tu habla graciosa? ¿qué es de tu color alegre? abre tus claros ojos. Lucrecia, Lucrecia, entra presto acá; verás amortecida á tu señora entre mis manos: baja presto por un jarro de agua.

MELIB. Paso, paso, que yo me esforzaré; no escandalices la casa.

CEL. ¡Oh cuitada de mí! No te descaezcas, señora, háblame como sueles.

MELIB. Y muy mejor, calla, no me fatigues.

CEL. Pues ¿qué me mandas que haga, perla preciosa? ¿Qué ha sido este tu sentimiento? Creo que se van quebrando mis puntos.

MELIB. Quebróse mi honestidad, quebróse mi empacho, aflojó mi mucha vergüenza; y como muy naturales, como muy domésticos, no pudieron tan livianamente despedirse de mi cara, que no llevasen consigo su color por algun poco de espacio, mi fuerza, mi lengua, y gran parte de mi sentido. ¡O pues ya, mi buena maestra, mi fiel secretaria! lo que tú tan abiertamente conoces, en vano trabajo por te lo encubrir. Muchos y muchos dias son pasados que ese noble caballero me habló en amor: tanto me fue entonces su habla enojosa, cuanto despues que tú me le tornaste á nombrar, alegre. Cer-

rado han tus puntos mi llaga, venida soy en tu querer. En mi cordon le llevaste envuelta la posesion de mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento; su pena era la mayor mia. Alabo y loo tu buen sufrimiento, tu cuerda osadía, tu liberal trabajo, tus solícitos y fieles pasos, tu agradable habla, tu buen saber, tu demasiada solicitud, tu provechosa importunidad. Mucho te debe ese señor, y mas yo, que jamas pudieron mis reproches aflacar tu esfuerzo y perseverancia, confiando en tu mucha astucia. Antes, como fiel servidora, cuando mas denostada, mas diligente; cuando mas disfavor, mas esfuerzo; cuando peor respuesta, mejor cara; cuando yo mas airada, tú mas humilde. Pospuesto todo temor, has sacado de mi pecho lo que jamas á tí ni á otro pensé descubrir.

Cel. Amiga y señora mia, no te maravilles, porque estos fines con efecto me dan osadía á sufrir los ásperos y escrupulosos desvíos de las encerradas doncellas como tú. Verdad es que antes que me determinase, asi por el camino, como en tu casa, estuve en grandes dudas, si te descubriria mi peticion. Visto el gran poder de tu padre, temia; mirando la gentileza de Calisto, osaba; vista tu discrecion, me recelaba; mirando tu virtud y humanidad, me esforzaba. En lo uno hallaba el miedo, en lo otro la seguridad. Y pues asi, señora, has querido descubrir la gran merced que nos has hecho, declara tu

voluntad, echa tus secretos en mi regazo, pon en mis manos el concierto deste concierto; yo daré forma cómo tu deseo y el de Calisto sean en breve cumplidos.

MELIB. ¡Oh mi Calisto y mi señor! ¡Mi dulce y suave alegría! Si tu corazon siente lo que ahora el mio, maravillada estoy cómo la ausencia te consiente vivir. ¡Oh mi madre y mi señora! haz de manera como luego le pueda ver, si mi vida quieres.

CEL. Ver y hablar.

MELIB. ¿Hablar? es imposible.

CEL. Ninguna cosa á los hombres que quieren hacerla es imposible.

MELIB. Dime cómo.

CEL. Yo lo tengo pensado, yo te lo diré: por entre las puertas de tu casa.

MELIB. ¿Cuándo?

CEL. Esta noche.

MELIB. Gloriosa me serás si lo ordenas. Di á qué hora.

CEL. A las doce.

MELIB. Pues vé, mi señora, mi leal amiga, y habla con aquel señor, y que venga muy paso, y de allí se dará concierto, segun su voluntad, á la hora que has ordenado.

CEL. A Dios, que viene hácia acá tu madre.

MELIB. Amiga Lucrecia, mi leal criada y fiel secretaria, ya has visto como no ha sido mas en mi mano. Cativóme el amor de aquel caballero:

ruégote por Dios se cubra con secreto sello, porque yo goce de tan suave amor. Tú serás de mí tenida en aquel grado que merece tu fiel servicio.

LUCR. Señora, mucho antes de agora tengo sentida tu llaga y callado tu deseo. Hame fuertemente dolido tu perdicion. Cuanto tú mas me querias encubrir y celar el fuego que te quemaba, tanto mas sus llamas se manifestaban en la color de tu cara, en el poco sosiego del corazon, en el meneo de tus miembros, en comer sin gana, en el no dormir. Asi que contino te se caian, como de entre las manos, señales muy claras de pena. Pero como en los tiempos que la voluntad reina en los señores ó desmedido apetito, cumple á los servidores obedecer con diligencia corporal, y no con artificiales consejos de lengua, sufria con pena, callaba con temor, encubria con fieldad; de manera que fuera mejor el áspero consejo, que la blanda lisonja. Pero pues ya no tiene tu merced otro medio, sino morir ó amar, mucha razon es que se escoja por mejor aquello que en sí lo es.

ALISA. ¿En qué andas acá, vecina, cada dia?

CEL. Señora, faltó ayer un poco de hilado al peso, y vínelo á cumplir, porque dí mi palabra; y traido, voime. Quede Dios contigo.

ALIS. Y contigo vaya. Hija Melibea, ¿qué queria la vieja?

MELIB. Venderme un poquito de soliman.

ALIS. Eso creo yo mas, que lo que la vieja ruin dijo. Pensó que recibiria yo pena dello, y mintióme. Guárdate, hija, della, que es gran traidora; que el sotil ladron siempre rodea las ricas moradas. Sabe esta con sus traiciones, con sus falsas mercadurías, mudar los propósitos castos: daña la fama; á tres veces que entre en una casa engendra sospecha.

LUCR. Tarde acuerda nuestra ama.

ALIS. Por amor mio, hija, que si acá tornare sin verla yo, que no hayas por bien su venida, ni la recibas con placer. Halle en tí honestidad en tu respuesta, y jamas volverá; que la verdadera virtud mas se teme que espada.

MELIB. ¿Desas es? nunca mas: bien huelgo, señora, de ser avisada, por saber de quién me tengo de guardar.



ARGUMENTO

DEL ACTO ONCENO.

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle sola hablando, ve á Sempronio y Parmeno que van á la Madalena por su señor. Sempronio habla con Calisto. Sobreviene Celestina, van á casa de Calisto: declárale Celestina su mensage y negocio recaudado con Melibea; mientras ellos en estas razones estan, Parmeno y Sempronio entre si hablan. Despídese Celestina de Calisto, va para su casa, llama á la puerta, Elicia la viene á abrir, cenan y vanse á dormir.

ACTO ONCENO.

Celestina, Sempronio, Calisto, Parmeno.

CELESTINA. ¡Ay Dios, si llegase á mi casa con mi mucha alegría á cuestas! Á Parmeno y á Sempronio veo ir á la Madalena: tras ellos me voy; y si ahí estuviere Calisto, pasarémos á su casa á pedirle albricias de su gran gozo.

SEMPRONIO. Señor, mira que tu estada es dar á todo el mundo que decir: por Dios que huyas de ser traido en lenguas; que al muy devoto llaman hipócrita: ¿ qué dirán sino que andas royendo los santos? Si pasion tienes, súfrela en tu casa, no te sienta la tierra. No descubras tu pena á los estraños, pues está en manos el pandero que lo sabrá bien tañer.

CALISTO. ¿ En qué manos?

SEMP. De Celestina.

CEL. ¿ Qué nombrais á Celestina? ¿ Qué decis desta esclava de Calisto? Toda la calle del Arcediano vengo á mas andar tras vosotros

por alcanzaros, y jamas he podido con mis luengas haldas.

Cal. ¡Oh joya del mundo, acorro de mis pasiones, espejo de mi vista! El corazon se me alegra en ver esa honrada presencia, esa noble senectud. Dime, ¿con qué vienes? ¿Qué nuevas traes, que te veo alegre, y no sé en qué está mi vida?

Cel. En mi lengua.

Cal. ¿Qué dices, gloria y descanso mio? Declárame mas lo dicho.

Cel. Salgamos, señor, de la iglesia, y de aqui á la casa te contaré algo con que te alegres de verdad.

Parmeno. Buena viene la vieja, hermano, recaudado debe de haber.

Semp. Escucha.

Cel. Todo este dia, señor, he trabajado en tu negocio, y he dejado perder otros en que harto me iba. Muchos tengo quejosos por tener á tí contento: mas he dejado de ganar que piensas; pero todo vaya en buen hora, pues tan buen recaudo traigo. Y óyeme, que en pocas palabras te lo diré, que soy corta de razon. Á Melibea dejo á tu servicio.

Cal. ¿Qué es esto que oigo?

Cel. Que es mas tuya que de sí misma, mas está á tu mandado y querer, que de su padre Pleberio.

Cal. Habla cortés, madre, no digas tal cosa, que dirán estos mozos que estás loca. Meli-

bea es mi señora, Melibea es mi Dios; Melibea es mi vida: yo su cativo, yo su siervo.

SEMP. Con tu desconfianza, señor, con tu poco preciarte, con tenerte en poco hablas esas cosas con que atajas su razon. Á todo el mundo turbas diciendo desconciertos. ¿De qué te fatigas? Dale algo por su trabajo, harás mejor, que eso esperan esas palabras.

CAL. Bien has dicho. Madre mia, yo sé cierto que jamas igualarán tu trabajo y mi liviano galardon. En lugar de manto y saya, porque no se dé parte á oficiales, toma esta cadenilla, pónte la al cuello, y procede en tu razon y mi alegría.

PARM. ¿Cadenilla la llama? ¿No lo oyes, Sempronio? No estima el gasto; pues yo te certifico no diese mi parte por medio marco de oro, por mal que la vieja la reparta.

SEMP. Oirte ha nuestro amo, ternémos en él que amansar, y en tí que sanar, segun está hinchado de tu mucho murmurar. Por mi amor, hermano, que oigas y calles, que por eso te dió Dios dos oidos, y una lengua sola.

PARM. Oirá el diablo: está colgado de la boca de la vieja, sordo y mudo y ciego, hecho personage sin son, que aunque le diésemos higas, diria que alzábamos las manos á Dios, rogando por el buen fin de sus amores.

SEMP. Calla, oye, escucha bien á Celestina: en mi alma todo lo merece, y mas que le diese: mucho dice.

Cel. Señor Calisto, para tan flaca vieja como yo, de mucha franqueza usaste; pero como todo don ó dádiva se juzga grande ó chico respecto del que lo da, no quiero traer á consecuencia mi poco merecer, ante quien sobra en calidad y en cantidad; mas medirse ha con tu magnificencia, ante quien no es nada. En pago de la cual te restituyo tu salud que iba perdida, tu corazon que faltaba, tu seso que se alteraba. Melibea pena por tí mas que tú por ella: Melibea te ama y desea ver: Melibea piensa mas horas en tu persona que en la suya, Melibea se llama tuya, y esto tiene por título de libertad, y con esto amansa el fuego que mas que á tí la quema.

Cal. Mozos, ¿estó yo aqui? Mozos, ¿oigo yo esto? Mozos, mirad si estoy despierto; ¿es de dia ó de noche? ¡Oh señor Dios, padre celestial, ruégote que esto no sea sueño! Despierto, pues, estoy. Si burlas, señora, de mí por me pagar en palabras, no temas, di verdad, que para lo que tú de mí has recebido, mas merecen tus pasos.

Cel. Nunca el corazon lastimado de deseo toma la buena nueva por cierta, ni la mala por dudosa: pero si burlo, ó si no, verlo has yendo esta noche (segun el concierto dejo con ella) á su casa, en dando el reloj las doce, á la hablar por entre las puertas: de cuya boca sabrás mas por entero mi solicitud y su deseo, y el amor que tiene, y quién lo ha causado.

Cal. Ya, ya, ¿tal cosa espero? ¿tal cosa es posible haber de pasar por mí? Muerto soy de aqui allá; no soy capaz de tanta gloria; no merecedor de tan gran merced; no digno de hablar con tal señora de su voluntad y grado.

Cel. Siempre lo oí decir, que es mas difícil de sufrir la próspera fortuna, que la adversa: que la una no tiene sosiego, y la otra tiene consuelo. ¿Cómo, señor Calisto, y no mirarias quién tú eres, no mirarias el tiempo que has gastado en su servicio? ¿No mirarias á quien has puesto entremedias? ¿Y asi mismo que hasta agora siempre has estado dudoso de la alcanzar y tenias sufrimiento; agora que te certifico el fin de tu penar, quieres poner fin á tu vida? Mira, mira que está Celestina de tu parte; que aunque todo te faltase lo que en un enamorado se requiere, te venderia por el mas acabado galan del mundo; que te haria llanas las peñas para andar, que te haria las mas crecidas aguas corrientes pasar sin mojarte. Mal conoces á quien tú das dinero.

Cal. Cata, señora, qué me dices, ¿que verná de su grado?

Cel. Y aun de rodillas.

Semp. No sea ruido, hechizo que nos quiera tomar á manos á todos... Cata, madre, que asi se suelen dar las zarazas en pan envueltas, porque no las sienta el gusto.

Parm. Nunca te oí decir mejor cosa. Mucha

16

sospecha me pone el presto conceder de aquella señora, y venir tan aína en todo su querer de Celestina, engañando nuestra voluntad con sus palabras dulces y prestas por hurtar por otra parte, como hacen los de Egipto (28), cuando el signo nos catan en la mano; pues á la he, madre, con dulces palabras estan muchas injurias vengadas. El falso boyezuelo con su blando cencerrar trae las perdices á la red: el canto de la sirena engaña los simples marineros con su dulzor. Asi esta con su mansedumbre y concesion presta querrá tomar una manada de nósotros á su salvo; purgará su inocencia con la honra de Calisto, y con nuestra muerte; asi como corderica mansa, que mama su madre y la agena: ella con su asegurar tomará la venganza de Calisto en todos nosotros; de manera, que con la mucha gente que tiene, podrá cazar padres é hijos en una nidada, y tú estarte has rascando á tu fuego diciendo: *á salvo está el que repica.*

Cal. Callad, locos, bellacos, sospechosos: parece que dais á entender que los ángeles sepan hacer mal. Sí, que Melibea ángel disimulado es, que vive entre nosotros.

Semp. (¿Todavía te vuelves á tus heregías?) Escúchale, Parmeno, no te pene nada, que si fuere trato doble él lo pagará, que nosotros buenos pies tenemos.

Cel. Señor, tú estás en lo cierto; vosotros

cargados de sospechas vanas. Yo he hecho todo lo que á mí era á cargo: alegre te dejo, Dios te libre y aderece: pártome muy contenta. Si fuere menester para esto ó para mas, allí estoy muy aparejada á tu servicio.

Parm. Hi, hi, hi.

Semp. ¿De qué te ries, por tu vida?

Parm. De la priesa que la vieja tiene por irse: no ve la hora de haber despegado la cadena de casa: no puede creer que la tenga en su poder, ni que se la han dado de verdad; no se halla digna de tal don, tan poco como Calisto de Melibea.

Semp. Qué quieres que haga una puta alcahueta, que sabe y entiende lo que nosotros callamos, y suele hacer siete virgos por dos monedas, despues de verse cargada de oro, sino ponerse en salvo con la posesion, con temor no se la tornen á tomar, despues que ha cumplido de su parte aquello para que era menester? Pues guárdese del diablo, que sobre el partir no le saquemos el alma.

Cal. Dios vaya contigo, madre: yo quiero dormir y reposar un rato para satisfacer á las pasadas noches, y cumplir con la por venir.

Celestina. Ta, ta, ta.

Elicia. ¿Quién llama?

Cel. Abre, hija Elicia.

Elic. ¿Cómo vienes tan tarde? No lo debes hacer que eres vieja: tropezarás donde caigas y mueras.

CEL. No temo eso, que de dia me aviso por do venga de noche, que jamas me subo por poyo ni calzada, sino por medio de la calle; porque como dicen: *no da paso seguro quien corre por el muro; y que aquel va mas sano que anda por el llano:* mas quiero ensuciar mis zapatos con el lodo, que ensangrentar las tocas y los cantos; pero no te duele á tí en ese lugar.

ELIC. ¿Pues qué me ha de doler?

CEL. Que se fue la compañía que te dejé, y quedaste sola.

ELIC. Son pasadas cuatro horas despues, ¿y habíaseme de acordar deso?

CEL. Cuanto mas presto te dejaron, mas con razon lo sentiste; pero dejemos su ida y mi tardanza, y entendamos en cenar y dormir.



ARGUMENTO

DEL ACTO DOCENO.

Llegando la media noche, Calisto y Sempronio y Parmeno armados van para casa de Melibea. Lucrecia y Melibea estan cabe la puerta aguardando á Calisto. Viene Calisto; háblale primero Lucrecia; llama á Melibea; apártase Lucrecia; háblanse por entre las puertas Melibea y Calisto. Parmeno y Sempronio en su cabo departen. Oyen gente por la calle: apercíbense para huir. Despídese Calisto de Melibea, dejando concertada la tornada para la noche siguiente. Pleberio al son del ruido que habia en la calle, despierta; llama á su muger Alisa; pregunta á Melibea quién da patadas en su cámara; responde Melibea á su padre, fingiendo que tenia sed. Calisto con sus criados va para su casa, hablando: échase á dormir. Parmeno y Sempronio van á casa de Celestina, demandan su parte de la ganancia; disìmula Celestina; vienen á reñir; échanle mano á Celestina; mátanla. Da voces Elicia, viene la justicia á prenderlos á ambos.

ACTO DOCENO.

Calisto, Sempronio, Parmeno, Lucrecia, Melibea, Pleberio, Alisa, Celestina, Elicia.

CALISTO. Mozos, ¿qué hora da el reloj?

SEMP. Las diez.

CAL. ¡Oh cómo me descontenta el olvido en los mozos! De mi mucho acuerdo en esta noche, y tu descuido y olvido, se haria una razonable memoria y cuidado. ¿Cómo, desatinado, sabiendo cuánto me va en ser diez ó once, me respondes á tiento lo que mas aína se te viene á la boca? ¡Oh cuitado de mí! Si por caso me hubiera dormido, y colgara mi pregunta de la respuesta de Sempronio para hacer de once diez, y asi de doce once; saliera Melibea, yo no fuera ido, tornárase; de manera, que ni mi mal hubiera fin, ni mi deseo ejecucion. No se dice en valde, que *mal ageno de pelo cuelga.*

SEMP. Tanto yerro me parece, sabiendo, preguntar, como ignorando, responder. Mejor

seria, señor, que se gastase esta hora que queda en aderezar armas, que en buscar cuestiones.

Cal. (Bien me dice este necio: no quiero en tal tiempo recebir enojo; no quiero pensar en lo que pudiera venir, sino en lo que fue; no en el daño que resultara de su negligencia, sino en el provecho que verná de mi solicitud: quiero dar espacio á la ira, que ó se me quitará, ó se me ablandará). Descuelga, Parmeno, mis corazas, y armaos vosotros; y asi irémos á buen recaudo, porque como dicen: *el hombre apercebido, medio combatido.*

Parm. Hélas aqui, señor.

Cal. Ayúdame aqui á vestirlas: mira tú, Sempronio, si parece alguno por la calle.

Semp. Señor, ninguna gente parece, y aunque la hubiese, la mucha escuridad privaria el viso y conocimiento á los que nos encontrasen.

Cal. Pues andemos por esta calle aunque se rodee alguna cosa, por que mas encubiertos vamos. Las doce dan ya, buena hora es.

Parm. Cerca estamos.

Cal. A buen tiempo llegamos: párate tú, Parmeno, á ver si es venida aquella señora por entre las puertas.

Parm. ¿Yo, señor? Nunca Dios mande que sea en dañar lo que no concerté: mejor será que tu presencia sea su primer encuentro; porque viéndome á mí no se turbe de ver que de tantos es sabido lo que tan ocultamente queria hacer

y con tanto temor hace, ó porque quizá pensará que la burlaste.

CAL. ¡Oh qué bien has dicho! La vida me has dado con tu sutil aviso; pues no era mas menester para me llevar muerto á casa, que volverse ella por mi mala providencia. Yo me llego allá, quedaos vosotros en ese lugar.

PARM. ¿Qué te parece, Sempronio, cómo el necio de nuestro amo pensaba tomarme por broquel, para el encuentro del primer peligro? ¿Qué sé yo quién está tras las puertas cerradas? ¿qué sé yo si hay alguna traicion? ¿qué sé yo si Melibea anda porque la pague nuestro amo su mucho atrevimiento desta manera? Y mas, aun no somos muy ciertos decir verdad la vieja. No sepas hablar, Parmeno, sacarte han el alma, sin saber quién; no seas lisonjero, como tu amo quiere, y jamas llorarás duelos agenos; no tomes en lo que te cumple el consejo de Celestina, y hallarte has á escuras; ándate ahí con tus consejos y amonestaciones fieles, y darte han de palos; no vuelvas la hoja, y quedarte has á buenas noches. Quiero hacer cuenta que hoy me nací, pues de tal peligro me escapé.

SEMP. Paso, paso, Parmeno, no saltes asi, ni hagas ese bullicio de placer, que darás causa á que seas sentido.

PARM. Calla, hermano; que no me hallo de alegría. ¡Cómo le hice creer que por lo que á él cumplia dejaba de ir, y era por mi seguridad!

¿Quién supiera asi rodear su provecho, como yo? Muchas cosas me verás hacer, si estás de aqui adelante atento, que no las sientan todas personas, asi con Calisto como con cuantos en este negocio suyo se entremetieren; porque soy cierto que esta doncella ha de ser para él cebo de anzuelo, ó carne de buitrera, que suelen pagar bien el escote los que á comerla vienen.

SEMP. Anda, no te penen á tí esas sospechas, aunque salgan verdaderas. Apercíbete, á la primera voz que oyeres, tomar calzas de Villadiego.

PARM. Leido has donde yo: en un corazon estamos. Calzas traigo, y aun borceguíes desos ligeros que tú dices, para mejor huir que otro. Pláceme que me has, hermano, avisado de lo que yo no hiciera de vergüenza de tí; que nuestro amo, si es sentido, temo que no escapará de las manos desta gente de Pleberio, para podernos despues demandar cómo lo hicimos, é incusarnos el huir.

SEMP. ¡Oh Parmeno amigo, cuán alegre y provechosa es la conformidad en los compañeros! Aunque por otra cosa no nos fuera buena Celestina, era harta utilidad la que por su causa nos ha venido.

PARM. Ninguno podrá negar lo que por sí se muestra. Manifiesto es que con vergüenza el uno del otro, por no ser odiosamente acusado de

cobarde, esperáramos aqui la muerte con nuestro amo, no siendo mas que él merecedor della.

SEMP. Salido debe haber Melibea: escucha, que hablan quedito.

PARM. ¡O cómo temo que no sea ella, sino alguno que finja su voz!

SEMP. Dios nos libre de traidores, no nos hayan tomado la calle por do tenemos de huir, que de otra cosa no tengo temor.

CAL. Este bullicio mas de una persona lo hace: quiero hablar, sea quien fuere. Ce, señora mia.

LUCRECIA. La voz de Calisto es esta: quiero llegar. ¿Quién habla? ¿quién está fuera?

CAL. Aquel que viene á cumplir tu mandado.

LUCR. ¿Por qué no llegas, señora? Llega sin temor acá, que aquel caballero está aqui.

MELIBEA. Loca, habla paso: mira bien si es él.

LUCR. Allégate, señora, que sí es; que yo le conozco en la voz.

CAL. Cierto soy burlado; no era Melibea la que me habló. Bullicio oigo, perdido soy; pues viva ó muera, que no me he de ir de aqui.

MELIB. Vete, Lucrecia, á acostar un poco. Ce, señor, ¿cómo es tu nombre? ¿quién es el que te mandó ahí venir?

CAL. Es la que tiene merecimiento de mandar á todo el mundo, la que dignamente servir yo no merezco. No tema tu merced de se des-

cubrir á este cativo de tu gentileza; que el dulce sonido de tu habla, que jamas de mis oidos se cae, me certifica ser tú mi señora Melibea: yo soy tu siervo Calisto.

MELIB. La sobrada osadía de tus mensages me ha forzado á haberte de hablar, señor Calisto; que habiendo habido de mí la pasada respuesta á tus razones, no sé qué piensas mas sacar de mi amor de lo que entonces te mostré. Desvia estos vanos y locos pensamientos de tí; porque mi honra y persona esten sin detrimento de mala sospecha seguras. A esto fui aqui venida, á dar concierto en tu despedida y mi reposo. No quieras poner mi fama en la balanza de las lenguas maldicientes.

CAL. A los corazones aparejados con apercibimiento recio contra las adversidades, ninguna puede venir que pase de claro en claro la fuerza de su muro. Pues el triste que desarmado, y sin prever los engaños y celadas, se vino á meter por las puertas de tu seguridad, cualquiera cosa que en contrario vea, es razon que me atormente, y pase rompiendo todos los almacenes en que la dulce nueva estaba aposentada. ¡Oh malaventurado Calisto! ¡Oh cuán burlado has sido de tus sirvientes! ¡Oh engañosa muger Celestina! Dejárasme acabar de morir, y no tornaras á vivificar mi esperanza para que tuviese mas que gastar el fuego que ya me aqueja. ¿Por qué falsaste la palabra desta mi señora? por qué has

asi dado con tu lengua causa á mi desesperacion? ¿á qué me mandaste aqui venir para que me fuese mostrado el disfavor, el entredicho, la desconfianza, el odio, por la misma boca desta que tiene las llaves de mi perdicion y gloria? ¡Oh enemiga! Y tú, ¿no me dijiste que esta mi señora me era favorable? No me dijiste que de su grado mandaba venir este su cativo al presente lugar? No para me desterrar nuevamente de su presencia; pero para alzar el destierro ya por otro su mandamiento puesto antes de ahora. ¿En quién hallaré yo fe? ¿á dónde hay verdad? ¿quién carece de engaño? ¿á dónde no moran falsarios? ¿quién es claro enemigo? ¿quién es verdadero amigo? ¿dónde no se fabrican traiciones? ¿quién osó darme tan cruda esperanza de perdicion?

MELIB. Cesen, señor mio, tus verdaderas querellas; que ni mi corazon basta para las sufrir, ni mis ojos para lo disimular. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel, yo lloro de placer, viéndote tan fiel. ¡Oh mi señor, y mi bien todo! ¡Cuánto mas alegre me fuera poder ver tu faz, que oir tu voz! Empero pues no se puede al presente mas hacer, toma la firma y sello de las razones que te envié escritas en la lengua de aquella solícita mensagera. Todo lo que te dijo, confirmo; todo lo he por bueno. Limpia, señor, tus ojos; ordena de mí á tu voluntad.

CAL. ¡Oh señora mia, esperanza de mi glo-

ria, descanso y alivio de mi pena, alegría de mi corazon! ¿Qué lengua será bastante para te dar iguales gracias á la sobrada é incomparable merced que en este punto, de tanta congoja para mí, me has querido hacer? ¡En querer que un tan flaco é indigno hombre pueda gozar de tu suavísimo amor; del cual, aunque muy deseoso, siempre me juzgaba indigno, mirando tu grandeza, considerando tu estado, remirando tu perfeccion, contemplando tu gentileza, acatando mi poco merecer y tu alto merecimiento, tus estremadas gracias, tus loadas y manifiestas virtudes! Pues, ¡oh alto Dios! ¿Cómo te podré ser ingrato, que tan milagrosamente has obrado conmigo tus singulares maravillas? ¡Oh cuántos dias antes de agora pasados me fue venido ese pensamiento á mi corazon, y por imposible lo rechazaba de mi memoria, hasta que ya los rayos ilustrantes de tu muy claro gesto dieron luz en mis ojos, encendieron mi corazon, despertaron mi lengua, estendieron mi merecer, acortaron mi cobardía, destorcieron mi encogimiento, doblaron mis fuerzas, desadormecieron mis pies y manos; finalmente, me dieron tal osadía, que me han traido con su mucho poder á este sublimado estado en que ahora me veo, oyendo de grado tu suave voz. La cual si ante de ahora no conociese, y no sintiese tus saludables olores, no podria creer que careciesen de engaño tus palabras. Pero como soy

cierto de tu limpieza de sangre y hechos, me estoy remirando, si soy yo Calisto á quien tanto bien se hace.

MELIB. Señor Calisto, tu mucho merecer, tus estremadas gracias, tu alto nacimiento han obrado, que despues que de tí hube entera noticia, ningun momento de mi corazon te partieses; y aunque muchos dias he pugnado por lo disimular, no he podido tanto, que en tornándome aquella muger tu dulce nombre á la memoria, no descubriese mi deseo y viniese á este lugar y tiempo, donde te suplico ordenes y dispongas de mi persona segun querrás. Las puertas impiden nuestro gozo, las cuales yo maldigo, y sus fuertes cerrojos y mis flacas fuerzas, que ni tú estarias quejoso ni yo descontenta.

CAL. ¿Cómo, señora mia, y mandas que consienta á un palo impedir nuestro gozo? Nunca yo pensé que demas de tu voluntad lo pudiera cosa estorbar. ¡Oh molestas y enojosas puertas! Ruego á Dios que tal fuego os abrase, como á mí da guerra; que con la tercia parte seríades en un punto quemadas. Pues por Dios, señora mia, permite que llame á mis criados para que las quiebren.

PARM. ¿No oyes, no oyes, Sempronio? A buscarnos quiere venir para que nos den mal año. No me agrada cosa esta venida: en mal punto creo que se empezaron estos amores: yo no espero mas aqui.

SEMP. Calla, calla, escucha, que ella no consiente que vamos allá.

MELIB. ¿Quieres, amor mio, perderme á mí y dañar mi fama? No sueltes las riendas á la voluntad; la esperanza es cierta, el tiempo breve á cuanto tú ordenares. Y pues tú sientes tu pena sencillo, y yo la de entrambos, tú solo tu dolor, yo el tuyo y el mio, conténtate con venir mañana á esta hora por las paredes de mi huerto: que si agora quebrases las crueles puertas, aunque al presente no fuésemos sentidos, amaneceria en casa de mi padre terrible sospecha de mi yerro. Y pues sabes que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra, en un punto seria por la ciudad publicado.

SEMP. En hora mala acá esta noche venimos: aqui nos ha de amanecer, segun el espacio con que nuestro amo lo toma; que aunque mas la dicha nos ayude, nos han en tanto tiempo de sentir de su casa ó vecinos.

PARM. Ya ha dos horas que te requiero que nos vamos, que no faltará un achaque.

CAL. ¡Oh mi señora y mi bien todo! ¿Por qué llamas yerro aquello que por los santos de Dios me fue concedido? Rezando hoy ante el altar de la Madalena, me vino con tu mensage alegre aquella solícita muger.

PARM. Desvariar, Calisto, desvariar. Por fe tengo, hermano, que no es cristiano. Lo que la vieja traidora con sus pestíferos hechizos

ha rodeado, y con sus falsificadas razones ha hecho, dice que los santos de Dios se lo han concedido é impetrado, y con esta confianza quiere quebrar las puertas; y no habrá dado el primer golpe cuando sea sentido, y tomado por los criados de su padre que duermen cerca.

SEMP. Ya no temas, Parmeno, que harto desviados estamos, y en sintiendo bullicio, el buen huir nos ha de valer. Déjale hacer, que si mal hiciere, él lo pagará.

PARM. Bien hablas, en mi corazon estás, asi se haga; huyamos la muerte, que somos mozos: que no querer morir ni matar, no es cobardía, sino buen natural. Estos escuderos de Pleberio son locos; no desean tanto comer ni dormir, como cuestiones y ruidos; pues mas locura seria esperar pelea con enemigo que no ama tanto la victoria y vencimiento como la continua guerra y contienda. ¡Oh! si me vieses, hermano, cómo estoy, placer habrias. A medio lado, abiertas las piernas, el pie izquierdo adelante puesto en huida, las haldas en la cinta, la adarga arrollada y so el sobaco, porque no me empache; que por Dios creo que huyese como un gamo, segun el temor tengo de estar aqui.

SEMP. Mejor estoy yo, que tengo liado el broquel y el espada con las correas, porque no se caigan al correr, y el casquete en la capilla.

PARM. ¿Y las piedras que traias en ella?

SEMP. Todas las vertí por ir mas liviano, que

harto tengo que llevar en estas corazas que me heciste vestir por importunidad; que bien las rehusaba de traer, porque me parecian para huir muy pesadas. Escucha, escucha: ¿oyes, Parmeno? A malas andan; muertos somos. Bota presto; echa hácia casa de Celestina, no nos atajen por nuestra casa.

PARM. Huye, huye, que corres poco. ¡Oh pecador de mí! si nos han de alcanzar, deja broquel y todo.

SEMP. ¿Si han muerto ya á nuestro amo?

PARM. No sé, no me digas nada: corre y calla; que el menor cuidado mio es ese.

SEMP. Ce, ce, Parmeno, torna, torna callando, que no es sino la gente del alguacil, que pasaba haciendo estruendo por la otra calle.

PARM. Míralo bien: no te fies en los ojos, que se les antoja muchas veces uno por otro. No me habian dejado gota de sangre: tragada tenia ya la muerte, que me parecia que me iban dando en estas espaldas golpes. En mi vida me acuerdo haber tan gran temor, ni verme en tal afrenta, aunque he andado por casas agenas harto tiempo, y en lugares de harto trabajo: que nueve años serví á los frailes de Guadalupe, que mil veces nos apuñeábamos yo y otros; pero nunca como esta vez hube miedo de morir.

SEMP. ¿Y yo no serví al cura de san Miguel, y al mesonero de la plaza, y á Mollejas el hortelano? Y tambien yo tenia mis cuestiones con los

que tiraban piedras á los pájaros que asentaban en un álamo grande que tenia, porque dañaban la hortaliza. Pero guárdete Dios de verte con armas, que aquel es el verdadero temor; no envalde dicen, *cargado de hierro, cargado de miedo.* Vuelve, vuelve, que el alguacil es cierto.

MELIB. Señor Calisto, ¿qué es eso que en la calle suena? Parecen voces de gente que van en huida. Por Dios, mírate, que estás á peligro.

CAL. Señora, no temas, que á buen seguro vengo: los mios deben de ser que son unos locos, y desarmarán á cuantos pasan, y huiríales alguno.

MELIB. ¿Son muchos los que traes?

CAL. No, sino dos; pero aunque sean seis sus contrarios, no recibirán mucha pena para les quitar las armas y hacerlos huir, segun su esfuerzo: escogidos son, señora, que no vengo á lumbre de pajas. Si no fuese por lo que á tu honra toca, pedazos harian estas puertas, y si sentidos fuésemos á tí y á mí librarian de toda la gente de tu padre.

MELIB. ¡Oh por Dios no se cometa tal cosa! Pero mucho placer tengo que de tan fiel gente andes acompañado; bien empleado es el pan que tan esforzados sirvientes comen. Por mi amor, señor, pues tal gracia la naturaleza les quiso dar, sean de tí bien tratados y galardonados, porque en todo te guarden secreto; y cuando sus atrevimientos y osadías les corri-

gieres, á vueltas del castigo mezcla favor; porque los ánimos esforzados no sean con encogimiento diminutos, é irritados en el osar á sus tiempos.

PARM. Ce, ce, señor, quítate presto dende, que viene mucha gente con hachas, y serás visto y conocido, que no hay donde te metas.

CAL. ¡Oh mezquino yo! ¡y cómo me es forzado, señora, partirme de tí! Por cierto el temor de la muerte no obrara tanto, como el de tu honra. Pues que asi es, los ángeles queden con tu presencia: mi venida será, como ordenaste, por el huerto.

MELIB. Asi sea, y vaya Dios contigo.

PLEBERIO. Señora muger, ¿duermes?

ALISA. Señor, no.

PLEB. ¿No oyes bullicio en el retraimiento de tu hija?

ALIS. Sí oigo. Melibea, Melibea.

PLEB. No te oye: yo la llamaré mas recio. Hija mia Melibea.

MELIB. Señor.

PLEB. ¿Quién da patadas y hace bullicio en tu cámara?

MELIB. Señor, Lucrecia es, que salió por un jarro de agua para mí, que habia sed.

PLEB. Duerme, hija, que pensé que era otra cosa.

LUCR. Poco estruendo los despertó, con pavor hablaban.

MELIB. No hay tan manso animal, que con amor ó temor de sus hijos no se asperee: pues ¿qué harian si mi cierta salida supiesen?

CAL. Cerrad esa puerta, hijos, y tú, Parmeno, sube una vela arriba.

SEMP. Debes, señor, reposar y dormir eso que queda de aqui al dia.

CAL. Pláceme, que bien lo he menester. ¿Qué te parece, Parmeno, de la vieja que tú me desalababas? ¿qué obra ha salido de sus manos? qué fuera hecho sin ella?

PARM. Ni yo sentia tu gran pena, ni conocia la gentileza y merecimiento de Melibea; y asi no tengo culpa. Conocia á Celestina y sus mañas, avisábate como á señor; pero ya me parece que es otra, todas las ha mudado.

CAL. Y ¡cómo mudado!

PARM. Tanto, que si no lo hubiese visto, no lo creeria; mas asi vivas tú como es verdad.

CAL. Pues ¿habeis oido lo que con aquella mi señora he pasado? qué hacíades? ¿Teníades temor?

SEMP. ¿Temor, señor, ó qué? Por cierto todo el mundo no nos lo hiciera tener. Hallado habias los temerosos: allí estuvimos esperándote muy aparejados, y nuestras armas muy á mano.

CAL. ¿Habeis dormido algun rato?

SEMP. ¿Dormir, señor? Dormilones son los mozos; nunca me asenté ni aun junté por Dios los

pies, mirando á todas partes, para en sintiendo, poder saltar presto, y hacer todo lo que mis fuerzas me ayudaran. Pues Parmeno, aunque parecia que no te servia hasta aqui de buena gana, asi se holgó cuando vido los de las hachas, como lobo cuando siente polvo de ganado, pensando poder quitárselas, hasta que vido que eran muchos.

Cal. No te maravilles, que procede de su natural ser osado, y aunque no fuese por mí, haríalo porque no pueden los tales venir contra su uso, que *aunque muda el pelo la raposa, su natural no despoja.* Por cierto yo dije á mi señora Melibea lo que en vosotros hay, y cuán seguras tenia mis espaldas con vuestra ayuda y guarda. Hijos, en mucho cargo os soy : rogad á Dios por mi salud, que yo os galardonaré mas cumplidamente vuestro buen servicio. Id con Dios á reposar.

Parm. ¿A dónde irémos, Sempronio? ¿á la cama á dormir, ó á la cocina á almorzar?

Semp. Vé tú donde quisieres, que antes que venga el dia quiero yo ir á Celestina á cobrar mi parte de la cadena; que es una puta vieja : no le quiero dar tiempo en que fabrique alguna ruindad con que nos escluya.

Parm. Bien dices : olvidado lo habia. Vamos entrambos, y si en eso se pone, espantémosla de manera que le pese, que sobre dinero no hay amistad.

SEMP. Ce, ce, calla, que duerme cabe esta ventanilla. Ta, ta, señora Celestina, ábrenos.

CELESTINA. ¿Quién llama?

SEMP. Abre, que son tus hijos.

CEL. No tengo yo hijos que anden á tal hora.

SEMP. Ábrenos á Parmeno y á Sempronio, que nos venimos acá á almorzar contigo.

CEL. ¡Oh locos traviesos! Entrad, entrad. ¿Cómo venis á tal hora, que ya amanece? ¿qué habeis hecho? ¿qué os ha pasado? ¿Despidióse la esperanza de Calisto, ó vive todavía con ella, ó cómo queda?

SEMP. ¿Cómo, madre? Si por nosotros no fuera, ya anduviera su alma buscando posada para siempre; que si estimarse pudiese á lo que de allí nos queda obligado, no seria su hacienda bastante á cumplir la deuda, si verdad es lo que dicen, que la vida y la persona es mas digna y de mas valor que otra cosa ninguna.

CEL. Jesú! ¿que en tanta afrenta os habeis visto? Cuéntamelo por Dios.

SEMP. Mira qué tanta, que por mi vida la sangre me hierve en el cuerpo en tornarlo á pensar.

CEL. Reposa por Dios, y dímelo.

PARM. Cosa larga le pides, segun venimos alterados y cansados del enojo que habemos habido. Harias mejor en aparejarnos á él y á mí de almorzar, quizá nos amansaria algo la alteracion

que traemos; que cierto te digo, que no querria ya topar hombre que paz quisiese. Mi gloria seria agora hallar en quien vengar la ira, que no puedo en los que nos la causaron por su mucho huir.

Cel. Landre me mate si no me espanto en verte tan fiero; creo que burlas. Dímelo agora, Sempronio, tú, por mi vida; ¿qué os ha pasado?

Semp. Por Dios, sin seso vengo, desesperado; aunque para contigo por demas es no templar la ira y todo enojo, y mostrar otro semblante que con los hombres. Jamas me mostré poder mucho con los que poco pueden. Traigo, señora, todas las armas despedazadas, el broquel sin aro, la espada como sierra, el casquete abollado en la capilla, que no tengo con que salir un paso con mi amo, cuando menester me haya, que quedó concertado de ir esta noche que viene á verse por el huerto; pues ¿comprarlo de nuevo? no mando un maravedí, aunque caiga muerto.

Cel. Pídelo, hijo, á tu amo, pues en su servicio se gastó y quebró; pues sabes que es persona que luego lo cumplirá, que no es de los que dicen: vive conmigo, y busca quien te mantenga: él es tan franco que te dará para eso y para mas.

Semp. ¡Ah! trae tambien Parmeno perdidas las suyas: á esta cuenta en armas se le irá su hacienda. ¿Cómo quieres que le sea tan

importuno en pedirle mas de lo que él de su propio grado hace, pues es harto? No digan por mí, que dándome un palmo pido cuatro. Diónos las cien monedas: diónos despues la cadena. A tres tales aguijones no terná cera en el oido. Caro le costaria este negocio: contentémonos con lo razonable, no lo perdamos todo por querer mas de la razon; que quien mucho abarca, poco suele apretar.

Cel. (¡Gracioso es el asno!). Por mi vejez que si sobre comer fuera, que dijera que habíamos todos cargado demasiado. ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿qué tiene que hacer tu galardon con mi salario, tu soldada con mis mercedes? ¿soy yo obligada á soldar vuestras armas, á cumplir vuestras faltas? A osadas que me maten, si no te has asido á una palabrilla que te dije el otro dia, viniendo por la calle, que cuanto yo tenia era tuyo, y que en cuanto pudiese con mis pocas fuerzas jamas te faltaria, y que si Dios me diese buena manderecha con tu amo que no perderias nada. Pues ya sabes, Sempronio, que estos ofrecimientos, estas palabras de buen amor no obligan: no ha de ser oro cuanto reluce, sino mas barato valdria. Dime, ¿estoy en tu corazon, Sempronio? Verás si aunque soy vieja, si acierto lo que tú puedes pensar. Tengo, hijo, en buena fe mas pesar, que se me quiere salir esta alma de enojo: dí á esta loca de Elicia, como vine de tu casa, la cadenilla que traje para que

se holgase con ella, y no se puede acordar dónde la puso: que en toda esta noche ella ni yo no habemos dormido sueño de pesar: no por su valor de la cadena, que no era mucho; pero por su mal cobro della, y de mi mala dicha, entraron unos conocidos y familiares mios en aquella sazon aqui; temo no la hayan llevado, diciendo: si te ví burléme, etc. Asi que, hijos, agora quiero hablar con entrambos: si algo vuestro amo á mí me dió, debeis mirar que es mio, que de tu jubon de brocado no te pedí yo parte, ni la quiero. Sirvamos todos, que á todos dará segun viere que lo merece: que si me ha dado algo, dos veces he puesto por él mi vida al tablero. Mas herramienta se me ha embotado en su servicio, que á vosotros; mas materiales he gastado. Pues habeis de pensar, hijos, que todo me cuesta dinero, y aun mi saber, que no lo he alcanzado holgando; de lo cual fuera buen testigo su madre de Parmeno, Dios haya su alma. Esto trabajé yo, á vosotros se os debe esotro: esto tengo yo por oficio y trabajo, vosotros por recreacion y deleite. Pues asi no habeis vosotros de haber igual galardon de holgar, que yo de penar: pero aun con todo lo que he dicho, no os despidais (si mi cadena parece) de sendos pares de calzas de grana, que es el hábito que mejor en los mancebos parece, y sino recibid la voluntad, que yo me callaré con mi pérdida: y todo esto de buen amor, porque holgastes que hu-

biese yo antes el provecho destos pasos que otra, y si no os contentáredes, de vuestro daño haréis.

SEMP. No es esta la primera vez que yo he dicho cuánto en los viejos reina este vicio de codicia: cuando pobre, franca, cuando rica, avarienta. Asi que adquiriendo crece la codicia, y la pobreza codiciando: y ninguna cosa hace pobre al avariento, sino la riqueza. ¡Oh Dios, y cómo crece la necesidad con la abundancia! ¿Quién la oyó á esta vieja decir que me llevase yo todo el provecho, si quisiese, deste negocio, pensando que seria poco? agora que lo ve crecido no quiere dar nada, por cumplir el refran de los niños que dicen: *de lo poco poco, de lo mucho nada.*

PARM. Déte lo que prometió, ó tomémoselo todo. Harto te decia yo quién era esta vieja, si tú me creyeras.

CEL. Si mucho enojo traeis con vosotros, ó con vuestro amo ó armas, no lo quebreis en mí; que bien sé de dónde nace esto; bien sé y barrunto de qué pie cojeais. No cierto de la necesidad que teneis de lo que pedis, ni aun por la mucha codicia que lo teneis; sino pensando que os he de tener toda vuestra vida atados y cativos con Elicia y Areusa, sin quereros buscar otras, moveisme estas amenazas de dinero, poneisme estos temores de la particion: pues callad, que quien estas os supo acarrear os dará otras diez, agora que hay mas conocimiento y

mas razon y mas merecimiento de vuestra parte. Y si sé cumplir lo que prometo en este caso, dígalo Parmeno: dilo, dilo, no hayas empacho de contar cómo nos pasó cuando á la otra dolia la madre.

SEMP. Yo dígole que se vaya, y abájase las bragas: no ando por lo que piensas; no entremetas burlas á nuestra demanda, que con ese galgo no tomarás (si yo puedo) mas liebres: déjate conmigo de razones: á perro viejo, no cuz, cuz: danos las dos partes por cuenta de cuanto de Calisto has recibido, no quieras que se descubra quién tú eres. Á los otros, á los otros con esos alhagos, vieja.

CEL. ¿Quién soy yo, Sempronio? ¿Quítasteme de la putería? Calle tu lengua, no amengües mis canas; que soy una vieja cual Dios me hizo, no peor que todas. Vivo de mi oficio, como cada oficial del suyo, muy limpiamente. Á quien no me quiere no le busco, de mi casa me vienen á sacar, en mi casa me ruegan: si bien ó mal vivo, Dios es testigo de mi corazon; no pienses con tu ira maltratarme, que justicia hay para todos, á todos es igual, tan bien seré oida aunque muger, como vosotros muy peinados. Dejadme en mi casa con mi fortuna; y tú, Parmeno, no pienses que soy tu cativa por saber mis secretos y mi vida pasada, y los casos que nos acaecieron á mí y á la desdichada de tu madre. Aun asi me trataba ella cuando Dios queria.

PARM. No me hinches las narices con esas memorias, sino enviarte he con nuevas á ella, donde mejor te puedas quejar.

CEL. Elicia, Elicia, levántate de esa cama, daca mi manto presto, que por los santos de Dios para aquella justicia me vaya bramando como una loca. ¿Qué es esto? ¿qué quieren decir tales amenazas en mi casa? ¿Con una oveja mansa teneis vosotros manos y braveza? ¿con una gallina atada? ¿con una vieja de sesenta años? Allá, allá contra los hombres como vosotros, contra los que ciñen espada mostrad vuestras iras, no contra mi flaca rueca. Señal es de gran cobardía acometer á los menores y á los que poco pueden: las sucias moscas nunca pican sino á los bueyes magros y flacos; los gozques ladradores á los pobres peregrinos aquejan con mayor ímpetu. Si aquella que allí está en aquella cama me hubiese á mí creido, jamas quedara esta casa de noche sin varon, ni durmiéramos á lumbre de pajas; pero por agradarte, por serte fiel, padecemos esta soledad; y como nos veis mugeres, hablais y pedis demasías; lo cual, si hombre sintiésedes en la posada, no haríades. Que como dicen: el duro adversario entibia las iras y las sañas.

SEMP. ¡O vieja avarienta, muerta de sed por dinero! ¿no serás contenta con la tercera parte de lo ganado?

CEL. ¿Qué tercera parte? Vete con Dios de mi

casa tú y esotro; no dé voces, no allegue la vecindad; no me hagais salir de seso; no querais que salgan á plaza las cosas de Calisto y vuestras.

Semp. Da voces ó gritos, que tú cumplirás lo que prometiste, ó cumplirás hoy tus dias.

Elicia. Mete por Dios el espada. Tenle, Parmeno, tenle, no la mate ese desvariado.

Cel. Justicia, justicia, señores vecinos, justicia: que me matan en mi casa estos rufianes.

Semp. ¿Rufianes, ó qué? Espera, doña hechicera, que yo te haré ir al infierno con cartas.

Cel. ¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay, ay! confesion, confesion.

Parm. Dale, dale, acábala, pues la comenzaste, que nos sentirán: muera, muera; de los enemigos los menos.

Cel. ¡Confesion!

Elic. ¡Oh crueles enemigos! En mal poder os veais: y ¿para quién tuvistes manos? Muerta es mi madre y mi bien todo.

Semp. Huye, huye, Parmeno, que carga mucha gente. Guarte, guarte, que viene el alguacil.

Parm. ¡Oh pecador de mí! que no hay por do nos vamos, que está tomada la puerta.

Semp. Saltemos destas ventanas; no muramos en poder de justicia.

Parm. Salta, que tras tí voy.

ARGUMENTO

DEL ACTO TRECENO.

Despertado Calisto de dormir, está hablando consigo mismo: dende á un poco llama á Tristan y á otroscriados suyos. Tórnaso luego á dormir Calisto. Pónese Tristan á la puerta, viene Sosia llorando: preguntado de Tristan, Sosia cuéntale la muerte de Sempronio y Parmeno. Van á decir las nuevas á Calisto, el cual sabiendo la verdad hace gran lamentacion.

ACTO TRECENO.

—

Calisto, Tristan, Sosia.

CALISTO. ¡ Oh cómo he dormido tan á mi placer despues de aquel azucarado rato, despues de aquel angélico razonamiento ! Gran reposo he tenido: el sosiego y descanso proceden de mi alegría; ó causó el trabajo corporal mi mucho dormir, ó la gloria y placer de mi ánimo: y no me maravillo que lo uno y lo otro se juntasen á cerrar los candados de mis ojos; pues trabajé con el cuerpo y persona, y holgué con el espíritu y sentido la pasada noche. Muy cierto es que la tristeza acarrea pensamientos, y el mucho pensar impide el sueño, como á mí estos dias es acaecido con la desconfianza que tenia de la mayor gloria que ya poseo. ¡ Oh señora y amor mio, Melibea ! ¿ Qué piensas agora ? ¿ Si duermes ó estás despierta ? si piensas en mí ó en otro ? si estás levantada ó acostada ? ¡ Oh dichoso y bien andante Calisto ! si verdad es que no

ha sido sueño lo pasado. ¿Soñélo, ó no? ¿Fue fantaseado, ó pasó en verdad? Pues no estuve solo: mis criados me acompañaron, dos eran: si ellos dicen que pasó en verdad, creerlo he segun derecho. Quiero mandarlos llamar para mas confirmar mi gozo. Tristanico, mozos, Tristanico, levanta de ahí.

TRISTAN. Señor, levantado estoy.

CAL. Corre, llama á Sempronio y á Parmeno.

TRIST. Ya voy, señor.

CAL. Duerme y descansa, penado,
Desde agora;
Pues te ama tu señora
De su grado.
Venza placer al cuidado
Y no le vea,
Pues te ha hecho su privado
Melibea.

TRIST. Señor, no hay ningun mozo ya en casa.

CAL. Pues abre esas ventanas, verás qué hora es.

TRIST. Señor, bien de dia.

CAL. Pues tórnalas á cerrar y déjame dormir hasta que sea hora de comer.

TRIST. Quiero bajarme á la puerta, porque duerma mi amo sin que ninguno le impida, y á cuantos le buscaren se le negaré. ¡Oh qué grita suena en el mercado! ¿Qué es esto? Alguna justicia se hace, ó madrugaron á correr toros:

no sé qué me diga de tan grandes voces como se dan. De allá viene Sosia, el mozo de espuelas: él me dirá qué es esto. Desgreñado viene el bellaco, en alguna taberna se debe haber revolcado; y si mi amo le cae en el rastro, mandarle ha dar dos mis palos; que aunque es algo loco, la pena le hará cuerdo. Parece que viene llorando: ¿qué es esto, Sosia? ¿por qué lloras? ¿de dó vienes?

SOSIA. ¡Oh malaventurado yo! ¡Oh qué pérdida tan grande! ¡Oh deshonra de la casa de mi amo! ¡Oh qué mal dia amaneció este! ¡Oh desdichados mancebos!

TRIST. ¿Qué es? ¿qué has? ¿por qué te matas? ¿qué mal es este?

SOS. Sempronio y Parmeno.

TRIST. ¿Qué dices de Sempronio y Parmeno? ¿qué es esto, loco? Aclárate mas, que me turbas.

SOS. Nuestros compañeros, nuestros hermanos.

TRIST. O tú estás borracho, ó has perdido el seso, ó traes alguna mala nueva. ¿No me dices qué es eso que dices desos mozos?

SOS. Que quedan degollados en la plaza.

TRIST. ¡Oh mala fortuna la nuestra, si es verdad! ¿Vístelos cierto, habláronte?

SOS. Ya sin sentido iban; pero el uno con harta dificultad, como me sintió que con lloro le miraba, hincó los ojos en mí, alzando las manos al cielo, casi dando gracias á Dios, y

como preguntando si me sentia de su morir; y en señal de triste despedida abajó su cabeza con lágrimas en los ojos, dando bien á entender que no me habia de ver mas hasta el dia del gran juicio.

Trist. No sentiste bien; que seria preguntarte si estaba presente Calisto. Y pues tan claras señas traes deste cruel dolor, vamos presto con las tristes nuevas á nuestro amo.

Sos. Señor, señor.

Cal. ¿Qué es eso, locos? ¿no os mandé que no me recordásedes?

Sos. Recuerda y levanta, que si tú no vuelves por los tuyos, de caida vamos. Sempronio y Parmeno quedan descabezados en la plaza, como públicos malhechores con pregones que manifiestan su delito.

Cal. ¡Oh válasme, Dios! ¿Qué es esto que me dices? No sé si te crea tan acelerada y triste nueva. ¿Vístelos tú?

Sos. Yo los ví.

Cal. Cata, mira qué dices, que esta noche han estado conmigo.

Sos. Pues madrugaron á morir.

Cal. ¡Oh mis leales criados! ¡oh mis grandes servidores! ¡oh mis fieles secretarios y consejeros! ¿Puede ser tal cosa verdad? ¡Oh amenguado Calisto! Deshonrado quedas para toda tu vida. ¿Qué será de tí, muertos tal par de criados? Dime por Dios, Sosia, ¿qué fue la causa?

¿qué decia el pregon? ¿dónde los tomaron? ¿qué justicia lo hizo?

Sos. Señor, la causa de su muerte publicaba el cruel verdugo á voces, diciendo: *manda la justicia que mueran los violentos matadores.*

Cal. ¿A quién mataron tan presto? ¿qué puede ser esto? No ha cuatro horas que de mí se despidieron. ¿Cómo se llamaba el muerto?

Sos. Señor, una muger que se llamaba Celestina.

Cal. ¿Qué me dices?

Sos. Esto que oyes.

Cal. Pues si esto es verdad, mátame tú á mí, yo te perdono; que mas mal hay que viste ni puedes pensar, si Celestina, la de la cuchillada, es la muerta.

Sos. Ella misma es: de mas de treinta estocadas la ví llagada, tendida en su casa, llorándola una su criada.

Cal. ¡Oh tristes mozos! ¿Cómo iban? ¿viéronte? ¿habláronte?

Sos. ¡Oh señor! que si los vieras quebraras el corazon de dolor. El uno llevaba todos los sesos de la cabeza defuera sin ningun sentido: el otro quebrados entrambos brazos y la cara magullada: todos llenos de sangre; que saltaron de unas ventanas muy altas por huir del alguacil, y asi casi muertos les cortaron las cabezas; que creo que ya no sintieron nada.

Cal. Pues yo bien siento mi honra. Pluguie-

ra á Dios que fuera yo ellos, y perdiera la vida y no la honra, y no la esperanza de conseguir mi comenzado propósito, que es lo que mas en este caso desastrado siento. ¡Oh mí triste nombre y fama, cómo andas al tablero de boca en boca! ¡Oh mis secretos mas secretos, cuán públicos andaréis por las plazas y mercados! ¿Qué será de mí? ¿á donde iré? ¿Que salga allá? á los muertos no puedo ya remediar. ¿Que me esté aqui? parecerá cobardía. ¿Qué consejo tomaré? Dime, Sosia, ¿qué era la causa por que la mataron?

Sos. Señor, aquella su criada dando voces, llorando su muerte, la publicaba á cuantos la querian oir, diciendo: que porque no quiso partir con ellos una cadena de oro que tú le diste.

Cal. ¡Oh dia de congoja! ¡Oh fuerte tribulacion! ¡Y en qué anda mi hacienda de mano en mano, y mi nombre de lengua en lengua! Todo será público cuanto con ella y con ellos hablaba; cuanto de mí sabian; el negocio en que andaban: no osaré salir ante gentes. ¡Oh pecadores mancebos, padecer por tan súbito desastre! ¡Oh mi gozo, cómo te vas disminuyendo! Proverbio es antiguo, que de muy alto grandes caidas se dan. Mucho habia anoche alcanzado: mucho tengo hoy perdido. Rara es la bonanza en el piélago. Yo estaba en título de alegre, si mi ventura quisiera tener quedos los ondosos vientos de mi perdicion. ¡Oh fortuna, cuánto y por cuántas

partes me has combatido! Pues por mas que sigas mi morada, y seas contraria á mi persona, las adversidades con igual ánimo se han de sufrir, y en ellas se prueba el corazon recio ó flaco. No hay mejor toque para conocer qué quilates de virtud ó esfuerzo tiene el hombre; pues por mas mal y daño que me venga, no dejaré de cumplir el mandato de aquella por quien todo esto se ha causado; que mas me va en conseguir la ganancia de la gloria que espero, que en la pérdida de morir los que murieron. Ellos eran sobrados y esforzados; agora ó en otro tiempo de pagar habian. La vieja era mala y falsa, segun parece que hacia trato con ellos: asi que riñeron sobre la capa del justo. Permision fue divina que asi acabase, en pago de muchos adulterios que por su intercesion ó causa son cometidos. Quiero hacer aderezar á Sosia y á Tristanico, irán conmigo este tan esperado camino: llevarán escalas, que son altas las paredes. Mañana haré que vengo de fuera: si pudiere vengaré estas muertes; sino purgaré mi inocencia con mi fingida ausencia, ó me fingiré loco, por mejor gozar deste sabroso deleite de mis amores, como hizo aquel gran capitan Ulises por evitar la batalla troyana, y holgar con Penélope su muger (29).

ARGUMENTO

DEL ACTO CATORCENO.

—-

Está Melibea muy afligida hablando con Lucrecía sobre la tardanza de Calisto, el cual le habia hecho voto de venir en aquella noche á visitalla, lo cual cumplió, y con él vinieron Sosia y Tristan; y despues que cumplió su voluntad volvieron todos á la posada, y Calisto se retrae á su palacio, y quéjase por haber estado tan poca cantidad de tiempo con Melibea, y ruega á Febo que cierre sus rayos, por haber de restaurar su deseo.

ACTO CATORCENO.

Melibea, Lucrecia, Sosia, Tristan, Calisto.

MELIBEA. Mucho se tarda aquel caballero que esperamos: ¿qué crees tú ó sospechas de su estada, Lucrecia?

LUCRECIA. Señora, que tiene justo impedimento, y que no es en su mano venir mas presto.

MELIB. Los ángeles sean en su guarda, su persona esté sin peligro, que su tardanza no me da pena. Mas, cuitada, pienso muchas cosas, que desde su casa acá le podrian acaecer. ¿Quién sabe, si él con voluntad de venir al prometido plazo, en la forma que los tales mancebos á las tales horas suelen andar, fue topado de los alguaciles nocturnos, y sin le conocer le han acometido, el cual por se defender los ofendió, ó es dellos ofendido? ¿O si por caso los ladradores perros con sus crueles dientes (que ninguna diferencia saben hacer ni acatamiento de personas) le hayan mordido? ¿O si ha caido en al-

guna calzada ó hoyo, donde algun daño le viniese? Mas ¡oh mezquina de mí! ¿Qué son estos inconvenientes que el concebido amor me pone delante, y los atribulados imaginamientos me acarrean? No plega á Dios que ninguna destas cosas sea: antes esté cuanto le placerá sin verme. Mas oye, oye, que pasos suenan en la calle, y aun parece que hablan destotra parte del huerto.

Sosia. Arrima esta escala, Tristan, que este es mejor lugar, aunque alto.

Trist. Sube, señor: yo iré contigo, porque no sabemos quién está dentro: hablando estan.

Calisto. Quedaos, locos, que yo entraré solo, que á mi señora oigo.

Melib. Es tu sierva, es tu cativa, es la que mas tu vida que la suya estima. ¡Oh mi señor! No saltes de tan alto que me moriré en verlo: baja, baja poco á poco por la escala, no vengas con tanta presura.

Cal. ¡Oh angélica imágen! ¡Oh preciosa perla, ante quien el mundo es feo! ¡Oh mi señora y mi gloria! En mis brazos te tengo, y no lo creo. Mora en mi persona tanta turbacion de placer, que me hace no sentir todo el gozo que poseo.

Melib. Señor mio, pues me fié en tus manos, pues quise cumplir tu voluntad, no sea de peor condicion por ser piadosa que si fuera esquiva y sin misericordia; no quieras perderme por

tan breve deleite y en tan poco espacio; que las cosas mal hechas, despues de cometidas, mas presto se pueden reprender que enmendar. Goza de lo que yo gozo, que es ver y llegar á tu persona; no pidas ni tomes aquello que tomado no será en tu mano volver. Guarte, señor, de dañar lo que con todos los tesoros del mundo no se restaura.

Cal. Señora, pues por conseguir esta merced toda mi vida he gastado, ¿qué seria, cuando me la diesen desechalla? Ni tú, señora, me lo mandarás, ni yo podria acabarlo conmigo. No me pidas tal cobardía: no es hacer tal cosa de ninguno que hombre sea, mayormente amando como yo. Nadando por este piélago de mi deseo toda mi vida, ¿no quieres que me arrime al dulce puerto á descansar de mis pasados trabajos?

Melib. Por mi vida, que aunque hable tu lengua cuanto quisiere, no obren las manos cuanto pueden. Está quedo, señor mio; bástete, pues ya soy tuya, gozar de lo esterior; desto que es propio fruto de amadores: no me quieras robar el mayor don que la natura me ha dado. Cata, que del buen pastor es propio tresquilar sus ovejas y ganado, pero no destruirlo y estragallo.

Cal. ¿Para qué, señora? ¿para que no esté queda mi pasion? ¿para penar de nuevo? ¿para tornar al juego de comienzo? Perdona, señora,

á mis desvergonzadas manos, que jamas pensaron de tocar tu ropa con su indignidad y poco merecer; agora gozan de llegar á tu gentil cuerpo, y lindas y delicadas carnes.

MELIB. Apártate allá, Lucrecia.

CAL. ¿Por qué, mi señora? Bien me huelgo que esten semejantes testigos de mi gloria.

MELIB. Yo no los quiero de mi yerro. Si pensara que tan desmesuradamente te habias de haber conmigo, no fiara mi persona de tu cruel conversacion.

SOS. Tristan, bien oyes lo que pasa. ¡En qué términos anda el negocio!

TRIST. Oigo tanto, que juzgo á mi amo por el mas bienaventurado hombre que nació: y por mi vida, que aunque soy muchacho, que diese tan buena cuenta como mi amo.

SOS. Para con tal joya quien quiera se ternia manos; pero con su pan se la coma, que bien caro le cuesta: dos mozos entraron en la salsa destos amores.

TRIST. Ya los tiene olvidados. Dejaos morir sirviendo á ruines: haced locuras en confianza de su defension. Viviendo con el conde, que no matase al hombre, me daba mi madre por consejo. Veslos á ellos alegres y abrazados, y sus servidores con harta mengua degollados.

MELIB. ¡Oh mi vida y mi señor! ¿Cómo has querido que pierda el nombre y corona de vírgen por tan breve deleite? ¡Oh pecadora de tí,

mi madre! Si de tal cosa fueses sabidora, ¡cómo tomarias de grado tu muerte, y me la darias á mí por fuerza! ¡Cómo serias cruel verdugo de tu propia sangre! ¡Cómo seria yo fin quejoso de tus dias! ¡Oh mi padre honrado! ¡Cómo he dañado tu fama, y dado causa y lugar á quebrantar tu casa! ¡Oh traidora de mí! ¡Cómo no miré primero el gran yerro que seguia de tu entrada, el gran peligro que esperaba!

Sos. Antes quisiera yo oirte esos milagros: todas sabeis esa oracion despues que no puede dejar de ser hecho, y el bobo de Calisto que se lo escucha.

Cal. Ya quiere amanecer: ¿qué es esto? No parece que ha una hora que estamos aqui, y da el reloj las tres.

Melib. Señor, por Dios; pues ya todo queda por tí, pues ya soy tu dueño, pues ya no puedes negar mi amor, no me niegues tu vista. Mas las noches que ordenares, sea tu venida por este secreto lugar á la mesma hora; porque siempre te espere apercibida del gozo con que quedo, esperando las venideras noches. Y por el presente vete con Dios, que no serás visto, que hace muy escuro, ni yo en casa sentida, que aun no amanece.

Cal. Mozos, poned la escala.

Sos. Señor, vesla aqui, baja.

Melib. Lucrecia, vente acá, que estoy sola: aquel señor mio es ido: conmigo deja su co-

razon: consigo lleva el mio. ¿Hasnos oido?

LUCR. No señora, que durmiendo he estado.

SOS. Tristan, debemos ir muy callando porque suelen levantarse á esta hora los ricos, los codiciosos de temporales bienes, los devotos de templos, monasterios é iglesias, los enamorados como nuestro amo, los trabajadores de los campos y labranzas, y los pastores que en este tiempo traen las ovejas á estos apriscos á ordeñar, y podria ser que cogiesen de pasada alguna razon, por do toda su honra y la de Melibea se turbase.

TRIST. ¡Oh simple rasca-caballos! ¡dices que callemos, y nombras su nombre della! Bueno eras para adalid, ó para regir gente en tierra de moros de noche: asi que prohibiendo, permites; encubriendo, descubres; asegurando, ofendes; callando, voceas y pregonas; preguntando, respondes. Pues tan sutil y discreto eres, ¿no me dirás en qué mes cae santa María de agosto? Porque sepamos si hay harta paja en casa que comas ogaño.

CAL. Mis cuidados y los de vosotros no son todos unos. Entrad callando, no os sientan en casa: cerrad esa puerta y vamos á reposar, que yo me quiero subir solo á mi cámara, yo me desarmaré; id vosotros á vuestras camas. ¡Oh mezquino yo! ¡cuánto me es agradable de mi natural la soledad y silencio y escuridad! No sé si lo causa que me vino á la memoria la

traicion que hice en me despartir de aquella señora que tanto amo, hasta que mas fuera de dia, ó el dolor de mi deshonra. ¡Ay, ay! que esto es: esta herida es la que siento agora que se ha resfriado; agora que está helada la sangre que ayer hervia; agora que veo la mengua de mi casa, la falta de mi servicio, la perdicion de mi patrimonio, la infamia que á mi persona de la muerte de mis criados se ha seguido. ¿Qué hice? ¿En qué me detuve? ¿Cómo me puedo sufrir que no me muestre luego presente, como hombre injuriado, vengador soberbio y acelerado de la manifiesta injusticia que me fue hecha? ¡Oh mísera suavidad desta brevísima vida! ¿Quién es de tí tan codicioso, que no quiera mas morir luego, que gozar de un año de vida denostado y prorogarle con deshonra, corrompiendo la buena fama de los pasados? Y mayormente que no hay hora cierta ni limitada, ni aun un solo momento. Deudores somos sin tiempo, contino estamos obligados á pagar luego. ¿Por qué no salí á inquirir siquiera la verdad de la secreta causa de mi manifiesta perdicion? ¡Oh breve deleite mundano! ¡Cómo duran poco y cuestan mucho tus dulzores! No se compra tan caro el arrepentir. ¡Oh triste yo! ¿Cuándo se restaurará tan grande pérdida? ¿Qué haré? ¿qué consejo tomaré? ¿á quién descubriré mi mengua? ¿Por qué lo celo á los otros mis servidores y parientes? *Tresquílanme en con-*

cejo, y no lo saben en mi casa. Salir quiero; pero si salgo para decir que he estado presente, es tarde; si ausente, es temprano; y para proveer amigos y criados antiguos, parientes y allegados, es menester tiempo, y para buscar armas y otros aparejos de venganza. ¡Oh cruel juez, cuán mal pago me has dado del pan que de mi padre comiste! Yo pensaba que pudiera con tu favor matar mil hombres sin temor de castigo. Inicuo falsario, perseguidor de verdad, hombre de bajo suelo! Bien dirán por tí, que te hizo alcalde mengua de hombres buenos. Miraras que tú y los que mataste, en servir á mis pasados y á mí érades compañeros; mas *cuando el vil está rico ni tiene pariente ni amigo.* ¿Quién pensara que tú me habias de destruir? No hay cierto cosa mas empecible que el incogitado enemigo. ¿Por qué quisiste que dijesen, *del monte sale con que se arde;* y *que crié cuervo que me sacase el ojo?* Tú eres público delincuente, y mataste á los que son privados; pues sabe, que menor delito es el privado que el público; menor su calidad, segun las leyes de Atenas disponen. Las cuales no son escritas con sangre, antes muestran que es menos yerro no condenar los malhechores, que punir los inocentes. ¡Oh cuán peligroso es seguir justa causa delante injusto juez! cuanto mas este esceso de mis criados que no carecia de culpa. Pues mira, si mal has hecho, que hay sindicado en el cielo y

en la tierra; asi que á Dios y al rey serás reo, y á mí capital enemigo. ¿Qué pecó el uno por lo que hizo el otro, que por solo ser su compañero los mataste á entrambos? Pero ¿qué digo? ¿con quién hablo? ¿estoy en mi seso? ¿qué es esto, Calisto, sueñas, duermes ó velas? ¿estás en pie ó acostado? Cata que estás en tu cámara. ¿No ves que el ofendedor no está presente? ¿con quién lo has? Torna en tí: mira que nunca los ausentes se hallaron justos; oye á entrambas partes para sentenciar. ¿No ves que por ejecutar justicia no habia de mirar amistad, ni deudo, ni crianza? ¿No miras que la ley tiene de ser igual á todos? Mira que Rómulo, el primer cimentador de Roma, mató á su propio hermano, porque la ordenada ley traspasó (30). Mira á Torcuato romano, cómo mató á su hijo, porque escedió la tribúnica constitucion: otros muchos hicieron lo mesmo. Considera que si aqui presente él estuviese, responderia, que hacientes y consintientes merecen igual pena; aunque á entrambos matase por lo que el uno solo pecó; y que si se aceleró en su muerte, que era crímen notorio, y no eran necesarias muchas pruebas, y que fueron tomados en el acto del matar; que ya estaba el uno muerto de la caida que dió; y tambien se debe creer que aquella lloradera moza que Celestina tenia en su casa, le dió recia priesa con su triste llanto; y él por no hacer bullicio, por no me disfamar,

por no esperar á que la gente se levantase y oyesen el pregon, del cual gran infamia se me seguia, los mandó justiciar tan de mañana; pues era forzoso verdugo voceador para la ejecucion y su descargo; lo cual todo, si asi como creo es hecho, antes le quedo deudor y obligado para cuanto viva, no como á criado de mi padre, pero como á verdadero hermano. Y caso que asi no fuese, caso que no echase lo pasado á la mejor parte, acuérdate, Calisto, del gran gozo pasado: acuérdate de tu señora y tu bien todo. Y pues tu vida no tienes en nada por su servicio, no has de tener las muertes de otros; pues ningun dolor igualará con el recebido placer. ¡Oh mi señora y mi vida! Que jamas pensé en ausencia ofenderte: que parece que tengo en poca estima la merced que me has hecho. No quiero pensar en enojo; no quiero tener ya con la tristeza amistad. ¡Oh bien sin comparacion! ¡Oh insaciable contentamiento! ¿Y cuándo pidiera yo mas á Dios por premio de mis méritos, si algunos son en esta vida, de lo que alcanzado tengo? ¿Por qué no estoy contento? Pues no es razon ser ingrato á quien tanto bien me ha dado; quiérolo conocer, no quiero con enojo perder mi seso, porque perdido no caiga de tan alta posesion. No quiero otra honra ni otra gloria, no otras riquezas, no otro padre ni madre, no otros deudos ni parientes: de dia estaré en mi cámara, de noche en aquel paraíso dulce, en aquel ale-

gre vergel, entre aquellas suaves plantas y fresca verdura. ¡Oh noche de mi descanso, si fueses ya tornada! ¡Oh luciente Febo, date priesa á tu acostumbrado camino! ¡Oh deleitosas estrellas, apareceos ante de la continua órden! ¡oh espacioso reloj, aína te vea yo arder en vivo fuego de amor! Que si tú esperases lo que yo, cuando das doce, jamas estarias arrendado á la voluntad del maestro que te compuso. Pues vosotros, invernales meses que agora estais escondidos: ¡oh si viniésedes con vuestras muy cumplidas noches á trocarlas por estos prolijos dias! Ya me parece haber un año que no ne visto aquel suave descanso, aquel deleitoso refrigerio de mis trabajos. Pero ¿qué es lo que demando? ¿Qué pido, loco, sin sufrimiento? Lo que jamas fue ni puede ser. No aprenden los cursos naturales á rodearse sin órden, que á todos es un igual curso, á todos un mesmo espacio para muerte y vida, un liviano término: á los secretos movimientos del alto firmamento celestial de los planetas y norte, de los crecimientos y mengua de la menstrua luna: todo se rige con un freno igual, todo se mueve con igual espuela; cielo, tierra, mar, fuego, viento, calor, frio. ¿Qué me aprovecha á mí que dé doce horas el reloj de hierro, si no las ha dado el del cielo? Pues por mucho que madrugue no amanéce mas aína. Pero tú, dulce imaginacion, tú que puedes, me acorre; trae á mi fantasía la pre-

sencia angélica de aquella imágen luciente. Vuelve á mis oidos el suave son de sus palabras; aquellos desvíos sin gana; aquel apártate allá, señor, no llegues á mí; aquel no seas descortés, que con sus rubicundos labios veia sonar; aquel no quieras mi perdicion que de rato en rato proponia; aquellos amorosos abrazos entre palabra y palabra; aquel soltarme y prenderme; aquel huir y allegarse; aquellos azucarados besos: aquella final salutacion con que se me despidió, ¡con cuánta pena salió por su boca! ¡con cuántos desperezos! ¡con cuántas lágrimas, que parecian granos de aljófar, que sin sentir se le caian de aquellos claros y resplandecientes ojos!

Sos. Tristan, ¿qué te parece de Calisto, qué dormir ha hecho? Que ya son las cuatro de la tarde, y no nos ha llamado, ni ha comido.

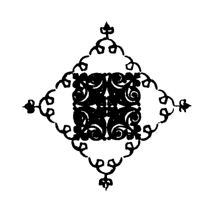
Trist. Calla, que el dormir no quiere priesa: demas desto, aquéjale por una parte la tristeza de aquellos mozos; por otra le alegra el muy gran placer de lo que con su Melibea ha alcanzado. Asi que, dos tan recios contrarios verás qué tal paran un flaco sujeto, do estuvieren aposentados.

Sos. ¿Piénsaste tú que le penan á él mucho los muertos? Si no le penase mas á aquella que desde esta ventana yo veo ir por la calle, no llevaria las tocas de tal color.

Trist. ¿Quién es, hermano?

Sos. Llégate acá, y verla has antes que tras-

ponga: mira aquella lutosa que se limpia agora las lágrimas de los ojos; aquella es Elicia, criada de Celestina y amiga de Sempronio; una muy bonita moza, aunque queda ahora perdida la pecadora; porque tenia á Celestina por madre y á Sempronio por el principal de sus amigos; y aquella casa donde entra, allí mora una hermosa muger, muy graciosa y fresca, enamorada, medio ramera; pero no se tiene por poco dichoso quien la alcanza á tener por amiga sin grande escote; y llámase Areusa; por la cual sé yo que hubo el triste de Parmeno mas de tres noches malas, y aun que no le place á ella su muerte.



ARGUMENTO

DEL ACTO DÉCIMOQUINTO.

Areusa dice palabras injuriosas á un rufian, llamado Centurio, el cual se despide della por la venida de Elicia, la cual cuenta á Areusa las muertes que sobre los amores de Calisto y Melibea se habian ordenado, y conciertan Areusa y Elicia que Centurio haya de vengar la muerte de los tres en los dos enamorados. En fin despidese Elicia de Areusa, no consintiendo en lo que le ruega, por no perder el buen tiempo que se daba, estando en su casa.

ACTO DÉCIMOQUINTO.

—

Elicia, Areusa, Centurio.

Elicia. ¿Qué vocear es este de mi prima? Si ha sabido las tristes nuevas que yo le traigo, no habré yo las albricias de dolor que por tal mensage se ganan. Llore, llore, vierta lágrimas, pues no se hallan tales hombres á cada rincon: pláceme que asi lo siente; mese aquellos cabellos, como yo triste he hecho; sepa que perder buena vida es mas trabajo que la misma muerte. ¡Oh cuánto mas la quiero que hasta aqui por el gran sentimiento que muestra!

Areusa. Vete de mi casa, rufian, bellaco, mentiroso, burlador, que me traes engañada, boba con tus ofertas vanas; con tus ronces y halagos hasme robado cuanto tengo. Yo te dí, bellaco, sayo y capa, espada y broquel, camisas de dos en dos, á las mil maravillas labradas, yo

te dí armas y caballo; púsete con señor que no le merecias descalzar: agora una cosa que te pido que por mí hagas, pónesme mil achaques.

CENTURIO. Hermana mia, mándame tú matar con diez hombres por tu servicio, y no que ande una legua de camino á pie.

AREUS. ¿Por qué jugaste tú el caballo, tahur, bellaco? Que si por mí no fuera, estarias tú ya ahorcado. Tres veces te he librado de la justicia: cuatro veces desempeñado en los tableros: ¿por qué lo hago? ¿por qué soy loca? ¿por qué tengo fe con este cobarde? ¿por qué creo sus mentiras? ¿por qué le consiento entrar por mis puertas? ¿qué tiene bueno? Los cabellos crespos, la cara acuchillada, dos veces azotado, manco de la mano del espada, treinta mugeres en la putería. Salte luego de ahí; no te vea yo mas; no me hables ni digas que me conoces, sino por los huesos del padre que me hizo, y de la madre que me parió, yo te haga dar mil palos en esas espaldas de molinero, que ya sabes que tengo quien lo sepa hacer, y hecho, salirse con ello.

CENT. Loquear, bobilla; pues si yo me ensaño, alguna llorará; mas quiero irme y sufrirte, que no sé quién entra, no nos oigan.

ELICIA. Quiero entrar, que no es son de buen llanto, donde hay amenazas y denuestos.

AREUS. ¡Ay triste yo! ¿Eres tú, mi Elicia? Jesú, Jesú, no lo puedo creer; ¿qué es esto? ¿quién te me cubrió de dolor? ¿qué manto de

tristeza es este? Cata, que me espantas, hermana mia. Dime presto qué cosa es, que estoy sin tiento, ninguna gota de sangre has dejado en mi cuerpo.

ELIC. ¡Gran dolor, gran pérdida! Poco es lo que muestro con lo que siento y encubro: mas negro traigo el corazon que el manto, las entrañas que las tocas. Ay hermana, hermana, que no puedo hablar: no puedo de ronca sacar la voz del pecho.

AREUS. ¡Ay triste! ¿qué me tienes suspensa? Dímelo, no te meses, no te rascuñes ni maltrates. ¿Es comun de entrambas este mal? ¿tócame á mí?

ELIC. ¡Ay prima mia y mi amor! Sempronio y Parmeno ya no viven, ya no son en el mundo: sus ánimas ya estan purgando su yerro; ya son libres desta triste vida.

AREUS. ¿Qué me cuentas? No me lo digas: calla por Dios, que me caeré muerta.

ELIC. Pues mas mal hay que suena: oye á la triste que te contará mas quejas. Celestina, aquella que tú bien conociste, aquella que yo tenia por madre, aquella que me regalaba, aquella que me encubria, aquella con quien yo me honraba entre mis iguales, aquella por quien yo era conocida en toda la ciudad y arrabales, ya está dando cuenta de sus obras. Mil cuchilladas le ví dar á mis ojos: en mi regazo me la mataron.

AREUS. ¡Oh fuerte tribulacion! ¡Oh dolorosas

nuevas, dignas de mortal lloro! ¡Oh acelerados desastres! ¡Oh pérdida incurable! ¿Cómo ha rodeado tan presto la fortuna su rueda? ¿Quién los mató? ¿Cómo murieron? Que estoy embelesada, sin tiento, como quien cosa imposible oye: no ha ocho dias que los ví vivos, y ya podemos decir: perdónelos Dios. Cuéntame, amiga mia, cómo es acaecido tan cruel y desastrado caso.

Elic. Tú lo sabrás. Ya oiste decir, hermana, los amores de Calisto y la loca Melibea. Bien verias como Celestina habia tomado el cargo, por intercesion de Sempronio, de ser medianera, pagándole su trabajo: la cual puso tanta diligencia y solicitud, que á la segunda azadonada sacó agua. Pues como Calisto tan presto vido buen concierto, en cosa que jamas la esperaba, á vueltas de otras cosas, dió á la desdichada de mi tia una cadena de oro; y como sea de tal calidad aquel metal, que mientras mas bebemos dello mas sed nos pone, con sacrílega hambre, cuando se vido tan rica, alzóse con su ganancia y no quiso dar parte á Sempronio ni á Parmeno dello, lo cual habia quedado entre ellos que partiesen lo que Calisto diese. Pues como ellos viniesen cansados una mañana de acompañar á su amo toda la noche, muy airados de no sé qué cuestiones que dicen que habian habido, pidieron su parte á Celestina de la cadena para remediarse; ella púsose en negarles la convencion y promesa, y decir que todo era suyo lo ga-

nado, y aun descubriendo otras cosillas de secretos, que como dicen: *riñen las comadres, porque dicen las verdades* (31). Asi que ellos muy enojados, por una parte los aquejaba la necesidad, que priva todo amor; por otra el enojo grande y cansancio que traian, que acarrea alteracion; por otra veian la fe quebrada de su mayor esperanza, y no sabian qué hacer. Estuvieron gran rato en palabras; al fin viéndola tan codiciosa, perseverando en su negar, echaron mano á sus espadas, y diéronla mil cuchilladas.

Areus. ¡Oh desdichada de muger! ¡En esto habia su vejez de fenecer! ¿Y dellos qué me dices? ¿en qué pararon?

Elic. Ellos como hubieron hecho el delíto, por huir de la justicia que acaso pasaba por allí, saltaron de las ventanas, y casi muertos los prendieron, y sin mas dilacion los degollaron.

Areus. ¡Oh mi Parmeno y mi amor! Y ¡cuánto dolor me pone su muerte! Pésame del gran amor que con él en tan poco tiempo habia puesto, pues no me habia mas de durar. Pero pues ya este mal recaudo es hecho, pues ya esta desdicha es acaecida, pues ya no se pueden por lágrimas comprar ni restaurar sus vidas, no te fatigues tanto, que cegarás llorando, que creo que poca ventaja me llevas en sentimiento, y verás con cuánta paciencia lo sufro y paso.

Elic. ¡Ay que rabio! ¡ay mezquina que salgo de seso! ¡ay que no hallo quien lo sienta como

yo! No hay quien pierda lo que yo pierdo. ¡Oh cuánto mejores y mas honestas fueran mis lágrimas en pasion agena, que en la propia mia! ¿A dónde iré, que pierdo madre, manto y abrigo? pierdo amigo, y tal que nunca faltaba de mi marido. ¡Oh Celestina sabia, honrada y autorizada! ¡Cuántas faltas me encubrias con tu buen saber! Tú trabajabas, yo holgaba; tú salias fuera, yo estaba encerrada; tú rota, yo vestida; tú entrabas contino como abeja por casa, yo destruia, que otra cosa no sabia hacer. ¡Oh bien y gozo mundano, que mientras eres poseido eres menospreciado, y jamas te consientes conocer hasta que te perdemos! ¡Oh Calisto y Melibea, causadores de tantas muertes! Mal fin hayan vuestros amores; en mal sabor se conviertan vuestros dulces placeres; tórnese lloro vuestra gloria, trabajo vuestro descanso; las yerbas deleitosas donde tomais los hurtados solaces se conviertan en culebras; los cantares se vos tornen lloro; los sombrosos árboles del huerto se sequen con vuestra vista, sus flores olorosas se tornen de negra color.

Areus. Calla, por Dios, hermana, pon silencio á tus quejas, ataja tus lágrimas, limpia tus ojos, torna sobre tu vida, que cuando una puerta se cierra otra suele abrir la fortuna; y este mal, aunque duro, se soldará, y muchas cosas se pueden vengar que es imposible remediar, y esta tiene el remedio dudoso, y la venganza en la mano.

Elic. ¿De quién se ha de haber enmienda, que la muerta y los matadores me han acarreado esta cuita? No menos me fatiga la punicion de los delincuentes, que el yerro cometido. ¿Qué mandas que haga, que todo carga sobre mí? ¡Pluguiera á Dios que fuera yo con ellos, y no quedara para llorar á todos! Y de lo que mas dolor siento es ver que por eso no deja aquel vil de poco sentimiento de ver y visitar, festejando cada noche á su estiercol de Melibea; y ella muy ufana en ver sangre vertida por su servicio.

Areus. Si esto es verdad, ¿de quién mejor se puede tomar venganza; de manera que quien lo comió aquel lo escote? Déjame tú, que si yo les caigo en el rastro, cuándo se ven, y cómo, por dónde, y á qué hora, no me hayas tú por hija de la pastelera vieja que bien conociste, si no hago que les amarguen los amores. Y si pongo en ello á aquel con quien me viste que reñia cuando entrabas, si no sea él peor verdugo para Calisto, que Sempronio de Celestina. Pues que gozo habria ahora él, en que le pusiese yo en algo por mi servicio; que se fue muy triste de verme que le traté mal. Y veria él los cielos abiertos en tornalle yo á hablar y mandar. Por ende, hermana, dime tú de quién puedo yo saber el negocio cómo pasa, que yo le haré armar un lazo con que Melibea llore cuanto agora goza.

Elic. Yo conozco, amiga, otro compañero de Parmeno, mozo de caballos, que se llama

Sosia, que le acompaña cada noche: quiero trabajar de le sosacar todo el secreto, y este será buen camino para lo que dices.

Areus. Mas hazme este placer, que me envies acá ese Sosia: yo le alhagaré y diré mil lisonjas y ofrecimientos hasta que no le deje en el cuerpo cosa hecha y por hacer: despues á él y á su amo haré revesar el placer comido. Y tú Elicia, alma mia, no resciba pena; pasa á mi casa tu ropa y alhajas, y vente á mi compañía, que estarás muy sola, y la tristeza es amiga de la soledad. Con nuevo amor olvidarás los viejos. Un hijo que nace restaura la falta de tres finados; con nuevo sucesor se pierde la alegre memoria y placeres perdidos del pasado. De un pan que yo tenga ternás tú la mitad. Mas lástima tengo de tu fatiga, que de los que te la ponen. Verdad sea, que cierto duele mas la pérdida de lo que hombre tiene, que da placer la esperanza de otra tal, aunque sea cierta. Pero ya lo hecho es sin remedio, y los muertos irrecuperables, y como dicen: *mueran y vivamos*. A los vivos me deja á cargo, que yo te les daré tan amargo jarope á beber, cual ellos á tí han dado. ¡Ay prima! ¡Cómo sé yo, cuando me ensaño, revolver estas tramas aunque soy moza! Y de ál me vengue Dios, que de Calisto Centurio me vengará.

Elic. Cata que creo que aunque llame al que mandas, no habrá efecto lo que quieres; porque

la pena de los que murieron por descubrir el secreto, porná silencio al vivo para guardarle. Lo que me dices de mi venida á tu casa te agradezco mucho, y Dios te ampare y alegre en tus necesidades, que bien muestras el parentesco y hermandad no servir de viento, antes en las adversidades aprovechar; pero aunque lo quiera hacer por gozar de tu dulce compañía, no podrá ser por el daño que me vernia. La causa no es necesario decir, pues hablo con quien me entiende; que allí, hermana, soy conocida, allí estoy aparroquiada; jamas perderá aquella casa el nombre de Celestina, que Dios haya; siempre acuden allí mozas conocidas y allegadas, medio parientas de las que ella crió; allí hacen sus conciertos, de donde se me seguirá algun provecho, y tambien esos pocos amigos que me quedan, no me saben otra morada; pues ya sabes cuán duro es dejar lo usado, y que mudar costumbre es á par de muerte, y *piedra movediza que nunca moho la cobija*. Allí quiero estar, siquiera porque el alquiler de la casa que está pagado por ogaño, no se vaya en valde: asi que aunque cada cosa no bastase por sí, juntas aprovechan y ayudan. Ya me parece que es hora de irme: de lo dicho me llevo el cargo. Dios quede contigo, que me voy.

ARGUMENTO

DEL ACTO DÉCIMOSESTO.

Pensando Pleberio y Alisa tener su hija Melibea el don de la virginidad conservado, lo cual, segun ha parecido, está en contrario, estan razonando sobre el casamiento de Melibea; y en tan grande cantidad le dan pena las palabras que de sus padres oye, que envia á Lucrecia para que sea causa de su silencio en aquel propósito.

ACTO DÉCIMOSESTO.

Pleberio, Alisa, Lucrecia, Melibea.

PLEBERIO. Alisa amiga, el tiempo, segun me parece, se nos va, como dicen, de entre las manos: corren los dias como el agua del rio; no hay cosa tan ligera para huir como la vida; la muerte nos sigue y rodea, de la cual somos vecinos, y hácia su bandera nos acostamos, segun natura. Esto vemos muy claro, si miramos nuestros iguales, nuestros hermanos y parientes en derredor: todos los come ya la tierra, todos yacen en sus perpetuas moradas. Y pues somos inciertos cuando habemos de ser llamados, viendo tan ciertas señales, debemos echar nuestras barbas en remojo y aparejar nuestros fardeles para andar este forzoso camino; no nos tome improvisos ni de salto aquella cruel hoz de la muerte. Ordenemos nuestras ánimas con tiempo, que

mas vale prevenir que ser prevenidos: demos nuestra hacienda á dulce sucesor, acompañemos nuestra única hija con marido, cual nuestro estado requiere, porque vamos descansados y sin dolor de este mundo. Lo cual con mucha diligencia debemos poner desde agora por obra, y lo que otras veces habemos principiado en este caso, agora haya ejecucion; no quede por nuestra negligencia nuestra hija en manos de tutores, pues parecerá ya mejor en su propia casa que en la nuestra. Quitarla hemos de lenguas del vulgo, porque ninguna virtud hay tan perfecta que no tenga vituperadores y maldicientes. No hay cosa con que mejor se conserve la limpia fama en las vírgines, que con temprano casamiento. ¿Quién rehuirá nuestro parentesco en toda la ciudad? ¿Quién no se hallará gozoso de tomar tal joya en su compañía? En quien caben las cuatro principales cosas, que en los casamientos se demandan, conviene á saber: lo primero, discrecion, honestidad y virginidad; lo segundo, hermosura; lo tercero, el alto orígen y parientes; lo final, riqueza. De todo esto la dotó natura: cualquiera cosa que nos pidan hallarán bien cumplida.

ALISA. Dios la conserve, mi señor Pleberio, porque nuestros deseos veamos cumplidos en nuestra vida, que antes pienso que faltará igual á nuestra hija, segun su virtud y su noble sangre, que no sobrar muchos que la merezcan.

Pero como esto sea oficio de los padres, y muy ageno á las mugeres, como tú lo ordenares seré yo alegre, y nuestra hija obedecerá segun su casto vivir y honesta vida y humildad.

LUCRECIA. (Aun si bien lo supieses, reventarias; ya perdido es lo mejor; mal año se os apareja á la vejez; lo mejor Calisto se lo lleva. No hay quien ponga virgos, que ya es muerta Celestina: tarde acordais: mas habíades de madrugar.) Escucha, escucha, señora Melibea.

MELIBEA. ¿Qué haces ahí escondida, loca?

LUCR. Llégate aqui, señora, oirás á tus padres la priesa que traen por te casar.

MELIB. Calla por Dios que te oirán: déjalos parlar, déjalos devaneen; un mes ha que otra cosa no hacen, ni en otra cosa entienden. No parece sino que les dice el corazon el gran amor que á Calisto tengo, y todo lo que con él un mes ha he pasado; no sé si me han sentido; no sé qué se sea aquejarles mas agora este cuidado que nunca. Pues mándoles yo trabajar en vano; que por demas es la cítola en el molino. ¿Quién es el que me ha de quitar mi gloria? ¿Quién apartar mis placeres? Calisto es mi ánima, mi vida, mi señor, en quien yo tengo toda mi esperanza: conozco dél que no vivo engañada. Pues él me ama, ¿con qué otra cosa le puedo pagar? Todas las deudas del mundo reciben compensacion en diverso género: el amor no admite sino solo amor por paga. En pensar en él me alegro; en

verle me gozo; en oirle me glorifico. Haga y ordene de mí á su voluntad. Si pasar quisiere la mar, con él iré; si rodear el mundo, lléveme consigo; si venderme en tierra de enemigos, no rehuiré su querer. Déjenme mis padres gozar dél: si ellos quieren gozar de mí, no piensen en estas vanidades ni en estos casamientos, que mas vale ser buena amiga que mala casada. Déjenme gozar mi mocedad alegre, si quieren gozar su vejez cansada, sino presto podrán aparejar mi perdicion y su sepultura. No tengo otra lástima, sino por el tiempo que perdí de no gozarle, de no conocerle, despues que á mí me sé conocer. No quiero marido, no quiero ensuciar los nudos del matrimonio, ni las maritales pisadas de ageno hombre repisar, como muchas hallo (en los antiguos libros que leí) que hicieron, mas discretas que yo, mas subidas en estado y linage; las cuales algunas eran de la gentilidad tenidas por diosas, asi como Venus, madre de Eneas y de Cupido, el dios de amor, que siendo casada corrompió la prometida fe marital, y aun otras de mayores fuegos encendidas, cometieron nefarios é incestuosos yerros, como Mirrha con su padre, Semíramis con su hijo, Canace con su hermano; y aun aquella forzada Thamar, hija del rey David. Otras aun mas cruelmente traspasaron las leyes de natura, como Pasiphae, muger del rey Minos, con el toro. Pues reinas eran y grandes señoras, debajo de cuyas culpas

la razonable mia podria pasar sin denuesto. Mi amor fue con justa causa; requerida y rogada, cativada de su merecimiento, aquejada por tan astuta maestra como Celtina, es servida de muy peligrosas visitaciones, antes que concediese por entero en su amor; y despues un mes ha, como has visto, que jamas noche ha faltado sin ser nuestro huerto escalado como fortaleza, y muchas haber venido en valde, y por eso no me mostrar mas pena ni trabajo; muertos por mí sus servidores; perdiéndose su hacienda; fingiendo ausencia con todos los de la ciudad; todos los dias encerrado en casa con esperanza de verme á la noche. Afuera, afuera la ingratitud, afuera las lisonjas y el engaño con tan verdadero amador, que ni quiero marido, ni quiero padres ni parientes. Faltándome Calisto, me falte la vida, la cual porque él de mí goce, me aplace.

Lucr. Calla, señora, escucha, que todavía perseveran.

Pleb. Pues ¿qué te parece, señora muger, debemos hablarlo á nuestra hija? ¿debemos darle parte de tantos como me la piden, para que de su voluntad venga para que diga cuál le agrada? Pues en esto las leyes dan libertad á los hombres y mugeres, aunque esten so el paterno poder, para elegir.

Alis. ¿Qué dices? ¿En qué gastas tiempo? ¿Quién ha de irle con tan gran novedad á nuestra hija Melibea, que no la espante? ¿Cómo

piensas que sabe ella qué cosa sean hombres? ¿Si se casan, ó qué es casar? ¿O que del ayuntamiento de marido y muger se procreen los hijos? ¿Piensas que su virginidad simple le acarrea torpe deseo de lo que no conoce ni ha entendido jamas? ¿Piensas que sabe errar aun con el pensamiento? No lo creas, señor Pleberio, que si alto ó bajo de sangre, ó feo ó gentil de gesto le mandáramos tomar, aquello será su placer, aquello habrá por bueno; que yo sé bien lo que tengo criado en mi guardada hija.

MELIB. Lucrecia, Lucrecia, corre presto, entra por el postigo en la sala y estórbales su hablar, interrúmpeles sus alabanzas con algun finjido mensage, si no quieres que vaya yo dando voces como loca, segun estoy enojada del concepto engañoso que tienen de mi ignorancia.

LUCR. Ya voy, señora.



ARGUMENTO

DEL ACTO DÉCIMOSÉPTIMO.

Elicia determina de despedir el pesar y luto que por causa de los muertos trae, alabando el consejo de Areusa en este propósito; la cual va á casa de Areusa, donde viene Sosia, al cual Areusa con palabras fictas saca todo el secreto que está entre Calisto y Melibea.

ACTO DÉCIMOSÉPTIMO.

—

Elicia, Areusa, Sosia.

ELICIA. Mal me va con este luto; poco se visita mi casa; poco se pasea mi calle; ya no veo las músicas de la alborada; ya no las canciones de mis amigos; ya no las cuchilladas ni ruidos de noche por mi causa; y lo que peor siento, que ni blanca ni presente veo entrar por mi puerta. De todo esto me tengo yo la culpa, que si tomara el consejo de aquella que bien me quiere, de aquella verdadera hermana, cuando el otro dia le llevé las nuevas deste triste negocio que esta mi mengua ha acarreado, no me viera agora entre dos paredes sola, que de asco ya no hay quien me vea. El diablo me da tener dolor por quien no sé si, yo muerta, lo tuviera. Á osadas que me dijo ella á mí lo cierto: nunca, hermana, traigas ni muestres mas pena por el mal ni muerte de otro, que él hiciera por tí. Sempronio holgara, yo muerta: pues ¿por qué, loca, me peno

yo por él degollado? ¿Y qué sé si me matara á mí (como era acelerado y loco) como hizo á aquella vieja que tenia por madre? Quiero en todo seguir su consejo de Areusa, que sabe mas del mundo que yo, y verla muchas veces, y traer materia como viva. ¡Oh qué participacion tan suave, qué conversacion tan gozosa y dulce! No en valde se dice, que vale mas un dia del hombre discreto, que toda la vida del necio y simple. Quiero pues deponer el luto, dejar la tristeza, despedir las lágrimas, que tan aparejadas han estado á salir. Pero como sea el primer oficio que en naciendo hacemos, llorar, no me maravillo ser mas ligero de comenzar, y de dejar mas duro; mas para esto es el buen seso, viendo la pérdida al ojo, viendo que los atavíos hacen la muger hermosa, aunque no lo sea; tornan de vieja moza, y á la moza mas. No es otra cosa la color y albayalde, sino pegajosa liga en que se traban los hombres. Ande pues mi espejo y alcohol, que tengo dañados estos ojos; anden mis tocas blancas, mis gorgueras labradas, mis ropas de placer. Quiero aderezar lejía para estos cabellos, que perdián ya la rubia color; y esto hecho, contaré mis gallinas, haré mi cama, porque la limpieza alegra el corazon; barreré mi puerta y regaré la calle, porque los que pasaren vean que es ya desterrado el dolor. Mas primero quiero ir á visitar á mi prima, por preguntarle si ha ido allá Sosia, y lo que con él ha pasado;

que no le he visto despues que le dije como le queria hablar Areusa. Quiera Dios que la halle sola, que jamas está desacompañada de galanes, como buena taberna de borrachos. Cerrada está la puerta, no debe de estar allá hombre, quiero llamar. Ta, ta.

AREUSA. ¿Quién es?

ELIC. Ábreme, amiga, Elicia soy.

AREUS. Entra, hermana mia; véate Dios, que tanto placer me haces en venir como vienes mudado el hábito de tristeza. Agora nos gozarémos juntas; agora te visitaré; vernos hemos en mi casa y en la tuya: quizá por bien fue para entrambas la muerte de Celestina, que yo ya siento la mejoría mas que antes. Por esto se dice que los muertos abren los ojos de los que viven, á unos con haciendas, á otros con libertad como á tí.

ELIC. A tu puerta llaman: poco espacio nos dan para hablar, que te queria preguntar si habia venido acá Sosia.

AREUS. No ha venido: despues hablarémos. ¡Qué porradas que dan! Quiero ir á abrir, que ó es loco ó privado. ¿Quién llama?

SOS. Ábreme, señora: Sosia soy, criado de Calisto.

AREUS. Por los santos de Dios, el lobo es en la conseja; escóndete, hermana, tras ese paramento, y verás cuál te lo paro lleno de viento y de lisonjas, que piense cuando se parta de mí,

que es él y otro no: y sacarle he lo suyo y lo ageno del buche con alhagos, como él saca el polvo con la almohaza á los caballos. ¿Es mi Sosia, mi secreto amigo? ¿el que yo me quiero bien sin que él lo sepa? ¿el que deseo conocer por su buena fama? ¿el fiel á su amo? ¿el buen amigo de sus compañeros? Abrazarte quiero, amor, que agora que te veo creo que hay mas virtudes en tí que todos me decian. Anda acá, entremos á asentarnos, que me gozo en mirarte, que me representas la figura del desdichado de Parmeno. Con esto hace hoy tan claro dia que habias tú de venir á verme. Dime, señor, ¿conocíasme antes de agora?

Sos. Señora, la fama de tu gentileza, de tus gracias y saber vuela tan alto por esta ciudad, que no debes tener en mucho ser de mas conocida que conociente; porque ninguno habla en loor de hermosas, que primero no se acuerde de tí que de cuantas son.

Elic. ¡Oh hideputa el pelon, y cómo se desasna! Quien le ve ir al agua con sus caballos en cerro y sus piernas defuera, en sayo, y agora en verse medrado con calzas y capa, sálenle alas y lengua.

Areus. Yo me correria con tu razon, si alguno estuviese delante, en oirte tanta burla como de mí haces; pero como todos los hombres traigais proveidas esas razones, esas engañosas alabanzas, tan comunes para todas, hechas de

molde, no me quiero de tí espantar. Pero hágote cierto, Sosia, que no tienes dellas necesidad; sin que me alabes te amo, y sin que me ganes de nuevo, me tienes ganada. Para lo que te envié á rogar que me vieses, son dos cosas, las cuales si mas lisonja ó engaño en tí conozco, te dejaré de decir, aunque sean de tu provecho.

Sos. Señora mia, no quiera Dios que yo te haga cautela: muy seguro venia de la gran merced que me piensas hacer y haces; no me sentia digno para descalzarte. Guia tú mi lengua, responde por mí á tus razones, que todo lo habré por rato y firme.

Areus. Amor mio, ya sabes cuánto quise á Parmeno, y como dicen: *quien bien quiere á Beltran*, etc. A todas sus cosas amo, todos sus amigos me agradan, el buen servicio de su amo, como á él mismo, me placia; donde via su daño de Calisto, le apartaba. Pues como esto asi sea, acordé de decirte, lo uno, que conozcas el amor que te tengo, y cuánto contigo y con tu visitacion siempre me alegrarás, y que en esto no perderás nada, si yo pudiere, antes te verná provecho: lo otro y segundo, que pues yo pongo mis ojos en tí, y mi amor y querer, avísote que te guardes de peligros, y mas de descubrir tu secreto á ninguno, pues ves cuánto daño vino á Parmeno y á Sempronio de lo que supo Celestina; porque no querria verte morir mal logrado como á tu compañero: harto me basta haber llorado al

uno. Porque has de saber que vino á mí una persona y me dijo que le habias descubierto los amores de Calisto y Melibea, y cómo la habia alcanzado, y cómo ibas cada noche á le acompañar, y otras muchas cosas que no sabria relatar. Cata, amigo, que no guardar secreto es propio de las mugeres; no de todas, sino de las bajas, y de los niños. Cata que te puede venir gran daño; que para esto te dió Dios dos oidos y dos ojos, y no mas de una lengua; porque sea doblado lo que vieres y oyeres, que no el hablar. Cata no confies que tu amigo te ha de tener secreto de lo que le dijeres, pues tú no le sabes á tí mismo tener. Cuando hubieres de ir con tu amo Calisto á casa de aquella señora, no hagas bullicio, no te sienta la tierra, que otros me dijeron que ibas cada noche dando voces como loco de placer.

Sos. ¡Oh cómo son sin tiento, y personas desacordadas las que tales nuevas, señora, te acarrean! Quien te dijo que de mi boca lo habia oido, no dice verdad. Los otros de verme ir con la luna de noche á dar agua á mis caballos, holgando y habiendo placer, diciendo cantares por olvidar el trabajo y desechar enojo, y esto antes de las diez, sospechan mal, y de la sospecha hacen certidumbre, afirman lo que barruntan. Sí, que no estaba Calisto loco, que á tal hora habia de ir á negocio de tanta afrenta, sin esperar que repose la gente, que descansen todos

en el dulzor del primer sueño ; ni menos habia de ir cada noche, que aquel oficio no sufre cotidiana visitacion. Y si mas clara quieres, señora, ver su falsedad, como dicen, que toman antes al mentiroso que al que cosquea, en un mes no habemos ido ocho veces; ¡y dicen los falsarios revolvedores que cada noche!

Areus. Pues por mi vida, amor mio, porque yo los acuse y tome en el lazo del falso testimonio, me dejes en la memoria los dias que habeis concertado de salir; y si yerran, estaré segura de tu secreto, y cierta de su levantar. Porque no siendo su mensage verdadero, será tu persona segura de peligro, y yo sin sobresalto de tu vida; pues tengo esperanza de gozarme contigo largo tiempo.

Sos. Señora, no alarguemos los testigos: para esta noche en dando el reloj las doce está hecho el concierto de su visitacion por el huerto. Mañana preguntarás lo que han sabido, de lo cual si alguno te diere señas, que me trasquilen á cruces.

Areus. ¿Y por qué parte, alma mia, porque mejor los pueda contradecir, si anduvieren errados vacilando?

Sos. Por la calle del Vicario gordo, á las espaldas de su casa.

Elic. (Tiénete, don andrajoso, no nos es mas menester. Maldito sea el que en manos de tal acemilero se confia, que desgoznarse hace el badajo).

AREUS. Hermano Sosia, esto hablado, basta para que tome cargò de saber tu inocencia, y la maldad de tus adversarios. Vete con Dios, que estoy ocupada en otro negocio, y heme detenido mucho contigo.

ELIC. (¡Oh sabia muger, oh despidiente propio, cual le merece el asno que ha vaciado su secreto tan de ligero!)

SOS. Graciosa y suave señora, perdóname si te he enojado con mi tardanza: mientras holgares con mi servicio, jamas hallarás quien tan de grado aventure en él su vida; y queden los ángeles contigo.

AREUS. Dios te guie. Alla irás, acemilero: muy ufano vas por tu vida; pues toma para tu ojo, bellaco, y perdona que te la doy de espaldas. ¿A quién digo? Hermana, sal acá, ¿qué te parece cuál le envio? Asi sé yo tratar los tales: asi salen de mis manos los asnos, apaleados como este, y los locos corridos, y los discretos espantados, y los devotos alterados, y los castos encendidos. Pues, prima, aprende, que otra arte es esta que la de Celestina; aunque ella me tenia por boba, porque me queria yo serlo. Y pues ya tenemos deste hecho sabido cuanto deseábamos, debemos ir á casa de aquel otro cara de ahorcado que el jueves eché delante de tí baldonado de mi casa; y haz tú como que nos quieres hacer amigos, y que me rogaste que fuese á verle.

ARGUMENTO

DEL ACTO DÉCIMOCTAVO.

—

Elicia determina hacer las amistades entre Areusa y Centurio por precepto de Areusa. Vanse á casa de Centurio, donde ellas le ruegan que haya de vengar las muertes en Calisto y Melibea, el cual lo prometió delante de ellas. Y como sea natural á estos no hacer lo que prometen, escúsase como en el proceso parece.

ACTO DÉCIMOCTAVO.

Elicia, Centurio, Areusa.

ELICIA. ¿Quién está en casa?

CENTURIO. Muchacho, corre, verás quién osa entrar sin llamar á la puerta. Torna, torna acá, que ya es visto quién es. No te cubras con el manto, señora; ya no te puedes esconder, que cuando ví adelante entrar á Elicia, ví que no podia traer consigo mala compañía, ni nuevas que me pesasen, sino que me habia de dar placer.

AREUSA. No entremos por mi vida mas adentro, que se estiende ya el bellaco, pensando que le vengo á rogar : mas holgara con la vista de otras como él, que no con la nuestra. Volvamos por Dios, que me fino en ver tan mal gesto. ¿Parécete, hermana, que me traes por buenas estaciones, y que es cosa justa venir de vísperas y entrarnos á ver un desuella-caras que ahí está?

ELIC. Torna por mi amor, no te vayas; sino en mis manos dejarás el medio manto.

CENT. Tenla por Dios, señora, tenla no se te suelte.

ELIC. Maravillada estoy, prima, de tu buen seso. ¿Cuál hombre hay tan loco y fuera de razon, que no huelgue de ser visitado, mayormente de mugeres? Llégate acá, señor Centurio, que en cargo de mi alma por fuerza haga que te abrace, que yo pagaré la fruta.

AREUS. Mejor lo vea yo en poder de justicia, y morir á manos de sus enemigos, que yo tal gozo le dé. Ya, ya: hecho ha conmigo para cuanto viva. ¿Y por cuál carga de agua le tengo de abrazar ni ver á ese enemigo? ¿Porque le rogué esotro dia que fuese una jornada de aqui, en que me iba la vida, y me dijo de no?

CENT. Mándame tú, señora, cosa que yo sepa hacer, cosa que sea de mi oficio: un desafío con tres juntos, y si mas vinieren, que no huya por tu amor: matar un hombre, cortar una pierna ó brazo, harpar el gesto de alguna que se haya igualado contigo; estas tales cosas antes serán hechas que encomendadas. No me pidas que ande camino, ni que te dé dinero, que bien sabes que no dura conmigo; que tres saltos daré sin que se me caiga blanca. Ninguno da lo que no tiene: en una casa vivo cual ves, que rodará el majadero por toda ella sin que tropiece. Las alhajas que tengo es el ajuar de la frontera, un

jarro desbocado, un asador sin punta, la cama en que me acuesto está armada sobre aros de broqueles, un rimero de malla rota por colchones, una talega de dados por almohadas; que aunque quiera dar colacion, no tengo que empeñar, sino esta capa harpada que traigo á cuestas.

Elic. Asi me goce, que sus razones me contentan á maravilla: como un santo está obediente; como ángel te habla; á toda razon se allega; ¿qué mas le pides? Por mi vida que le hables y pierdas enojo, pues tan de grado se te ofrece con su persona.

Cent. ¿Ofrecer dices, señora? Yo te juro por el santo martilojio de pe á pa (el brazo me tiembla de lo que por ella entiendo hacer), que contino pienso cómo la tenga contenta, y jamas acierto. La noche pasada soñaba que hacia armas en un desafío por su servicio con cuatro hombres que ella bien conoce, y maté al uno; y de los otros que huyeron, el que mas sano se libró, me dejó á los pies un brazo izquierdo. Pues muy mejor lo haré despierto de dia, cuando alguno tocare en su chapin.

Areus. Pues aqui te tengo, á tiempo somos: yo te perdono con condicion que me vengues de un caballero que se llama Calisto, que nos ha enojado á mí y á mi prima.

Cent. ¡Oh! reniego de la condicion; dime luego si está confesado.

Areus. No seas tú cura de su ánima.

CENT. Pues sea asi: enviémosle á comer al infierno sin confesion.

AREUS. Escucha, no atajes mi razon, esta noche le tomarás.

CENT. No me digas mas; al cabo estoy; todo el negocio de sus amores sé, los que por su causa hay muertos, y lo que os tocaba á vosotras: por donde va, y á qué hora, y con quién es. Pero dime, ¿cuántos son los que le acompañan?

AREUS. Dos mozos.

CENT. Pequeña presa es esa: poco cebo tiene ahí mi espada. Mejor cebara ella en otra parte esta noche, que estaba concertado.

AREUS. Por escusarte lo haces; á otro perro con ese hueso: no es para mí esa dilacion; aqui quiero ver si decir y hacer comen juntos á tu mesa.

CENT. Si mi espada dijese lo que hace, tiempo le faltaria para hablar. ¿Quién sino ella puebla los mas cementerios? ¿quién hace ricos los cirujanos desta tierra? ¿quién da contino que hacer á los armeros? ¿quién destroza la malla de muy fina? ¿quién hace riza de los broqueles de Barcelona? ¿quién rebana los capacetes de Calatayud, sino ella? que los casquetes de Almazen asi los corta, como si fuesen hechos de melon (32). Veinte años ha que me da de comer; por ella soy temido de hombres y querido de mugeres, sino de tí: por ella le dieron Centurio por nom-

bre á mi abuelo, y Centurio se llamó mi padre, y Centurio me llamo yo.

ELIC. Pues ¿qué hizo la espada por que ganó tu abuelo ese nombre? Dime, ¿por ventura fue por ella capitan de cien hombres?

CENT. No; pero fue rufian de cien mugeres.

AREUS. No curemos de linage ni hazañas viejas: si has de hacer lo que te digo, sin dilacion determina, porque nos queremos ir.

CENT. Mas deseo ya la noche por tenerte contenta, que tú por verte vengada. Y porque mas se haga todo á tu voluntad, escoge qué muerte quieres que le dé: allí te mostraré un reportorio en que hay setecientas y setenta especies de muertes: verás cuál mas te agradare.

ELIC. Areusa, por mi amor, que no se ponga este hecho en manos de tan fiero hombre; mas vale que se quede por hacer, que no escandalizar la ciudad, por donde nos venga mas daño de lo pasado.

AREUS. Calla, hermana, díganos alguna que no sea de mucho bullicio.

CENT. Las que agora estos dias yo uso y mas traigo entre manos, son espaldarazos sin sangre, ó porradas de pomo de espada, ó reves mañoso: á otros agujereo como harnero á puñaladas, tajo largo, estocada temerosa, tiro mortal. Algun dia doy palos por dejar holgar mi espada.

ELIC. No pase por Dios adelante: déle palos, porque quede castigado y no muerto.

CENT. Juro por el cuerpo santo de la letanía, no es mas en mi brazo derecho dar palos sin matar, que en el sol dejar de dar vueltas al cielo.

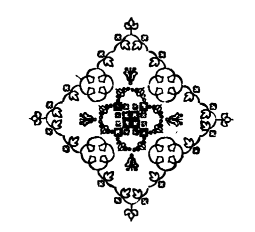
AREUS. Hermana, no seamos nosotras lastimeras; hágale lo que quisiere; mátele como se le antojare. Llore Melibea como tú has hecho: dejémosle. Centurio, da buena cuenta de lo encomendado; de cualquier manera holgarémos: mira que no se escape sin alguna paga de su yerro.

CENT. Perdónele Dios, si por pies no se me va. Muy alegre quedo, señora mia, que se ha ofrecido caso, aunque pequeño, en que conozcas lo que yo sé hacer por tu amor.

AREUS. Pues Dios te dé buena manderecha y á él te encomiendo, que nos vamos.

CENT. Él te guie, y te dé mas paciencia con los tuyos. Allá irán estas putas atestadas de razones. Agora quiero pensar cómo me escusaré de lo prometido, de manera que piensen que puse diligencia con ánimo de ejecutar lo dicho, y no negligencia por no me poner en peligro. Quiérome hacer doliente; pero ¿qué aprovecha? Que no se apartarán de la demanda cuando sane. Pues si digo que fui allá y que les hice huir, pedirme han señas de quién eran y cuántos iban, y en qué lugar los topé, qué vestidos llevaban: yo no las sabré dar; helo todo perdido. Pues ¿qué consejo tomaré que cumpla con mi

seguridad y su demanda? Quiero enviar á llamar á Traso el cojo y á sus dos compañeros, y decirles que porque yo estoy ocupado esta noche en otro negocio, vayan á dar un repiquete de broquel á manera de levada para ojear unos garzones, que me fue encomendado; que todo esto es pasos seguros, y donde no conseguirán ningun daño, mas de hacerlos huir y volverse á dormir.



ARGUMENTO

DEL ACTO DÉCIMONONO.

—

Calisto yendo con Sosia y Tristan al huerto de Pleberio á visitar á Melibea, que le estaba esperando, y con ella Lucrecia, cuenta Sosia lo que le aconteció con Areusa. Estando Calisto dentro del huerto con Melibea, vienen Traso y otros por mandado de Centurio á cumplir lo que habia prometido á Areusa y Elicia, á los cuales sale Sosia; y oyendo Calisto desde el huerto, donde está con Melibea, el ruido que traian, quiso salir fuera; la cual salida fue causa que sus dias feneciesen, (porque los tales este don recibiesen por galardon; y por esto han de saber desamar los amadores).

ACTO DÈCIMONONO.

Sosía, Tristan, Calisto, Melibea, Lucrecia.

Sosia. Muy quedo, para que no seamos sentidos: desde aqui al huerto de Pleberio te contaré, hermano Tristan, lo que con Areusa me ha pasado hoy, que estoy el mas alegre hombre del mundo. Sabrás que ella por las buenas nuevas que de mí habia oido, estaba presa de mi amor, y envióme á Elicia rogándome que la visitase; y dejando aparte otras razones de buen consejo que pasamos, mostró al presente ser tanto mia, cuanto algun tiempo fue de Parmeno. Rogóme que la visitase siempre, que ella pensaba gozar de mi amor por tiempo; pero yo te juro por el peligroso camino en que vamos, hermano, y asi goce de mí, que estuve dos ó tres veces por me arremeter á ella, sino que me empachaba la vergüenza de verla tan hermosa y arreada, y á mí con una

capa vieja ratonada. Echaba de sí en bulléndose un olor de almizque...yo hedia al estiércol que llevaba dentro en los zapatos; tenia unas manos como la nieve, que cuando las sacaba de rato en rato de un guante, parecia que se derramaba azahar por la casa. Asi por esto, como porque tenia ella un poco que hacer, se quedó mi atrever para otro dia; y aun porque á la primera vista todas las cosas no son bien tratables, y cuanto mas se comunican mejor se entienden en su participacion.

TRISTAN. Sosia amigo, otro seso mas maduro y esperimentado que no el mio era necesario para darte consejo en este negocio; pero lo que con mi tierna edad y mediano natural alcanzo, al presente te diré. Esta muger es marcada ramera, segun tú me dijiste: cuanto con ella te pasó has de creer que no carece de engaño. Sus ofrecimientos fueron falsos, y no sé yo á qué fin, porque amarte por gentil hombre ¡cuántos mas terná ella desechados! si por rico, bien sabe que no tienes mas del polvo que se te pega del almohaza: si por hombre de linage, ya sabrá que te llaman Sosia, y á tu padre llamaron Sosia, nacido y criado en una aldea, quebrando terrones con un arado, para lo cual eres tú mas dispuesto que para enamorado. Mira, Sosia, y acuérdate bien si te queria sacar algun punto del secreto deste camino que agora vamos, para con lo que supiese revolver á Calisto y

á Pleberio, de envidia del placer de Melibea. Cata que la envidia es una incurable enfermedad donde asienta; huésped que fatiga la posada; en lugar de galardon, siempre se goza del mal ageno. Pues si esto es asi, ¡oh cómo te quiere aquella malvada hembra engañar con su alto nombre, con su vicio ponzoñoso, del cual todas se arrean! Queria condenar el ánima por cumplir su apetito; revolver tales cosas por contentar su dañada voluntad. ¡Oh arrufianada muger, y con qué blanco pan te daba zarazas! Queria vender su cuerpo á trueque de contienda. Óyeme, y si asi presumes que sea, ármale trato doble, cual yo te diré: que *quien engaña al engañador*, ya me entiendes: y *si sabe mucho la raposa, mas el que la toma.* Contramínale sus malos pensamientos, escala sus ruindades cuando mas segura la tengas, y cantarás despues en tu establo: *uno piensa el bayo, y otro el que lo ensilla.*

Sos. ¡Oh Tristan, discreto mancebo! mucho mas has dicho que tu edad demanda: astuta sospecha has remontado, y creo que verdadera. Pero porque ya llegamos al huerto, y nuestro amo se nos acerca, dejemos este cuento, que es muy largo, para otro dia.

Calisto. Poned, mozos, la escala, y callad, que me parece que está hablando mi señora de dentro. Subiré encima de la pared, y en ella estaré escuchando, por ver si oiré alguna buena señal de mi amor en ausencia.

MELIBEA. Canta mas por mi vida, Lucrecia, que me huelgo en oirte, mientras viene aquel señor, y muy paso entre estas verduricas, que no nos oigan los que pasaren.

LUCRECIA. ¡Oh quién fuese la hortelana
De aquestas viciosas flores,
Por prender cada mañana
Al partir á tus amores!
Vístanse nuevas colores
Los lirios y el azucena;
Derramen frescos olores,
Cuando entre por estrena.

MELIB. ¡Oh cuán dulce me es oirte! De gozo me deshago: no ceses, por mi amor.

LUCR. Alegre es la fuente clara
Á quien con gran sed la vea;
Mas muy mas dulce es la cara
De Calisto á Melibea.
Pues aunque mas noche sea,
Con su vista gozará.
¡Oh cuando saltar le vea,
Qué de abrazos le dará!
Saltos de gozo infinitos
Da el lobo viendo ganado;
Con las tetas los cabritos;
Melibea con su amado.
Nunca fue mas deseado
Amador de la su amiga,
Ni huerto mas visitado,
Ni noche mas sin fatiga.

MELIB. Cuanto dices, amiga Lucrecia, se me representa delante; todo me parece que lo veo con mis ojos. Procede, que á muy buen son lo dices, y ayudarte he yo.

LUCRECIA, MELIBEA.

Dulces árboles sombrosos,
Humillaos cuando veais
Aquellos ojos graciosos
Del que tanto deseais.
Estrellas que relumbrais,
Norte y lucero del dia,
¿Por qué no le despertais,
Si aun duerme mi alegría?

MELIB. Óyeme tú por mi vida, que yo quiero cantar sola.

Papagayos, ruiseñores,
Que cantais al alborada,
Llevad nueva á mis amores,
Como espero aqui asentada.
La media noche es pasada,
Y no viene:
Sabedme si hay otra amada
Quel detiene.

CAL. Vencido me tiene el dulzor de tu suave canto: no puedo mas sufrir tu penado esperar, ¡oh mi señora y mi bien todo! ¿Cuál muger podria haber nacida, que desprivase tu gran merecimiento? ¡Oh salteada melodía! ¡oh gozoso rato! ¡oh corazon mio! ¿y cómo no podiste mas

tiempo sofrir sin interromper por tu gozo y cumplir el deseo de entrambos?

Melib. ¡Oh sabrosa traicion! ¡oh dulce sobresalto! ¿Es mi señor y mi alma? ¿es él? No lo puedo creer. ¿Dónde estabas, luciente sol? ¿Dónde me tenias tu claridad escondida? ¿Habia rato que escuchabas? ¿Por qué me dejabas echar palabras sin seso al aire, con mi ronca voz de cisne? Todo se goza este huerto con tu venida. Mira la luna cuán clara se nos muestra; mira las nubes cómo huyen. Oye la corriente agua desta fontecica, ¡cuánto mas suave murmurio y zurrío lleva por entre las frescas yerbas! Escucha los altos cipreses ¡cómo se dan paz unos ramos con otros por intercesion de un templadico viento que los menea! Mira sus quietas sombras, ¡cuán escuras estan y aparejadas para encubrir nuestro deleite! Lucrecia, ¿qué sientes, amiga, tórnaste loca de placer? Déjamele, no me le despedaces, no le trabajes sus miembros con tus pesados abrazos: déjame gozar lo que es mio, no me ocupes mi placer.

Cal. Pues señora y gloria mia, si mi vida quieres, no cese tu suave canto; no sea de peor condicion mi presencia con que te alegras, que mi ausencia que te fatiga.

Melib. ¿Qué quieres que cante, amor mio? ¿Cómo cantaré, que tu deseo era el que regia mi son y hacia sonar mi canto? Conseguida tu venida desaparecióse el deseo, destémplase el

tono de mi voz. Y pues tú, señor, eres el dechado de cortesía y buena crianza, ¿cómo mandas á mi lengua hablar, y no á tus manos que esten quedas? ¿Por qué no olvidas estas mañas? Mándalas estar sosegadas y dejar su enojoso uso y conversacion incomportable. Cata, ángel mio, que asi como me es agradable tu vista sosegada me es enojoso tu riguroso trato: tus honestas burlas me dan placer, tus deshonestas manos me fatigan, cuando pasan de la razon. Deja estar mis ropas en su lugar, y si quieres ver si es el hábito de encima de seda ó de paño, ¿para qué me tocas en la camisa, pues cierto es de lienzo? Holguemos y burlemos de otros mil modos, que yo te mostraré; no me destroces ni maltrates como sueles; ¿qué provecho te trae dañar mis vestiduras?

Cal. Señora, el que quiere comer el ave, quita primero las plumas.

Lucr. Mala landre me mate, si mas los escucho. ¿Vida es esta? ¡Que me esté yo deshaciendo de dentera, y ella esquivándose por que la rueguen! Ya, ya apaciguado es el ruido; no hubieron menester despartidores. Pero tambien me lo haria yo, si estos necios de sus criados me hablasen entre dia; pero esperan que los tengo de ir á buscar.

Melib. Señor mio, ¿quieres que mande á Lucrecia traer alguna colacion?

Cal. No hay otra colacion para mí, sino te-

ner tu cuerpo y belleza en mi poder. Comer y beber donde quiera se da por dinero, y cada tiempo se puede haber, y cualquiera lo puede alcanzar: pero lo no vendible, lo que en toda la tierra no hay igual que en este huerto, ¿cómo mandas que se me pase ningun momento que no goce?

Lucr. Ya me duele á mí la cabeza de escuchar, y no á ellos de hablar, ni los brazos de retozar, ni las bocas de besar. Andar; ya callan, á tres me parece que va la vencida.

Cal. Jamas querria, señora, que amaneciese, segun la gloria y descanso que mi sentido recibe de la noble conversacion de tus delicados miembros.

Melib. Señor, yo soy la que gozo, yo la que gano: tú, señor, el que me haces con tu visitacion incomparable merced.

Sos. ¿Asi, bellacos, rufianes, veníades á asombrar á los que no os temen? Pues yo juro que si esperárades, que yo os hiciera ir como merecíades.

Cal. Señora, Sosia es aquel que da voces: déjame ir á valerle, no le maten, que no está sino un pagecico con él. Dame presto mi capa, que está debajo de tí.

Melib. ¡Oh triste de mi ventura! no vayas allá sin tus corazas: tórnate á armar.

Cal. Señora, lo que no hace espada y capa y corazon, no lo hacen corazas y capacete y cobardía.

SOS. ¿Aun tornais? Esperadme, quizá venis por lana y volveréis trasquilados.

CAL. Déjame por Dios, señora, que puesta está el escala.

MELIB. ¡Oh desdichada yo! ¿Y cómo vas tan recio y con tanta priesa y desarmado á meterte entre quien no conoces? Lucrecia, ven presto acá, que es ido Calisto á un ruido; echémosle sus corazas por la pared, que se quedan acá.

TRIST. Tente, señor, no bajes, que idos son; que no era sino Traso el cojo y otro bellaco que pasaban voceando, que ya se torna Sosia. Tente, tente, señor, con las manos en la escala.

CAL. ¡Oh válame santa María! Muerto soy. Confesion.

TRIST. Llégate presto, Sosia, que el triste de nuestro amo es caido del escala, y no habla ni se bulle.

SOS. Señor, señor. Á esotra puerta: tan muerto es como mi abuelo. ¡Oh gran desventura!

LUCR. Escucha, escucha: ¡gran mal es este!

MELIB. ¿Qué es esto que oigo, amarga de mí?

TRIST. ¡Oh mi señor y mi bien muerto! ¡Oh mi señor despeñado! ¡Oh triste muerte sin confesion! Coge, Sosia, esos sesos de esos cantos, júntalos con la cabeza del desdichado amo nuestro. ¡Oh dia aciago! ¡oh arrebatado fin!

MELIB. ¡Oh desconsolada de mí! ¿Qué es esto? ¿qué puede ser tan áspero acontecimien-

to como oigo? Ayúdame á subir, Lucrecia, por estas paredes, veré mi dolor, sino hundiré con alaridos la casa de mi padre. Mi bien y placer todo es ido en humo: mi alegría es perdida, consumióse mi gloría.

LUCR. Tristan, ¿qué dices, mi amor? ¿qué es eso que lloras tan sin mesura?

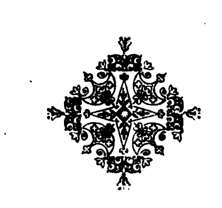
TRIST. Lloro mi gran mal, lloro mis muchos dolores: cayó mi señor Calisto del escala, y es muerto; su cabeza está en tres partes; sin confesion pereció. Díselo á la triste y nueva amiga, que no espere mas su penado amador. Toma tú, Sosia, desos pies, llevemos el cuerpo de nuestro querido amo, donde no padezca su honra detrimento, aunque sea muerto en este lugar. Vaya con nosotros llanto, acompáñenos soledad, síganos desconsuelo, vístanos tristeza, cúbranos luto y dolorosa jerga.

MELIB. ¡Oh la mas de las tristes triste! ¡Tan poco tiempo poseido el placer; tan presto venido el dolor!

LUC. Señora, no rasgues tu cara, ni meses tus cabellos, agora en placer, agora en tristeza: ¿qué planeta hubo que tan presto contrarió su operacion? ¿qué poco corazon es este? Levanta por Dios, no seas hallada de tu padre en tan sospechoso lugar, que serás sentida. Señora, señora, ¿no me oyes? No te amortezcas por Dios. Ten esfuerzo para sufrir la pena, pues tuviste osadía para el placer.

MELIB. ¿Oyes lo que aquellos mozos van hablando? ¿oyes sus tristes cantares? Rezando llevan con responso mi bien todo: muerta llevan mi alegría. No es tiempo de yo vivir. ¿Cómo no gocé mas del gozo? ¿Cómo tuve en tan poco la gloria que entre mis manos tuve? ¡Oh ingratos mortales! jamas conoceis vuestros bienes, sino cuando dellos careceis.

LUCR. Avívate, aviva, que mayor mengua será hallarte en el huerto, que placer sentiste con la venida, ni pena con ver que es muerto. Entremos en la cámara, acostarte has: llamaré á tu padre, y fingirémos otro mal, pues este no es para se poder encubrir.



ARGUMENTO

DEL ACTO VIGÉSIMO.

Lucrecia llama á la puerta de la cámara de Pleberio. Pregúntale Pleberio lo que quiere. Lucrecia le da priesa que vaya á ver á su hija Melibea. Levantado Pleberio, va á la cámara de Melibea: consuélala, preguntándole qué mal tiene. Finge Melibea dolor del corazon. Envia Melibea á su padre por algunos instrumentos músicos: suben ella y Lucrecia en una torre: envia de sí á Lucrecia: cierra tras sí la puerta. Llégase su padre al pie de la torre, descúbrele Melibea todo el negocio que habia pasado: en fin déjase caer de la torre abajo.

ACTO VIGÉSIMO.

—

Pleberio, Lucrecia, Melibea.

PLEBERIO. ¿Qué quieres, Lucrecia? ¿Qué quieres tan presurosa? ¿qué pides con tanta importunidad y poco sosiego? ¿Qué es lo que mi hija ha sentido? ¿Qué mal tan arrebatado puede ser que no haya yo tiempo de me vestir, ni me dés aun espacio á me levantar?

LUCRECIA. Señor, apresúrate mucho, si la quieres ver viva, que ni su mal conozco de fuerte, ni á ella ya de desfigurada.

PLEB. Vamos presto; anda allá; entra adelante; alza esa antepuerta y abre bien esa ventana, porque la pueda ver el gesto con claridad. ¿Qué es esto, hija mia? ¿Qué dolor y sentimiento es el tuyo? ¿Qué novedad es esta? ¿qué poco esfuerzo es este? Mírame que soy tu padre: háblame por Dios: dime la razon de tu dolor, porque

presto sea remediado: no quieras enviarme con triste postrimería al sepulcro. Ya sabes que no tengo otro bien sino á tí: abre esos alegres ojos y mírame.

MELIB. ¡Ay dolor!

PLEB. ¿Qué dolor pudo ser, que iguale con ver yo el tuyo? Tu madre está sin seso en oir tu mal; no pudo venir á verte de turbada. Esfuerza tu fuerza, aviva tu corazon, arréciate de manera que puedas tú conmigo ir á visitar á ella. Dime, alma mia, la causa de tu sentimiento.

MELIB. Pereció mi remedio.

PLEB. ¡Hija mia bien amada y querida del viejo padre! Por Dios no te ponga desesperacion el cruel tormento de esta tu enfermedad y pasion; que los flacos corazones el dolor los arguye. Si me cuentas tu mal, luego será remediado; que ni faltarán medicinas, ni médicos, ni sirvientes para buscar tu salud, agora consista en yerbas ó en piedras ó en palabras, ó esté secreta en cuerpos de animales. Pues no me fatigues mas, no me atormentes, no me hagas salir de mi seso, y dime ¿qué sientes?

MELIB. Una mortal llaga en el corazon, que no me consiente hablar. No es igual á los otros males; menester es sacarlo para ser curada, que está en lo mas secreto dél.

PLEB. Temprano cobraste los sentimientos de la vejez: la mocedad toda suele ser placer y alegría, y enemiga de enojo. Levántate de ahí;

vamos á ver los frescos aires de la ribera; alegrarte has con tu madre, descansará tu pena. Cata, si huyes del placer no hay cosa mas contraria á tu mal.

MELIB. Vamos donde mandares: subamos, señor, á la azotea alta, porque desde allí goce de la deleitosa vista de los navíos: por ventura aflojará algo mi congoja.

PLEB. Subamos, y Lucrecia con nosotros.

MELIB. Mas si á tí place, padre mio, manda traer algun instrumento de cuerdas con que se sufra mi dolor, ó tañendo, ó cantando; de manera que aunque aqueje por una parte la fuerza de su accidente, mitigarlo han por otra los dulces sones y alegre armonía.

PLEB. Eso, hija mia, luego es hecho: yo lo voy á mandar aparejar.

MELIB. Lucrecia amiga, muy alto es esto. Ya me pesa por dejar la compañía de mi padre: baja á él y dile que se pare al pie desta torre, que le quiero decir una palabra, que se me olvidó que hablase á mi madre.

LUCR. Ya voy, señora.

MELIB. De todos soy dejada; bien se ha aderezado la manera de mi morir; algun alivio siento en ver que tan presto serémos juntos yo y aquel mi querido y amado Calisto. Quiero cerrar la puerta, porque ninguno suba á me estorbar mi muerte; no me impidan la partida; no me atajen el camino, por el cual en breve tiem-

po podré visitar en este dia al que me visitó la pasada noche. Todo se ha hecho á mi voluntad: buen tiempo terné para contar á Pleberio mi señor la causa de mi ya acordado fin. ¡Gran sinrazon hago á sus canas: gran ofensa á su vejez; gran fatiga le acarreo con mi falta; en gran soledad le dejo! Y caso que por mi morir, á mis queridos padres sus dias se disminuyesen, ¿quién duda que no haya habido otros mas crueles contra sus padres? Bursia, rey de Bitinia, sin ninguna razon, no aquejándole pena como á mí, mató á su propio padre; Ptolomeo, rey de Egipto, á su padre, y madre y hermanos y muger por gozar de una manceba; Orestes á su madre Clitemnestra; el cruel emperador Nero á su madre Agripina por solo su placer hizo matar. Estos son dignos de culpa; estos son verdaderos parricidas, que no yo: que si doy pena con mi muerte, purgo la culpa que de su dolor me pueden poner. Otros muchos crueles hubo, que mataron hijos y hermanos, debajo de cuyos yerros el mio no parecerá grande. Filipo, rey de Macedonia; Herodes, rey de Judea; Constantino, emperador de Roma; Laodice, reina de Capadocia, y Medea, la nigromantesa. Todos estos mataron hijos queridos y amados sin ninguna razon, quedando sus personas á salvo. Finalmente me ocurre aquella gran crueldad de Phraates, rey de los Parthos, que porque no quedase sucesor despues dél, mató á Orode, su

viejo padre, y á su único hijo, y treinta hermanos suyos (33). Estos fueron delitos dignos de culpable culpa, que guardando sus personas de peligro, mataban sus mayores, y descendientes y hermanos. Verdad es que aunque todo esto asi sea, no habia de remedarlos en lo que mal hicieron; pero no es mas en mi mano, ni he fuerza para resistir. Tú, señor, que de mi habla eres testigo, ves mi poco poder: ves cuán captiva tengo mi libertad; cuán presos mis sentidos de tan poderoso amor del muerto caballero, que priva al que tengo con los vivos padres.

PLEB. Hija Melibea, ¿qué haces sola? ¿qué es tu voluntad decirme? quieres que suba allá?

MELIB. Padre mio, no pugnes ni trabajes por venir adonde yo estoy, que estorbarias la presente habla que te quiero hacer. Lastimado serás brevemente con la muerte de tu única hija: mi fin es llegado; llegado es mi descanso y tu pasion; llegado es mi alivio y tu pena; llegada es mi acompañada hora y tu tiempo de soledad. No habrás, honrado padre, menester instrumentos para aplacar mi dolor, sino campanas para sepultar mi cuerpo. Si me escuchas sin lágrimas oirás la causa desesperada de mi forzada y alegre partida: no la interrumpas con lloro ni palabras; sino quedarás mas quejoso en no saber por qué me mato, que doloroso por verme muerta. Ninguna cosa me preguntes ni respondas, mas que lo que de mi grado decirte quisie-

re, porque cuando el corazon está embargado de pasion, estan cerrados los oidos al consejo, y en tal tiempo las fructuosas palabras en lugar de amansar, acrecientan la saña. Oye, padre viejo, mis últimas palabras, y si como yo espero las recibes, no culparás mi yerro. Bien ves y oyes este triste y doloroso sentimiento que toda la ciudad hace: bien oyes este clamor de campanas, este alarido de gentes, este ahullido de canes, este estrépito de armas; de todo esto fui yo causa. Yo cubrí de luto y jergas en este dia casi la mayor parte de la ciudadana caballería; yo dejé muchos sirvientes descubiertos de señor; yo quité muchas raciones y limosnas á pobres y envergonzantes; yo fui ocasion que los muertos tuviesen compañía del mas acabado hombre que en gracias nació; yo quité á los vivos el dechado de gentileza, de invenciones galanas, de atavíos y bordaduras, de habla, de andar, de cortesía, de virtud; yo fui causa que la tierra goce sin tiempo (34) el mas noble cuerpo y mas fresca juventud que al mundo era en nuestra edad criada. Y porque estarás espantado con el sonido de mis no acostumbrados delitos, te quiero mas aclarar el hecho. Muchos dias son pasados, padre mio, que penaba por mi amor un caballero que se llamaba Calisto, el cual tú bien conociste; asimismo á sus padres y claro linage; sus virtudes y bondad á todos eran manifiestas. Era tanta su pena de amor, y tan poco el lugar para

hablarme, que descubrió su pasion á una astuta y sagaz muger, que llamaban Celestina: la cual, de su parte venida á mí, sacó mi secreto amor de mi pecho. Descubrí á ella lo que á mi querida madre encubria; tuvo manera como ganó mi querer; ordenó cómo su deseo y el mio hubiese efecto. Si él mucho me amaba, no vivió engañado: concertó el triste concierto de la dulce y desdichada ejecucion de su voluntad, díle entrada en tu casa, quebrantó con escalas las paredes de tu huerto, quebrantó mi casto propósito, perdí mi virginidad. Del cual deleitoso yerro de amor gozamos casi un mes: y como esta pasada noche viniese, segun era acostumbrado, á la vuelta de su venida, como de la fortuna mudable estuviese dispuesto y ordenado, segun su desordenada costumbre; como las paredes eran altas, la noche oscura, la escala delgada, los sirvientes que traia no diestros en aquel jénero de servicio, y él bajaba presuroso á ver un ruido que con sus criados sonaba en la calle; con el gran ímpetu que llevaba, no vido bien los pasos, puso el pie en vacío y cayó, y de la triste caida sus mas escondidos sesos quedaron repartidos por las piedras y paredes. Cortaron las hadas sus hilos; cortáronle sin confesion su vida; cortaron mi esperanza, cortaron mi gloria, cortaron mi compañía. Pues ¿qué crueldad seria, padre mio, muriendo él despeñado, que viviese yo penada? Su muerte convida á la mia; convídame, y es

fuerza que sea presto, sin dilacion; muéstrame que he de ser despeñada por seguille en todo. No digan por mí: *á muertos y á idos*. Y asi contentarle he en la muerte, pues no tuve tiempo en la vida. ¡Oh mi amor, y señor Calisto! Espérame, ya voy: detente, si me esperas. No me incuses la tardanza que hago, dando esta última cuenta á mi viejo padre, pues le debo mucho mas. ¡Oh padre mio muy amado! Ruégote, si amor en esta pasada y penosa vida me has tenido, que sean juntas nuestras sepulturas; juntas nos hagas nuestras obsequias. Algunas consolatorias palabras te diria antes de mi agradable fin, colegidas y sacadas de aquellos antiguos libros que por aclarar mas mi ingenio me mandabas leer; sino que ya la dañada memoria con la gran turbacion me las ha perdido, y aun porque veo tus lágrimas mal sufridas descender por tu arrugada faz. Salúdame á mi cara y amada madre: sepa de tí largamente la triste razon por que muero. ¡Gran placer llevo de no verla presente! Toma, padre viejo, los dones de tu vejez; que en largos dias largas tristezas se sufren. Recibe las arras de tu senectud antigua, recibe allá tu amada hija. Gran dolor llevo de mí, mayor de tí, muy mayor de mi vieja madre. Dios quede contigo y con ella; á él ofrezco mi ánima; pon tú en cobro este cuerpo que allá baja.

ARGUMENTO

DEL ACTO VIGÉSIMOPRIMO.

Pleberio torna á su cámara con grandisimo llanto: pregúntale Alisa su muger la causa de tan súbito mal: cuéntale la muerte de su hija Melibea, mostrándole el cuerpo della todo hecho pedazos, y haciendo su llanto concluye (35).

ACTO VIGÉSIMOPRIMO.

—

Alisa, Pleberio.

ALISA. ¿Qué es esto, señor Pleberio? ¿Por qué son tus fuertes alaridos? sin seso estaba adormida del pesar que hube cuando oí decir que sentia dolor nuestra hija: agora oyendo tus gemidos y tus voces tan altas, tus quejas no acostumbradas, tu llanto y congoja de tanto sentimiento, en tal manera penetraron mis entrañas, en tal manera traspasaron mi corazon, así avivaron mis turbados sentidos, que el ya recibido pesar alancé de mí. Un dolor saca otro, un sentimiento otro. Dime la causa de tus quejas: ¿por qué maldices tu honrada vejez? por qué pides la muerte? por qué arrancas tus blancos cabellos? por qué hieres tu honrada cara? ¿Es algun mal de Melibea? Por Dios que me lo digas, porque si ella pena no quiero yo vivir.

PLEBERIO. ¡Ay, ay noble muger! Nuestro gozo en el pozo, nuestro bien todo es perdido; ¡no queremos mas vivir! Y porque el encogitado dolor te dé mas pena todo junto sin pensarlo, porque mas presto vayas al sepulcro, porque no llore yo solo la pérdida dolorida de entrambos, ve allí la que tu pariste y yo engendré, hecha pedazos. La causa supe della, y mas la he sabido por estenso desta su triste sirviente: ayúdame á llorar nuestra llegada postrimería. ¡Oh gentes que venis á mi dolor, ó amigos y señores, ayudadme á sentir mi pena! ¡Oh mi hija y mi bien todo! Crueldad seria que viva yo sobre tí. Mas dignos eran mis sesenta años de la sepultura que tus veinte. Turbóse la órden del morir con la tristeza que te aquejaba. ¡Oh mis canas, salidas para haber pesar! Mejor gozara de vosotras la tierra que de aquellos rubios cabellos que presentes veo. Fuertes dias me sobran para vivir; quejarme he de la muerte; incusarle he su dilacion. Cuanto tiempo me dejare solo despues de tí, fálteme la vida, pues me faltó tu agradable compañía. ¡Oh muger mia! Levántate de sobre ella, y si alguna vida te queda, gástala conmigo en tristes gémidos, en quebrantamiento y sospirar: y si por caso tu espíritu reposa con el suyo, si ya has dejado esta vida de dolor, ¿por qué quisiste que lo pasase yo todo? En esto teneis ventaja las hembras á los varones, que puede gran dolor sacaros del mundo

sin lo sentir, ó á lo menos perdeis el sentido, que es parte de descanso. ¡Oh duro corazon de padre! ¿Cómo no te quiebras de dolor, que ya quedas sin tu amada heredera? ¿Para quién edifiqué torres? ¿para quién adquirí honras? ¿para quién planté árboles? para quién fabriqué navios? ¡Oh tierra dura! ¿cómo me sostienes? ¿A dónde hallará abrigo mi desconsolada vejez? ¡Oh fortuna variable, ministra y mayordoma de los temporales bienes! ¿por qué no ejecutaste tu cruel ira, tus mudables ondas en aquello que á tí es sujeto? ¿Por qué no destruiste mi patrimonio? ¿por qué no quemaste mi morada? ¿Por qué no asolaste mis grandes heredamientos? Dejárasme aquella florida planta, en quien tú poder no tenias: diérasme, fortuna fluctuosa, triste mocedad con vejez alegre, no pervirtieras la órden. Mejor sufriera persecuciones de tus engaños en la recia y robusta edad, que no en la flaca postrimería. ¡Oh vida de congojas llena, de miserias acompañada! ¡Oh mundo, mundo! Muchos mucho de tí dijeron, muchos en tus calidades metieron la mano, diversas cosas por oidas te compararon; yo por triste esperiencia lo contaré, como á quien las ventas y compras de tu engañosa feria no prósperamente sucedieron; como aquel que mucho ha hasta agora callado tus falsas propiedades, por no encender con odio tu ira; porque no me secases sin tiempo esta flor, que este dia echaste de tu poder.

Pues agora sin temor, como quien no tiene que perder, como aquel á quien tu compañía es ya enojosa, caminaré como caminante pobre, que sin temor de los crueles salteadores va cantando en alta voz: yo pensaba en mi mas tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por alguna órden; agora visto el pro y la contra de tus bienandanzas, me pareces un laberinto de errores, un desierto espantable, una morada de fieras; juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno; region llena de espinas, monte alto; campo pedregoso, prado lleno de serpientes, huerto florido y sin fruto, fuente de cuidados, rio de lágrimas, mar de miserias, trabajo sin provecho, dulce ponzoña, vana esperanza, falsa alegría, verdadero dolor. Cébasnos, mundo falso, con el manjar de tus deleites, y al mejor sabor nos descubres el anzuelo; no lo podemos huir, que nos tiene ya cazadas las voluntades. Prometes mucho, nada cumples, échasnos de tí, porque no te podamos pedir que mantengas tus vanos prometimientos. Corremos por los prados de tus viciosos vicios, muy descuidados, á rienda suelta; descúbresnos la celada cuando ya no hay lugar de volver. Muchos te dejaron con temor de tu arrebatado dejar; bienaventurados se llamarán, cuando vean el galardon que á este triste viejo has dado en pago de tan largo servicio. Quiébrasnos el ojo, y úntasnos con consuelo el casco; haces mal á todos, porque ningun triste se halle

solo en ninguna adversidad, diciendo que es alivio á los míseros como yo tener compañeros en la pena: pues desconsolado viejo, ¡que solo estoy! Yo fui lastimado sin haber igual compañero de semejante dolor, aunque mas en mi fatigada memoria revuelvo presentes y pasados. Que si aquella severidad y paciencia de Paulo Emilio me viniera á consolar con pérdida de dos hijos muertos en siete dias, diciendo que su animosidad obró que consolase él al pueblo romano, y no el pueblo á él; no me satisface, que otros dos le quedaban dados en adopcion. ¿Qué compañía me ternán en mi dolor aquel Pericles, capitan ateniense, ni el fuerte Xenophon; pues sus pérdidas fueron de hijos ausentes de sus tierras (36)? Ni fue mucho no mudar su frente y tenerla serena, y el otro responder al mensagero que las tristes albricias de la muerte de su hijo le venia á pedir, que no recibiese él pena, que él no sentia pesar; que todo esto bien diferente es á mi mal. Pues menos podrás decir, mundo lleno de males, que fuimos semejantes en pérdida aquel Anaxágoras y yo, que seamos iguales en sentir, y que responda yo, muerta mi amada hija, lo que él á su único hijo, que dijo: como yo fuese mortal, sabia que habia de morir el que yo engendrara; porque mi Melibea mató á sí misma de su voluntad ante mis ojos con su gran fatiga de amor que le aquejaba: al otro matáronle en muy lícita batalla. ¡Oh in-

comparable pérdida! ¡Oh lastimado viejo! que cuanto mas busco consuelos, menos razon hallo para me consolar; y que si el profeta rey David al hijo que enfermo lloraba, muerto no quiso llorar, diciendo que era casi locura llorar lo irrecuperable; quedábanle otros muchos, con que soldase su llaga. Y yo no lloro triste á ella muerta, pero la causa desastrada de su morir. Agora perderé contigo, mi desdichada hija, los miedos y temores que cada dia me espavorecian: sola tu muerte es la que á mí me hace seguro de sospecha. ¿Qué haré, cuando entre en tu cámara y retraimiento, y la halle sola? ¿Qué haré de que no me respondas si te llamo? ¿Quién me podrá cubrir la gran falta que tú me haces? Ninguno perdió lo que yo el dia de hoy, aunque algo conforme parezca á la fuerte animosidad de Lambas de Auria, duque de los ginoveses, que á su hijo herido con sus brazos desde la nao echó en la mar: porque todas estas son muertes, que si roban la vida, es forzado de cumplir con la fama. Pero ¿quién forzó á mi hija á morir, sino la fuerte fuerza de amor? Pues mundo halagüero, ¿qué remedio das á mi fatigada vejez? ¿Cómo me mandas quedar en tí, conociendo tus falsías, tus lazos, tus cadenas y redes, con que pescas nuestras flacas voluntades? A dó me pones mi hija? ¿quién acompañará mi desacompañada morada? ¿quién terná en regalos mis años que caducan? ¡Oh amor, amor! ¡que no pensé que tenias fuer-

za ni poder de matar á tus sujetos! Herida fue de tí mi juventud; por medio de tus brasas pasé: ¿cómo me soltaste, para me dar la paga de la huida en mi vejez? Bien pensé que de tus lazos me habia librado, cuando los cuarenta años toqué; cuando fui contento con mi conyugal compañera; cuando me ví con el fruto que me cortaste el dia de hoy. No pensé que tomabas en los hijos la venganza de los padres, ni sé si hieres con hierro, ni si quemas con fuego: sana dejas la ropa, lastimas el corazon. Haces que feo amen, y hermoso les parezca. ¿Quién te dió tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? Si amor fueses, amarias á tus sirvientes; si los amases, no les darias pena; si alegres viviesen, no se matarian, como agora mi amada hija. Dime, ¿en qué pararon tus sirvientes y sus ministros? La falsa alcahueta Celestina murió á manos de los mas fieles compañeros que ella para tu servicio emponzoñado jamas halló. Ellos murieron degollados, Calisto despeñado; mi triste hija quiso tomar la misma muerte por seguirle: todo esto causas, dulce nombre te dieron, amargos hechos haces. No das iguales galardones: inicua es la ley que á todos igual no es. Alegra tu sonido, entristece tu trato. Bienaventurados los que no conociste, ó de los que no te curaste. Dios te llamaron otros, no sé con qué error de su sentido traidos. Cata que Dios mata los que crió: tú matas los que te siguen

Enemigo de toda razon, á los que ménos te sirven das mayores dones, hasta tenerlos metidos en tu congojosa danza. Enemigo de amigos, amigo de enemigos, ¿por qué te riges sin órden ni concierto? Ciego te pintan, pobre y mozo; pónente un arco en la mano, con qué tires á tiento; mas ciegos son tus ministros, que jamas sienten ni ven el desabrido galardon que se saca de tu servicio. Tu fuego es de ardiente rayo, que jamas hace señal do llega. La leña que gasta tu llama son almas y vidas de humanas criaturas; las cuales son tantas, que de quien comenzar pueda, apenas me ocurre, no solo de cristianos mas de gentiles y judíos, y todo en pago de buenos servicios. ¿Qué dirás de aquel Macías de nuestro tiempo, como acabó amando, de cuyo triste fin tú fuistes la causa? ¿Qué hizo por tí Páris? ¿Qué Elena? ¿Qué Ipermestra? ¿Qué Egisto? Todo el mundo lo sabe. Pues á Sapho, Ariadna, Leandro, ¿qué pago les diste? Hasta David y Salomon no quisiste dejar sin pena. Por tu amistad Sanson pagó lo que mereció, por creerse de quien tú le forzaste á darla fe; y otros muchos callo, porque tengo harto que contar en mi mal. Del mundo me quejo, porque en sí me crió: porque no me dando vida, no engendrara en él á Melibea, no nacida no amara; no amando cesara mi queja y desconsolada postrimería. ¡Oh mi compañera buena, y mi hija despedazada! ¿Por qué no quisiste que estorbase tu

muerte? ¿Por qué no tuviste lástima de tu querida y amada madre? ¿Por qué te mostraste tan cruel con tu viejo padre? ¿Por qué me dejastes penado? ¿Por qué me dejaste triste y solo *in hac lacrimarum valle?*

Concluye el autor aplicando la obra al propósito por que la acabó.

Pues aquí vemos cuán mal fenecieron
Aquestos amantes, huyamos su danza.
Amemos aquel que espinas y lanza,
Azotes y clavos su sangre vertieron,
Los falsos judíos su faz escupieron,
Vinagre con hiel fue su potacion;
Porque nos lleve con el buen ladron,
De dos que á sus santos lados pusieron.
No dudes ni hayas vergüenza, lector,
Narrar lo lascivo que aquí se te muestra;
Que siendo discreto verás que es la muestra
Por donde se vende la honesta labor,
De nuestra vil masa con tal lamedor
Consiente cosquillas de alto consejo,
Con motes y trufas del tiempo mas viejo,
Escritas á vueltas le ponen sabor.

Y asi no me juzgues por eso liviano;
Mas antes celoso de limpio vivir,
Celoso de amar, temer y servir
Al alto Señor y Dios soberano.
Por ende si vieres turbada mi mano,
Turbias con claras mezclando razones,
Deja las burlas, que es paja y granzones,
Sacando muy limpio dentrellas el grano.

FIN

ALONSO DE PROAZA,

el corrector de la impresion, al lector.

La harpa de Orfeo y dulce armonía
Forzaba las piedras venir á su son;
Abria los palacios del triste Pluton;
Las rápidas aguas parar las hacia:
Ni ave volaba, ni bruto pacia:
Ella asentaba en los muros troyanos
Las piedras y fraga sin fuerza de manos,
Segun la dulzura con que se tañia.

Prosigue y aplica.

Pues mucho mas puede tu lengua hacer,
Lector, con la obra que aqui te refiero,
Que á un corazon mas duro que acero,
Bien la leyendo, harás liquecer:
Harás al que ama, amar no querer;
Harás no ser triste al triste penado;
Al que es sin aviso harás avisado:
Asi que no es tanto las piedras mover.

Prosigue.

No debujó la cómica mano
De Nevio ni Plauto, varones prudentes,
Tan bien los engaños de falsos sirvientes
Y malas mugeres, en metro romano.
Cratino, y Menandro, y Magnes anciano
Esta materia supieron apenas
Pintar en estilo primero de Atenas,
Como este poeta en su castellano.

Dice el modo que se ha de tener, leyendo esta tragi-comedia.

Si amas, y quieres á mucha atencion
Leyendo á Calisto, mover los oyentes,
Cumple que sepas hablar entre dientes,
Á veces con gozo, esperanza y pasion,
Á veces airado con gran turbacion.
Finge leyendo mil artes y modos,
Pregunta y responde por boca de todos,
Llorando y riendo en tiempo y sazon.

Declara un secreto que el autor encubrió en los metros que puso al principio del libro.

Ni quiere mi pluma ni manda razon,
Que quede la fama de aqueste gran hombre
Ni su digna gloria, ni su claro nombre
Cubierto de olvido por nuestra ocasion.
Por ende juntemos de cada renglon
De sus once coplas la letra primera,
Las cuales descubren por sabia manera
Su nombre, su tierra, su clara nacion.

LAUS DEO.

Describe el tiempo en que la obra la primera vez se imprimió.

El carro de Febo despues de haber dado
Mil quinientas siete vueltas en rueda,
Ambos entonce los hijos de Leda
Á Febo en su casa tenian posentado,
Cuando este muy dulce y breve tratado
Despues de revisto y bien corregido,
Con gran vigilancia puntado y leido,
Fue en Zaragoza impreso acabado.

NOTAS.

El editor de este libro en 1822 se esmeró en buscar ediciones antiguas para cotejarlas entre sí y anotar sus varias lecciones, con intencion, segun dice, de que el público escojiera la que le pareciese mas lejítima. Dudamos mucho que llegase á sus manos la Celestina que se publicó en Zaragoza el año 1507 que nos ha servido de testo, pues si la hubiese hallado, creemos que la habria adoptado por tipo así como nosotros. El que quiera tomarse la molestia de comparar nuestra edicion con la del año 1822 citada, no dejará de ver que ha-

blamos con fundamento, y mas aun al examinar las variantes. Sin embargo debemos un millon de gracias á aquel estudioso bibliófilo, y se las damos muy de corazon porque nos ha ilustrado muchas veces, y sobre sus trabajos se han apoyado los nuestros. Con todo en alguna cosa disentimos, nó de su parecer, sino del de don Nicolas Antonio á quien cita en el siguiente período de su prólogo.

«La Celestina, tal como ha llegado á nuestras manos, »se ha escrito en dos épocas muy distantes una de otra »por dos autores diferentes. El bachiller Fernando de »Rojas, que la concluyo á fines del siglo XV y la dió el »nombre nuevo de *Tragi-comedia de Calisto y Melibea*, »habla con la mas profunda veneracion del escritor an»tiguo que la principió, aunque no sabe si fue Juan »de Mena, ó Rodrigo de Cota, el viejo. Ningun otro »literato de aquella época ni de las posteriores nos ha »informado mejor. Varios escritores del siglo XVI, y »en el XVII el erudito don Nicolas Antonio, hablando »por conjeturas piensan que Juan de Mena no seria el »autor de la Celestina que acabó Rojas, porque nada se »parece su estilo al de aquel poeta, y tiene mucha mas »analojía con el de Rodrigo de Cota, siendo como se »le cree, autor de las antiguas coplas de *Mingo Re»vulgo*, y del *Diálogo entre el Amor y el viejo*. Para »afianzar esta opinion que me parece fundada, he inser»tado dicho diálogo al fin de la edicion presente, y así »cualquiera podrá hacer el cotejo con facilidad.»

Entre los escritores de los cuales el uno habla en prosa y el otro en verso puede formarse el parangon del lenguaje, pero nó del estilo, mayormente cuando su mérito puede hacerles rivales. La prosa da campo mas anchuroso para explayar las ideas; el verso limita el espacio; y alguno que como poeta es difuso y campa-

nudo, será breve y lacónico como prosista. D. Diego Hurtado de Mendoza en sus *Guerras de Granada* se parece muchas veces á Tácito, y en sus composiciones poéticas tiene frecuentes redundancias. Cervantes cuenta en tres líneas una historia y no acaba en un soneto un pensamiento, pues ha de añadir un estrambote (a). Asi pues no tendria razon el que por ser concisos Cervantes ó Herrera en su prosa dijese que no son suyos los versos que verdaderamente lo son.

Tampoco creemos que mediase mucho tiempo entre la publicacion del primer acto de la Celestina y la de los restantes que escribió despues el bachiller de la Puebla de Montalban, y aqui podemos alegar por argumento la igualdad en el lenguaje que es el mismo en el primer acto que en los demas: esto no fuera asi si de publicacion á publicacion hubiesen pasado cincuenta años no mas, porque entonces la lengua se hermoseaba y pulia cada dia, progreso que duró hasta el siglo XVII, en que por decirlo asi se plantó ya.

La Celestina hizo mucho ruido en los primeros tiempos de su publicacion; pero los escritores del siglo de Cervantes fueron los que mas la encomiaron. En los versos cortados que anteceden al Quijote se lee:

Segun siente Celesti-
libro en mi opinion divi-
si encubriera mas lo huma-

La Pícara Justina en su historia publicada en 1608 dice estos versos tambien cortados:

Yo soy due-
que todas las aguas be-
soy la rein de Picardi-

(a) Hablamos de aquel que empieza asi:

Voto á Dios que me espanta esta grandeza.

mas que la rud conoci-
mas famó que doña Oli-
que don Quijó y Lazarí-
que Alfarach y Celestí-

En el citado prólogo de la edicion de 1822 se halla tambien un gran número de alabanzas, que el editor no refirió por cierto de memoria como es de ver.

«Tampoco sabemos mas de lo que dice de sí mismo »Fernando de Rojas en la epístola con que dedica á un »amigo su trabajo, en los versos acrósticos que se siguen »á esta, y en el prólogo de la nueva traji-comedia. En »la primera quiere encubrir su nombre, porque no le »parecia la obra ocupacion propia de un eclesiástico, y »no todos podrian creer que solamente habia empleado »en ella quince dias de vacaciones. En los versos siguien- »tes se ve que luego mudó de designio; porque en las »letras con que principia cada uno, juntándolas todas »nos declará injeniosamente cómo se llamaba, que habia »nacido en la Puebla de Montalban y acabado la come- »dia de Calisto y Melibea. Ultimamente en el prólogo nos »dice por qué habia mudado el nombre á esta pieza dra- »mática, poniendo en ella las manos segunda vez, que »ya habia salido á luz con muchas faltas por especu- »lacion de impresores, los cuales la pusieron volunta- »riamente las rúbricas ó sumarios que se hallan al prin- »cipio de cada acto, y que su obra era objeto de varias »opiniones y pareceres encontrados.

»Yo no he podido hallar ejemplar ninguno de esta »primitiva edicion; pero sí he visto en Paris la que hi- »zo Martino Polono el año de 1500, anterior á la de »Sevilla de 1502 que designa como primera Alonso de »Proaza.

»El citado don Nicolas Antonio en su *Biblioteca an- »tigua* se limita á hacer mencion de Fernando de Rojas

» en el artículo de Rodrigo de Cota; pero es tan poco » y de un modo tan incierto lo que dice de uno y de » otro, que no podemos saber siquiera la época de su » nacimiento. Véase aqui este artículo en substancia.

» Rodrigo de Cota, natural de Toledo, llamado por » los vecinos de aquella ciudad *el viejo* y *el tio*, para dis» tinguirle tal vez de otro del mismo nombre y mas mo» derno, es en concepto de muchos el autor de la muy » célebre obrilla ó drama intitulado *traji-comedia de Ca» listo y Melibea*, ó por otro nombre *la Celestina*. Otros » hay que se la atribuyen á Juan de Mena, poeta cordo» bés que floreció por el tiempo de don Juan el segundo, » rey de Castilla; pero no consideraron estos el estilo de » Mena ni aun el del siglo en que vivió, diferentísimo del » de este drama. Otros finalmente opinan que le compuso » el bachiller Fernando de Rojas, natural de la Puebla » de Montalban, y de este dictámen es Lorenzo Palmire» no en su librito que intituló *Hipothiposes clarorum vi» rorum*. Mas para que no se diga que preocupado de » escesivo amor á mi patria exagero el mérito de este es» crito, quiero valerme de las espresiones con que lo re» comienda el insigne erudito Gaspar Barth. Este cons» tante apasionado y grande admirador de la lengua y de » los libros españoles, tradujo el presente al latin deno» minándole en griego: *Pornoboscodidascalos*, y añade » á este título el elojio que sigue: *libro divino verdade» ramente, escrito en español por incierto autor, á mane» ra de drama, con el título de* Celestina; *lleno de tan» tas y tan importantes sentencias, ejemplos, compara» ciones y consejos para ordenar bien la vida, que cosa » igual tal vez en ninguna otra lengua se posea. Es ver» dad que la castellana es tan grave y sonora, el estilo » del autor tan elegante y correcto, y su diccion tan » escojida y armoniosa, que en el concepto de los es-*

»*pañoles mismos muy pocas obras podrán competir con* »*la Celestina en gala, primor y pureza. Nada diré* »*tampoco del talento particular que se prueba en ella* »*para describir los caractéres de las personas que in-* »*tervienen en la accion; porque basta considerar la* »*propiedad de los dichos de cada actor, la oportuna* »*aplicacion de sus sentencias al propósito del discurso,* »*y la conformidad de todas las partes con el fin prin-* »*cipal de la fábula, para reconocer que en el desem-* »*peño de los requisitos mas difíciles de una composicion* »*dramática, ninguno de los antiguos poetas griegos y* »*latinos se ha aventajado al escritor español etc.*

»Don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, »en el argumento de su libro *Aviso de privados*, hace »mencion de esta obra como muy comun en su tiem- »po; y don Tomás Tamayo de Vargas se la atribuye á »Cota, añadiendo que las *Coplas de Mingo Revulgo*, sá- »tira picante contra las costumbres de aquel siglo, son »del mismo autor, y no de Hernando Perez del Pul- »gar que las comentó, como piensa Mariana en el libro »25, cap. 16 de su *Historia de España*. No ha faltado »alguno que atribuya igualmente estas coplas á Juan de »Mena.—He visto el *Diálogo entre el Amor y un ca-* »*ballero viejo*, impreso en Medina del Campo el año de »1569 por Francisco del Canto, con esta inscripcion: »*Diálogo hecho por el famoso autor Rodrigo Cota*, el »tio, *natural de Toledo, el cual compuso la égloga que* »*dicen de Mingo Revulgo, y el primer acto de Celes-* »*tina, que algunos falsamente atribuyen á Juan de* »*Mena.*»

Debemos añadir que la Celestina no tiene bastante con unas notas breves como las que siguen, escritas solamente para aclarar algunos puntos, históricos los mas: seria necesario que la acompañasen unos comentarios

que fuesen por decirlo. asi estudios sobre la gramática de nuestra lengua. Este seria un trabajo ímprobo que, si bien redundaria en provecho de los amantes del buen decir, no le valdria muy grande recompensa al que en él se ocupase; sin embargo si esta edicion tiene el buen éxito que es de esperar, tal vez darémos cabo tal cual podamos á la idea que acabamos de manifestar.

(1) En ninguna de las ediciones que hemos visto hallamos indicado el acróstico que encierran los versos que preceden á la obra. Nosotros hemos puesto de lado las iniciales para que se lea. EL BACHILLER FERNANDO DE ROJAS etc.

(2) Nuestro Rojas pudo sujerir con esta idea la de aquellos versos tan celebrados del Tasso.

Così all' egro fanciul porgiamo aspersi
Di soavi licor gli orli del vaso;
Succhi amari, ingannato, intanto ei beve,
E dall' inganno suo vita riceve.

(3) Parece imposible que un hombre de tanto talento como Rojas diese fe á tales patrañas, y si no las creia no sabemos cómo pudo escribirlas.

(4) *Misero.* En algunas ediciones dice *mismo*, pero en este como en otros lugares hemos seguido la leccion que nos ha parecido mas conforme al corriente de la lectura, y en nuestro juicio á la mente del autor, como podrá verse en las variantes.

(5) Mira Nero de Tarpeya etc.

Versos de un romance antiguo que imita Altisidora en el cap. 44 de la 2ª parte del Quijote cuando dice:

No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.

Aquel romance lo hemos leido en uno de los antiguos

romanceros, aunque no recordamos en cuál. No creemos que el Sr. Ochoa lo haya puesto en su coleccion, ni tampoco que esté en la segunda edicion que han hecho de la misma los Sres. Pons y compañía de Barcelona, aunque la han aumentado con muchos romances del Cid y algunos mas sobre otros asuntos, que no se hallan en el Romancero de D. Eujenio de Ochoa.

(6) Celestina se equivocó sin duda en esta cita porque no la hallamos en la festividad que ella señala. Bien se le puede perdonar, pues no tenia obligacion de saberlo.

(7) Suponemos á nuestros lectores bastante instruidos en mitolojía para que sepan la historia de la manzana de la discordia, que fue ocasion de las contiendas entre Juno, Venus y Palas, que por último llamaron por juez á Páris. Este dijo que era Venus la mas bella; pero no nos acordamos que marcase ni que indicase tampoco proporcion alguna entre las tres *deesas*, á no ser la cintura de Venus.

(8) Milton llama á la mujer *bello defecto de la naturaleza.*

(9) Ojos de alinde, lo mismo que de lince.

(10) *Traérgela*: lo mismo que traérsela.

Juan Lorenzo Segura, que en el siglo XIII escribió un poema de Alejandro, al hablar de los doce guerreros y allegados que escojió aquel príncipe, dice:

Pusiéronges nombre los doce pares (Copla 296). Aqui el ges está por les.

(11) *Don malvado.* La palabra *don* es tratamiento de dignidad que debe el oríjen á la voz latina *dominus*. Los franceses aun hoy dia ponen dom ante el nombre de los monjes cartujos, asi como sus antepasados lo solian dar á los dignatarios eclesiásticos y alguna que otra vez, si bien muy rara, á los majistrados. Victor Hugo

llama dom á Claudio Frollo. En España al principio no se dió este tratamiento mas que á las primeras personas del estado, como reyes, obispos, próceres, y tambien á Jesucristo y á los santos, como se puede ver en nuestros primeros poetas. Despues se abusó mucho, pues como vemos en este pasaje de la Celestina y aun en otros se da en señal de ira y de desprecio. Verémos luego que Parmeno llama don caballo á su rocin, si quier fuese buena ó mala bestia. De todos estos casos y acepciones se encuentran ejemplos en el Quijote.

No faltará quien estrañe que á pesar de esto, al nombrar el emperador Cárlos V á su famoso jeneral Antonio de Leiva le llamase señor á secas.

Pasaba revista el vencedor de Pavía, á sus tropas y el buen emperador tomó el arma de manos de un soldado y se apellidó *Cárlos de Gante, soldado del señor Antonio de Leiva.* A esto se responderá que el caudillo era conocido por el Sr. Antonio de Leiva.

(12) *¡O qué comedor de huevos asados era su marido!* Es lo mismo que si dijese: ¡O qué tragaldabas era su marido!

(13) ¡Qué sabida y qué taimada es la pícara tercera! Asi cita ella autores como un predicador santos padres.

(14) Véase el evanjelio de S. Juan, capítulo 5º ver. 2º 3º y 4º

(15) Repuesta es lo mismo que vindicacion. Reponer una cosa es dejarla como estaba: reponer una injúria debe ser vindicarla.

(16) Sin duda se hará alusion al juego del ajedrez.

(17) Macías, poeta gallego del siglo XV, habiéndose casado con otro una jóven de quien él estaba enamorado, se encendió mucho mas en su amor, y aunque por quejas del marido le mandó encerrar el maestre

de Calatrava de quien era doncel, no se satisficieron los zelos del marido que le mató en la cárcel.

Juan de Mena en su laberinto, órden de Venus, coplas 105, 106 y 107 dice de él:

Tanto anduvimos el cerco mirando
á que nos hallamos con nuestro Macías,
y vimos que estaba llorando los dias
en que de su vida tomó fin amando.
Legué mas acerca turbado yo cuando
ví ser un tal hombre de nuestra nacion
y ví que decia tal triste cancion
en elegíaco verso cantando.
Amores me dieron corona de amores
porque mi nombre por mas bocas ande
entonces no era mi mal menos grande
cuando me daban placer sus dolores.
Vencen el seso sus dulces errores,
mas no duran siempre segun luego aplacen;
pues me hicieron del mal que vos hacen
sabed al amor desamar amadores.
Huid un peligro tan apasionado
sabed ser alegres, dejad de ser tristes,
sabed deservir á quien tanto servistes,
á otro que amores dad vuestro cuidado (a).
Los cuales si diesen por un igual grado
sus pocos placeres segun su dolor,
no se quejaria ningun amador
ni desperaria ningun desamado.

(a) Este verso lo copió Fernando de Rojas en la última copla de los acrósticos que preceden á la Celestina; pero segun Cervantes en la *Adjunta al Parnaso* no ha de ser tenido por ladron el poeta que hurtare algun verso ageno y le encajare entre los suyos, con tal que no sea todo el concepto y toda la copla entera: por tan buena autoridad no califiquemos de ladron al bachiller nuestro amigo.

El desgraciado literato D. Mariano José de Larra escribió una novela titulada *El doncel de D. Enrique el doliente*, cuyo doncel, héroe principal del libro, es el mismo Macías. Tambien compuso un drama que lleva su nombre, que ha sido aplaudido y celebrado como el que mas en todos los teatros de España. Cuando se escriba la biografía del celebre crítico de nuestros dias, se le hallarán muchos puntos de contacto con el famoso caballero y enamorado poeta del siglo XV.

AMORES LES DIERON CORONA DE AMORES.

(18) *Trota-conventos*. El señor Amarita dice en una nota á esta palabra, que fue espresion usada por nuestros poetas para designar á las alcahuetas, aunque no sabe su oríjen. En el arcipreste de Hita encontramos á una trota-conventos muy decantada en las coplas 1495 y siguientes: no fuera estraño que esta hubiese dado nombre á sus sucesores, como lo dió Caco á los ladrones, Creso á los ricos, y con mas celebridad y mayor honra que todos, Mecenas á los protectores de las letras y de los que las estudian.

(19) Otro ejemplo del tratamiento del don puesto en menosprecio.

(20) El nombre de Sosia, el de Parmeno, el de Cremes y algunos otros estan sacados de las comedias de Terencio.

(21) En la 2ª parte del Quijote cap. 7º, el bachiller le dice al ama: —*Pues no tenga pena... sino váyase en hora buena á su casa y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de Sta. Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá y verá maravillas.* La oracion de Sta. Apolonia debia ser oracion de ciego.

(22) Fue esta Adelecta (como cuenta Petrarca) una noble mujer toscana, grandísima astróloga y májica.

Dijo muchas cosas á su marido é hijos, Eternio y Albricio. Pero principalmente estando á la muerte en tres versículos anunció á sus hijos lo que les habia de acaecer, especialmente á Eternio, que se guardase de Cassano. El guardábase de Cassano lugar de Padua. Siendo al fin de sesenta años vino á Milan, á donde por sus obras era muy aborrecido de los longobardos: fue de ellos cercado, y pasando un puente con gran fatiga, supo que aquel lugar se nombraba Cassano. Luego da de espuelas al caballo, y lánzase en el rio, diciendo á grandes voces: ¡Oh hado inevitable! ¡Oh maternales presajios! ¡Oh secreto Cassano! — Al fin salió á tierra; mas los enemigos que la puente y entrambas riberas tenian tomadas, allí le acabaron.

(*Prólogo de Amarita*).

(23) Los treinta tiranos que Lisandro dejó en Atenas condenaron á muerte á Alcibíades, porque sabian que no se reprimiria el pueblo mientras pudiese contar con él. Encargóse la ejecucion á Farnabaz, el cual no osando atacarle cara á cara mandó una noche pegar fuego á la casa de la cortesana Timandra, con quien vivia Alcibíades. Despertólo el ruido, y al salir á la calle los asesinos mandados por Farnabaz lo mataron á flechazos. Timandra recojió su cuerpo y dióle honesta sepultura.

(24) Mas que el atrevimiento fue la astucia, pues si no se hubiese hecho el colosal caballo de madera que se llenó de soldados por consejo de Sinon, mas les costara á los griegos entrar en la ciudad de Priamo.

(25) *De Dios en ayuso.* — Lo mismo que despues de Dios ó de Dios abajo.

(26) *Virjilio.* — Fue fama en algun tiempo que una encantadora engañó al gran poeta que era aficionado á las artes ocultas y le tuvo colgado en una torre á vista del pueblo romano.

El arcipreste de Hita, hablando de la lujuria, se espresa asi:

Al sabidor Virjilio, como dice en el testo
Engañólo la dueña, cuando lo colgó en el cesto
Cordando que lo sobia á su torre por esto.

(27) *Alejandro Magno.* — Quinto Curcio hablará por nosotros, aunque no respondemos de su veracidad porque es algo embustero.

(28) *Como hacen los de Egipto.* — Esto es: como hacen los jitanos; porque muchos los han creido oriundos de Egipto.

(29) Entre las diferentes estratajemas de que se valió Ulises para no ir á la guerra de Troya, fue una el finjirse loco.

(30) *Rómulo.*—Cuando este primer rey de Roma trazó las líneas de las murallas de la ciudad eterna, burlóse de ellas su hermano Remo y las saltó apoyándose con su lanza. Irritado Rómulo lo mató y dijo en seguida:

Sic quicumque transierit mœnia mea.

De lo cual se sigue que Remo no pudo infringir una ley que fue hecha despues de su muerte.

(31) *Riñen las comadres porque dicen las verdades.* — Regularmente se dice: — *Mal me quieren las comadres porque digo las verdades.*

(32) Quien quiera tener noticias de los lugares que han sido mas célebres en España por sus fraguas, herrerías y fábricas de armas, lea la obra de Suarez de Figueroa, titulada: *Plaza universal de ciencias y artes.*

(33) Erudicion mal empleada, pues á mas de ser casi imposible que en tiempo de Rojas supiese tanto una doncella, en la terrible situacion en que se hallaba Melibea no era regular que se espresase en los términos en que aqui lo hace.

(34) *Sin tiempo* : El Sr. Salvá criticó á Cienfuegos porque en una elejía dirijida á un amigo para consolarle de la pérdida de un hermano dijo :

. . . . La implacable muerte
Abrió *sin tiempo* su sepulcro odioso

en vez de *fuera de tiempo* ó *antes de tiempo.* Rojas le da un ejemplo que no puede recusar, pues lo apoya tambien la autoridad de la Academia.

(35) En el prólogo del autor de la Celestina, se queja el bachiller de que algunos impresores le hubiesen puesto un sumario en cada acto y tiene razon para hacerlo.

La inutilidad de tales sumarios ya la conoció Terencio cuando en el prólogo del Andria dijo:

¿Por qué he de estar obligado á escribir un prólogo? Yo me creia que cuando se habia escrito una comedia desde la primera hasta la última escena, ya estaba el autor quito con el pueblo. En una comedia buena en que el asunto va desarrollándose por sí mismo, el prólogo es trabajo perdido, que daña al interes y á la verosimilitud. — Nam in prologis scribundis operam abutitur. — Al fin y al cabo un sumario es el prólogo de cada acto.

(36) Aqui es de observar lo mismo que en la nota 35.

DIÀLOGO:

UN VIEJO Y EL AMOR.

—

VIEJO. CERRADA estaba mi puerta:
¿á qué vienes? ¿por dó entraste?
di, ladron, ¿cómo saltaste
las paredes de mi huerta?
La edad y la razon
de tí me habian libertado:
deja el pobre corazon
retraido en su rincon
contemplar en lo pasado.
Cuanto mas que este vergel
no es ya para locas flores,
ni los frutos ni dulzores
que solias hallar en él:
sus verduras y follages
y delicados frutales
hechos son todos salvages,
convertidos en linages
de espinos y de eriales.

La beldad de este jardin
ya no temo que la halles,
ni las ordenadas calles,
ni los muros de jazmin:
ni los arroyos corrientes
de vivas aguas notables,
ni las albercas y fuentes,
ni las aves producentes
los cantos tan consolables.
Ya la casa se deshizo
de sutil labor estraña,
y tornóse esta cabaña
de cañuelas de carrizo:
de los frutos hice truecos
por escaparme de tí,
en aquestos troncos secos,
carcomidos, tuertos, huecos,
que parecen cerca mí.
Sal del huerto, miserable,
ve á buscar dulce floresta,
que ya no puedes en esta
hacer vida deleitable:
ni tú, ni tus servidores
podeis bien estar conmigo,
que aunque esten llenos de flores,
yo sé bien cuántos dolores
suelen siempre traer consigo.
Gran traidor eres, Amor,
de los tuyos enemigo,
pues los que viven contigo
ministros son de dolor;
sábete que sé que son
afan, desden y deseo,
suspiros, zelos, pasion,

osar, temer, aficion,
guerra, saña, devaneo.
Tormento y desesperanza,
engaños con ceguedad,
lloros y cantividad,
congoja, rabia, mudanza:
tristeza, duda, corage,
lisonja, dolor y espina,
y otros mil de este linage,
que con su falso visage
y forma nos desatina.

AMOR. En tu habla representas
que no me has bien conocido.

V. Sí, que no tengo en olvido
cómo hieres y atormentas.
Esta huerta destruida
manifiesta tu centella:
deja mi cansada vida,
sana ya de tu herida,
aunque no de su querella.

A. Pues estás tan criminal,
hablar quiero con sosiego,
porque no encendamos fuego,
como hierro y pedernal:
y pues soy amor llamado
hablaré con dulcedumbre,
recibiendo muy templado
tu hablar desmesurado
en brazos de mansedumbre.

V. Blanda cara de alacran,
fines fieros y rabiosos;
los potages ponzoñosos
en sabor dulce se dan:
como el mas blando licor

es muy mas penetrativo,
piensas tú con tu dulzor
penetrar el desamor
en que me hallas esquivo.
Las culebras y serpientes
y las cosas enconadas
son muy blandas y pintadas,
y á la vista muy placientes:
mas un secreto venino
llegando pueden dejar,
cual segun yo adivino
dejarias en el camino
que conmigo quies llevar.

A. A la habla que te hago
¿por qué cierras las orejas?

V. Porque hieren las abejas
aunque llegan con halago.

A. No me vayas atajando,
que yo lo que quieres quiero.

V. Ni me estés tú halagando,
que aunque agora vienes blando
bien sé que eres embustero.

A. Escucha, padre, señor,
que por mal trocaré bienes,
por ultrages y desdenes
quiero darte gran honor:
asi que estás tan dispuesto
para me contradecir,
asi me tengo propuesto
de sufrir tu duro gesto,
por traerte á mi servir.

V. Vé de aqui, pan de zarazas,
vete, carne de señuelo,
vete, mal cebo de anzuelo,

tira allá que me embarazas.
Reclamo de pajarero,
falso cerro de ballena,
soy ya viejo marinero,
no me venzo asi ligero
del cantar de la sirena.

A. Tu rigor no dé querella
que mancille tu bondad,
y pues tienes justedad
sigue los caminos della.
Al culpado, si es ausente,
le llaman para juzgar;
pues ¿ por cuál inconveniente
al inocente presente
no te place de escuchar?

V. Habla ya, di tus razones,
di tus enconados quejos;
pero dímelos de lejos,
el aire no me inficiones:
que segun sé de tus nuevas,
si te llegas cerca mí,
tú farás tan buenas pruebas,
que el ultrage que ahora llevas
ese lleve yo de tí.

A. Nunca yo tan mal oficio
procuré de conseguir,
antes para te servir
puse todo mi servicio;
cual en tanto grado crezca
que mas no pueda subir,
y te loe y agradezca,
y tan gran merced merezca
cual me haces en oir.

Por estimado provecho,

ó ingratos corazones,
os meto dentro en mi pecho:
porque pueda agradecer
ser oido en este dia,
do os haré bien conocer,
cuánto yerro puede ser
desechar mi compañía.
Tú ladron llamas á uno
(llevado de tus enojos)
que sin ser ante los ojos
jamas no roba á ninguno:
y pues hurto nunca hubo
ante la vista del hombre,
¿qué respeto aqui se tuvo?
¿ó por cual razon te plugo
darme tan impropio nombre?

V. No despiertes quien te quiebre,
deshonra vivos y muertos,
que á nuestros ojos abiertos
echas sueño como á liebre:
no te quiero mas decir,
déjame de tu conquista:
tú nos sueles embair,
tú nos sabes engerir
como egipcio nuestra vista.

A. Soy alegre que te abras
y tu saña notifiques,
aunque á mí me damnifiques
con rotura de palabras:
que el furor que es encerrado
do se encierra mas empece,
y el hablar en el airado
es calor vaporizado,
que no dura y evanece.

Porque á mí que desechaste
ames tú con aficion,
oye solo mi razon,
faré salva que te baste:
y será disculpacion
de tu queja y de la mia,
yo salvarme de ladron,
tú no siendo en conclusion
reprobado en cortesía.

Comunmente todavía
han los viejos un vecino,
enconado, muy malino,
gobernado en sangre fria:
llámase malenconía,
de amarga conversacion:
quien por tal estremo guia
ciertamente se desvia
lejos de mi condicion.

Este moraba contigo
en el tiempo que me viste,
y por eso te encendiste
en tanto rigor conmigo:
mas despues de haber sentido
que me quieres dar audiencia,
de mi miedo muy vencido,
cortado, despavorido,
se partió de tu presencia.

Donde mora este maldito
No jamas hay alegría,
ni placer, ni lozanía,
ni ningun buen apetito:
pero donde yo me llego
todo mal y pena quito,
de los hielos saco fuego,

á los viejos meto en juego
y á los muertos resucito.
Al rudo hago discreto,
al grosero muy pulido,
desenvuelto al encogido
y al invirtuoso reto:
hago al cobarde esforzado,
al escaso liberal,
bien regido al destemplado,
muy cortés y mesurado
al que no suele ser tal.
Yo soy á todos deleite,
yo formo el fausto y arreo,
y yo encubro lo que es feo
con la capa del afeite:
yo hago fiestas de sala,
yo hallo el vestirse rico,
yo tambien quiero que vala
el misterio de la gala
en el que es mas pobrecico.
Yo compongo las canciones,
yo la música suave,
yo demuestro al que no sabe
las sutiles invenciones:
yo fago volar mis llamas
por lo bueno y por lo malo,
yo fago servir las damas
con las perfumadas camas,
golosinas y regalo.
Yo bailo con lindo son,
y mis danzas concertadas
son muy dulces embajadas
que yo envio al corazon:
en las armas festejar

mis lecciones son discretas,
y el justar y tornear
en la ley del batallar,
son tretas mias secretas.
Visito los pobrecillos,
huello las casas reales,
de los senos virginales
yo sé bien los rinconcillos:
mis pihuelas y mis lonjas
á los religiosos atan:
no lo tomes por lisonjas,
sino contempla á las monjas,
verás cuán dulce me tratan.
Yo hallé las argentadas.
yo las mudas y cerillas,
lucidoras, unturillas,
y las aguas destiladas;
yo el zumo del estoraque
y el licor de las rasuras,
y tambien cómo se saque
la pequilla, que no taque
las lindas acataduras.
Yo mostré fundir en plata
la vaquilla y alacran,
y hacer el soliman
que en el fuego se desata:
yo mil modos de colores
doy á lo descolorido,
mil pinturas, mil primores,
mil remedios doy de amores
con que enhiestan lo caido.
Yo hago las rugas viejas
dejar el rostro estirado,
y sé cómo el cuero atado

se tiene tras las orejas;
y el arte de los ungüentes
que para esto aprovecha:
sé dar cejas en las frentes,
contrahago nuevos dientes
do natura los desecha.
Yo doy aguas y lejías
para los cabellos rojos,
aprieto los miembros flojos
y encarno las encías;
á la habla tremulenta,
turbada por senectud,
yo la hago tan exenta,
que su tono representa
la forma de juventud.
Sin daño de la salud
puedo con mi suficiencia
convertir la impotencia
en muy potente virtud:
sin calientes confacciones,
sin comeres muy abastos,
sin conservas ni piñones,
estincos y sateriones,
atíncar ni otros gastos.
En el aire mis espuelas
fieren á todas las aves,
y en los muy hondos concaves
las reptilias pequeñuelas:
toda bestia de la tierra
y pescado de la mar
so mi gran poder se encierra,
sin poderse de mi guerra
con sus fuerzas amparar.
Algun ave que librar

sc quiso de mi conquista,
solamente con la vista
le dí premia de engendrar:
mi poder tan absoluto
que por todo cabo siembra,
mira cómo lo secuto:
árbol hay que no da fruto
do no nacen macho y hembra.

Pues que ves que mi poder
tan luengamente se estiende,
do ninguno se defiende
no te pienses defender:
y á quien á buena ventura
tienen todos de seguir
recibe, pues que procura
no hacerte desmesura,
mas de muerto revivir.

v. Segun siento de tu trato,
el que armas contra mí
podré bien decir por tí:
muy buen amigo es el gato.
El que nunca por nivel
de razon justa se adiestra,
no dará dulce sin hiel;
mas es tal como la miel
donde se muere la maestra.

Robador fiero tarasco,
ladron de dulce despojo,
bien sabes quebrar el ojo
y despues untar el casco.
¡ Oh muy halagüeña pena,
ciega lumbre, sutil ascua,
oh placer de mala mena!
sin ochavas en cadena

nunca diste buena pascua.
Lengua maestra de engaños,
pregonera de tus bienes,
dime agora, ¿por qué tienes
so silencio tantos años?
Que aunque mas doblado seas
y mas pintes tu deleite,
esto con lo cual te arreas
son diformes caras feas
encubiertas del afeite.
Pues ¿cómo te glorificas
en tus deleitosas obras?
¿por qué callas las zozobras
de lo vivo mortificas?
Di, maldito, ¿por qué quieres
encubrir tal enemiga?
Sábete que sé quién eres,
y si tú no lo dijeres,
aqui está quien te lo diga.
Al libre haces cautivo,
al alegre tornas triste,
do mayor placer consiste
pones modo pensativo:
tú haces rendir las camas
con vuelcos de pena fuerte,
tú mancillas muchas famas,
y tú haces con las llamas
mil veces pedir la muerte.
Tú causas las tristes yerbas
y los amargos potages;
tú mestizas los linages,
que limpieza no conservas;
tu doctrina es de malicia,
tú quebrantas lealtad,

y con tu carnal codicia
asaltas á pudicicia
sin freno de honestidad.
  Tú buscas los adivinos,
tú vas á los hechiceros,
tú consientes agüeros
y pronósticos mezquinos:
creyendo con vanidad
atraer por abusiones
lo que virtud y beldad
y luenga conformidad
ponen en los corazones.
  Tú nos metes en bullicio,
tú nos quitas el sosiego,
tú con tu sentido ciego
pones alas en el vicio:
tú destruyes la salud,
tú rematas el saber,
tú haces en senectud
la hacienda y la virtud
y la autoridad caer.

A. No me trates mas, señor,
con contino vituperio,
usa de mi ministerio,
y volverlo has en loor:
verdad es que inconveniente
alguno suelo causar,
porque del amor la gente
entre frio y muy ardiente
no saben medio tomar.
  El ave que con sentido
su hijo muestra á volar
no le manda abalanzar
sin que vuele por el nido:

y quien no está proveido
de tomar término cierto,
muchas veces es caido;
que el amor apercibido
quiere el hombre, y no muerto.
Unos dicen que es locura
atreverse por amar;
mas allí está mas ganar
donde está mas aventura:
sin mojarse el pescador
nunca toma grande pez:
no hay placer do no hay dolor,
ni se rie con sabor
quien no llora alguna vez.
Es razon muy conocida
que la cosa mas amada
con afan es alcanzada
y peligro sostenida:
la mas deseada obra
que en este mundo se cree,
es do mas trabajo sobra,
que lo que sin él se cobra,
sin deleite se posee.
Siempre uso desta astucia
para ser mas estimado,
que con bien y mal mezclado
despierto mayor acucia;
y revuelto su poquito
con sabor de algun rigor,
el deseo mas incito,
que amortigua el apetito
dulzor y siempre dulzor.
No lo pruebo con milagro,
cosa es sabida y llana,

que se despierta la gana
de comer con dulce agro:
asi yo con galardon
muchas veces mezclo pena:
en la paz dó disension,
pues entre amantes cuistion
reintegra la cadena.
  Porque no traiga fastío
mi dulce conversacion,
busco causa y ocasion
con que á tiempo la desvio:
que lo que sale del uso
contino, sabe mejor,
y por esto te indispuso
mi querer, porque de yuso
subas á dicha mayor.
  Por ende si con dulzura
me quieres obedecer,
yo haré retoñecer
en tí muy nueva frescura:
ponerte he en el corazon
este mi vivo alborozo,
serás en esta sazon
de la misma condicion
que eras cuando lindo mozo.
  De verdura muy gentil
tu huerto renovaré:
la casa fabricaré
de obra rica, sutil:
sanaré las plantas secas
quemadas por los friores:
en muy gran simpleza pecas
(triste de tí) si no truecas
tus espinas por mis flores.

V. Allégate un poco mas,
tienes tan lindas razones,
que te sufro que me encones
por el gusto que me das:
los tus muchos alcahuetes
con verdad ó con engaño
en el alma me los metes,
por lo cierto que prometes
despedirme todo daño.

A. Abracémonos entramos
desnudos sin otro medio;
sentirás en tí remedio
y en tu huerto frescos ramos.

V. Vente á mí, muy dulce amor,
vente á mis brazos abiertos:
ves aqui tu servidor,
hecho siervo de señor
sin tener tus dones ciertos.

A. Hete aqui bien abrazado:
dime, ¿qué sientes agora?

V. Siento rabia matadora,
placer lleno de cuidado;
siento fuego muy crecido;
siento mal y no lo veo;
sin rotura estoy herido,
no te quiero ver partido
ni á mí libre de deseo.

A. Aqui te veré, don Viejo,
conservar la fama casta;
aqui te veré si basta
seso, saber y consejo:
porque con soberbia y riña
me diste contradicion,
seguirás estrecha liña

en amores de una niña
de muy duro corazon.
Y sabe que te revelo
una dolorida nueva,
que sabrás cómo se ceba
quien se viene á mi señuelo:
amarás mas que Macías,
hallarás esquividad,
sentirás las plagas mias,
finirás tus tristes dias
en ciega cautividad.
¡Oh viejo triste, liviano!
¿cuál error pudo bastar
que te habia de tornar
rubio tu cabello cano?
¿Y esos ojos descosidos
que eran para enamorar,
y estos besos tan sumidos,
muelas y dientes podridos
que eran dulces de besar?
Cuanto conviene que notes
que es muy mas digna cosa
en tu boca gargajosa
pater nostres que no motes;
el toser que las canciones,
el bordon que no la espada,
y las botas y calzones,
mas que nuevas invenciones
de ropa mucho trepada.
¡Oh marchito corcovado!
á tí era mas anejo
del hijar contino quejo
que suspiro enamorado:
y en tu mano, provechoso

para tu flaca salud,
mas un trapo piadoso
para el ojo lagañoso
que vihuela ni laud.
Mira tu negro garguero
de puro seco pegado,
y cuán raido y rugado
tienes ¡ó viejo! el cuero:
mira en ese ronco pecho
cómo el huélfago te escarba;
mira tu resuello estrecho,
que no escupes mas derecho
de cuanto ensucias la barba.
Viejo loco entre los viejos,
que de amores te atormentas,
mira cómo tus artejos
parecen sartas de cuentas:
las uñas endurecidas
y los pies llenos de callos,
y tus carnes consumidas,
y tus piernas encogidas,
como quien monta caballos.
Amargo viejo, denuesto
de la humana natura,
¿tú no miras tu figura
y vergüenza de tu gesto?
¿Tú no ves la ligereza
que tienes para escalar,
el donaire y gentileza,
y la fuerza y la destreza
que tienes para justar?
Quien te viese entremetido
en cosas dulces de amores,
y venirte los dolores

y aquejarte allí el gemido;
ó quien te oyese cantar:
Señora de alta guisa,
y toser y gargajear,
y el galillo engrifar,
tu dama muerta de risa.

¡Oh maldad envejecida!
¡oh vejez mala de malo!
¡alma viva en seco palo,
viva muerte, y muerta vida!
Depravado y obstinado
deseoso de pecar,
mira, malaventurado,
que te deja á tí el pecado,
¡tú no le quieres dejar!

V. El que el áspid muerde, muere
por grave sueño pesado:
asi hace el desdichado
á quien tu saeta fiere.
¿Á dó estabas, mi sentido?
Dime, ¿cómo te dormiste?
Durmióse triste, perdido,
como hace el dolorido
que á su alivio no resiste.

Pues tuve en tí esperanza,
tú perdona mi hablar,
que las culpas perdonar
gran linage es de venganza.
Si del precio del vencido
el que vence gana honor,
yo de tí tan combatido
no seré flaco caido,
ni tú chico vencedor.

FIN.

